

MARTIN DE UGALDE HABLANDO CON LOS VASCOS

ariel



HABLANDO CON LOS VASCOS

Martín de Ugalde

**Editorial Ariel
Esplugues de Llobregat
Barcelona**

Sobrecubierta: Alberto Corazón

© 1974: Martín de Ugalde

Depósito legal: B. 1.240 - 1974

ISBN: 84 344 2465 7 R

84 344 2466 5 T.

Impreso en España

1974. - Ariel. S. A., Av. J. Antonio, 134-138. Esplugues de Llobregat (Barcelona)

*A don Justo de Zabala,
quien supo ser hombre
en la fortuna y en la adversidad,
con admiración.*

Indice

El por qué de *Hablando con los vascos*

José Miguel de Barandiarán

Ramón de la Sota

Luis (Koldo) Michelena

Padre General Pedro Arrupe, S.I.

Isidoro de Fagoaga

Agustín Ibarrola

El por qué de "Hablando con los vascos"

Lo vasco ha venido envuelto en el misterio desde su origen.

Ya sabemos que el viejo camino del hombre está hecho de los frágiles hilvanes de carne y de verbo que sólo se pueden desandar hoy mediante ciencias que trabajan a partir de sus despojos y del cerrado misterio de su palabra. Luego, a esta palabra que en su origen es nada menos que el Verbo se la pretende encerrar en los estrechos marcos de un retrato, una arbitrariedad que nos da la ilusión de equilibrio que necesitamos para posesionarnos del mundo primario y mágico de la palabra. Sin embargo, es muy fácil constatar que no podemos comunicar algo a alguien con un diccionario en la mano si no tenemos en la cabeza y el alma, además de esa fría representación que conlleva cada palabra cuando se la escribe fríamente, el peso circunstancial y de contexto que le confiere el valor de todo un mundo personal y vivo.

Exactamente lo mismo, y en una dimensión que le es también propia, ocurre al que recorre el complejo proceso refluente de comprender ese universo.

Acaso esté insistiendo demasiado en esta dimensión casi intransferible de la palabra, pero todas las precauciones son pocas para decir que, así como hay una idea trastocada y folklórica de, digamos, lo judío, hay, en nivel diferente y por razones que también son diversas, una idea desnaturalizada de lo que es lo vasco.

De ahí la preocupación primaria que aflora al examinar la intención de este libro de entrevistas.

Se me planteó de entrada el viejo problema de sortear el elemento distorsionador más frecuente y grave de la comunicación: el prejuicio. Las fuentes del prejuicio son tan incontables como las razones con que nos armamos diariamente para dudar de alguien o creer en alguien, para malentender algo, para atribuir al prójimo elementos de juicio que sólo están en nuestra propia óptica. Así, para presentar lo vasco en un ámbito de credibilidad capaz de sortear las inhabilidades propias de estos días, se me ha ocurrido pulsarlo en el juicio de aquellos que ya son conocidos por su madura competencia en algunos campos de lo vasco que han sido objeto de controversia.

Éste es el criterio que he tratado de seguir al elegir a los entrevistados; aunque no están aquí todos, y también diré por qué.

Pensé en un principio que podrían ser unos veinte; pero tan pronto comencé a reunirlos (y abordé el trabajo por los que en ese momento eran más dueños de su tiempo), me preocupó el riesgo de amputarlos al reducir su espacio a, digamos, veinte páginas. Tanto para el lector vasco, quien parte de la ventaja de conocer más de cerca a los personajes, como para el que no lo es, y sobre todo preocupado por éste, pensé que era necesario situar cada entrevistado en un contexto biográfico que garantizase de alguna manera el plano mínimo de su exigente localización geográfica, de su primera experiencia vital y cultural, de los factores de su voluntad vocacional y los azares socioculturales e históricos que han ido determinando el signo trascendente de cada uno.

Porque considero que al lector se le debe todo esto que compromete objetivamente la verdad.

Esto, el hecho de que no haya considerado viable un volumen de mil páginas, no quiere decir que no se vaya a estar después con ellos, con los que aquí faltan, ni que estos que no están todavía aquí para hablarnos de lo vasco por este azar sean menos importantes. Ni mucho menos.

Pero hablando ahora de los que están presentes en este libro, se han cubierto algunas áreas de conocimiento que resultan fundamentales para la comprensión de lo vasco: lo etnológico con la figura internacional de don José Miguel de Barandiarán; lo lingüístico con don Luis Michelena, una primera figura de los modernos estudios sobre la lengua vasca que alterna sus clases en la Sorbona de París con la cátedra de lenguas indoeuropeas que tiene en la Universidad de Salamanca; el viejo mar de los vascos y su empresa naviera tienen su voz autorizada en don Ramón de la Sota; la pintura vasca, que a mi juicio está más cerca de Arteta, y aun del asturiano Regoyos, que del Zuloaga nacido en Eibar, tiene una continuidad que no desmiente este artista comprometido al que molesta el don: Agustín Ibarrola; si hay un arte individual que distingue al vasco es el de la música, y el que está aquí hablándonos de ella es una figura injustamente descuidada: la de don Isidoro de Fagoaga, quien tuvo el coraje civilizado de retirarse a la manera de un Pau Casals en la cumbre de sus once temporadas consecutivas con Toscanini en la Scala de Milán; y acaso por aquello de que lo quiere así Quien preside su vida entera, menciono en último lugar al padre Pedro Arrupe, el General de los Jesuitas, quien representa en este volumen aquello que nos ha pertenecido seguramente con mayor hondura a los vascos antes y a lo largo de toda nuestra historia: el sentimiento religioso y la vocación misionera.

Esto no quiere decir que estos campos preferentes constituyan unos cotos temáticos cerrados, y menos, completos, y lo único que verdaderamente pertenece a todos por igual es el País, que lo sienten de manera reveladoramente distinta y complementaria.

Sea cual fuere el punto desde el que se sitúe a observar el lector este libro, y aun en el caso de aquel que se ponga a mirarlo de reojo, se reconocerá, espero, este esfuerzo de dar la palabra responsable a aquellos que se han dedicado a las parcelas del País que están en su vocación y que la están proyectando en la dirección también comprometida de lo que suponen que es y están queriendo que sea el País Vasco visto desde su pasado fundamental y mirando hacia el futuro que llevan en germen los días de nuestro presente, tanto el de aquellos que han nacido o que viven en el País y lo quieren, como de los que por razones de origen o voluntad le son extraños.

M. de U.
Enero de 1974.

José Miguel de Barandiarán

Don José Miguel de Barandiarán nació en Ataun, un pueblo antiguo de muchos siglos situado en el estrecho valle de un río (el Agaunza) que corre entre cabezas de montaña, algunas de roca viva, y que llaman: Agoaz, Alleko, Irumugaeta, Markorburu, Inzarzu, Leizadi, Askoa, Intxusburu, Izozko, Aitxu y Aranzazumendi o Arantzamendi. Ataun no tiene 3.000 habitantes, pero consta de nada menos que tres parroquias distantes de la de San Martín (que es la principal): Aya a 7 kilómetros y San Gregorio a 3,3 kilómetros. La de San Martín es la principal porque es la más antigua: fue construida por los que todavía eran paganos o "gentiles". Gorosábel dice que no sabe cuándo. Debió ser hace muchos cientos de años puesto que el arzobispo Rodrigo Giménez de Rada cuenta que ya en 1200 Ataun tenía castillo; efectivamente, don José Miguel de Barandiarán halló rastros de uno cerca de la carretera de Navarra, donde es tradición que vivieron los gentiles que se resistieron a aceptar la religión cristiana. Este castillo estaba encaramado sobre un precipicio que domina la parroquia de San Martín, un santo también muy antiguo que participa en por lo menos media decena de cuentos populares que han sido recogidos en la revista *Eusko-Jakintza* y *Eusko-Folklore* por el propio don José Miguel de Barandiarán, y por don Resurrección María de Azkue en *Euskalerriaren Jakintza*.

Así, en esta geografía de montaña y en este antiguo asiento de caseríos y caminos poblados por los genios de la Tierra, muchos con figuras de vaca o de cabra o de caballo que viven en las cuevas, y por Basajaun, Tártalo, Lamiñas y brujas de toda suerte; donde resistió al cristianismo el animismo viejo que infundía poder a las estatuas, en este mundo mágico en que tenían cuerpo los genios –almas de antepasados, númenes y eones diabólicos– y hablaban los animales y donde san Martín robaba a los Basajaunes que vivían en Muskia de Ataun la primera semilla de trigo, y se apoderaba también de las patentes de los inventos mecánicos de los gentiles, nació don José Miguel hace ahora 83 años el día de San Silvestre, el último día del año 1889.

– ¿Cómo comenzó usted a sentirse parte de esta tradición? –le pregunto cuando estamos sentados junto a una mesa amplia y llena de papeles ordenados, en su sala de trabajo de la casa "Sara" de Ataun.

– Yo comencé a sentir este mundo como una inmensa planicie sin límites que tenía unas pocas arrugas de montaña, y en uno de estos pliegues estaba Ataun; estaba también yo, claro; era el mundo de los relatos populares en los cuales salían muchos héroes a buscar los confines de la Tierra y al fin se iban perdiendo todos en los largos y difíciles caminos sin llegar a ver nunca el final. Yo, como los demás en el pueblo, nos habíamos acostumbrado a pensar que la Tierra no tenía límites, y, que debajo de ella, en sus entrañas, había grandes espacios iluminados por el Sol y luego pasaban por el trance de la Noche misteriosa, y allí estaban las tierras surcadas por ríos de leche. Éste es el mundo que yo sentí y llegué a ver con mi imaginación a través de los relatos maravillosos que nos contaba la madre en las largas tardes de invierno en el caserío.

– ¿En qué caserío de Ataun nació usted, don José Miguel?

– Nací cerca de esta casa en que vivo ahora –salimos de su cuarto de trabajo y de la casa y me muestra un caserío que está a doscientos metros– ...ahí, en ese caserío que llamaban y aún hoy llaman "Perune-zarra"; pertenece a la parroquia de San Gregorio: nací de Prexkantonio Barandiarán y Mariantoni Ayerbe –recojo estos nombres con la fonética de la lengua vasca en que estamos hablando–, los dos nacidos aquí mismo, en caseríos de Ataun; fuimos nueve hermanos: Joxe Antonio, Manuela Anttoni, Joxefa Anttoni, Mikaela –la que vive todavía con 92 años en Anglet, Laburdi (país vasco-francés), Pedro Iñaxio, María Bautista, Joxe Iñaxio, luego Eduardo y por último yo, el cura de la familia...

Estamos de regreso a la sala de trabajo cuando le digo:

– Cuando nació usted, el pueblo de Ataun sería más pequeño que hoy.

– No, más grande; aquí estamos siguiendo la suerte del caserío vasco, que se está vaciando hasta del amor de vivir rodeados de poesía; y estamos viniendo a menos no sólo a partir de fines del siglo en que nací, porque en sus once barrios: Elbarrena, Astigarraga, Arrondo, Arinberriaga, Murkoondo, Arratekale, Ugaldekarrika, Lauztierreka –está haciendo memoria–... Ergone, Aya, Aitzarte, Urrutsumendi y Otadi-Zearra, vivían en 1860: 2.919 personas, y en 1966, el último censo, ya quedábamos 2.776. Hoy ya seremos menos. Yo recuerdo que San Gregorio tenía en mi juventud 1.000 habitantes, y ahora no tiene más de 700. La iglesia de San Martín, que fue construida por los gentiles, ha bautizado en otros tiempos más niños que ahora.

– ¿Cómo me dice usted tan serio que la parroquia de San Martín fue construida por los gentiles? –le pregunto.

– Le estoy diciendo en serio lo que me han dicho a mí con toda seriedad nuestros abuelos –don José Miguel tiene un pliegue malicioso al sonreír cuando me mira con esa viveza que se mantiene en los hombres que son capaces de dar diariamente caminatas montaÑeras de dos horas después de comer– y no tengo mejor testimonio en contrario: ocurre que los habitantes de Ataun que habían sido cristianados ya querían levantar su primera iglesia en el lugar en que está ahora el camposanto, arriba, y los gentiles con los que mantenían trato querían construirla abajo, y así, las piedras que llevaban los unos arriba de día se encargaban los gentiles de bajarlas de noche al lugar donde está actualmente la iglesia parroquial.

– ¿Quién tenía razón? –le pregunto con interés, alcanzado yo también por su vena poética.

– Los gentiles, desde luego; es un sitio mucho mejor.

– Esta tierra encantada en que nació, don José Miguel, ¿cómo la siente después de haber vivido tantos años fuera?

– Apenas he vivido aquí, en Ataun, más que mi infancia, pero es la que me ha dejado mayor huella; he vivido muchos años fuera de mi país, bastantes más años que en mi pueblo, y sin embargo siempre añoré la tierra donde transcurrió mi infancia, siempre; cuando al fin he vuelto a ella apenas me acuerdo de las demás. Esto quiere decir que la geografía (el escenario y las escenas) donde viví mi infancia me ha dejado una impresión muchísimo más profunda que cualquier otra. ¿Tiene esto algún valor formativo? Creo que sí, que profundo. Muchas de las cosas que hemos aprendido están en cierta manera encarnadas, o cuando menos están incorporadas a la geografía donde

hemos vivido; y con más profundidad al suelo que hemos pisado durante los primeros años de nuestra vida. Esa geografía nos las recuerda, y sin esa geografía las olvidaríamos... Yo no soy partidario de explicar la cultura de un pueblo por su geografía, porque se ha abusado de esto a menudo, pero no puedo menos que reconocer que la geografía tiene una importancia enorme en la cultura. De ahí, a mi juicio, la importancia del símbolo: el hombre sin símbolos no llega a tener ideas, o si las tiene las pierde; necesita de símbolos a que asirse. Nosotros no retenemos lo abstracto sino en función de algo que es concreto...

– ¿De qué modo se concretó su vocación sacerdotal?

– Quise ser algo de lo que era el cura de mi parroquia, desde luego; pero fue mi madre la que me dijo un día, y yo tenía entonces 13 años: *Apez egin nahi ahal oke?* "¿Te gustaría hacerte cura?", y yo le dije que no; y le dije que no, no porque no me gustase la idea de llegar a ser sacerdote, sino por el temor de encontrarme aprendiendo lo que contenían aquellos libros grandes que yo veía en la iglesia bajo la vara de un maestro como el que teníamos en el pueblo; era por no ir a la escuela; le tenía miedo.

– ¿Por qué?

– El maestro era de Ataun mismo, se llamaba Manuel Arrese; pero, salvo el catecismo de la doctrina cristiana, nos explicaba las materias en castellano que, para nosotros niños, era una lengua incomprensible; yo sufrí muchísimo. Cualquiera que se plantee con ecuanimidad este problema llegará a comprenderme y comprender así también el problema que plantea la escuela oficial a nuestra minoría lingüística. Don Manuel Arrese se esforzaba en ayudarnos en nuestra lengua, porque no había otra manera de hacernos entender las cosas; así, él escribía, supongamos, un problema en el encerado en castellano, y nos explicaba en euskera lo que decía aquel texto; luego nos decía también en euskera cómo teníamos que resolverlo, y nosotros teníamos que sacar el problema y escribirlo en castellano. De tiempo en tiempo pasaba un inspector que no sabía euskera y, claro, era Arrese mismo quien tenía que responder de nuestro castellano al enfrentarse a estos exámenes periódicos del inspector. Así aprendimos a leer lo que no comprendíamos; lo que no comprendieron nunca la mayor parte de mis compañeros de clase y lo que yo fue comprendiendo sólo mucho después, a medida en que iba avanzando en mis estudios sacerdotales. Por eso, no debe sorprender a nadie la escasa afición de los campesinos vascos a la escuela, porque le tienen miedo, como yo. Recuerdo todavía pasajes de la introducción del libro de fábulas de Samaniego como éste: "¡Oh, jóvenes amables que en vuestros tiernos años, al templo de Minerva dirigís vuestros pasos; seguid, seguid marchando!"; me viene todavía al caletre como nos venía entonces a todos sin comprender una sola palabra del libro que leíamos; no entendíamos más que los santos, los dibujos, cuando mostraban animales; como en las fábulas, comprendíamos que hablasen como en los relatos populares de Ataun, a lo que estábamos acostumbrados, pero, y con dolor, no los entendíamos. La gramática también la aprendí así, de memoria, sin comprender para qué servían las reglas; después he visto que tenían sentido, ¡y hasta sentido arqueológico!, algunas frases que aprendí entonces, como éstas: "En las quiebras de las rocas y en los huecos de los árboles formaban su república las discretas y solícitas abejas"; esta frase era un ejemplo para encontrar los

artículos *el, la*, y sus plurales, pero yo no lo supe sino mucho después, y mis compañeros de escuela (casi todos) han muerto sin conocer su objeto.

– ¿Nunca les enseñó a leer un texto en vascuence?

– Nunca. Al que cogía en esta falta de hablar entre nosotros en nuestra lengua lo castigaba mediante el sistema del anillo, entonces normal en nuestras escuelas.

– He oído hablar muchas veces de ese anillo, ¿cómo funcionaba entre ustedes?

– Pues así: al que don Manuel oía hablar en vascuense le colocaba un anillo; este anillo pasaba de alumno a alumno según iban produciéndose las faltas, lo que provocaba entre nosotros un miedo muy grande y el recelo de acercarnos al compañero que lo tenía en el bolsillo, porque éste podía provocar la falta dirigiéndose en euskera a cualquiera de nosotros para pasarnos el infamante anillo; todos escapábamos de él; así, el anillo cumplía un doble objetivo: le hacía a uno sentirse solo, evitado por sus compañeros de clase, y le quedaba el temor a los palos que recibía, puesto que quien lo tenía a fin de semana era castigado.

– Si usted hubiese tenido la oportunidad de recibir esta primera instrucción en su lengua materna, ¿hubiese adelantado más en sus estudios?

– Sin ningún género de dudas, y hubiese sido más feliz, y no hubiese tenido que pasar por el pánico con que llegué al Seminario.

– Antes me decía usted que rehuyó el sacerdocio, pero usted fue luego al Seminario, ¿cómo ocurrió ese cambio de decisión?

– Yo admiraba a los sacerdotes que conocía, sobre todo al cura de mi parroquia de San Gregorio, y me nació el impulso de ser sacerdote como él, de servir a mi pueblo mediante el ministerio de Cristo; era mi vocación; así me atreví a salvar aquel enorme obstáculo de la lengua, y se lo dije a mi madre; pero para mi sorpresa, mi madre me dijo esta vez: *A, gaixoa, apez izatea asko kostatzen baidek!* "¡Ah, hijo mío, el hacerse sacerdote cuesta mucho dinero!"; esto me enfrió completamente, y no dije nada más, hasta que un día me habló ella: "Hijo, tienes que ir a la Preceptoría de Baliarrain", y así comenzaron a cumplirse mis deseos. La pensión de un estudiante era de seis reales diarios si bebía vino en las comidas, y cinco para el que no; yo era de los que no bebían vino y me acogí a la pensión más barata. Pero la conciencia que tenía yo del mucho sacrificio que exigía este gasto a mis padres trabajando de día y de noche en el campo para mí, y también la dificultad que tenía con el castellano, me afianzaron en la idea de que debía abandonar los estudios, y así, en las vacaciones de Navidad se lo dije a mis padres. Estos se habían hecho ya a la idea de tener un hijo sacerdote e insistieron mucho, pero a esta insistencia les respondía yo diciendo que no me sentía capaz de vencer el obstáculo de la lengua, porque aprendía las cosas de memoria, sí, pero no entendía el sentido de las palabras y me sentía completamente vacío. Así estaban las cosas en mi casa en esas Navidades cuando mi madre se enteró por los padres de un condiscípulo mío de San Sebastián que yo, "Ataun" (que es como me llamaban en Baliarrain) era considerado como uno de los que, a su juicio, podría salir mejor en las pruebas. Por este simple detalle se decidió que yo regresase a la Preceptoría. Recuerdo que al examinarme en Vitoria (porque para los exámenes teníamos que ir a este Seminario que entonces era común para las provincias vascas) el que presidía la mesa

examinadora era un canónigo nacido en Zarauz y me dijo al llegar: *Ataungo frutua*,... y me miró para que terminase yo el refrán y, efectivamente, le dije: *...ez ola ohitua*; luego me examinó, bien, y cuando terminó me dijo esto que no se me olvidará mientras viva: "Sabes más latín que castellano, pero tienes que aprender castellano, ¡eh!, tienes que aprender". Me lo dijo con cierta severidad, y yo creí que me había suspendido. Pero no fue así, sino que aprobé, y no solo aprobé, sino que fui el único de esa promoción que pudo hacer dos años en uno...

– Y en el Seminario, ¿no enseñaban a leer en lengua vasca, no preparaban entonces a los sacerdotes vascos a predicar en su lengua?

– No –me dice don José Miguel–, nada de vasco –y se calla; luego sigue–. Yo hice los tres años de Preceptoría de Baliarrain (donde enseñaban Latín y Humanidades) en dos, y pasé a uno de los dos Seminarios que había en Vitoria: uno para la carrera corta de cuatro años (dispuesto así este programa de emergencia porque después de la segunda guerra carlista había necesidad de sacerdotes) y otro de "carrera larga", de ocho o nueve años, que es la que decidí seguir yo. Aquí, en el Seminario de Vitoria, hice los tres años de Filosofía y los seis años de Teología. Fueron seis en lugar de cinco, porque me nombraron Pasante; el Pasante se ocupaba de cuidar de la disciplina; al mismo tiempo yo estudiaba Etnología Religiosa, que era mi inclinación, y era profesor de Física.

– ¿Cómo le llegó esta inclinación por la Etnología Religiosa?

– Mi carrera religiosa me fue planteando problemas de conciencia, unos nudos que yo sentía la necesidad de soltar antes de seguir adelante con el sacerdocio; sentía este escrúpulo; y comencé a leer por mi cuenta libros que trataban del Estudio de las Religiones, y así me llegó a las manos un libro en francés, al que debo bastante porque me ayudó a soltar muchos de estos nudos que sentía en la cabeza; el nombre de ese libro lejano es *Problèmes et conclusions de l'Histoire des Religions*, y el autor es P. de Broglie, hermano de un físico atómico muy famoso. Al mismo tiempo comencé a hacer investigaciones por mi cuenta en el país. Así fue como comencé a meterme en "política"...

– ¿En política?

– Sí, eso decían. Primero, es verdad que yo me inclinaba por el integrismo; yo era integrista porque lo era el cura de mi parroquia, y escribía (algún que otro de estos artículos en euskera) en *La Constancia* de San Sebastián, y estaba suscrito a *El Siglo Futuro* de Madrid. Y ya le acabo de decir que también había comenzado a hacer investigaciones por mi cuenta, y un sacerdote me dijo un día, y sin duda de buena fe, pero me dijo: "Mira, José Miguel, no tomes como materia de investigación el Pueblo Vasco porque se te van a complicar las cosas, ¿por qué no dedicas tus trabajos a cualquier otra parte de España?" Esto me dijo, no lo olvidaré nunca, y comprobé luego que tenía razón, porque me acusaron pronto de mezclarme en política solo porque me ocupaba de hacer averiguaciones acerca de la etnografía religiosa de mi pueblo, que yo descubrí pronto con mis estudios que era muy particular a pesar de que no nos habían dicho en el Seminario una sola palabra.

– ¿Ninguna?

– Ni siquiera una. A nosotros se nos enseñó, no cultura vasca, sino todo lo que no era vasco; de manera que cuando salíamos los sacerdotes vascos del Seminario

destinados a las parroquias vascas conocíamos la geografía peninsular en general, los nombres de sus montañas y de sus ríos más importantes, conocíamos su historia muy detalladamente y también salíamos muy bien instruidos en la lengua castellana, pero no habíamos oído hablar nunca de la lengua vasca, ni de su origen y su historia, ni tampoco nos habían hablado una sola palabra de su geografía, de sus ríos, de sus montañas, ni de la historia del pueblo al que pertenecíamos y de la tierra que pisábamos. De esto me di cuenta durante mis vacaciones, sobre todo cuando comencé a investigar las costumbres y la mitología y cuando comencé a hurgar el suelo para buscar las huellas de mis propias raíces. Era joven, tenía 21 años, pero me di cuenta que no había otra manera de comenzar a estudiar Etnología que haciendo investigaciones, y tenía que comenzar a hacerlas en el mismo lugar en que vivía y donde, además había nacido, porque no iba a irme a América o a Siberia para esto. Y esto que le estoy diciendo ahora se lo dije entonces al que me recriminó el hecho de comenzar a hacer los estudios en mi propio suelo: "Mire usted, cuando yo comencé a estudiar Biología, a aprender algo acerca de los infusorios, no fui a buscar agua del Lozoya, por ejemplo, sino que me acercaba a una charra de la vecindad y traía el agua que iba a colocar frente al microscopio; ¿usted cree que eso es hacer política?" Él reconoció mis razones, pero insistió diciéndome: "Eso es verdad, pero verás que el mundo está hecho así, de esta manera, y que vas a tener problemas". Y, efectivamente, así fue.

– Le acusaron de meterse en política...

– Sí, y hasta de tener "tendencias judeo-masónicas"; y todo porque yo publicaba unas hojas con los resultados de mis investigaciones de folklore vasco; iba adelante con mi vocación; era profesor (lo fui durante 23 años) y llegué a ser vice-rector del Seminario de Vitoria (lo fui hasta que estalló la guerra el año 1936), pero al mismo tiempo continuaba con mis trabajos de investigación y me puse en contacto con un fraile austriaco del Verbo Divino de apellido Schmidt, quien era cabeza de lo que llamaban la Escuela de Viena de Etnología y Lingüística que publicaba una revista importante llamada *Anthropos*...

– También era político el padre Schmidt –le interrumpo.

– ¡Claro, también! –dice el padre Barandiarán, y se ríe–. El padre Schmidt me escribió una carta pidiéndome que aceptase la corresponsalía de esa publicación en el País Vasco; yo le enseñé la carta al señor obispo y éste no opuso ningún reparo; así es como comenzó a tener mi trabajo de etnografía religiosa y de folklore vasco una audiencia extranjera. Con los trabajos que escribía entonces comencé a publicar en *Eusko-Folklore*, en unas hojas mensuales y en un anuario o volumen anual. Ahí han quedado los anuarios de *Eusko-Folklore* de la Sociedad de Estudios Vascos (que después de la guerra civil continúan siendo publicados por la Sociedad Aranzadi) para que quienquiera pueda juzgar a esta distancia de tiempo mi trabajo de entonces.

– ¿A qué se dedicaron sus primeros trabajos de investigación?

– A las creencias del pueblo: busqué por toda la geografía del País Vasco los rastros de magia, las creencias y prácticas paganas que quedaban. Pero ya desde antes de sacar a la luz estos trabajos había tropezado con problemas arqueológicos que llamaban mi atención. Como hasta entonces no se habían hecho apenas investigaciones arqueológicas, no pude hallar antecedentes y tuve que comenzar a trabajar a tientas. En

el mismo Ataun tropecé con la creencia de que había un monte que llamaban "Jentil-Baratza", o Huerto de los Gentiles, donde existía la tradición de que habían sido enterrados los últimos infieles. Quise ir personalmente a ver de qué se trataba; eso era una *esaunda* (dicho) y yo recogía las *esaundas*, eso era etnografía; pero yo quería ver el lugar mismo. Así llegué un día al lugar con un hombre de unos sesenta años y comenzamos a cavar; no encontramos ningún hueso humano, aunque sí unas monedas y algunos herrajes de la *Edad Media*, lo que me confirmó la sospecha de que el castillo que menciona Jiménez de Rada, y también cita Gorosábel, estaba aquí, donde denominaban "Jentil-Baratza", y no donde se levantó después la iglesia de San Gregorio; ahí se veían, y hoy se pueden ver también, los cimientos de este castillo de Ataun. Pero lo que resultó para mí de interés en este ensayo fueron las palabras que me dijo el hombre que me acompañaba mientras comíamos durante el descanso: "Si el Huerto de los Gentiles no está aquí, tiene que estar en Aralar; cuando yo tenía 16 años pasé un anochecer por un paraje de esa montaña con los carboneros y uno de ellos dijo que debajo de una piedra grande que hay allí estaban enterrados los últimos gentiles, que ésa era la tradición". Él era de la parroquia de San Martín, y quedamos en encontrarnos a medio camino al día siguiente; como no venía, decidí subir solo; llegué a lo alto, y como hacía calor me senté sobre una piedra, y mientras descansaba reparé entre la tierra que había removido un topo una muela humana; "Aquí tiene que haber algo", me dije, "este topo ha sacado la muela de debajo de esa piedra". No era piedra caliza (*karaitza*), sino una especie de diorita, y me hice la reflexión de que esa piedra tenía que haber sido traída de otra parte; era de dimensiones respetables, y pensé que tenía que haber algo debajo; limpié los bordes y descubrí que estaba colocada sobre un montículo. Quise recorrer los alrededores y descubrí un poco más abajo a un muchacho que estaba guardando unas ovejas; le pregunté como llamaban al lugar, y él me dijo que era Martxabaleta (¿Arritxabaleta?); pregunté por el montículo que venía de inspeccionar, y me dijo que era Argarbi (¿Argarri?); la verdad es que no estaba seguro todavía de que se trataba de un dolmen, porque no había visto todavía más que los que pintaban en los libros, con sus piedras bien puestas, como resultan después de ponerlos al descubierto, y pregunté al chico: "sabes tú algo de donde están enterrados los últimos gentiles?", y me dice sencillamente: *Bai* "sí"; me sorprendió, porque suponía que no lo sabía más que aquel viejo, pero el muchacho de 15 años me habló de un montículo próximo al lugar y de una gran losa que había sobre él, y me dijo: "Si usted golpea con una piedra la losa grande, verá que suena como una campana; ésa es la piedra de los gentiles (*Jentil-arria*, ahí están enterrados los últimos gentiles", y luego el muchacho me contó una historia muy bonita: "Los gentiles bailaban en esta pradera de Martxabaleta (una pradera muy hermosa desde donde se ve casi toda Guipúzcoa) un domingo cuando vieron aparecer por oriente una nube luminosa; se asustaron, porque nunca habían visto cosa parecida, y fueron a buscar al anciano de su pueblo, que era un sabio, y lo trajeron, y le dijeron: "Dinos, ¿qué es eso?", y el anciano de los gentiles les dijo: "¡Ay, hijos míos, éste es el fin de nuestra raza; ha nacido *Kixmi* (el apodo, "mono", que daban los gentiles a Jesucristo), echadme desde esta roca porque no quiero vivir más!", y dice uno que le echaron y murió; ésta es la nueva que traía aquella nube luminosa (me lo estaba contando aquel muchacho como si hubiese sido testigo de todo aquello la víspera), los demás gentiles se

sepultaron precipitadamente debajo de la gran piedra y ahí están, enterrados, desde entonces". Fue don Pedro Manuel Soraluze, director del Museo de San Telmo, el que después de haber leído un artículo mío que trataba de este hallazgo me escribió una carta que decía: "Hemos tenido una reunión de la Junta de Gobierno de este Museo (el Museo estaba situado entonces en San Sebastián detrás del Buen Pastor); allí he dado cuenta del artículo que ha publicado usted en *Euskalerrriaren alde*: se trata de los primeros dólmenes que aparecen en Guipúzcoa". Así tuve confirmación de que mi hallazgo tenía una importancia cierta. También publiqué en la misma revista otro artículo acerca de mis descubrimientos en *Jentil-Baratza*, y este artículo fue reproducido luego, y con mi permiso, en *Castillos medievales de Navarra*, porque el castillo de Ataun a que he hecho referencia fue construido en el tiempo en el cual el País Vasco formaba parte, en su totalidad, del reino de Navarra.

– ¿Dónde comenzó a profesionalizarse usted?

– Los estudios arqueológicos y etnográficos estaban muy rezagados aquí y por iniciativa del sabio don Telesforo de Aranzadi fui enviado en una gira de estudios a los museos más importantes de Europa: los de Francia, los de Alemania, Austria (el etnográfico de Viena me sorprendió porque daba una importancia notable a la etnografía y a la lingüística vasca), Inglaterra, Holanda, Bélgica, Suiza, Hungría y algún otro país; hice mis estudios asistiendo a cursos sobre todo en Alemania y en Francia, y también en Madrid y en Barcelona; pero lo que quiero destacar aquí es que fue el interés y la generosidad que prodigó el profesor Aranzadi (quien entonces enseñaba en la Universidad de Barcelona porque aquí carecíamos de universidad) el que me animó en mi trabajo; tenía Aranzadi treinta años más que yo y con él trabajé durante veinte años, y en este tiempo investigué también por mi cuenta y comencé a disciplinar mis conocimientos y mis trabajos, a sistematizarlos; a mi juicio, Aranzadi es uno de nuestros sabios más grandes de entonces y de ahora en las disciplinas de Etnología.

– Don José Miguel, ya me ha dicho usted antes que estos estudios de la Etnología y la Arqueología general le llevaron a estudiar, como es natural, lo propio, y no sólo porque lo tenía más cerca y era como bucear en su propio pasado, en sus propias raíces, sino porque se dio usted cuenta pronto de que lo vasco como problema etnológico y lingüístico era conocido en el mundo entero como elemento de un gran interés científico. Aquí quiero hacerle dos preguntas: primera, ¿en qué reside este interés universal por lo vasco?, y, segunda, ¿por qué la Iglesia Católica se ha portado como institución de manera tan mezquina con nuestra cultura?

– Vamos a ir por partes. En cuanto a la primera parte de su pregunta, cualquiera que tenga acceso a libros de etnología y lingüística universal se puede dar cuenta por sí mismo que en los mapas especializados figura la etnia vasca por un lado y el euskera o vascuence por otro en solitario frente a las demás familias lingüísticas, étnicas y culturales de este mundo. Esta no es una afirmación especulativa, sino un hecho objetivo que cualquiera puede comprobar. Y le citaré el caso concreto de estos días, el de una de mis alumnas en la Universidad de Navarra: ha venido enviada por la Universidad de Tokio para hacer su tesis de grado sobre los vascos. No sé si habrá muchos estudiantes europeos que lleguen al Japón para escribir una tesis acerca de la raza o la lengua japonesa. Este interés no es nuevo, porque ya es muy sabido que lo han dado a

conocer muchos sabios mundialmente conocidos acerca del hecho vasco. Esto en cuanto a la primera parte de la pregunta. En cuanto a la segunda, quiero comenzar a matizar. El fin de la Iglesia no es crear culturas y pueblos, ni asumir la regencia de los mismos, sino señalar el alfa y la omega del hombre y proponer un modelo conforme al cual debemos comportarnos y dar sentido a nuestra vida. El método utilizado en esta empresa o la obra realizada con el pretexto de ella ha sido fatal en muchos casos. A la misión de la Iglesia, muchos de sus representantes oficiales asociaron otros quehaceres y designios, los cuales tenían mejor asegurado su éxito a la sombra de aquella institución, o investidos por su forma y sus apariencias externas. El predominio político de los estados francés y español fue parte para que la clerecía española y francesa introdujeran durante siglos sus elementos en los cuadros de las iglesias de Vasconia. Poderosa herrumbre, realmente, de signo político y económico formaba la *ganga* del pensamiento religioso, cosa difícil de evitar tratándose de hombres, sobre los cuales gravitan siempre múltiples intereses profanos. Pero *tenga usted muy en cuenta* –y don José Miguel subraya sus palabras con intención– que la culpable no es la Iglesia como institución, sino los hombres que han actuado y actúan en nombre de ella, aunque estos hombres actúen en su propio nombre. Esta distinción es *fundamental*. Y le diré más: son los hombres, y muchas veces estos hombres que dicen actuar en nombre de la Iglesia, los que más daño han hecho a la Santa Madre Iglesia Católica, y continúan haciéndole. Así ocurre con el País Vasco también, porque han sido los hombres que actúan en nombre de la Iglesia los que nos han hecho más daño a nosotros como vascos, y a nuestra lengua, y a nuestra cultura en general. No acaso siempre, y esta aclaración es importante, porque ellos se dispusieron a hacernos este daño grande, sino porque estos hombres que han actuado y actúan en nombre de la Iglesia se encaminaron en una política y se han dedicado a servirla. La Iglesia no debe nunca supeditar su ministerio al interés del estado, como muchas veces ha ocurrido en la larga historia de la Iglesia, sino que debe actuar con completa independencia de cualquier empresa política. Muchos se han dedicado a la Iglesia con la intención de servir al estado, porque han creído que la Iglesia es un buen camino para lograr su propia grandeza personal y entregarse al estado al que tienen la vocación de servir. Esto lo hemos visto a menudo: funciona en las dos direcciones, y hay quienes sin el apoyo del estado nunca hubiesen llegado a ser autoridad dentro de la Iglesia. No es que muchas veces el estado haya hecho uso de ellos, sino que han sido ellos los que se han valido del pedestal que les ofrece el estado para llegar a ser autoridad. No es, pues, la Iglesia propiamente la que ha causado daños, y algunos irreparables, a la cultura del País Vasco, ni tampoco el cristianismo. El camino de la política ha sido siempre fatal para la Iglesia. Recuerdo muy bien las palabras que escuché en la memorable ceremonia de mi consagración sacerdotal: "El sacerdote que se inmiscuye en la política de partidos hace daño a la religión y a la Iglesia; el sacerdote es el servidor, no de unos o de otros, sino de todos los hombres, y del sacerdote que entra al servicio de uno cualquiera de los grupos políticos, los demás tendrán, y con razón, de qué quejarse y decir: 'Ese sacerdote no parece tener mucho juicio al entrar a formar parte de ese grupo político, y esa falta de juicio vale también para los que emite en su ejercicio sacerdotal.'" Entonces, comprendí perfectamente que mi vida debía estar dedicada al servicio religioso de todos los hombres sin distinción alguna. Así es como

rompí mis compromisos políticos, si tal nombre merecían mis simpatías por ciertos movimientos, y nunca di mi voto en las elecciones, porque creí que así demostraba mejor mi independencia...

– Así consiguió resolver su problema...

– ¡Ni así!... porque algunos me decían: "Tú no estás con nosotros, por tanto eres nuestro adversario..."

– Lo alinearon con los que tenían tendencias judeo-masónicas...

– Sí, pero quien lo dijo en un artículo se retractó después, y yo sigo sin formar parte de ningún grupo político, a menos que llamen política al trabajo de investigar el pasado de mi pueblo, que es tan acreedor a la atención y al respeto como los demás. Basta leer a Juan XXIII para saber que no estamos sino aplicando la doctrina de la Iglesia.

– Por una parte está ocurriendo, don José Miguel, esto que usted está diciendo, que están usando a la Iglesia para los fines políticos del estado, y por la otra le han salido a la Iglesia unos críticos más jóvenes y le están diciendo que ha sido ella, la Iglesia, la que ha sido el vehículo de un cristianismo que ha debilitado al pueblo vasco por haber sido portadora de "centralismo por interés" e inculcado "cobardía por caridad".

– En cuanto a lo primero, he dicho ya mi palabra, y si hace falta otra diré que tampoco el cristianismo como tal ha causado daño a la cultura vasca. Y en cuanto a lo segundo habría que decir más de un palabra. Cuando el cristianismo se introdujo en Europa no llegó limpio de polvo y paja como venido a través de un camino inédito; este mensaje fundamental del Cristo se difundió a través de los hombres y a través de los pueblos, lo que quiere decir que hizo un camino humano adaptándose en lo accesorio a las vías y a las veredas por las que andaba ya de mucho atrás el alma de los pueblos y de los hombres. ¡Qué duda cabe que el cristianismo se introdujo en el país adaptándose en cierto modo a la concepción que el vasco tenía del universo y del hombre! Esto se ve fácilmente a través de los elementos de paganismo que fueron adoptados como símbolos, aunque después, poco a poco, fueron tomando estos elementos primarios un sentido diferente. Por ejemplo: el fuego. El fuego del hogar es un elemento importante de expresión religiosa del vasco. Pues, muy bien, ¿los vascos han dado importancia a la adoración del fuego?, entonces el fuego va a ser uno de los símbolos de la nueva religión; éste era el sentido de la bendición que se daba en la Iglesia al fuego, y por eso se bendecía todos los años el fuego y se renovaba, se llevaba a las casas; de forma que se utiliza el fuego pagano como un medio de cristianización. Así se bendicen los fuegos en el día de San Juan, que coincide con el solsticio de verano. Es, pues, verdad que se ha hecho uso de las costumbres paganas que expresaban la emoción hacia la divinidad, hacia un ser que nos trasciende. El cristianismo no llegó, pues, a través de un vacío, ni tampoco a un vacío, sino que tuvo que abrirse el camino siempre difícil del alma humana y adaptarse a ella donde llegaba. El cristianismo tropezó en el pueblo vasco, no diré con grandes dificultades, porque no hay noticias de muchos mártires aquí, pero sí con concepciones de la vida que eran muy particulares. Y estas concepciones particulares que tenían los vascos cuando llegó el cristianismo no todas eran, como algunos están tentados de creer, autóctonas y fundamentales: el animismo y el politeísmo de aquí mostraban caracteres claramente indogermánicos. Claro, la religión cristiana no podía aceptar fundamentalmente esta creencia, pero adoptó la táctica de

introducirse muy poco a poco y como dándose a los modos locales; la prueba está en que prevalecen muchas formas paganas vascas con un sentido fundamental cristiano.

– Usted dice, don José Miguel, que el politeísmo y el animismo no constituyen la raíz misma del sentido religioso del vasco, ¿puede explicarnos este punto?

– Ya sé que algunos, sobre todo entre los jóvenes, especulan con la posibilidad de que el cristianismo haya podido destruir parte de las concepciones fundamentales del pueblo vasco. Y no creo que haya podido ser así. Desde tiempos muy antiguos aparecen aquí entre nuestros antepasados el reconocimiento de algo que trasciende nuestro mundo de representaciones. Este fondo no sólo fue destruido, sino que resultó fortalecido por el cristianismo. Ya sabemos que el cristianismo llegó cabalgando sobre elementos de tipo sociopolítico de origen fundamentalmente romano. Ahora bien: los vascos hemos tenido en el curso de nuestra larga historia contactos con todos los pueblos indoeuropeos y todos nos han dejado su huella cultural; una de estas huellas es el animismo de resabios marcadamente arios y particularmente romanos. No necesito ir muy lejos en el tiempo ni en el lugar para advertir señales de animismo en el vasco, porque ha llegado vivo hasta nuestro tiempo, y yo mismo he vivido la experiencia. Yo me he criado en un ambiente en que creíamos que la Virgen de Aránzazu, la imagen que existía, y existe, en el santuario, era una persona de carne y hueso, y los mitos que nos contaban daban testimonio de eso porque nosotros íbamos a Aránzazu, ¡larga caminata desde Ataun a Aránzazu!, a pie, y al llegar nos sentábamos en la silla donde se sentaba la Virgen cuando salía por las noches a bendecir los campos de Guipúzcoa, y allí cerca estaba la fuente de la Virgen donde bebíamos agua aunque no tuviéramos sed; podíamos ver las marcas que dejaron los dedos de la Madre en la piedra con nuestros propios ojos. Así nos decían también que, invocada por los naufragos en el mar, o por los pescadores en desgracia, salía, se ausentaba del santuario de Aránzazu, y regresaba a la madrugada; nos contaban con todo detalle como traía del mar en sus santos pies la arena que veíamos en el suelo. Eso se contaba cuando yo era chico y en ese ambiente me crié yo. Poco a poco, claro, fui rectificando mis juicios. Pero aún hoy en día hay personas que viven estas fábulas como si fuesen verdad histórica. Ahí tenemos a nuestra gente, y a otras gentes en el mundo, acercándose a las imágenes de madera o de yeso como si fuesen ellas, estas imágenes, las que tienen por sí la virtud de lograr lo que uno desea. Es un caso de objetivación de los símbolos, suerte de formalismo en el que sin pensarlo incurren los iconoclastas de nuestros días, que tratan de desmitificar lo pasado mediante los mitos de su escuela. Así, por ejemplo, me acuerdo de cuando hicieron en la iglesia de San Gregorio de Ataun una renovación del retablo y pusieron un san Gregorio nuevo (el anterior era un papa afeitado, sentado y bastante feo; nos parecía eso, pero, en fin, nadie se atrevía a decir que era feo), y así, el que trajeron era un hombre con mucha barba y de pie, de una gran estatura y tenía un papel colgado de su mano; cuando llegó el momento de sacarlo a pasear en rogativa para pedir la lluvia del cielo, la gente invocaba, no al san Gregorio nuevo, sino que querían llevar en andas al antiguo san Gregorio. Éste es un rastro muy marcado de animismo. Y comprendo muy bien la actitud iconoclasta de algunos "enfants terribles" de hoy, y que se alcen contra este abuso; incluso hay quienes llegan al extremo opuesto de suponer que el símbolo es siempre perjudicial, y no lo es, porque el hombre necesita del símbolo como medio para idear y para pensar. Hoy

pasean por ahí las imágenes de Marx y de Lenin o de Mao Tse Tung guiados más o menos por los mismos impulsos.

– ¿Y cuál es la concepción religiosa del vasco anterior a estas influencias animistas?

– *Bai, goazen ara...* "sí, vamos allá" –me dice–. Ya he mencionado que el animismo adquirió entre los vascos un matiz indoeuropeo; así se puede seguir la traza de la brujería. La brujería del siglo XVI en el País Vasco no era más que la brujería que estaba difundida por todo el continente europeo y se fue adaptando a nuestro país como lo hizo en los demás pueblos. Lo curioso es que el hombre tiende a encarnar estas cosas en alguien, y este alguien depende de las circunstancias políticas, económicas, religiosas y de otro tipo; gracias a determinados designios de orden político, la brujería pareció encarnada en los vascos. Esto interesaba a ciertos políticos y gentes arribistas, como hoy interesan clisés de un significado muy parecido porque resultan útiles; entonces se decía de nosotros: "Éstos son brujos", una manera de castigar al adversario, al enemigo, y luego tratarlo como a tal, como si el nombre hiciese la cosa. Así los llevaban a los tribunales. Los jueces de estos tribunales estaban constituidos ya en aquel tiempo por extraños al país, no conocían nuestra lengua y venían con una cantidad enorme de brujería de toda Europa dentro, y creyendo a pie juntillas, porque, como dice Pierre de Lancre cuando vino a juzgar a los vascos de Donibane (Saint Jean de Luz) acerca de las brujas y de los diablos, y en el libro que dejó habla de manadas de diablos que nuestros misioneros habían expulsado de Oriente, del Japón, de China y demás, y por lo tanto vinieron aquí, al País Vasco, y eran esos diablos lo que estaban encarnados en las brujas y en los brujos vascos que él estaba juzgando; y, naturalmente, ¿qué iban a hacer?, quemarlos, todos, y quemando los brujos quedaban quemados por lo visto los diablos. Eso es lo que ocurrió. Y en tiempos anteriores ocurrió algo parecido con el animismo, que viene a ser una cosa parecida a la brujería. No tenemos razón alguna para pensar que estas formas religiosas o cuasirreligiosas eran lo fundamental en el vasco; no porque queramos eximirnos de culpas, sino para salir al paso de algunas simplificaciones de nuestro tiempo en que hay quien piensa que el cristianismo entró en colisión con lo autóctono vasco, y consideran como "vasco autóctono" la brujería, por ejemplo, cuando la brujería, como más lejos la adoración del fuego, del Sol y de la Luna, de determinados vientos, determinados árboles, determinadas fuentes, fue recibida de fuera, traída o impuesta por otros pueblos.

– Entonces, ¿todo este conjunto de formas culturales vino de Oriente?

– No podemos decir que fuese exclusivamente de Oriente; a nosotros nos llegó sobre todo de Oriente, desde luego, aunque también pudo venir de Occidente, porque estuvimos rodeados de indoeuropeos; pero es verdad que para nosotros la cultura indoeuropea se introdujo más del Este.

– ¿Cuál es, entonces, don José Miguel, el carácter fundamental del vasco?

– No la brujería, desde luego, que es la etapa hasta donde regresan hoy algunos indocumentados de nuestro pueblo como si eso que nos trajeron y con cuya excusa nos castigaron duramente fuese nuestra esencia más profunda. Lo que está claro es que *en la personalidad espiritual del vasco hay una concepción del mundo y del hombre basada en el reconocimiento de un ser que nos trasciende y a la que han ido incorporándose las concepciones mágicas y animistas*. El vasco ha guardado a través de los tiempos y de las

influencias su propio y original sistema de valores, con unos derechos, unos deberes y una responsabilidad, o sea: es todo el sistema jurídico y moral en el cual están insertos todos los valores del hombre. Este sistema de valores, basado en la mencionada concepción del mundo y del hombre, es el elemento más importante de una etnia, porque es el más característicamente humano. Y en eso descansa lo que tanto se menciona hoy: el humanismo. Por eso, a pesar de las diversas influencias, ha quedado la concepción religiosa original que prevalece en el pueblo vasco, y es no el animismo desde luego, ni la brujería, que dicen algunos que vino a interferir el cristianismo, sino el pensamiento fundamental de un sistema de valores por el que llega a la conclusión de que *el hombre no se basta a sí mismo*, de que *el hombre no es por sí mismo*, eso que aparece todavía constantemente en nuestras gentes cuando dicen, en los momentos difíciles: "*Ez gera gure baitan*", no dependemos de nosotros mismos; siempre como un recurso a Otro que nos trasciende. Esto es lo que he recogido en todo el país cuando lo he ido investigando con ánimo de estudiar nuestra etnología. El cristianismo no hizo, pues, sino reforzar esta concepción íntima y profunda del vasco, y de ninguna manera la desvirtuó y menos la anuló.

– ¿Cómo explica usted esta peculiaridad del sistema de valores que se desarrolla en cada pueblo?

– Primero, desde luego, por su vida interior, y en algunos casos esta peculiaridad se ha acentuado por su aislamiento.

– Hay un tema que ha apasionado a los estudiosos y también despierta preguntas en los que no lo somos: ¿de dónde viene el vasco, cómo ha evolucionado en el tiempo la etnia vasca?

– Sí, es un tema siempre vivo, y seguimos sabiendo menos de lo que quisiéramos.

– Para comenzar a plantearnos el problema ¿de dónde vinieron los vascos aquí, a esta tierra, y qué concepciones han cambiado con la ciencia y la investigación desde hace sesenta años, cuando usted comenzó a trabajar en ese campo?; y refiriéndome a estos cambios: ¿podremos dividir la prehistoria en preglacial, glacial y posglacial, como lo hacen a menudo los norteamericanos en lugar de las divisiones clásicas de Paleolítico, Neolítico, etc., que parecen un poco esotéricas?

– Aquí no admitimos esta nomenclatura, y le explicaré por qué. Aquí ha habido varios períodos glaciales; eso de preglacial, ¿de qué glacial?

– Del último glacial.

– Bueno, el último glacial. Bien. Pero la cultura preglacial que había aquí continúa en el glacial durante mucho tiempo, durante muchos milenios; al menos en lo que se refiere a nosotros, no sabemos establecer la diferencia entre la cultura preglacial y la cultura glacial en esta tierra. En todo caso, solo se podrían hacer deducciones por la caza, por el material de caza que hemos podido hallar, aunque esto no es propiamente un testimonio cultural. Pero dejando este matiz a un lado, existían antes del glacialismo ciertos tipos de animales que cazaban, y cuando vinieron los glaciales surgieron otros tipos de animales; pero la caza lo hacían por el mismo método. Que sepamos nosotros, lo hacían de la misma manera, y por lo tanto la "cultura" de una y otra época viene a ser igual en este caso; y hay que tener también en cuenta que hablamos de "cultura" de aquellos tiempos cuando en realidad sólo conocemos algunas manifestaciones bien

tenues del modo de vida del hombre de la época. No hay duda de que el clima ha debido influir sobre la cultura en algún aspecto, pero nosotros no tenemos elementos de juicio suficientes para poder establecer una relación de clima-cultura. El glacialismo con sus fases nos proporcionan en primer lugar diversos hitos en el proceso de la vida de los hombres del Cuaternario en Europa. Se comenzó por los Alpes, y los nombres actuales de los glaciales que se han sucedido en el Cuaternario vienen de algunas localizaciones en ese importante sistema de montañas europeo: el Guciense, el Mindeliense, el Risiense y el Wurmense; éstos son los cuatro grandes períodos glaciales, y sus nombres vienen de otros tantos ríos de los Alpes. Desde el punto de vista cultural, para nosotros es mucho más claro decir Paleolítico Superior o Reciente, porque significan edades de culturas diferenciadas.

– Dejando de lado la nomenclatura, ¿qué es lo último que se sabe acerca de dónde y cómo aparecieron los ascendientes de los vascos de hoy en esta tierra?

– Pues mire usted, esta pregunta me la hacen muy a menudo, y esta misma mañana me la han hecho dos jóvenes de Marquina. La verdad es que no sabemos a ciencia cierta desde cuándo están en esta tierra los vascos de hoy. La cultura vasca actual es de hoy. Pero, claro, esta cultura tiene sus antecedentes, es un proceso con fases diferentes; porque proceso significa cambio, evolución. Por lo tanto, lo que vamos a preguntarnos es lo siguiente: ¿de dónde desciende esta cultura? Sabemos que nos ha llegado hasta ahora a través de fases; de la misma manera que en una cadena hay eslabones. Entonces, esta cadena, ¿de donde viene? Ésta es quizá la manera más propia de hacer la pregunta.

– Eso es.

– Bien, ¿de dónde arranca? Lo que nosotros sabemos es que eso comienza en la época del Musteriense, o sea, del Paleolítico Medio, hace alrededor de 50.000 o 60.000 años. Bueno, ésta es la cadena que nosotros conocemos. Pero aquellos hombres, ¿eran como los de hoy? No, desde luego que no; en su aspecto físico no eran como es el vasco hoy; era otra raza. Lo que se llama propiamente raza vasca o tipo vasco es relativamente reciente; nosotros pensamos que tendrá a lo sumo unos 7.000 años; algo así. Pero se ha llegado a esto en virtud de una evolución, y las fases anteriores de esa evolución se han cumplido también aquí; por lo tanto, el hombre de Cro-Magnon que estuvo aquí durante milenios se fue extinguiendo por evolución local en esta tierra para dar paso al hombre vasco actual. Entonces, el problema ya se aleja, porque debemos preguntarnos: si los vascos proceden del hombre de Cro-Magnon, ¿de dónde procedía este hombre? Y la respuesta es que el hombre de Cro-Magnon está aquí desde hace seguramente unos 40.000 años.

– Pero el hombre de Cro-Magnon estaba extendido en esa época en toda Europa.

– Al menos en el sudoeste de Europa, sí; y no se sabe de dónde venía; si acaso procedía por evolución del tipo anterior, que era el hombre del Neanderthal. Pero en este caso se hubieran encontrado tipos intermedios entre el Neanderthal y el Cro-Magnon, y no se han hallado hasta ahora. Acaso esa evolución para llegar al hombre de Cro-Magnon ha tenido lugar en otra parte del mundo y luego se ha extendido hasta aquí. Pero de todos modos esta antigüedad de nuestros antepasados en esta misma tierra, que se calcula en unos 40.000 años, es ya considerable.

– ¿Ya hay datos seguros para decir que hace 40.000 años ese antecesor del vasco de hoy estaba viviendo ya en esta tierra?

– Este hombre sí vivía ya en el sudoeste de Europa y también en esta tierra; lo sabemos porque los rastros que ha dejado en el País Vasco son los mismos que dejó en otras partes del sudoeste de este continente. Al menos no tenemos razón para decir que fuese otro. Lo que ocurre es que no hemos hallado aquí restos humanos de aquella época; eso es lo que hay que buscar, esto es lo que está todavía por descubrir.

– ¿De cuándo son los restos humanos más antiguos hallados en el País Vasco?

– Aquí hemos encontrado restos humanos incluso anteriores, del hombre del Neanderthal. Hemos hallado el húmero de un hombre de la época del Paleolítico Medio, o sea, de hace alrededor de 50.000 años; también hemos encontrado muelas humanas de aquella época en Mondragón y también donde estoy trabajando ahora en Dima (Vizcaya). Pero no hemos hallado restos del hombre posterior, el de Cro-Magnon (aunque sí abundantes restos de su industria) hasta fines del Paleolítico Superior, cuando ya vuelve a aparecer el testimonio de estos restos; también encontramos restos humanos posteriores que pertenecen a un tipo intermedio, que ha dejado ya de ser Cro-Magnon, pero que todavía no es vasco; se trata de un hombre de transición. Por esto tenemos elementos de juicio aceptables para decir que la evolución del hombre de Cro-Magnon hacia el hombre vasco se hizo aquí; tuvimos la suerte de encontrar este eslabón en Itziar (Guipúzcoa), en forma de varios cráneos. Cuando comenzó la guerra el año 1936 estábamos trabajando allá; el último de ellos, el más importante, lo conseguimos Aranzadi y yo en plena guerra, y no pudimos traerlo a San Sebastián, donde correspondía, porque estaba paralizado el servicio de trenes y autobuses, y lo llevamos a Bilbao; lo depositamos en su Museo.

– Don José Miguel, estos primeros hombres del País Vasco, ¿eran recolectores de frutos?

– Esto es lo que no hemos podido comprobar. Los hombres más antiguos que conocemos sobre este territorio comían sin duda alguna fruta; en la época que los situamos, hace alrededor de 50.000 a 60.000 años (y por lo que encontramos en el País Vasco situado al otro lado del Bidasoa, en Isturitz y en Cambó) este territorio era un tipo de tundra con pocos árboles frutales; lo deducimos de los restos que se encuentran, no de árboles propiamente, sino de pólenes y esporas; en la zona de más árboles que hemos podido hallar no pasa de un 60%, los demás restos pertenecen a otras plantas.

– ¿Cómo se puede llegar a esta deducción tan precisa?

– Mediante un estudio del material que hallamos; en cada yacimiento hallamos pólenes de vegetales que el viento esparce por todas partes, y mediante estos restos conocemos la clase de vegetales que prevalecía en ese lugar durante una época determinada. Este interesante estudio se hizo en el yacimiento de Isturitz, una población vasca situada hoy en el departamento de los Pirineos de Francia; no hemos podido hacer todavía este estudio en el territorio vasco de este lado de los Pirineos porque no tenemos un especialista que se dedique a eso; nos hace falta uno, pero no lo tenemos.

– ¿De qué vivía el hombre de esa época en nuestro país?

– De la caza, desde luego; en cuanto a la fruta a que aludía usted, existía aquí en el Musteriense y durante gran parte del Paleolítico Superior el avellano (en vasco: *urra*), y

había en algunas épocas, robles (en vasco: *aitz*) y por tanto bellotas, y había luego pinos, también alisos, sobre todo en épocas de humedad, cuando también existían helechos en gran cantidad; pero todas las épocas no han sido de humedad, porque se ha ido alternando una época de tundra con otra de estepa.

– ¿Cuál es el clima más lejano de que se tienen noticias en el país?

– El primero que yo conozco me parece que es más tundra que estepa; pero es que se han ido alternando mucho. El clima de tundra es húmedo y muy frío, y hay pocos árboles; el de estepa es también muy frío, pero mucho menos húmedo. Como se ve, durante el período glacial, que es el más largo que conocemos del hombre aquí, no ha habido mucha fruta; pero sí alguna, al menos en buena parte de este período.

– Y, ¿en cuanto a la fauna?

– En cuanto a los animales de esa época, son los propios del frío, de mucho frío: en la parte de Laburdi (situado hoy en el estado francés) había elefantes con lana, mamuts y rinocerontes; rinocerontes también ha habido en este lado del Pirineo, porque hemos encontrado restos en Mondragón; había también bisontes, caballos en abundancia, renos, ciervos, cabras, rebecos; había también leones, osos (primero el oso de las cavernas, que era dos veces más grande que el mayor que se conoce hoy, y luego el actual); en la importante cueva de Ekain descubierta hace un año se pueden ver todavía las camas que hacían esos osos.

– En este tiempo a que se está refiriendo usted, ¿a qué altura comenzaban las nieves perpetuas?

– Aquí había poco glacial, pero las nieves perpetuas comenzaban seguramente a unos 1.100 metros de altura. Claro, el hombre tenía que vivir por debajo de este nivel.

– ¿Y consumía en esta época algún fruto del mar?

– Suponemos que el hombre no sabía pescar todavía; lo cierto es que no hemos conseguido de esta época más que los yacimientos de tierra adentro en Mondragón, Dima, Isturitz, Cambó, otro yacimiento en Zuberoa; pero es todo lo que tenemos de esta época, y nada en las proximidades del mar. Si tuviéramos un yacimiento de este tiempo bien definido cerca del mar podríamos, naturalmente, decir con precisión, pero por ahora no tenemos. Conocemos, sí, yacimientos que corresponden a épocas posteriores cerca del mar, y hay pocos restos de pescado, muy pocos; hemos encontrado sobre todo vértebras, pero pocas. Lo que encontramos en este yacimiento, y ya digo que de tiempo más próximo a nosotros, son huesos de los animales que cazaban, no que pescaban.

– No parece que tuviesen ningún medio de navegar. Más tarde, el hombre de Cro-Magnon sí, recogía en la orilla del mar mucho molusco. Se ve que recogía mucho en ciertas épocas, sobre todo hacia el final de este tipo de hombre de hace más o menos 10.000 años.

– En cuanto a la configuración del litoral, ¿sería más o menos el mismo que tenemos hoy?

– Sí, sin mucha diferencia. Sin embargo, ha habido cambios; por ejemplo, cerca de Biarritz (entre Biarritz y Bidart) hallamos una playa donde hay unos estratos que contienen restos prehistóricos que son muy potentes; están formados por carbón y restos de vasijas bastante recientes, y están en gran parte del año cubiertos por el mar.

Afloran solamente cuando se producen mareas muy bajas, y esto dice claramente que la tierra ha bajado en esa parte o el nivel del mar ha subido. No tenemos otros indicios.

– ¿Cuándo comienza el hombre de estas tierras a habitar las cavernas?

– Pues en el Paleolítico Medio; hace alrededor de 50.000 o 60.000 años ya habitaba las cavernas. Esto no quiere decir que en época anterior, cuando la temperatura era más benigna, no viviese fuera de las cavernas; lo que pasa es que es muy difícil que se conserven restos de yacimientos humanos fuera de las cavernas porque los arrastra el agua; donde hay mejores posibilidades de conservación es en las cuevas. De modo que, si nosotros encontramos muchos restos prehistóricos en las cuevas, se debe a eso, a que el relleno de esos sitios se conserva más y mejor que las formaciones de superficie fuera de ellos. La regla general es que dentro del Paleolítico encontramos huellas humanas en las cuevas, y sólo después del Paleolítico comenzamos a encontrarlas fuera de las cavernas, y esto debido en parte a que son más recientes y han corrido menos riesgo de perderse. El hombre de ese tiempo vivía de la caza, de los animales que cazaba; los restos que nosotros encontramos son de animales salvajes. Aquí tropezamos con un hecho cultural interesante: suponemos que muchos de esos animales salvajes no podía cazarlos el hombre directamente con las armas de que disponía entonces, porque aunque contaban con bastantes armas no eran todavía aptas para poder introducirse en la piel de animales como los paquidermos, y el procedimiento que comienza a emplear, y que se ha perpetuado en el País Vasco, es el de la batida. Yo he conocido la batida de lobo hecha de esta manera aquí; se une una veintena de personas, sitúan al lobo, calculan dónde lo pueden empujar, construyen la trampa y lo asustan hacia esta dirección, y se encuentra el pobre lobo que salta sobre una rama que disimula la trampa y cae en ella. El hecho cultural a que me refiero es la asociación de hombres que exige la técnica de la batida.

– Don José Miguel, ¿cuándo comienza a haber bosque otra vez?

– El bosque empieza (bosque, o al menos una mayor cantidad de árboles) cuando termina el período glacial, aproximadamente hace unos 12.000 años. Todavía hace mucho frío, pero entonces comienza a cambiar, y poco a poco llega un clima en el que comienza ya a florecer una vegetación más abundante, más variada y también más alta. Así comienza a haber todos los árboles que tenemos ahora en el País Vasco. Los antiguos y estos actuales ya vienen de esta época. Algunos son bastante recientes, como la higuera por ejemplo; también, quizás, el cerezo; debe ser posterior el nogal, porque *intxaurra* (nuez) viene de *urra* (avellana).

– Con el cambio de vegetación y con el clima se inicia un cambio en la fauna también.

– Sí, claro; cuando cambia el clima es cuando el hombre comienza a vivir indudablemente más fuera de la caverna que hasta entonces; así comienza a construir su primera vivienda. Pero también cambia la fauna; porque comienza a desaparecer la fría, y ya no hay reno, ni bisonte, pero en cambio continúan los ciervos en gran cantidad, los rebecos y las cabras; también continúa el ganado vacuno, excepción hecha del bisonte. El hombre podría continuar cazando todavía, pero ahora resulta que también tiene más árboles, dispone de fruta, sobre todo tiene más bellota; ahora podría el hombre vivir en gran parte de la recolección de frutas; ahora sí. En resumen: ocurre un cambio de clima,

un cambio de habitación, un cambio de alimentación y, naturalmente, el hombre mismo comienza a cambiar. Cambia el tipo físico del hombre y nace el tipo vasco actual.

– ¿Cuántos años hace que se establecen estos rasgos típicos del vasco de hoy?

– Hace unos siete mil años. El cambio de clima comienza hace unos 12.000 años, y 5.000 años después (porque los siglos en prehistoria no son sino unos días muy largos) se llega a los rasgos del hombre vasco de nuestros días. Esto es lo que deducimos del hallazgo de Urtiaga, y para esta deducción nos bastamos también en la forma de la industria.

– Antes la antropología prehistórica dependía casi enteramente de las medidas del cráneo para distinguir una raza de otra; éste es el procedimiento en que descansó el ingente trabajo realizado por Telesforo de Aranzadi, ¿está este trabajo en pie después de las nuevas investigaciones?

– La ciencia antropológica sigue usando los antiguos procedimientos; estas mediciones siguen siendo validas. Además de las que se tomaban antes, se están tomando muchas nuevas y más precisas. Ahora este trabajo se ha hecho más complejo, más complicado. Pero los datos obtenidos por Aranzadi son hoy plenamente válidos. Hay, desde luego, quienes ponen en duda algunas teorías construidas a partir de estos datos antropométricos; las deducciones que se pueden hacer a partir de estos datos antropométricos podrán variar, pero las mediciones mismas fueron correctas. Es natural que haya en la interpretación de éstos algún cambio. Ahora bien, en cuanto se refiere al País Vasco no ha habido ninguna alteración, las deducciones de Aranzadi siguen plenamente vigentes, si bien no son aplicables a ciertos materiales procedentes de estaciones prehistóricas marginales del país.

– Y en cuanto a las teorías de invasiones prehistóricas del pueblo que se mencionan a veces, ¿qué se sabe?

– Aquí no se conoce invasión alguna de pueblos durante la prehistoria. Ha habido, es verdad, prehistoriadores, arqueólogos y gentes que han recurrido (como otros recurren al milagro) a invasiones y corrimientos de los pueblos para explicar las diferencias de cultura que ha habido en el proceso histórico. Aquí no ha habido invasiones, que sepamos. Los cambios culturales que ocurren aquí son explicables por contacto, sí, y no postulan reemplazamientos de hombres y de pueblos. Ha podido suceder en algunas partes, seguramente, pero aquí no conocemos este fenómeno. Lo que había, claro es, cierta trashumancia portadora de estos contactos culturales que provocan los cambios, pero eso no tiene nada que ver con invasiones o reemplazamientos de unos pueblos por otros.

– ¿Cuándo comienza el pastoreo en el país?

– Por lo que sabemos nosotros, desde el Neolítico. Por ejemplo la oveja no es de estas tierras, sino que se introdujo a finales del Neolítico, hace más o menos 5.000 años; a lo sumo. Hasta esta fecha no encontramos restos de oveja en el país. El pastoreo de vacunos en el País Vasco pudo comenzar antes, aunque no sabemos desde cuándo. Lo que sabemos es esto: parece probable que el vasco domesticase el ganado antes de las influencias indoeuropeas. Los indoeuropeos trajeron consigo la domesticación del ganado, pero antes de que llegase la influencia directa de los indoeuropeos ya supieron los vascos domesticar el caballo y el ganado vacuno. Esta deducción es razonable,

porque si hubiera sido por influencia de los indoeuropeos probablemente los nombres de esos animales hubiesen sido de lengua indoeuropea, y no lo son; sus nombres son autóctonos, dichos en lengua vasca. Ésta es una prueba importante. Pero además de esta prueba hay la aportada por un alemán que hizo una tesis doctoral aquí: Adolf Staffe. Staffe estudió los restos del animal vacuno de aquí, y una de las conclusiones a que llega es ésta: los vascos domesticaron aquí el ganado que estaba salvaje en su propio país. Esto quiere decir que la domesticación de ganado comenzó aquí, que no vino por influencia de los indoeuropeos, porque si hubiera sido así lo probable sería que con la domesticación fueran importados también los tipos de animales que aquéllos domesticaban. Con el caballo debió ocurrir igual: ese mismo tipo de caballo de aquí ha estado salvaje o semisalvaje, y lo hemos conocido nosotros todavía en este estado, era salvaje también antes y en este suelo. Ahora bien, ¿cuándo y cómo ocurrió esto? Seguramente ocurrió mediante un mecanismo parecido al de otros lugares, guiándose por el ejemplo: "Éstos han domesticado el animal, nosotros también podemos hacerlo". Ésta es la manera de influencia que funciona en nuestros días y también funcionó entonces; el ejemplo, la experiencia ajena, sin necesidad de que el pueblo que domesticó primero el animal tuviese que llegar en masa a ocupar o a cambiar fundamentalmente el pueblo donde estaba llegando su influencia.

– Don José Miguel, una de las incógnitas principales de nuestro país es la demografía, ¿cuántos y dónde habitaban los hombres prehistóricos vascos?

– Mire usted, yo hice un cálculo para determinada época, pero una época prehistórica, y una época prehistórica relativamente reciente, la época en que aquí los vascos construían dólmenes, que es una época muy interesante, que es cuando comienzan a tener influencias indoeuropeas y a ocurrir cambios en la simbología religiosa y cambios de costumbres; mi cálculo fue que a la sazón el País Vasco tendría unos 5.000 habitantes; claro que es un cálculo del que no podemos fiarnos demasiado. Lo hice valiéndome de los dolmenes que yo conocía. El cálculo suponía que cada dolmen pertenecía a una familia, lo que es bastante razonable suponer; y luego, teniendo en cuenta que cada familia tuviese tantos miembros... en fin, que ya son muchas suposiciones. Por esto no puedo asegurar nada.

– Esta vida autóctona del vasco durante muchos siglos ha creado una peculiaridad, ¿cuáles son los mecanismos fundamentales?

– Los pueblos han venido acomodándose a factores naturales que han sido diversos: desde la geografía y el clima hasta otros aspectos espirituales menos definibles. Esta casa en que estoy viviendo ha sido construida con los materiales de los alrededores y, por lo tanto, mi habitación está influida por la geología. Por otro lado, los miembros de un pueblo han venido sucediéndose por generaciones en la misma tierra, y no han estado quietos, sino trabajando, y trabajando en una dirección determinada, y ese pueblo y sus trabajos han venido a ser como un depósito de cuanto las generaciones pasadas han ido adquiriendo, de modo que cada individuo en cada momento ha ido apropiándose de ese saber que ha sido heredado. En eso consiste la educación. Así pasa con la lengua y otras manifestaciones culturales a veces menos visibles.

De modo que nuestros antepasados, cualquiera que sea el pueblo, están gravitando sobre nosotros; de esto no cabe ningún género de duda. El hombre por sí solo, sin

sociedad, no es capaz de elevarse a un nivel cultural apreciable en el poco tiempo en que vive en este mundo. Hoy reivindican algunos jóvenes el derecho de educarse sin influencias, y esto es totalmente imposible, porque si no somos capaces de evitar las influencias del mundo físico, menos podremos hacerlo con respecto a otros más apremiantes y más complejos como el factor hereditario que le influye en su anatomía y su fisiología y a veces hasta lo determina, y luego el social. Estos condicionamientos humanos son muy fáciles de advertir y de explicar. Algunos plantean este problema cuando se enfrentan a la libertad, y a veces olvidan que las diversas influencias no asedian su libertad, que lo temible es la influencia única; porque para ejercitar la libertad hay que disponer de la opción de elegir y esa opción sólo es posible en medio de un abanico de influencias.

– Si el pueblo vasco tiene su propio depósito cultural y tiene sus concepciones particulares de la vida, ¿de qué forma podemos ayudarnos?

– Primero hay que definir qué queremos decir por *etnia*, no en el sentido racista que algunos le quieren dar para especular con él en su contra, sino en el que tiene en etnología: *etnia* viene a ser un grupo humano que tienen unos mismos caracteres de civilización: los medios de vida que nos han llegado por tradición, una economía determinada por cada tierra, el mar, si lo hay, y la sociología peculiar que han conformado una lengua, una concepción del mundo que da un sentido a su vida y que es base de sus valores morales y jurídicos. Un pueblo de tan acusadas características como el nuestro está hecho de peculiaridades profundas que a veces se manifiestan en mitos. Los vascos tenemos un mito por cada invención. La soldadura, por ejemplo, es un invento robado a los genios –don José Miguel regresa muy lejos y cuenta con la misma naturalidad que tuvo el pastor al contarle la muerte de los últimos gentiles–; generalmente el que roba es san Martín; no me pregunte por qué, pero en Ataun era él; y, naturalmente, él roba el invento a los demás y se extiende por el mundo. También es san Martín el que roba el trigo y el secreto de sembrarlo, y gracias a él se extiende por todo el mundo. En Ataun hemos tenido este mérito: se han extendido un montón de cosas desde aquí; naturalmente, otros vascos dicen que es de su propio pueblo, pero aquí, nosotros, creemos que de Ataun. La sierra, por ejemplo: la sierra fue en un tiempo algo que llamó poderosamente la atención de la gente, pero había sido robada precisamente por san Martín; sí, con una treta que jugó a los genios; les robó la patente; después, claro, se extendió por todo el mundo gracias a él, y no sólo esto, sino también el eje del molino, que es muy interesante; el molino estaba hecho de dos piedras: la cilíndrica de arriba es la que giraba sobre un eje de madera que rozaba con las márgenes del hueco de la piedra que estaba quieta y, naturalmente, iba calentándose, calentándose, hasta que se quemaba; san Martín tenía su molino, y el gentil también tenía el suyo, pero al pobre san Martín se le quemaba con mucha frecuencia el eje y siempre estaba con avería y, naturalmente, la clientela se iba al molino del gentil. Un día se dijo san Martín: "Voy a averiguar qué secreto tiene el gentil", y le dijo a su criado: "Oye, tú, vete por ahí, por los caminos, diciendo que hemos inventado nosotros el eje del molino que no se quema"; la gente se le reunía por los caminos para saber del invento, y entre ellos el gentil, que era muy curioso, y en cuanto el gentil oyó decir eso dijo vanidosamente: "Por fin ¡eh!, por fin, se ha valido del aliso, ¡eh!", y el enviado de san Martín dijo entonces

triumfante: "¡No sé si se ha valido, pero se valdrá!"; así le robó la patente al gentil. La forma en que se hizo con la patente de la sierra es también interesante: todo lo mismo que con el eje del molino, y cuando el gentil dijo al enviado de san Martín: "Qué, ¿por fin ha mirado el canto a la hoja del castaño, verdad?", el criado dijo: "No sé si lo ha mirado, pero ya lo mirará", y san Martín mandó traer una hoja de castaño y viró un poco hacia un lado todos los dientes de la sierra, como en la hoja del castaño, y comprobó que, efectivamente, la sierra mordía así mejor a la madera, la cortaba mejor; pero el gentil pensó que el invento de san Martín podía ser mentira y llegó esa noche hasta su fragua y dijo: "Efectivamente, ya tiene hecho", y para confundirlo le torció uno cada dos dientes, de forma que uno estuviese inclinado hacia un lado y el otro hacia el otro, ¡que es el triscado!, de modo que el diablo descubrió eso sin saberlo, por simple malicia de hacer daño; ¡y el que se quedó con la patente fue otra vez san Martín! Esto de la sierra lo cuentan mejor que en Ataun, en Oyarzun. Y así hay muchísimos relatos que atestiguan del interés industrial de nuestro pueblo y su cultura desde tiempos muy antiguos. Y a lo que iba: la manera de ayudarnos a nosotros mismos como etnia, como mentalidad, es comprender nuestro pasado histórico-cultural, adquirir conciencia de dónde venimos y cuál ha sido nuestra experiencia, enterarnos de los elementos que nos vienen por ejercicio de siglos, porque el camino que nos ha llegado por nuestras raíces es el que puede enseñarnos a resolver nuestro futuro; ahí están, precisamente, nuestras tendencias, nuestras aspiraciones; nuestras tendencias naturales están incorporadas a eso en lo esencial, en las maneras de entender lo sociopolítico y la sociedad supranacional en sus diferentes formas. Luego, no sólo es esto importante, sino que también es importante lo que ha hecho el vasco frente a la naturaleza, el saber popular. Y también el programa de vida que ha tenido el vasco, qué elementos de su sistema de valores tiene vigentes en el mundo actual. Porque es de todos puntos cierto que no podemos regresar al pasado, ni debemos, y el vasco ha sido siempre adelantado en las empresas de futuro; pero sólo podrá proyectarse con eficiencia si sabe de dónde y por dónde ha venido hasta aquí. Alguien que es joven y futurista y revolucionario puede estar tentado de creer que los marxistas alemanes o los leninistas rusos o los maoistas chinos son hombres internacionales e internacionalistas desprovistos de este bagaje cultural de su herencia; pero no es verdad, esto es un simple espejismo, porque el chino, el ruso y el alemán que es revolucionario está necesariamente proyectándose desde la conciencia de su ser tradicional; no hay más que ver en las "contradicciones" que decían que no iban a caer y están cayendo los comunistas de los diversos países. Se dan en lo cultural algunos saltos, y hay que darlos, y nosotros tenemos que dar estos saltos de progreso también, pero tenemos que saber quedar después de esos saltos de pie y caminando otra vez hacia el futuro del hombre en la libertad y el progreso sociocultural y espiritual, y ¡no en la esclavitud! Los animales y los vegetales no tienen por qué plantearse este problema de qué son y a dónde van, porque lo tienen resuelto; el hombre es, aunque relativamente, dueño de su decisión, de su destino; no de su pasado, pero sí de su porvenir, de su futuro; el hombre tiene que plantearse este problema resolviendo las cosas en hombre. De ahí la necesidad de nuestros centros de estudio, nuestra universidad, donde tenemos que hallar y analizar el tesoro de nuestra herencia cultural y donde tenemos que ir depositando las nuevas experiencias y analizar y trabajar las que

nos llegan de otros pueblos, con los que el vasco se ha sentido y se siente solidario por necesidad y por voluntad humana libre. La universidad es importante. En torno a la universidad se crea un núcleo de estudio y de investigación; este núcleo crea a su vez una disciplina de estudios, todo un ambiente de trabajo intelectual que va difundiéndose mediante las cátedras mismas, desde luego, y las conferencias que se dan; hay profesores, científicos, que atraen la atención y la vocación de los jóvenes, además de las nuevas perspectivas de acceso universitario que hace sentir a los jóvenes escasos de medios que saben que no hay cómo llegar a una pensión de una ciudad lejana. La universidad es todo eso, y más, porque las tesis que van haciendo los estudiantes son otras tantas investigaciones, a veces creadoras de vocación que difunden ese calor que es la cultura. Una universidad es importante porque nos permite, trabajar nuestro propio material, que para nosotros es fundamental. Lo que ocurre en nuestro caso es lo siguiente: primero, estamos naturalmente discriminados, porque en lugar de comenzar a aprender en nuestra lengua las materias que son fundamentales para la cultura en general, tenemos que empezar por aprender, no una lengua diferente, que eso no es una dificultad grande, sino en una lengua diferente, y esto de por sí significa para los vascos una discriminación; segundo, si en lugar de tener el centro de estudios universitarios en el mismo país tenemos que ir lejos para conseguirlo, como en el caso de Guipúzcoa y Alava todavía en 1973, no disfrutamos de una igualdad de oportunidades, estamos por segunda vez discriminados, porque hay otros ciudadanos pertenecientes al mismo estado que están en mejores circunstancias que nosotros. Esta discriminación es fundamental y clara. Esta discriminación la he estado sintiendo y padeciendo yo, por mi parte, como los demás (y otros comenzaron a sentirla antes que yo) desde que ingresé en la escuela primaria. Y eso, la discriminación, continúa. Así, no hemos tenido centros de estudio en el país; ahora ha comenzado a funcionar alguno en Bilbao, y los estudios más importantes sobre la etnia y la lengua vasca se han hecho en el extranjero, desde luego. Ya le he dicho antes que tuve que salir y hacer mis estudios en el exterior, donde se sabía, y creo que aún hoy se sabe, más de lo vasco que en España. Aranzadi tuvo que ir a enseñar a Barcelona porque no teníamos una universidad aquí, y fuera de él no había en España científicos que se ocupasen de lo vasco. Había, sí, algún profesor más en Barcelona, y un par de profesores en Madrid, pero muy poco, y de lo vasco en particular, nada. Y venga a darse cuenta de la tremenda orfandad en que estábamos, y estamos: el País Vasco no es solo una geografía, sino los hombres que la habitan, un pueblo, y un pueblo que tiene naturalmente su historia; una historia antiquísima; tanto que no aparece en toda Europa ni una sola etnia que tenga contornos más claros que la vasca; esto quiere decir que nosotros constituimos entre otras muchas clases de plantas y flores de que se compone un jardín, un género de flor o de planta diferente, y tiene el derecho a la vida como las demás; no a mejores cuidados que las demás flores o plantas, pero sí a tantos cuidados como las demás; éste es un cuidado que nos está encomendado, y más si hay alguien que quiere hacerla desaparecer para que se vea mejor otra flor cualquiera; nosotros no pedimos que se corte ninguna flor, sino que dejen viva la nuestra. ¿Será pedir demasiado en una civilización en que hasta las especies de animales y de vegetales tienen un valor defendido y cultivado como un bien colectivo? Pues es lo que pedimos. Nada más; ni nada menos. Esto no es, desde luego, lo que llaman "política". Nadie que

sea inteligente ni civilizado y por lo tanto tolerante puede estar contra la vida de nuestra cultura, sobre todo cuando no perjudicamos a ninguna otra. Además de derechos tenemos, claro es, la obligación de continuar viviendo civilizada, tolerante y fraternalmente con los demás. Tenemos los vascos esta responsabilidad sobre nuestras espaldas para con las generaciones futuras.

– Usted ha salvado con holgura su responsabilidad personal frente a este drama consciente que vivimos los vascos de nuestro tiempo, y esta desazón de la juventud vasca de nuestros días se debe, a mi juicio, a esta angustia de sentir que se pierden sus raíces, que se le cortan, ¿qué nos puede decir sobre esto?

– Creo que esta desazón parte del hondón de no conocerse a sí mismo, de no entenderse por dentro al medirse con el mundo que se le está enfrentando, que le está negando su raíz, su lengua. Pero regresemos donde íbamos: yo tuve que salir de aquí y estudiar fuera los caminos de mi propio pueblo; gracias a don Telesforo de Aranzadi (como tuve la oportunidad de decirle antes) pude hacer viajes de estudio por varios países europeos; me detuve más para estudiar Etnología en universidades alemanas, como Leipzig con Wundt (1913), quien explicaba *Volkerpsychologi*, Colonia (1919) con el profesor Grabner sobre todo, y después en Munich. En Alemania encontré mucha curiosidad por lo vasco, y de estos profesores, algunos como Bouda, Giese, Haberland en Viena, habían hecho o hicieron luego investigaciones en nuestro país. Pero donde he hecho sobre todo estudios ha sido en París; en la Sorbona estuve estudiando en dos ocasiones: una el año 1924, y luego el año 1936, y en el Collège de France, con Breuil, que era un profesor extraordinario de Arqueología prehistórica. Pero a quien debo más de todos mis maestros es, y por mucho, a mi paisano don Telesforo de Aranzadi, de Vergara. Antes que él no se había hecho nada aquí en el campo de la Etnología. En Arqueología se habían hecho algunos trabajos, como los del Conde de Lersundi en Aizpitarte, los de Jagor, un alemán que hizo prospecciones en Vizcaya, y los del ingeniero vizcaíno Gálvez Cañero también en Vizcaya; pero todo eso con métodos muy elementales. Nosotros nos sentimos obligados a iniciar un trabajo sistemático. Yo comencé, como le dije, con la Etnología. Aranzadi también. Aranzadi antes que yo, desde luego. Tuvimos los dos que trabajar también la Arqueología (1916); por aquí no se hacía nada de eso y tropezábamos constantemente con lo etnográfico como problemas arqueológicos, Y con nosotros estuvo también un tercero, Eguren, que era de Vitoria y estaba de profesor también fuera, en la Universidad de Oviedo. Ya dije que comencé a hacer mis primeras prospecciones en Aralar y tuvimos la suerte (no sé si Aranzadi la tuvo, pero yo sí) de encontrarnos mediante aquel primer artículo que publiqué en *Euskalerriaren-alde*.

– ¿Qué ayuda económica obtuvieron para llevar adelante los trabajos?

– Durante el primer año, la diputación de Guipúzcoa nos dio 750 pesetas para hacer los trabajos entre Aranzadi, Eguren y yo con la ayuda de tres obreros más durante 15 días.

– No es mucha ayuda.

– Nunca la hemos tenido. Porque después comenzó la misma diputación a subvencionar nuestros trabajos con 1.000 pesetas al año, y aunque entonces todavía eran de plata, con ese dinero no podíamos ir muy lejos. Esta es la cuota que venimos

recibiendo hasta que comenzó la guerra de 1936, durante veinte años. La diputación de Vizcaya, por su parte, comenzó con 5.000 pesetas al año y luego vino a ser la ayuda de 3.000 pesetas. No hay ni qué decir que estos trabajos nuestros los hacíamos en las épocas de vacación, y las ayudas no eran más que para costear nuestros gastos de comida y pagar a los obreros que nos ayudaban en las excavaciones. Nunca hemos tenido una subvención suficiente para dedicarnos enteramente a este trabajo, como hubiéramos podido hacer seguramente en el caso de contar nuestro pueblo con una universidad propia.

– ¿Qué recibe ahora la Sociedad Aranzadi?

– "Aranzadi" no cuenta ahora con recursos fijos, y desde luego nada que le permita dedicarse enteramente a la investigación. La sociedad no consigue, aparte de las cuotas de sus miembros, sino algunas ayudas esporádicas de aquí y allá; tiene una vida difícil y por eso más meritoria. Los vascos en general no se dan cuenta de este tesón por encontrar las raíces de su pueblo. Las diputaciones ayudan con subvenciones las excavaciones que se llevan a cabo en Alava, Vizcaya y Guipúzcoa. En cuanto a Navarra, yo no he trabajado últimamente allá en prospecciones, pero la Institución Príncipe de Viana se ocupa de estos trabajos de Arqueología, y antes de regresar yo del país vasco-francés había encomendado estos estudios al profesor que fue de la Universidad de Salamanca y ahora está en la de Barcelona, Maluquer de Motes; no sé hasta qué medida alcanza esta ayuda económica. En cuanto a la Universidad de Navarra en particular, donde enseñé desde hace diez años, hay ahora arqueólogos que efectúan importantes exploraciones y han comenzado a recibir alguna ayuda estatal. Pero en general, ayuda estatal no hemos recibido los vascos hasta el año pasado, cuando he podido conseguir una subvención de 100.000 pesetas; que no son de aquellas pesetas de plata, ni mucho menos, pero es la primera vez que recibe el pueblo vasco una ayuda del estado español para sus trabajos de investigación arqueológica. Desde luego que hay mucho trabajo que hacer; todo, o casi todo, está por hacer, pero carecemos de medios. Esta penuria es incomprensible en este pueblo nuestro de tantos ricos; pero así es.

– ¿Cuáles son los lugares donde hay urgencia de hacer trabajos de prospección y de investigación?

– Hay muchísimos. Aquí mismo, en Ataun, "*Jentil-Baratza*" o el "Huerto de los Gentiles" ha estado abandonado hasta el año pasado, cuando hemos comenzado a trabajar y, claro, muy lentamente. Pero aquí hay muchas cuevas en donde trabajar. En Ataun mismo, sin ir más lejos, hay tres que han sido habitadas por el hombre en tiempos prehistóricos. Un lugar de muchísima importancia es la cueva de Ekain, cuyas figuras rupestres fueron descubiertas hace tres años.

– A pesar de esto, usted ha conseguido una tribuna internacional, ha dado conferencias fuera del país y ha colaborado, y aún colabora, en sus publicaciones. ¿Cuáles son las oportunidades que ha tenido usted para hablar fuera del país y en qué publicaciones ha colaborado usted y qué libros fundamentales ha escrito?

– Desde la primera conferencia que di en Holanda el año 1922, con mis 32 años, y que trataba de Etnología Religiosa, han sido muchas las que he pronunciado, y en diversos países. En cuanto a sus publicaciones, he escrito más de doscientos folletos y libros, de los que pueden considerarse más importantes: "Aspectos sociográficos de la

población del Pirineo Vasco", "Axularren eginkizunak eta Axularren izena", "Bolinkoba y otros yacimientos paleolíticos en la sierra de Amboto", *Breve historia del hombre primitivo*, "Las cavernas prehistóricas en la mitología vasca", "Creencias y ritos funerarios en Orozco, Ziortza (Zenarruza), Kortezubi, Otazu, Ataun, Arano, Ziga, Otxagabia", "Cuevas y simas en las creencias y mitos del Pueblo Vasco", "Decouverte de deux couloirs ornés dans la grotte d'Etxeberriko karbia", "Los dólmenes de la sierra de Gibijo (Alava)", "Los dólmenes de Landarbaso (Guipúzcoa)", "Du nouveau sur les groupes sangins chez les Basques", "Ele zaar. Lamiñaren itzak", "Esquema de distribución geográfica de algunas creencias y ceremonias relacionadas con las fiestas populares", "Los establecimientos humanos en el Pirineo Vasco", "Etnografía Vasca. El idioma", *Euskalerriko Leehn-Gizona*, *Eusko Mitolojia*, *Fragments Folkloricos. Paleoetnografía Vasca*, *El hombre primitivo en el País Vasco*, *Mitología del pueblo vasco*, *Mitología vasca*, "Monumenta Vasconum Antiqua", "Nacimiento y expansión de *El mundo en la mente popular vasca*", "Olentzaro, kalerre eta subilaro", "On the conservation of the Basque people", "Orígenes espirituales del pueblo vasco", "Paralelo entre la prehistoria y la actual en el País Vasco", "La prehistoria en las cavernas", "El público, el individuo. Ideas y hechos de nuestro ambiente", "Rapports entre la toponymie et l'archeologie au Pays Basque", *La religion des anciens basques*, "Los vascos en el cuadro de la antropología peninsular", "Vida pastoril vasca. Albergues veraniegos, trashumancia interpirenaica", "Viejos métodos de alumbramiento en el País Vasco".

– ¿A qué instituciones importantes pertenece?

– Acaso vale la pena mencionar que soy miembro de honor de la Deutsches Archaeologischer Institut de Berlín, corresponsal de la Comisión Supérieure des Monuments Historiques de Francia, miembro correspondiente de la Academia Española de la Lengua por el País Vasco y miembro de número de Euskaltzaindia o Academia de la Lengua Vasca.

– Fuera se han ocupado más de la originalidad y la riqueza de la cultura vasca, ¿quiénes han sido los más importantes, don José Miguel?

– De Francia, y en el orden que me vayan saliendo: H. Gavel (que era profesor en Toulouse), G. Lacombe (en la Sorbona de París), René Lafon (en la universidad de Bourdeos), Jacques Descheemaeker, Aimé G. Parrot, André Reymond, Michel Bouillon, G. Laplace-Jauretche, René Cuzacq, Pierre Lamare (de la universidad de Burdeos), Charles B. Aubrun, André Trounier, Roger Gimet, P. de Douhy, W. Boissel (director fundador del Musée Basque de Bayona), J. Pinatel, A. León, Cte. de Charancey, G. Herelle, J. Vicson (de la Sorbona de París), E. Ducéré, V. Dubarat, P. Lafond, P. Labrouche, Étienne Decrept; me faltaran algunos, y es posible que alguno que he mencionado sea belga, por ejemplo pero éstos son los que recuerdo como franceses, algunos de los cuales amigos míos. De los alemanes: Ch. Bouda (profesor de la universidad de Erlangen), Wilhelm Giese (profesor de la universidad de Hamburgo), Gerard Bähr, Adolf Staffe y Adolf Schulten entre otros. Suizos son: Johanness Hubschmid y Julius Pokorny, por ejemplo. Ingleses, que yo recuerde: Violet Alford, Rodney Gallop y E. S. Dogson, y debe haber otros que no recuerdo ahora. Me acuerdo de un rumano: N. Lahovary. De un holandés importante: C. C. Uhlenbeck. De un austríaco que es también muy importante: Hugo Schuchardt. Un italiano que recuerdo:

Arturo Farinelli. Hay otros cuya nacionalidad no podría precisar en este momento: Raymond Ritter, L. Van Haetch, T. V. Irving, John Adams (que puede ser americano o inglés), un profesor Houley, otro de apellido Merry, Th. Lichsmann, R. Goutman, Dr. Larrien, P. Graziani, H. Winkler, C. A. F. Mahn, A. Branet, Meyer-Lübke, Michelangelis de Vasconcellos, Franz Rolef, Wm. Rollo, G. Schrhammer, Leo Spitzer, Mathilde van Eys, Ernst Lewy, A. Meillet, y otros. Han sido muchos los vascos de este lado del Pirineo que han realizado trabajos de este tipo, pero han sido seguramente más los vascos de otro lado del Bidasoa, como: Clement de Jaureguiberry, Pablo Tillac, Philippe Veyrin, Martin Elso, Michel Laremboure, M. Tournier, St. Pierre, D. Dufau, Pierre Dop, M. Nussy-Saint-Saens, J. Barbier, J. Savoihandy, para hablar sólo de los que han estado presentes en las últimas dos revistas importantes: *Eusko-Jakintza* y la *Revue Internationale des Études Basques* publicada por Julio de Urquijo. También hay que recordar otra obra meritoria en que colaboraron muchos de estos investigadores y otros vascos de este lado del Bidasoa: la revista *Gernika* publicada por Isidoro de Fagoaga. Hay otros esfuerzos y otros nombres, pero es natural que no podamos agotar aquí las relaciones. Este interés extranjero por nuestra cultura ha sido ciertamente notable, y viene desde muy antiguo: desde antes de Luis Luciano Bonaparte, quien hizo el estudio más importante de los dialectos de la lengua vasca; está también Guillermo Humboldt en el estudio de la lengua y la cultura en general, que es fundamental. Luego estos vascos que he mencionado del otro lado del Bidasoa, que no son todos. Y los de este lado del Pirineo, que también han sido muchos y ya más conocidos entre nosotros.

– ¿Y de los demás peninsulares?

– Han sido pocos, muy pocos, y por eso les debemos reconocimiento sincero: dos catalanes importantes, tales como P. Bosch Gimpera y F. Fita; sobre todo estos dos. También debemos reconocimiento a Ramón Menéndez Pidal, Fernández Medrano, y más recientemente a Antonio Tovar.

– Para terminar, don José Miguel: la Arqueología ha sido, y es, la ciencia que nos da a conocer el pasado; porque la Etnología estudia principalmente las etnias actuales, pero desde su origen. Este pasado nos ayuda a explicar muchas cosas del presente etnográfico, y hay también quien se ha adentrado en el pasado y ha encontrado los caminos hasta el presente y sin conformarse con eso se ha atrevido a hacer prospecciones de futuro, como, por ejemplo, Teilhard de Chardin, ¿qué opina usted de sus teorías, algunas de ellas muy en voga hoy?

– Yo conocí a Teilhard de Chardin en una conferencia que dio en el Institut de Paleontologie Humaine, que es una Fundación del Príncipe de Mónaco que tiene su sede en París.

– ¿De qué habló?

– De la Teoría General del Universo.

– ¿Qué impresión le causó?

– Magnífica. Después de la conferencia fui presentado a él por el profesor Breuil.

– ¿Qué opina sobre sus teorías?

– Hombre, hay de todo; indudablemente hay muchas cosas que tienen valor científico: pero hay otras muchas que irán cambiando...

– Yo pregunté al padre Arrupe acerca de Teilhard de Chardin, y me dijo que era sobre todo un naturalista, y que cuando opinaba sobre teología u otros aspectos que no son ciencias naturales podía errar como cualquier otro.

– Sin duda alguna; entre sus cosas hay muchas que son de carácter general, algunas teorías puras, y estas teorías pueden caer con facilidad, pueden cambiar; pero, ¿sabe usted lo que pasa? lo que he dicho antes, que al cúmulo de material que se recoge hay que darle una contextura, y ésa la elabora el hombre, ¿sabe usted como?... pues proyectándose él mismo sobre el material que ha conseguido reunir. O sea, que es una manifestación de antropomorfismo. Ésta es una expresión que no gusta en ciencia, y con razón, pero hay que reconocer que los que trabajamos por los caminos científicos somos hombres, ¡y los que odian la palabra "antropomorfismo" también!; así es porque todas las fórmulas son humanas, porque son del hombre y parte del hombre; son expresiones humanas de la realidad, ¡que pretenden ser de la realidad!; más bien son reproducción del mundo de nuestras representaciones, que quiere ser el mundo real, pero que nunca es igual. Lo que proyectó Teilhard de Chardin es, sin duda, como todo lo que es humano, el mundo de representaciones que él tenía; ahora bien, el mundo real, ¿es igual?...

– Y alguna vez puede acertar; los poetas también aciertan.

– Sí, sí; es indudable, y después de muchos ensayos aciertan; ¡después de muchos ensayos y de muchos fracasos! Lo más importante de la contribución de Teilhard de Chardin, a mi juicio, es que enseñó a pensar en forma diferente a como se pensaba antes; o sea, a plantear los problemas en otra forma, y hacer ver que podían tener una solución totalmente diferente de la que pensaban que tenía...

– ... Y que pueden tener; romper moldes a veces es muy importante...

– Así es; esta es la impresión que tengo de lo que he escuchado y lo que he leído de Teilhard de Chardin.

Ramón de la Sota

No está exiliado, como creen algunos, porque don Ramón de la Sota vive en Aitzartea, una punta de roca (*aitz*, roca) de Biarritz, en el mismo faro; como Unamuno en Hendaya, don Ramón se siente confinado en tierra vasca; ¡qué más da vivir en Aitzartea, donde terminan las rocas y comienzan las arenas de Francia, que vivir cerca de las arenas de Lamíaco en Ondategui del Getxo donde nació (en el Hotel Antolín) don Ramón de la Sota y Aburto hace 85 años!

Ésta es la misma tierra que conforma el hondón de la bahía de Vizcaya, la catapulta aventurera y creadora del vasco desde antes de las arenas, desde siempre.

Está, pues, don Ramón en la punta del faro avizorando el mar y viendo los barcos que pasan frente a su hermosa mansión de "Etchepherdia" (la casa verde), atildado como un gentleman inglés y sentado en el puesto de mando de su escritorio del que no se ve casi la madera porque está tapada con los libros, las revistas, los folletos y las fotografías de barcos a vela, a vapor, de ruedas y a hélice que inundan la habitación y cubren el piso y las paredes, todo menos una ventana que da al faro y al mar por donde casi sin mirar se ve cabo Higuer y con buena vista se alcanza hasta la otra punta de la tierra donde nació don Ramón: Machichaco.

Lo que puede faltarle de vista lo compensa este capitán de barcos con esa punta de alma que ayuda al hombre a ver más lejos y a veces hasta con más verdad, porque la historia es, desde luego, el pasado, y también es historia el presente, pero también es historia el futuro, y este porvenir de la humanidad está en la imaginación del hombre.

Así está, en esa punta del faro de Biarritz, don Ramón junto a la insignia que llevaban pintada en un tiempo las chimeneas de los barcos de la Naviera de Sota y Aznar y ahora le queda sólo en su bandera de armador que dice, rojo sobre blanco, SA, atento a todos los hilos que le traen las noticias del mar y de los barcos que salen y entran en los puertos de todo el mundo, aunque ya no le quede ninguno de aquellos 43 que mandaba desde su puente de mando de Bilbao y de Londres.

"Es usted un capitán sin barcos, don Ramón", podría decirle yo, y no se lo digo, porque me parece que sería demasiado, y hasta podría no ser verdad del todo en el caso de este hombre que sigue escribiendo la historia de los barcos de matrícula bilbaína que tiene alineados en un mueble delante de sus ojos: una hilera de carpetas verdes donde están descritos los barcos que está reconstruyendo a sus 85 años uno a uno con sus medidas de eslora, de manga, de puntal, con sus tonelajes, y diciendo de qué material está hecho el casco (porque los hay de madera) y cuándo lo botaron y si era a vela o a vapor (porque hubo un tiempo en que andaban con aire y con agua) y marcándoles las rutas que hacían en el mar, cuánto costó cada uno en las pesetas de entonces, y quién fue su armador, que muchas veces es su propio padre: sir Ramón de la Sota y Llano, caballero de la Orden de Gran Bretaña por honra de ser nombrado así por el rey de Inglaterra, y marqués del Llano por derecho que no quiso usar porque no le importaba.

– Podemos comenzar por su padre, don Ramón –le digo, y miro a Ramuntxo, su nieto, que es quien nos acompaña en esta conversación–, porque por ese costado le llegó a usted su afición al mar y a los barcos...

– Nosotros estamos en el mar desde mi abuelo por lo menos... –don Ramón es un hombre menudo de ojos pequeños, claros y agudos que habla con mucha vivacidad–, todos mis antepasados, excepto mi padre, y ya le hablaré de esto, nacieron y vivieron en Portugalete; aquí nació también el abuelo; pero el abuelo se casó con una Llano y Otañes; los Llano son de San Julián de Musquiz, cabeza de los tres y cuatro concejos del valle de Somorrostro, una familia encartada; por otra parte, los Otañes son del límite de Vizcaya hasta hace relativamente poco, y así lo dice su escudo: "Vizcaya es mi firme asiento"; de forma que estos Otañes se contaban entre los banderizos vascos de Samano, los marroquines de Samano citados a menudo en su código por Lope García de Salazar. La torre de los Otañes todavía existe. La madre de mi abuela era una Otañes. Pues ocurre que tanto la familia de la Sota como la de Llano habían sido mineros, explotaban minas. En aquellos tiempos, a principios del siglo XIX, las minas pertenecían a los municipios vascos, eran propiedad del pueblo; así fueron hasta que se nos cortó este derecho natural de propiedad (que venía garantizando el Fuero desde que el tiempo no tiene memoria) después de la promesa mentida del abrazo de Vergara en 1839; con el decreto de Espartero vino la ley expoliadora que también afectó la propiedad de las minas, porque pasaron de las manos del pueblo, de los ayuntamientos, a las garras de los particulares a perpetuidad; con eso hicieron su dinero algunas familias que, desde luego, se han mostrado desde entonces agradecidas al poder central; así le quitaron a mi abuelo las minas de hierro que trabajaba a los ayuntamientos mediante arriendo.

– ¿Cómo transportaban ese mineral, don Ramón?

– Lo cargaban en el río de Somorrostro, debajo de la iglesia de San Julián de Musquiz, en lanchones; ya sabe usted que en esa época la exportación de mineral estaba prohibida por el Señorío de Vizcaya como una medida proteccionista; ahora aplican la misma medida los países petroleros en circunstancias especiales de topes de producción; pero en aquel tiempo, digo, se llevaba mineral vizcaíno a otras poblaciones vascas como Pasajes, Lequeitio y a otras donde había ferrerías. Aquí tengo que decirle que hay la versión difundida por algunos llamados intelectuales, de que en Vizcaya no hubo industria hasta después de perdidos los Fueros, a mediados del siglo XIX, y eso es completamente falso; las ferrerías tenían ya mucha importancia en todo el País Vasco antes que eso, y toda la literatura, tanto la vasca como la castellana y como la inglesa, está plagada de referencias al hierro de Vizcaya. No se puede olvidar la gran industria de construcción naval en todo el País Vasco, y particularmente en la ría de Bilbao los galeones de Indias; fueron numerosos los vascos que lucharon en Lepanto y con "La Invencible". Pero volviendo a su pregunta: estos lanchones cargaban ahí el mineral y lo servían a las ferrerías vascas; en esa empresa estaba metido mi abuelo, quien figura en la obra de Teófilo Guiard sobre la construcción naval (publicada por "Euskalduana") con un barco que es un lanchón...

– ¿Qué características tenía un lanchón?

– Un lanchón era un barco armado de vela de poco tonelaje (80 a 100 toneladas, a veces menos) y poco calado que podía subir muy arriba en los ríos buscando llegar hasta

las ferrerías, cosa que hoy se está buscando en la industria siderúrgica de todas partes del mundo con afán agónico.

– Le vienen los barcos y el mar desde su abuelo, don Ramón.

– Desde mi abuelo por lo menos; pero quien desarrolló estas iniciativas fue Ramón, mi padre...

– El único que no nació en Portugalete...

– Exactamente; este Sota no nació en Portugalete, y verá usted por qué no: sus enemigos políticos decían que mi padre era "maketo", que había nacido en Castro Urdiales; y era verdad que nació en Castro, porque mi abuelo, que había nacido en Portugalete, se casó, como ya le dije, con una Llano y Otañes cuya madre era de Castro; allí vivía la madre de mi abuela cuando ésta estaba encinta de mi padre, y durante una de estas visitas a su madre, que estaba gravemente enferma, nació un poco prematuramente mi padre Ramón el año 1857 dejando sin uso todos los preparativos de pañales y cosas que se habían hecho en Portugalete para recibirlo. Luego, claro, se vinieron madre e hijo al pueblo y apenas pisó mi padre alguna vez Castro; fue educado sobre todo por su tío Antonio de la Sota en San Julián de Musquiz, y cuando le llegó la edad escolar pasó al Colegio General de Vizcaya, sostenido y regentado entonces todavía por la Diputación Foral del Señorío de Vizcaya; tuvo por compañeros de colegio a los hermanos Ángel y Manuel Allende Salazar, a Víctor y a Benigno Chávarri, a Tomás de Zubiría, quienes destacaron luego en el campo de la economía y de la política.

– ¿Qué se enseñaba en esa institución, don Ramón?

– Pues lo que después se ha dado en llamar Bachillerato; después tuvo que salir del país para estudiar Derecho, y regresó de la universidad de Madrid con su título de abogado; su padre, mi abuelo, continuaba aún con un resto de minas que le dejaron y alguna pequeña participación en barcos, sí, pero el camino naviero de mi padre vino por el otro costado, por mi madre, quien tenía cierto parentesco con el famoso Martínez Rivas de los Astilleros del Nervión, el constructor de los famosos cruceros destruidos por los americanos en Santiago; fue este señor el que dijo a mi padre, que apenas tenía veinte años: "Mira, yo tengo un barco que se llama 'Somorrostro', que es ése que está ahí", y le estaba señalando una pintura, la de un barco pequeño de poco más de mil toneladas que usaba para transportar minerales y carbón de Asturias... y le dijo: "Mira, si tú tienes afición al mar, me puedes administrar ese barco", y así comenzó todo.

– ¿Cuáles eran las rutas frecuentadas por el "Somorrostro"?

– Pues ya entonces estaba abierta la exportación de mineral fuera del País Vasco, y Martínez Rivas tenía minas, también tenía carbones en Asturias, y el "Somorrostro" traía carbón y llevaba mineral de hierro a las fábricas asturianas. Pero de todos modos esta administración duró poco, porque sintió mi padre lo que hemos llamado siempre en la familia: "la llamada del mar", y compró a los Ibarra su primer barco, el "Guriezo". Este barco, el "Guriezo", por ser su primero, se lo dedicó a su tío, Antonio de la Sota, que se había ocupado de su educación, y le cambió el nombre de "Guriezo" por el de "Antón"; este primer barco de mi padre terminó mal, porque ya por entonces tenían las calderas la mala maña de explotar, y explotó; acaso de viejo y de cansado que estaba, porque el "Guriezo" había sido parte de la flota auxiliar de mercantes que organizó Sánchez Barcaiztegui en la Armada española el año 1874, cuando el sitio de Bilbao. Así, después

de esta desgracia de perder su primer barco, compró mi padre el primer barco en sociedad con don Eduardo Aznar de la Sota, que era su primo carnal; eran hijos de hermanos; éste fue el primer y único socio que tuvo mi padre. El primer barco que compraron se llamaba "Alcedo", y también naufragó; pero los resultados económicos de su explotación habían sido buenos, y esto les animó a comprar otro vapor, y luego otro, y otro. Cada uno constituía una Compañía aparte; estas Compañías fueron recibiendo los nombres de puertos vizcaínos y de villas y anteiglesias de la ría navegable de Vizcaya, y con ellos se fueron bautizando los barcos: "Musquez", "Abanto", "Somorrostro", "Ciérvana", "Santurce", "Portugalete", "Sestao", "Albina" y otros, y así, estas diversas Compañías fundadas como sociedades anónimas con aportaciones de accionistas amigos fueron llamándose: "Compañía Musques", "Compañía Abanto", y así todas las demás.

– ¿Cuándo ocurría esto?

– Empezó alrededor del 88, entre 1888 y 1890... Pero a lo que iba, que es importante: mi padre se reservaba siempre el número mayor de acciones de cada una de estas Sociedades, y así, como el mayor accionista, figura en todas las escrituras de constitución de las Compañías; lo puedo asegurar porque yo guardo las copias notariales de las Actas de Constitución de cada Compañía; insisto en ello porque se han dicho cosas que son inexactas y calumniosas respecto al particular. Mi padre compraba el barco, formaba la Compañía correspondiente teniendo como socio, podemos decir capitalista, a Eduardo Aznar y de la Sota, que era mayor que mi padre y que había sido ya agente marítimo de Bilbao y había formado ya casi ocho años antes la Compañía Bilbaína de Navegación; pero la relación Sota-Aznar era ésta que le estoy diciendo.

– ¿Cuándo se forma con todo eso la Compañía Naviera Sota y Aznar?

– A principios de siglo, en 1906; a ella incorporó más tarde mi padre, que era su gerente, las flotas de la Marítima de Rodas, comprada al Banco de Bilbao, y la Naviera Internacional, comprando casi la totalidad de las acciones; la nueva Compañía fue desarrollándose después con los barcos "Mendi" (que en vasco quiere decir: *monte*) que fueron adquiriendo hasta convertirse en una de las flotas *tramps* (vapores de carga que van de puerto a puerto) más importantes de Europa, África y América; los barcos de Sota y Aznar cruzaban todos los mares de la Tierra.

– Bueno, don Ramón, pero para todo esto había nacido ya usted.

– Sí, para 1906, donde estamos ahora, yo tenía unos años: 19. No nací en Portugalete; nací en el hotel Antolín de la plaza de Las Arenas en Getxo; en cuanto a la fecha, según quiera usted: el 13 de agosto de 1887, que es la verdad, o el 23 o 24 de enero de 1888 según dice mi documento de identidad...

– ¿Por qué le dan a usted esta ventaja de tener un año menos?

– Pues ocurre que en Vizcaya había, no sé si costumbre, pero ocurría con frecuencia, que se quemaban los registros civiles; desde luego que el de Getxo se quemó; claro que no podían dejar a todo el pueblo sin papeles, y fabricaron para cada uno una documentación hecha a ojo de buen cubero, y a mí, Ramón de la Sota Aburto, me pusieron el mes y el día de la fecha de nacimiento de mi padre, que era Ramón de la Sota Llano, y un año más tarde, en 1888; así ocurre que toda mi documentación posterior, hasta la que tengo aquí, la estatal francesa, consta que nací en 1888, cuando yo en

realidad nació el año 1887, un 13 de agosto, el día en que entró a puerto procedente de Inglaterra el barco "Rivas", que era el barco-bandera de matrícula bilbaína de Martínez Rivas en que venía mi padre, en aquel momento en el puente, y al pasar a la altura del hotel Antolín, que estaba cerca de donde está hoy el transbordador, el Puente de Vizcaya, mi tío, el doctor Víctor Landeta, le gritó: "¡Acabas de tener un hijo!".

– ¿Fue usted el primero?

– No; nació una hermana antes que yo: María, que ha fallecido hace poco; en total fuimos trece, y la última de las nacidas, vive.

– ¿Cómo aceptaba su madre estas inclinaciones marineras de su marido?

– Nuestra madre, doña Catalina, sentía un gran cariño por los barcos, como es lógico en la esposa de un armador; pero le preocupaban los viajes por mar; se alegraba cuando veía entrar uno de los nuestros, y decía a menudo: "Los barquitos que nos traen el pan", dicho bien bilbaíno de las madres y las esposas de los navegantes.

– Don Ramón, usted cuando niño, cuando descubrió el mar y conoció los barcos en que viajaba su padre, ¿como los sintió?

– Yo he sentido "la llamada del mar" desde muy pequeño; comencé haciendo barquitos de papel y poniéndolos a navegar en un plato de agua; luego, cuando ya fui un poco mayor, en el río Gobela, o, como era originalmente en euskera: Gobelatz (cambio de nombre desgraciadamente frecuente por la administración desconocedora de la lengua), río que desemboca en el Ibaizábal, a la salida de Getxo en Udonde-Lamiáco; en ese tiempo fabricábamos toscamente veleros y bateles de madera que poníamos a navegar río abajo y los seguíamos desde la orilla; siempre he tenido esta afición al agua, al mar... –queda don Ramón un poco abatido, lo que ocurre pocas veces, y añade como para sí, mismo–: pensando en barcos toda la vida... La primera vez que monté en un barco fue en uno de los veleros de recreo que tenía mi padre; antes tuvo algunos que en realidad no eran sino bateles, pero éste que ve usted ahí –sigo la dirección de su mirada y me encuentro con una de las muchas fotografías de barcos que cubren los muros por encima del mar de libros– es ya un yate; no grande, de unas 30 o 40 toneladas nada más; en ese velero, y recuerdo que remolcado por otro barco pequeño, un vaporcito, que tenía mi padre, fuimos con mi madre a una especie de fiesta náutica que se organizó de noche en Bilbao, con la ría bordeada de farolillos y luces; se quiso escenificar una fiesta en Venecia; a ver este acontecimiento me llevaron en ese barco; es el primer viaje en barco que recuerdo.

– ¿Dónde comenzó usted a ir a la escuela?

– Primero asistí a un colegio que tuvo don Resurrección María de Azkue en la calle Jardines; recuerdo que no se ocupaba mucho de nosotros, pero sí del Gran Diccionario que estaba haciendo entonces, y con el que hizo tan gran servicio a la cultura de nuestro país; luego fui al Instituto Vizcaíno...

– Como su padre.

– Sí, pero cuando yo llegué ya no pertenecía al gobierno universal del Señorío de Vizcaya, sino al estado español; aquí cursé cuatro años, y luego el padre me mandó a Inglaterra.

– ¿Qué año era ése, don Ramón?

– Pues era el año... 1903 o 1904...

– Ahora que menciona usted Inglaterra, don Ramón: los Sota han estado siempre muy ligados a los británicos, y esto siguiendo una vieja tradición vasca, sobre todo una tradición marinera vasca: ¿qué significa lo británico para usted?

– Es verdad que esa hermandad de sentimientos con los británicos es muy antigua en los vascos, y hay más de un tratado bilateral vasco-británico en la historia de las dos marinas; los Sota nos vinculamos con Gran Bretaña desde el comienzo de su aventura marinera llevando mineral vizcaíno y trayendo carbón de Gales. Cuando llegué a Londres para estudiar yo tendría unos dieciséis o diecisiete años; no fui en barco, sino en tren, por París, y no era ésta la primera vez, porque mi padre nos había llevado en 1900 a la Exposición de París, y antes de regresar a casa me llevó para unos días con él a Londres mientras mi madre y mi hermana nos esperaban en París. Todo eso era fabuloso para mí. Atravesamos el Canal de la Mancha en un barco de ruedas. Esta segunda vez también fui en tren; pasé por Londres y me llevaron a casa de una familia irlandesa en Brighton para aprender inglés; de allí pasé a un colegio que estaba entre Southampton y Portsmouth y que puede que esté todavía; allí estuve durante tres años; luego pasé al King's College de la Universidad de Londres, donde completé en cuatro años mis estudios de ingeniería el año 1912.

– ¿Qué especialidad de ingeniería, don Ramón?

– Puertos y energía hidráulica.

– ¿Cómo se sintió en el medio bilbaíno, necesariamente estrecho, después de estos años de experiencia británica?

– Bueno, yo venía a Bilbao durante las vacaciones universitarias, tres veces al año, y no perdí el contacto con mi tierra y mi gente.

– Pero el contraste sociocultural y político sería muy grande...

– Bueno, tenga usted en cuenta que la Gran Bretaña estaba entonces en el apogeo de su poderío; el imperio inglés durante el reinado de Eduardo VII era una fuerza económica y política formidable; mandaba en el mar y se puede decir que en todo el mundo. Esto significaba el imperio en mis tiempos de estudiante en Londres; todo esto, y puede ser que más.

– Eso por una parte, por supuesto; pero por la otra, después de la tolerancia civilizada del británico, ¿con qué tropezó usted?

– Bueno, yo estudiaba en un colegio universitario donde convivíamos y discutíamos libremente estudiantes de todas las tendencias británicas de entonces: conservadores, liberales y socialistas, y además había estudiantes venidos de la India y de todo el imperio inglés, muchos de ellos con un vivo sentido discrepante y hasta rebelde; esto me dio oportunidad de percibir y de comprender una gama muy amplia de las tendencias ideológicas, políticas y nacionales que plantea la Libertad, con mayúscula, donde cabe el contraste de pareceres y la discusión y hasta los enfrentamientos duros y desagradables pero necesarios para encontrar los caminos de la verdad civilizada en el respeto de todas las opiniones, todas, hasta las del adversario más agrio. Después de ser testigo de estas asambleas tempestuosas entre indios y británicos, por ejemplo, comprendí el valor real de la perspectiva política, porque aquel "rebelde" con causa consciente que era el ciudadano de la India para la Gran Bretaña en aquel tiempo llegó a alcanzar el reconocimiento de su "derecho" en la libertad y ya nadie se lo podía disputar y nadie se

lo disputa ya. Me impresionaban mucho esos jóvenes estudiantes venidos de la India, muchas veces con becas británicas; pero me impresionaron sobre todo Nehru, que era estudiante, y Gandhi, el maestro.

– ¿Los oyó hablar?

– Más de una vez; me impresionó mucho la serenidad con que exponían (en terreno inglés y en un medio en que la mayoría eran jóvenes ingleses, naturalmente crecidos y entusiastas de su poderío y de su fuerza) sus teorías pacifistas contra todo concepto de fuerza. Esto, esta actitud serena y firme de los líderes indios en los mismos centros intelectuales de Londres, el centro del imperio, me impresionó mucho. Era, por una parte, una lección de valor cívico y, por otra, era una lección británica de tolerancia que no olvidaré nunca. Ni yo ni los mismos estudiantes ingleses, porque todos adivinábamos (aun los hijos de los conservadores más comprometidos con el sistema imperial) en Gandhi, aquel hombre sin carne y sin ropas apenas vestido con una camisa, la fuerza que tienen la verdad y la justicia aunque hablen desnudas de fuerza; allí se despertó en mí, y no se me irá mientras viva, el horror al concepto de fuerza, a su consecuencia la represión, a la violencia en todas sus formas.

– Eso por una parte, don Ramón; y por la otra, el enfrentamiento ideológico, porque no hay que olvidar que el alemán Marx se inspiró en los problemas sociales que prevalecían en Gran Bretaña: ¿cómo percibió usted esa lucha? y ¿considera usted que la actitud revolucionaria de Marx estaba justificada?

– Indudablemente, indudablemente... esto es evidente... porque, aun después de muchos años de la vida de Marx, en Londres a partir de mediados del siglo XIX yo vi con mis propios ojos la miseria intolerable del que trabajaba en las minas escocesas de carbón y en otras áreas industriales; aquello era lamentable; sin embargo, le diré a usted que en este tiempo mío de estudiante ya no había todo lo que había denunciado Marx, porque Marx escribió unos años antes y acaso en los momentos más difíciles de la industria inglesa. Por otra parte, Marx habló en su tiempo a grupos más o menos grandes, pero cuando llegué yo, Marx era ya una fuerza ideológica difundida mediante sus libros y los libros de sus partidarios. Estando yo en la universidad asistía a conferencias que daban en la Sociedad Fabiana, "The Fabian Society", una organización socialista fundada en 1884 en Londres y donde estaba toda la intelectualidad del socialismo inglés. Yo me interesé mucho por este socialismo, tanto en la teoría como en la práctica de lo que hacían los diputados socialistas en el Parlamento británico, y escuché a todos los socialistas ingleses que eran importantes en la época...

– ¿A quién, por ejemplo?

– Por ejemplo a Bernard Shaw; ahora bien, Bernard Shaw era un hombre discrepante siempre; era un socialista, pero al mismo tiempo era Bernard Shaw...

– Un Baroja o un Unamuno inglés...

– Pues sí, y a estas conferencias y reuniones públicas asistían también los rusos; esto, para un observador de más edad y políticamente más perspicaz que yo hubiera sido muy interesante en 1911 y 1912, en vísperas de la revolución bolchevique, pero yo sólo veía unos señores con barba y oía decir que eran rusos; eso era todo entonces; seguramente había más de uno que ha sonado después en la política soviética, pero en ese tiempo todavía esos rusos que han sido seguramente líderes que han forjado la

Unión Soviética eran unos exiliados desestimados por lo insólito y lo peregrino de sus ideas, un Bolívar "rebelde" antes de ser el libertador de Venezuela y las demás naciones liberadas por su genio y su valor, un De Valera "foragido" en la cárcel con pena de muerte antes de ser presidente de Irlanda. Por eso, no se debe desdeñar al adversario que está hundido ni sus aspiraciones, porque puede ser la fuerza reconocida de mañana. También me impresionaron mucho en aquel tiempo las "sufragistas", las "locas" que exigían el derecho al voto en 1921; una vez en el King's College se organizó un mitin de las sufragistas y hablaron las mujeres, una de ellas por cierto muy guapa; y se celebró una votación después de los discursos, y votamos a favor del derecho de la mujer al voto sólo diez o doce, cuando en contra se produjeron más de doscientos... ¡Entre bromas y veras nos pusieron a los defensores del derecho al sufragio de la mujer perdidos de harina!...; cosas de la universidad. Pero ya ve usted que otra de las causas que parecían ridículas ha prosperado y resulta hoy lo más natural, como resultarán mañana otras cosas que parecen locuras de chicos en nuestra casa. Yo soy viejo, he vivido, he visto mucho, he aprendido a esperar... Yo siempre he tenido ideas liberales, abiertas; acaso como fruto de estas experiencias que le estoy contando, y cuando fui presidente de la Diputación de Vizcaya más tarde, el año 1917, propuse, y mis compañeros de la Diputación aceptaron, el empleo de mujeres en puestos administrativos de la Diputación; no fue fácil, porque incluso algunos de mis compañeros se oponían aduciendo razones de orden religioso; pero ganamos la votación. Y propuse también algo más radical: que las mujeres percibiesen el mismo sueldo que los hombres que hacían el mismo trabajo...

– ¡Lo que están proponiendo en estos días en los Estados Unidos y en Francia!

– Exacto, pero lo mío fue en el Bilbao de 1917; tiene este mérito; a veces pienso que nació demasiado pronto; me tiraron abajo, claro...

– Muy claro, don Ramón; y esto nos hace regresar a una pregunta que le hice anteriormente: usted que llega al Bilbao de 1913 con esa experiencia, esa formación democrática y tolerante, ¿con qué tropiezo usted en casa?

– Las intolerancias de siempre, los mismos irrespetos; esta intolerancia fundamental crea otras nuevas en todas las direcciones hasta alcanzar el poco respeto a los derechos civiles más elementales... ¡todo esto!... Y, además, que ya se estaba preparando la primera guerra mundial. Se la veía venir. Habían comenzado a prepararse los ingleses a la arremetida alemana haciendo su alianza cordial con Francia. Yo percibí entonces un movimiento, no digamos que europeísta todavía, pero sí un movimiento con tendencia al norte, a la civilización de los Países Escandinavos y Holanda, Bélgica, Dinamarca y la Gran Bretaña, y también Francia en gran parte, todo eso que es tan sólidamente democrático, y no el Mediterráneo; yo vi eso, claramente, y cuando llegué a Bilbao me encontré con un ambiente que yo llamo de "coitadez"; la del señor Zugazagoitia, la de Mourlane Michelena; la de Balparda, no le digo nada a usted; de Maeztu mismo...

– ¿Gustavo?

– Gustavo de Maeztu fue compañero mío de colegio; era un radical de izquierda, pero le gustaba sobre todo vivir; pero radical era Ramiro de Maeztu, a quien conocí en Londres, porque en aquella época era corresponsal del ABC; Ramiro era anarquista entonces, y conoció por intermedio mío a un viejo que decía que había formado parte

del grupo que había decidido matar a uno de los enemigos más destacados del anarquismo y eligieron a Cánovas del Castillo; él, este viejo, decía que habían echado a suertes y que le tocó a uno de ellos, a Angiolillo, quien se vino a Guipúzcoa y mató al desgraciado político en Santa Agueda... Pero vamos con Ramiro de Maeztu, porque cuando yo le hablé de este viejo él me dijo: "Pues yo quiero conocerlo", y así se lo presenté. Ramiro de Maeztu era un "copista"; nosotros nos reíamos mucho, porque leíamos toda clase de revistas que se publicaban en Londres y nos dábamos cuenta muchas veces que copiaba las ideas de un artículo que traía alguna revista inglesa; *The Spectator*, por ejemplo; las copiaba y las mandaba como suyas al ABC. Era un copista. Indalecio Prieto me decía lo mismo, que estaba conforme conmigo; ellos habían sido amigos y compañeros de redacción, y me decía que era un copista, que no tenía ideas propias. Pero a lo que estaba diciéndole del Bilbao que encontré cuando llegué de Londres: ya se oía la guerra en todas partes. El negocio que regentaba mi padre, la Naviera de Sota y Aznar, era un negocio que rentaba bien hasta que estalló la guerra, pero con los fletes que pagaban los aliados debido a lo que hacían los submarinos alemanes, que tiraban los barcos a pique, los fletes subieron por las nubes y se ganó una cantidad muy grande de dinero...

- Pero perdieron ustedes barcos también...

- Sí, trece; y uno, el "Bakio", desapareció en viaje sin dejar huella entre Sagunto e Inglaterra; nunca supimos lo que ocurrió; simplemente desapareció; tenemos la seguridad de que lo hundió un submarino alemán, pero nunca pudimos obtener un dato que lo confirmase; el "Bakio" estaba mandado por el capitán Jordá, un vizcaíno de origen catalán que estaba casado con una guipuzcoana, una Gallastegui, y la Compañía costeó los gastos de estudio de su hijo, el que fue director de música del grupo coral vasco "Eresoinka" en 1936-1937 y hoy es músico de gran renombre, el director Jordá Gallastegui, quien dirige ahora la Orquesta Nacional Belga.

- ¿Qué rutas hacían y qué transportaban los barcos de Sota y Aznar durante la primera guerra mundial?

- Había algunos barcos que iban a América. Ya antes de esto hacíamos transporte aquí en barcos de 7.000 y 8.000 toneladas (que entonces parecían grandes) de mineral de las minas que gerentaba mi padre y estaban en Teruel-Guadalajara y Almería, y también exportábamos mucho mineral de compraventa al Ruhr alemán, y teníamos oficina en Rotterdam y Duisburgo; durante la guerra, todos los armadores procuraban hacer la ruta americana, que era la más segura, y los fletes eran también grandes o mayores que los que se pagaban en Europa; pero durante la guerra se iba sobre todo a la Gran Bretaña y transportábamos grano y otras mercancías; sobre todo se llevaba mineral y se traía carbón. Claro está que los aliados imponían a cada armador hacer el tráfico a sus puertos. Eran los amos del combustible.

- España fue neutral en esta guerra, ¿qué beneficios obtuvo?

- Los aliados compraban en España bastante de lo que necesitaban; los alemanes poco y ocultamente. Inglaterra mandaba en el mar. Los españoles, ¡cuidado, no España!, los españoles ganaron mucho dinero. La posición de la hacienda española al terminar la primera guerra mundial era, desde luego, fuerte; y pasó señaladamente lo que siempre ocurre en estos casos: que el capitalista busca siempre un lugar seguro para depositar su

dinero; entonces pensaron los adinerados que la guerra había que pagarla en los países contentientes mediante impuestos muy pesados y decidieron venirse a España.

– ¿De qué forma incidió esa riqueza viajera en el desarrollo español?

– No mucho; porque llegó la dictadura de Primo de Rivera en el año 1923, y su política económica fue muy desgraciada, sobre todo cuando la administraba Calvo Sotelo, de manera que ya antes de morir Primo de Rivera el año 1930 todo ese caudal viajero y aún el capital español se había ido a puertos más seguros, y cuando llegó la República encontró una situación muy desfavorable. Ha habido siempre en España una falta de competencia administrativa grande; sobre todo, desidia; la "pigricia" tan característica del ambiente en general.

– También su padre era capitalista en ese tiempo, don Ramón, ¿qué poseía además de ser el mayor accionista de la Naviera Sota y Aznar?

– Mi padre poseía algo más del 40% del capital de la Compañía, sí, pero no fue lo único que hizo. Lo primero que hizo mi padre cuando llegué de Londres fue mandarme a visitar todas las instalaciones de las entidades que mi padre regentaba: la Compañía Euskalduna de Construcción y Reparación de Buques; las grandes instalaciones de las minas de hierro de Sierra Menera en la provincia de Teruel y parte de Guadalajara, que eran propiedad de Echevarrieta pero eran explotadas en arriendo por la Compañía de Sierra Menera controlada por mi padre, y la que construyó un ferrocarril de 200 kilómetros para llevar ese mineral a Sagunto, donde antes no había más que naranjos; allí construyó mi padre el puerto y levantó años antes de la segunda guerra mundial la Fábrica Siderúrgica del Mediterráneo con técnica americana y capaz de producir 150.000 toneladas de acero al año, que todavía está y donde se van a gastar ahora muchos millones para modernizarla. También controlaba mi padre la Compañía Minera de Sierra Alhamilla, en la provincia de Almería, con cargaderos y ferrocarril. En compañía de don Pedro de Mac-Mahon adquirió el control de la Franco-Española de Alambres y Cables de Erandio, que estaba en posesión de los que fueron constructores del puerto exterior de Bilbao; nuestro puerto se debe en gran parte a su técnica. Tuvo mi padre, además, unas minas de carbón en Asturias que no explotó nunca y terminó vendiéndolas; y tenía negocios en Sevilla. Llegó a ser el primer accionista individual del Ferrocarril del Norte, y consejero del de Madrid-Zaragoza-Alicante; también estuvo fuertemente interesado en la Compañía de los Ferrocarriles Vascongados; repobló totalmente el monte Sollube, de mil hectáreas; fundó la Compañía de Seguros "La Polar" y los Talleres de Miravalles en compañía de los hermanos Chávarri. Con su centro en Bilbao abrió oficinas, además de la de Rotterdam, en Londres, París, Nueva York, Duisburgo y Atenas; durante muchos años fue presidente de la Junta de Obras del Puerto de Bilbao, y vitalicio de la Asociación de Navieros, también de Bilbao...

– Usted heredó todo eso, don Ramón.

– Sí, cuando murió mi padre en agosto del año 1936, un mes después de estallar la guerra. Luego tuve yo que salir de Bilbao en mayo de 1937, y comenzó en Bilbao el proceso de mi padre once meses después de haber fallecido. Procesaron a un muerto. Lo condenaron a cien millones de pesetas de multa; lo que en realidad le quitaron valía de doscientos para arriba; Aznar se quedó con la Compañía Naviera; ya ve usted –me dice

ahora él mismo lo que, al llegar, había pensado yo pero no me atreví a decir- soy un capitán sin barco...

- Usted tuvo, al tiempo que trabajaba al lado de su padre, una actividad política en Vizcaya.

- Yo vi por primera vez a Sabino de Arana un día que vino a visitar a mi padre enfermo; entonces nosotros vivíamos en Ibañez de Bilbao, donde está ahora la Comandancia de Marina. Recuerdo a Sabino como a un señor de barba que entró en la casa esa mañana; yo era un niño; después pertencí al Partido Nacionalista Vasco creado por él, que era una gran fuerza popular, y llegué a ser elegido diputado nacionalista por la candidatura del Partido Nacionalista Vasco por el distrito de Valmaseda el año 1917. Como éramos mayoría, 11 diputados de 20, el Partido Nacionalista Vasco me llevó a la Presidencia de la Diputación de Vizcaya. Creo que nuestra Diputación realizó una labor fecunda en favor del país. Fue una oportunidad de servicio que recuerdo en este mi confinamiento con entusiasmo y con orgullo; colaboraron con nosotros en el departamento de Enseñanza, que la hicimos de nuestra competencia, don Eduardo Landeta y don Luis Eleizalde. Durante esta administración me ocupé, con la mayoría, de muchas cosas. Hicimos lo posible por fomentar un ambiente cultural que no existía, en Vizcaya, por falta de una universidad, particularmente. Se fundó, mediante la iniciativa de Jesús Sarria, la revista *Hermes*, publicación que tiene hoy un valor bibliográfico, que fue financiada sobre todo por mi padre. Nosotros creamos la Junta de Cultura Vasca, y a iniciativa nuestra se organizó el Congreso de Estudios Vascos de Oñate (del que fue promotor el diputado Félix de Landaburu), y la Academia de la Lengua Vasca (*Euskaltzaindia*), el Conservatorio de Música vizcaína con la Orquesta Sinfónica de Bilbao, los Museos Arqueológico y Etnográfico de Bilbao; el Museo de Pintura alcanzó un desarrollo desconocido hasta entonces y se organizó la famosa Exposición de Pintura que Llano Gorostiza, crítico que ha publicado un libro importante sobre la pintura vasca, cita a menudo; no pudimos llegar a sentar los cimientos de la universidad vasca por la oposición sistemática del grupo derechista y de los "cuitados" que dieron gritos de auxilio a sus compadres madrileños y a los resortes arbitrarios del estado. Refiriéndome a la pintura vasca, que me apasiona, cabe decir que había pintores del mar que eran buenos, otros que no lo fueron tanto. Obras como el "Shanti Andia" pintado por entonces no es un marino, y menos un marino vasco, sino un personaje de zarzuela, pronto a cantar: "Costas, las de levante", o "Playas, las de Lloret", de "Marina"; y la responsabilidad en ese extremo de buena parte de la desgracia corresponde a mi admirado don Pío Baroja; don Pío, no obstante, haber nacido en Donostia, tan pronto como se trata de las cosas del mar es un perfecto "terrestria", y sus hombres de mar no son marinos vascos; aunque algunos de ellos están tomados de tipos auténticos, como lo puedo atestiguar, fueron vertidos al papel disfrazados de coristas de arte lírico. En cuanto a los pintores vascos de aquel tiempo: uno muy bueno era Arteta, probablemente nuestro pintor de mayor valor ético y estético, gran pintor y buen hombre, aunque plagado de dudas sobre el mérito de sus obras; pintó el retrato de mi señora esposa y quiso destruirlo más de una vez porque no estaba contento con lo que había hecho; algunos de nuestros pintores sufrieron los contagios del virus pígrico madrileño, y el talento para la pintura que tenían los Zubiaurre, por ejemplo, quedó amortiguado por el

ambiente autárquico y estepario que les rodeaba; en cuanto a Zuloaga, sus obras están bajamente cotizadas en París, y no es para menos, porque todo lo que se puede ver allí de la obra de don Ignacio es francamente mediocre, pero se defendió con su sentido comercial, pintando paisajes como telones de teatro; era bueno en los desnudos; pocos retratos le salieron bien, y el que pintó de mi padre es flojo; pero fue formidable dibujante. Losada era excelente como pastelista; cuando he enviado algunas de sus pinturas al pastel a París para que me las enmarquen en las casas más reputadas, los especialistas en muchos casos los han confundido con los trabajos de Constantin Guy, y creo que es el elogio más encendido que puede hacerse de un pastelista de tiempos recientes. Regoyos fue ferozmente independiente, pintó cara al sol rojo y fulminante... En fin, que esto es largo, demasiado para esta conversación que me ha propuesto usted.

- ¿Considera usted, don Ramón, importantes los Fueros Vascos?

- Esenciales. El Fuero no se lo dio nadie a nuestro pueblo. Fue obra suya. Es plasmación de un derecho legítimo, construido en espíritu de libertad.

- ¿Qué fuerza tenía el socialismo en Bilbao en este tiempo?

- Tenía también fuerza; menos que nosotros, pero la tenía; sobre todo debido a un gran líder: Indalecio Prieto. Yo tengo muy buen recuerdo de él. Fui adversario político suyo en esos tiempos anteriores a la guerra; después lo conocí personalmente, nos tratamos, y vi, que era un buen hombre, muy humano, buen periodista y escritor; todo eso que se dice a veces por bocas interesadas de que vivió en México en la holgura económica es falso, porque sé que vivió de lo que le daba su pluma. Era un hombre de gran talento, y se hizo solo. Yo recuerdo que un día en Saint Jean de Luz estábamos Marañón, Prieto y yo hablando; Prieto se quejaba de no haber tenido oportunidad de adquirir una formación universitaria, y yo le dije que la suya, su formación, había sido también universitaria, la de la vida, que es mucho más dura, pero muchísimo más efectiva; y Marañón me apoyó, dijo que era exacto. Ése era Prieto.

- Don Ramón: usted dice que no ha sido capitalista...

- Sí, y dije lo que fui. Yo no he tenido dinero; no he tenido sueldos; he sido consejero de la que fue Compañía del Ferrocarril del Norte, del Banco de Vizcaya, y he sido Consejero de las Compañías de mi padre, de las que luego fui gerente; yo tenía lo que me daba mi padre, pero capital, lo que se dice "capital", yo no he tenido nunca.

- Así es; pero usted, que es hijo de capitalista y que ha recibido una educación liberal, ¿cómo ve usted al capitalismo de esa época hasta el año 1936?

- Desde luego que la gente que tenía dinero actuaba con mucha energía, pero en general con poca cultura económica, pocas previsiones técnicas. Vino la reacción obrera. Había en Bilbao teóricos sociales, pero el núcleo principal, la fuerza del movimiento socialista, eran los obreros de las minas, gente desdichada que cumplía un papel muy duro en ese proceso que impone la filosofía del mayor beneficio, y los capitalistas en general no conocían sus obligaciones sociales. Cosa de los tiempos, se puede decir que el patrono controlaba la situación; pagaba lo menos posible. Había también, hay que decirlo, mucha gente de paso, por ejemplo, gallegos con mentalidad de inmigrantes de paso que venían a hacer unas pocas pesetas para regresar a su pueblo y comprarse una vaca o un pedacito de tierra que trabajar, y vivían miserablemente en unas chozas para ahorrar dinero; éste era el caso más extremo, si quiere usted, pero en

general se trataba de un trabajo duro y poco remunerado; de manera que la protesta de esas gentes estaba justificada, hasta muy justificada.

– ¿Se puede decir que el capitalismo vasco actuó entonces de una manera inhumana?

– En realidad, sí, en buen número de casos; habrá excepciones; más de una, seguramente; pero en general eso es evidente. Por mucho que quieran justificar algunos aquella conducta de decir: "Bastante hacemos con darles de comer para vivir"; porque escasamente les daban para eso. Eso es así, y es irreversible. Por otro lado, sin embargo, en cuanto al presente, creo que el socialismo ha fracasado, como ha fracasado el comunismo; quiero decir que los jóvenes ya no ven ninguna salida por ahí; personalmente creo que muchos más socialistas que los que hizo Marx con su literatura (porque después de todo Marx, y lo he leído bien, es un tabarra) los hizo "La Internacional", el canto que dice: "Arriba los pobres del mundo"..., que no es de Marx, sino de un francés, y ése es el socialismo que hemos conocido nosotros como protesta de los que podemos decir "pisoteados" y que veían la riqueza cerca; eso ha sido en realidad el socialismo.

– "Capitalista" fue su padre.

– Mi padre sí, y no tiene más que ver las cosas que hizo y que dejó. Esas empresas que ya le mencioné, sobre todo la Compañía "Euskalduna" para sacar de la ruina a la construcción naval después del cierre de los Astilleros del Nervión, donde se pusieron las primeras quillas en Olabeaga y desde donde se lanzaron al Ibaizábal los primeros cascos. Para eso se necesitaba acero adecuado, y mi padre ideó crear en la dársena de Galdames una fábrica dotada de hornos de acero y los elementos necesarios para laminar chapas y perfiles navales, empresa que quedó frustrada por el bajón económico de principios de siglo, pero que después fue realizada por mi padre en Sagunto. Más tarde construyó en el "Euskalduna" locomotoras de vapor y montó las eléctricas y se dedicó a la construcción y reparación de material rodante de viajeros y mercancías para ferrocarriles, aceros especiales y otros elementos para la industria del transporte. Instaló "Euskalduna" los talleres de Villaverde Bajo en Madrid, destinados también a la construcción y reparación de material ferroviario; cooperó mi padre personalmente en la construcción de la Sociedad General Eléctrica Española... Esto heredé yo al morir mi padre, estas empresas y este espíritu social que lo condujo a algunas anticipaciones gerenciales como el establecimiento del primer barco-escuela de pilotos, el "Ama Begoñakoa", un velero de más de 4.000 toneladas, y otras tales como la creación de la Compañía de Remolcadores Ibaizábal con una organización de salvamento, y creó una casa de retiro para marinos mercantes olvidados por la fortuna, hoy el Preventorio de Pedernales. Pero al morir él, casi inmediatamente, tuve que salir yo de Bilbao, eso fue a fines de mayo de 1937. Hasta ese momento en Bilbao y Londres, y luego aquí, hasta mediados de 1938, yo fui el gerente único de la Naviera con 43 barcos; se puede decir que entre todos los negocios que tenía mi padre: "Euskalduna", Sagunto, la Naviera, Setares, Alhamilla, Remolcadores, todo esto y más, yo en aquel momento estaba al frente de unos 15.000 hombres.

– Entonces, usted no era el capitalista, pero sí administraba todos esos bienes y el esfuerzo de esos hombres; dígame, ¿cómo se comportó usted como empresario?

– Bueno, es un poco difícil juzgarme yo mismo con ecuanimidad; yo creo que hice lo que humanamente era posible por conciliar la vida económica sana de las Compañías para mantenerlas en trabajo con los derechos de los hombres que trabajaban para ellas, y no creo haber sido nunca duro con ellos. Considero también que, en justicia, mi padre los trató bien, y al morir tenía un gran prestigio en el país, y entre sus hombres de trabajo particularmente. Creo que yo me eduqué en esa escuela y no lo defraudé.

– Don Ramón: hace treinta y cinco años que no ha estado en Bilbao, pero usted está al tanto de todo el movimiento naviero del mundo; hasta está escribiendo la historia de la marina mercante vasca; dígame qué le parece lo que están proyectando hacer con el puerto de Bilbao.

– Hay un fenómeno que hay que tener en cuenta al juzgar lo que va a pasar en Bilbao como puerto: la siderurgia, en particular, que no está sobre un puerto está mal situada; toda la siderurgia europea, menos un solo caso, que está en Holanda, está perdiendo dinero; hasta los alemanes, porque el Ruhr está demasiado lejos del mar, y si los alemanes no se han retirado de esa zona minera es porque tendría que parar las minas de carbón y produciría un conflicto demasiado gordo para el gobierno federal. Un puerto de Bilbao, por grande que sea, con necesidad de transbordar las mercancías a otros barcos más pequeños para hacerlas llegar a la industria del Nervión es un fracaso económico.

– ¿Cuál es la solución?

– Ante todo dar a la dirección del puerto un espíritu comercial e industrial, y esto sólo podrá ser alcanzado en el caso de que se constituya en una entidad autónoma de estilo europeo. Hay que dragar la ría, darle profundidad suficiente para que suban los barcos de calado adecuado de la misma manera que subían los lanchones a las ferrerías vascas.

– ¿Se puede?

– Es difícil, pero se puede; y es lo que se debe hacer.

– Se vendrían abajo los muelles actuales –dice Ramuntxo, su nieto de veinticinco años, economista graduado en Sheffiel, Inglaterra, y ahora al mando de una flota de nueve barcos fundada por su padre, también de nombre Ramón, fallecido muy joven a los 56 años de edad, hace un año.

– Se levantan otros –dice decididamente su abuelo don Ramón–; se han hecho cosas más difíciles; y en este caso no hay otro remedio. Así se está haciendo en muchas partes; en Dunquerque, por ejemplo, la gran siderurgia francesa está en el mismo puerto donde entran los barcos de 150.000 y hasta 200.000 toneladas, ¡y a eso hay que ir!... Mire usted, para trabajar en la siderurgia necesitamos minerales adecuados y económicamente rentables; ahora se han descubierto en Australia minerales que tienen más del 70% de hierro, los está recibiendo la industria siderúrgica japonesa; y los minerales que puede emplear Altos Hornos de sus propias minas tendrán poco más del 50 por ciento; aquí no hay más remedio que ser competitivo, y para serlo hay que traer esos minerales más ricos, y los del Brasil y los de Canadá, y hay que traerlos en barcos grandes, y barcos que lleguen al lado del horno –subraya con la voz don Ramón–, porque traer el mineral en barcos grandes hasta el puerto y transbordarlo a gabarra resulta carísimo: ya estamos fuera de la competencia. En Bilbao no queda otro camino que dragar y ampliar la ría...

– ¿Qué opinas tú? –le digo a Ramuntxo, que está escuchando atentamente a su abuelo.

– Todo eso es verdad; la ría de Bilbao está perdiendo calado poco a poco; ocurre ya que los prácticos no se pueden dejar guiar por los planos que les da la Junta de Obras del Puerto y tienen que servirse de su experiencia personal; es decir, que tienen que asumir una responsabilidad personal que comporta mucho riesgo; esta inseguridad hace que todos busquen entrar y salir al mismo tiempo: en pleamar; así, están ahora preocupados con la posibilidad de que ese tráfico intenso de entrada y salida de buques en pleamar resulte en alguna colisión seria. La solución es ésa que dice *Aititte* (abuelo): dragar la ría, y a pesar de eso considero personalmente que hay pocas posibilidades de desarrollo para Altos Hornos.

– ¿Qué va a pasar entonces con la industria pesada vasca? –pregunto yo.

– Eso es, que da miedo pensar en el futuro –dice don Ramón– porque la economía vasca está acumulando ya demasiados retrasos por falta de formación técnica adecuada, por falta de una universidad durante todo este siglo y antes; los altos estudios técnicos han estado limitados a la población, harto escasa, de los que han podido pagarse estudios fuera del país; por otra parte, una industria que depende de la técnica extranjera siempre andará rezagada, porque lo que le llega de los demás países es, por un lado (tanto en máquinas como en armamento), la menos buena y llega generalmente tarde, y, por otro, está cargando con la hipoteca del pago de los royalties. Toda la economía española está cargada, recargada diría yo mejor, con este lastre que se va a ir haciendo cada vez más pesado, y los resultados son imprevisibles...

– Y Europa sigue adelante.

– Claro; Europa está luchando ahora por aproximarse y competir con la economía norteamericana, la que tiene una fuerza creadora y emprendedora que es ya de otro mundo.

– ¿Usted cree en Europa, en su Comunidad Económica, en su Comunidad Política del futuro?

– Yo creo en la Europa de los pueblos y con los pies en el suelo y avanzando juntos y respetándose los derechos de los hombres y de los diversos pueblos que la integran, y creo en su desarrollo económico sin fronteras y en una conciencia política continental. La Europa de los estados me parece bien, porque es un avance, pero solo la Europa de los pueblos dará vida nueva en la libertad de hacer una obra juntos, mediante el impulso de la razón y la voluntad común y libre de hombres y pueblos. A eso se llegará. No le quepa ninguna duda. Hay recelos, pero todo se andará. No estando quieto, sino marchando en el camino de la libertad y de la colaboración...

– ¿Qué opina usted del ingreso de la Gran Bretaña?

– Inglaterra no se ha portado en política muy bien, ni poco bien, con los vascos...

– En cambio, la colaboración industrial y comercial vasco-británica ha sido siempre muy estrecha.

– Así es, ya lo hemos mencionado antes; y a tanto llegó esta aceptación de lo inglés en nuestro pueblo, que en Bilbao había "extranjeros", y se decía: "Este señor es extranjero", porque era francés o era alemán; y de un inglés se decía: "Ése es inglés". El inglés no era extranjero. Pero ya hoy no tiene el inglés esta influencia entre los vascos,

nos ha tratado mal; a pesar de eso me alegro que la Gran Bretaña forme parte de la Europa comunitaria, porque es una garantía de democracia y de justicia. Mire usted: para mí una de las mayores desgracias es (en este caso me refiero a Bilbao) que se estén llevando la dirección o el Consejo de los negocios a Madrid, mientras tenemos a las fábricas y el elemento de trabajo en Bilbao. Ésta es una catástrofe económica; para un naviero como yo, el hecho de llevar negocios navieros a Madrid, administrarlos desde Madrid, es lo mismo que administrar negocios taurinos en Glasglow...

– Volvamos a los barcos, don Ramón, al barco de carga: ¿cree usted que seguirá manteniendo el puesto que tiene hoy en el campo del transporte internacional?

– Por ahora, sí; ahora bien, no le digo que sean los barcos del tipo actual. Pueden evolucionar mucho. Actualmente, el 50 por ciento del transporte marítimo mundial está dedicado al transporte del petróleo; en más o menos diez años, las necesidades de petróleo en Europa van a doblarse, y harán falta barcos para transportarlo. El precio de este petróleo depende mucho de la capacidad del barco que lo transporta, y hasta ahora se han llegado a fabricar, y se están fabricando, barcos de cerca de 500.000 toneladas. Ahora bien, nos hacemos la pregunta: ¿se podrá llegar a más sin que sufra la estructura fundamental del barco actual?... En cuanto al medio de propulsión, el nuclear puede ser económico a partir de cierto tonelaje y un determinado andar. También afectará las rutas: ¿quién hubiera dicho hace unos años que habría necesidad de dragar el estrecho de Malaca?, y, en cambio, ya se está hablando de esta posibilidad, porque han hecho recientemente sondeos y se han encontrado con calados que son riesgos para los barcos grandes; tienen que ir al estrecho Lombock, que está más al sur y que es por donde navegaban nuestros barcos de vela cuando iban a Filipinas tratando de evitar los mares de China.

– ¿Qué va a pasar entonces con los canales de Suez y el de Panamá?

– No servirán; en parte, ya Panamá sirve sólo para barcos que podemos calificar de pequeños, y ya están pensando los norteamericanos en abrir otro más ancho y más profundo, acaso más al sur, por terreno colombiano. En cuanto al de Suez, cuando se drague puede pasar acaso un barco de 150.000 toneladas en lastre, pero eso no puede dar mucho de sí, porque tenga usted en cuenta que ese canal lo abrieron los egipcios, y cuando llegaron los europeos muchos cientos de años después se encontraron que casi había desaparecido; pues eso mismo puede suceder ahora: las mismas arenas que taparon el canal de Ramsés van a tapar a éste. Hay camino por el cabo de Buena Esperanza para rato...

– Vamos a regresar al país, don Ramón, y plantarnos de nuevo en Bilbao y pensar en un problema que me ha preocupado siempre: ¿por qué no hemos podido tener, al margen de concesiones del centro, una universidad vasca que capacite nuestros técnicos y nuestros científicos y nuestros pensadores, por qué ha estado lejos de esta preocupación del progreso nuestro capitalista, nuestro hombre de empresa?

– Pues así es; mire usted, la situación cultural de Bilbao, nuestra población más importante, es, como se lo he dicho antes, pobrísima. En Bilbao ha tenido usted espíritu comercial e industrial muy avanzado, pero no ha alcanzado la preocupación universitaria demasiado; este desequilibrio ha conducido culturalmente a la ciudad donde está hoy; desde luego que no ha avanzado al ritmo que hubiera podido avanzar

con una universidad. Para mí, el retroceso del euskera se hubiera podido evitar con el trabajo y el prestigio que da una universidad a su lengua. Yo siempre he sido partidario de la Universidad, lo demostré durante el tiempo que estuve al frente de la Diputación, y los que se oponían a ella eran los monárquicos y toda la derecha en general. Nosotros hicimos un esfuerzo, pero nos encontramos con la oposición de todos los intereses creados desde el centro, incluso la de los intelectuales; Joaquín Zugazagoitia, por ejemplo, decía que para qué necesitábamos los vascos universidad: "Universidad vasca –decía– es nacionalismo vasco"; bueno, ellos sabrán por qué la cultura vasca conduce al nacionalismo vasco.

– Ocurre en otros países civilizados que los industriales y los comerciantes crean fundaciones que contribuyen a crear estos centros de cultura; ¿qué ha ocurrido y qué ocurre con la sensibilidad cultural del empresario vasco?

– El capitalista vasco ha dado mucho dinero para las cosas de la Iglesia... Yo conozco casos concretos en que han ido fortunas de vascos, incluso progresistas, a cumplir un fin primordialmente religioso.

– Usted, que es un hombre de formación cristiana y a la vez ha recibido una educación liberal, ¿cómo ve a la Iglesia vasca?

– El vasco, en general, tiene todavía un acusado sentimiento religioso, que es antiquísimo; ahora bien, creo yo que ese sentimiento religioso vasco, su entrega a la Iglesia, ha sido maltratado. Sin embargo, yo creo que hoy ha comenzado sinceramente una revolución, es el movimiento de la fuerza de la protesta.

– ¿Cómo siente usted a Dios, don Ramón?

– Yo he dicho siempre a amigos sacerdotes que he sido un cristiano independiente; puede que esté cambiando ahora algo, pero he sentido siempre la libertad de entender y sentir a Dios de una manera bastante personal. Es interesante constatar que estos sacerdotes amigos no se han escandalizado, porque aceptan hoy esta libertad como natural. El hombre libre y consciente, ésta es la esencia del mensaje del cristianismo.

– ¿Y qué piensa del comunismo?

– Mire usted, el comunismo es una idea tan respetable como cualquier otra, y yo la respeto; lo malo es que ellos no respetan las ideas de los demás, y esto hace que tampoco lo quieran respetar muchos. En el comunismo no me gusta nada su práctica dominante, autoritaria y sectaria, exclusivista; eso significa la vuelta a la fuerza por la izquierda. No es ésa, la fuerza, la solución de la humanidad; lo sabe esta humanidad doliente desde hace muchos siglos. Y yo estoy contra la violencia como método, porque eso no conduce sino a otra violencia mayor y a la ruina de la civilización. El comunismo triunfa en Rusia a la fuerza, y lo mismo ha ocurrido en los países satélites.

– Sí, es verdad, don Ramón; pero el liberalismo económico también ha tenido defectos parecidos, aunque sus formas de presión y de violencia hayan sido diferentes.

– Desde luego, así es; comprendo muy bien que la violencia es anterior al comunismo, y no tiene, desde luego, su monopolio. Los regímenes de fuerza adolecen, para mí, del mismo defecto básico: la represión, porque la doma del hombre no genera sino violencia. Para mí, la solución económica del hombre reside en el avance técnico, porque el adelanto técnico es lo que está destruyendo al conservadurismo, al liberalismo económico, al capitalismo, al socialismo y al comunismo, porque los supera. Desde

luego que los problemas económicos que aquejan tan profundamente a la humanidad hoy no se pueden resolver con un criterio derechista ni izquierdista, sino haciendo un planteamiento humanista con la menor carga de ismos convencionales posible, buscando la razón y la justicia en la tolerancia, y, sobre todo, sin violencia.

– Pero, ¿cómo va a instrumentar usted políticamente este camino?

– Ya sé que es difícil definir ahora los caminos del mañana, pero no es tan difícil predecir que lo de hoy es caduco; mire usted, en Francia, por ejemplo, hay un elemento que está saliendo en grupo, podemos decir sindical, que tampoco es ya sindical, que es lo que llaman "le cadre"; el "cadre" ya salió del proletariado, ya no es un proletario, pero tampoco es un burgués, sino una cosa media; pero ya ese hombre del "cadre" tiene conciencia de su propio valer y lo que representa en el avance del mundo; eso está tomando en Francia mucha fuerza, porque ya se ha dado cuenta ese hombre del valor y el significado de esa máquina que tiene entre sus manos, lo que puede hacer con ella, y no solamente por lo que produce la máquina en sí, sino por lo que significa para el progreso personal y el de la humanidad, por lo que supone la nueva fuerza que genera en él el dominio de esa máquina.

– Pero, ¿de qué manera, a través de que sistema político va a instrumentar usted estas relaciones de desarrollo socio-político?

– Yo soy un enamorado del sufragio universal libre y directo, y los hombres que elija el pueblo harán en cada caso y momento aquello que políticamente está más de acuerdo con las circunstancias y las aspiraciones y las metas propuestas por el pueblo mismo. Estos hombres, todos, hasta los que ocupan los puestos de administración pública más humilde, deben ser elegidos de esta manera completamente democrática. Y aquí los vascos tenemos una tradición válida, actual, que hay que rehabilitar y usar; cada pueblo tiene que actuar de acuerdo con sus disposiciones y capacidades, y los vascos somos lo suficientemente civilizados para resolver nuestros problemas cívicos (lo hemos demostrado muchas veces) de manera democrática y libre, y la síntesis más hermosa de esta disposición abierta al mundo que muestra el vasco es el canto del "Gernikako Arbola", que es un canto a la libertad, a la libertad universal. Esto, para mí, tipifica las aspiraciones del pueblo vasco. Si esta aspiración ha tenido en la práctica para los vascos algún inconveniente, es precisamente el de haber luchado por la libertad en muchas partes del mundo abandonando la nuestra propia. Así hemos venido renunciando a nuestra libertad, desde la administrativa (y acaso por esto mismo) hasta la cultural. La lengua, por ejemplo, es fundamental para la personalidad del vasco, y tiene que defenderla desde todos los ángulos, porque la lengua lo enriquece y este enriquecimiento no empobrece a nadie. Es una exigencia mínima que no puede negarle ninguna persona ni ninguna nación que tenga un mínimo de sentido de la honestidad...

– Vamos adelante, don Ramón: la pasión de los Sota por el mar y por la empresa naviera e industrial no se entiende sin antecedentes, sus abuelos y su padre, pero tampoco tiene sentido sin mencionar a su compañera, a su esposa, y tampoco sin el futuro que está en sus hijos y en sus nietos; aquí está Ramuntxo, un joven graduado universitario según la tradición de los de la Sota en la Gran Bretaña, hábleme de ellos.

– Yo me casé con una Mac-Mahon, con Sofía; tuvimos seis hijos: Cristina, que murió en un accidente de coche, y luego Ramón, el padre de Ramuntxo aquí presente y

que falleció a los 56 años de edad hace solamente un año; los cuatro restantes: Mónica, Kattalin, Verónica y Patrick viven todavía, afortunadamente. Ramón, mi hijo, de la Sota y Mac-Mahon, el padre de Ramuntxo, se casó con una argentina de origen vasco: doña Teresa Zorriquin Ibareguren; así es que Ramuntxo, el que continúa con el nombre familiar y la herencia de la vocación naviera, es de la Sota y Zorriquin, y así, como todo vasco que se precie, tiene eso, lo universal de su formación y un pedazo de América en el alma, esa América que ha sido el rumbo permanente de lo vasco a lo largo de la historia económico-social de nuestros últimos siglos.

– Así es, y dígame cómo renació la nueva empresa naviera que mandó su hijo Ramón de la Sota Mac-Mahon hasta hace un año, cuando murió tan joven.

– Pues esa empresa la creó él mismo; se inició de la nada; cuando estalló la guerra en 1936, mi hijo Ramón estaba estudiando en Cambridge; allí y en otras universidades británicas sirvió a la causa de los vascos durante la guerra, porque había mucho que hacer en este campo de la opinión bastante tergiversada que tenían los británicos de lo que estaba pasando en el País Vasco. Después pasó a los Estados Unidos, allí estuvo en la Delegación Vasca; de allí pasó a la Argentina...

– Allí conoció a tu madre –digo a Ramuntxo.

– Sí, pero antes hay que decir que ya cuando mi padre estaba en los Estados Unidos, y sin mucho dinero, se las arregló para comprar un velero, un *schooper*, llamado "Theoline" en sociedad con un yugoslavo; este velero no tenía motor auxiliar alguno, hecho que quizá haya influido en su destino, porque desapareció por las costas de Tierra de Fuego con toda su gente allá por el año 1942. Trabajó unos meses con el velero llevando carbón de Boston al Canadá y volviendo con madera, hasta que estalló la guerra mundial y se alistó en los "marines", junto con otros muchos vascos que quisieron servir a los aliados; así hizo la campaña del Pacífico con los norteamericanos. Después pasó a la República Argentina, donde creó un taller de reparación naval: "Tamena". Fue más tarde, en el año 1948, cuando en sociedad con otro vasco desterrado, el capitán Juan María Zubiaga Aldecoa, compró su primer barco de casco de acero, el "Laburdi", de 425 toneladas. Este barco les salió rana, y acabaron llamándole "Ipurdi" ("trasero" en vasco). Siempre barcos. Y así, además de conocer a mi madre, conoció también a un financiero internacional argentino, el Sr. Bemberg, con quien tuvo una gran amistad, y viendo la disposición de mi padre por el mar y los barcos se asoció con él para comprar el primer barco de cierto tamaño; esto ocurrió el año 1955, los tiempos del pan negro de Bilbao; tenía el nombre de "Sofía". Este barco era un *gray-type* construido durante la guerra, de 4.500 toneladas, y sus tráficos los encontró en el Mediterráneo, y con las distintas maderas rusas de Siberia a Gran Bretaña; ahora tenemos nueve barcos...

– Pero es algo que volvió a hacer personalmente mi hijo Ramón –dice don Ramón de la Sota Aburto con legítimo orgullo– el tercero de la generación de los navieros de la Sota, y que continúa, desde la muerte de su padre, el cuarto de la generación de la Sota que ha heredado del nombre y la pasión por "la llamada del mar"... Ahora dicen en Bilbao que no hay navieros, ¿cómo va a haber si han destruido el semillero?...

Luis (Koldo) Michelena

Luis (en vasco: Koldo) Michelena nació un 20 de agosto en Rentería, donde, por el estrecho pasadizo de escaleras de la que ha sido la casa de sus padres en Goikokalea y ha sido también su camino en la vida, me lo encuentro subido a un tercer piso desde donde le ve a la iglesia parroquial de Santa María su cielo de tejas; no está Koldo como nació, claro; desde que nació en esta casa en 1915 (cuando Rentería acababa de pasar del límite de los 5.000 habitantes que se conocían unos a otros desde más adentro que los abuelos hasta estos 35.000 que apenas tienen tiempo de verse por las prisas de hoy en día), ha crecido mucho, ha pasado por mucho, ha aprendido mucho, y también ha olvidado mucho. No sé si las muchas cosas que se han roto y se han malcompuesto en Rentería durante estos 57 años serán más y peores de las que hicieron aquellos que dedicaron la Estación prehistórica de Aitzbitarte, donde vivía el renteriarra del Paleolítico Medio hace unos 35.000 años, a criar champiñones para sacarle a la cueva unas pesetas, o de cuando Rentería era todavía Villanueva de Oiarso hasta el siglo XIV y se producían peleas con sus vecinos de Oyarzun y San Sebastián hasta matarse por unos centavos de derecho sobre el puerto de Pasajes, o de cuando tuvieron que sentenciar en la iglesia parroquial, y en lengua gascona, las luchas de los vascos de los dos lados del Bidasoa; los daños del espíritu han sido grandes y se han venido sumando otros peores, pero cualquiera que vive en su tiempo sabe que Koldo Michelena es un hombre de Rentería que se ha saltado las tentación de esas monedas y está entregado al amor de conservar y trabajar la cultura antigua y sin precio de su pueblo.

– La tierra en que uno nace –le pregunto– ¿qué significa para ti?

– Para mí es el espacio en que vive, más que en ninguna otra parte, una comunidad conformada de una cierta manera por su pasado y por su presente. Es la comunidad a que me siento ligado de una manera primaria, anterior y posterior a toda reflexión. Tengo plena conciencia de pertenecer, además, a comunidades más amplias, pero aquí, junto al sentimiento, pesa también la razón; a menudo más que el sentimiento.

Y como casi siempre que hablo con gentes de este viejo pueblo con más pasado que presente (aunque confío en el porvenir) le saco sus abuelos.

– Mi abuelo materno era conocido aquí por *Ixtewan-frantsesa* –me dice en euskera– un Elissalt. Como muchos de este lado que se han saltado el río divisorio en aquella dirección, este abuelo mío por parte de madre era un tejedor de Donibane Lohitzun (Saint Jean de Luz) que se vino a este lado del Bidasoa cuando se instaló aquí la fábrica grande de hilados a mediados del siglo XIX y se casó con mi abuela, que era de Rentería. Y así, mi madre, Josefa Ignacia Elissalt, nació aquí, en Erdiko-kalea, como todos sus hermanos, dos de los cuales, y para ser vascos completos, cumplieron con las dos condiciones establecidas: emigrar a América, en este caso a Río de la Plata, y no escribir, porque no escribieron nunca una carta y no se volvió a saber de ellos. En cuanto a mi padre, él nació en la capital, era un donostiarra que vino con sus padres de muy niño aquí, al caserío "Larretxipi", que el pueblo, y por estas transposiciones tan corrientes, llama "Larrapitxi", y está más allá del convento de las monjas de clausura en la calle

Alducin; mi padre no aceptaba que dijese que no era de aquí, de Rentería. De los abuelos paternos, mi abuela era de Oyarzun, y mi abuelo de aquí mismo, de Rentería, o al menos de sus alrededores.

– ¿Los conociste?

– No, y te diré por qué. Anota, primero, que mi padre conoció a Carlos VII. Don Carlos regresó del exilio en 1873 y tuvo que salir definitivamente en 1875. Pues en esta época mi padre estaba ya trabajando en un caserío de Alkiza, cerca de Tolosa, y bajó a lo que había sido hasta poco antes (1854) capital foral de Guipúzcoa, y vio pasar a Carlos VII, quien en ese momento iba a pie, y recordaba muchas veces cómo se le acercó una mujer del pueblo a besarle la mano y le dijo (cosa que a mi padre, que estaba lejos de ser carlista, le hizo mucha gracia y al mismo tiempo le molestó mucho), le dijo, digo: *Nik dos bexes, jauna*, que quería besarle la mano, no una vez, sino dos. Mi padre tenía un hermano, Xerbeano (debía llamarse Severiano, pero todo el mundo le llamaba Xerbeano) que formaba parte del grupo guerrillero del padre Santa Cruz en ese mismo tiempo y fue expulsado por indisciplinado. Comprenderás, entonces, que si mi padre fue testigo de este hecho ocurrido entre 1873 y 1875, no podía ser muy joven cuando nació yo el año 1915. No, en mi caso creo que mis abuelos fueron mis propios padres, no conocí otros; se casaron los dos siendo ya mayores, aunque mi madre era bastantes años más joven, y fui el único hijo de un matrimonio que seguramente había perdido la esperanza de traer alguno a este mundo.

– No oíste hablar de tus abuelos en casa.

– Oí hablar mucho de mi abuelo paterno, que, como he dicho, era de Laburdi; este abuelo del que teníamos una fotografía colgada en la sala y al que miraba yo con cierta curiosidad, era alto y delgado, y después he visto que me he ido pareciendo más a él que a mi padre, que era más bien bajo y ancho. Esa foto que admiraba yo tanto siendo niño se la sacó después de salir del castillo de la Mota en Donosti, donde fue encarcelado por gritar "Viva Carlos VII".

– Era carlista.

– Debió serlo. Y es curioso cómo han ido cambiando el color de las boinas, porque en esa fotografía aparece mi abuelo tocado con una boina blanca, para reafirmar con la señal duradera de una fotografía su condición de carlista; parece ser que los seguidores de Zumalacárregui llevaban entonces boina blanca, y eran los liberales, y sobre todo los liberales voluntarios, los que llevaban boina de color rojo. Mi madre me contaba que ella había hecho pintar de negro la boina en la fotografía porque no estaba de acuerdo con lo que simbolizaba. Este abuelo materno era fuerista, pero no le gustaba Carlos VII, y sólo el guerrillero cura Santa Cruz había hecho la guerra como es debido.

– ¿Y qué pensaba tu padre?

– A mi padre, Carlos VII no le hacía ninguna gracia; tampoco le gustaba Lizarraga, más preocupado, según él, de rezar y oír misa que de hacer la guerra. A su entender, y no creo que fuera una opinión aislada, el único que hacía las cosas como había que hacerlas en una guerra era el cura Santa Cruz. Mi padre fue uno de los primeros nacionalistas vascos del pueblo.

– Estas actitudes denuncian una posición de tipo nacional vasco; tú perteneces a este pueblo vasco y a su cultura, ¿crees que hay algún medio de salvarlos y desarrollarlos en el futuro?

– No acabo de ver el problema, casi diría que por desgracia: hay tanto mío en eso que podemos llamar nuestro, que no acierto a separar la suerte personal del destino colectivo. Hay en esto mucho más de necesidad impuesta que de elección libre. Más de una vez he tenido graves dudas acerca de las posibilidades de supervivencia de eso que tú llamas Pueblo Vasco; cuando la desesperanza era mayor, he advertido claras señales de que esa realidad, que veo más como un camino abierto que como un proceso cumplido, se resistía tercamente a desaparecer. Dejando a un lado los sentimientos, creo que seguirá viviendo de una u otra manera. Tiene que haber, según toda evidencia, modos de contribuir a ello. No es fácil saber, por el contrario, cuáles pueden ser más eficaces en cada momento y para cada persona.

– Había hasta hace poco en todas las regiones vascas de este lado del Bidasoa un instrumento político, el Foral, que ha venido funcionando con alternativas desde hace siglos, ¿qué opinas de él?

– Es de lamentar, pero ya no tiene remedio, que no se advirtiera a tiempo que la defensa de nuestras instituciones exigía previsión y flexibilidad antes que una terca firmeza en la conservación de cada uno de los ápices de la Vieja Ley: la necesidad de reformas y adaptaciones fue vista claramente, por ejemplo, por Guillermo de Humboldt en 1801.

– Regresando a tu padre, que era nacionalista vasco, ¿qué hacía, en qué trabajaba?

– Era cestero; has visto al entrar al portal que hay a media altura una ventana que da a la calle; él trabajaba en ese local que ahora está vacío con la ventana siempre abierta y hablaba con todo el que pasaba; así que era muy conocido en el pueblo. Lo sé bien, porque tan pronto comencé a ir a la escuela me salió un tumor blanco en un pie y tuve que quedarme en casa y cerca de mi padre, viéndolo trabajar y oyendo las historias que se contaban en el pueblo. Eso me duró tres años largos. Fue un mal difícil y largo de curar. Fue probablemente una suerte que mi madre, por razones que ella sabría, tenía una fe mucho mayor en la formación médica francesa que en la española. Me llevó al doctor Leremboire, de Sara (como Etcheberri) y establecido en San Sebastián. Fue una suerte en todo caso, ya que no quiso que me intervinieran, y consiguió que al cumplir los ocho años quedara completamente curado, sin defecto físico. Es curioso, porque acabo de enterarme en Sara, donde el doctor Leremboire fue alcalde (estoy casi seguro, pero habría que confirmar el detalle), que aquel señor alto que me pareció a mí, que era un niño, tan serio y tan formal, tenía una gran afición a contar con la mayor seriedad, las historias más inverosímiles. Así, terminé de curarme cuando cumplí los ocho años, y hasta hoy.

– Fueron años muy solos, sin juegos.

– No podía jugar con otros niños, claro; durante estos tres años no puse el pie en el suelo. Recuerdo que mi padre me llevaba de paseo por el pueblo a hombros. Era mi única forma de moverme, ni siquiera pude hacer deporte después de comenzar a ir al colegio, porque me lo prohibieron. Todo eso me falta. Y acaso es mejor, ¡quién sabe!, porque aprendí a leer muy pronto; no recuerdo cuándo, y durante esos años y después

siempre he leído mucho, libros de aventuras, Salgari, Verne, y también comencé a leer *Zeruko Argia* y algunos otros periódicos en la lengua; de ahí seguramente mi afición a leer, y sobre todo a leer en lengua vasca, a la que me he dedicado después profesionalmente. Pero eso viene después; en este tiempo del que te estoy hablando, yo hice mi primaria con poco esfuerzo y comencé mi bachillerato. En esa época no era corriente que los hijos de familias modestas como la mía se dedicasen a estos estudios, pero tuve la suerte de que había una familia amiga, los Arocena, que hablaron a mi madre de esta conveniencia, y a mi madre debo también su empeño de que siguiese estudios oficiales. Gracias a una matrícula gratuita pude hacer los tres primeros años de bachillerato en el Instituto de San Sebastián, es decir, lo que en aquel famoso plan Callejo de la Dictadura se llamaba bachillerato elemental. Luego había otro universitario, también de tres años, pero a nosotros en casa no nos alcanzó más que para la primera parte, y con ese bachillerato elemental, y a mis 15 años, me pusieron a trabajar en la oficina de la Fabril Lanera, con los Bermejo, que eran amigos de la familia. Al año de comenzar a trabajar me di cuenta que podía simultanear el trabajo con los estudios, y comencé a hacerlo; ya en esta época habían cambiado el plan Callejo y habían restablecido el bachillerato único de seis años, y así pude hacer en dos años los tres que me faltaban: cuarto, quinto y sexto, acudiendo a exámenes que convocaban en mayo y junio de cada año. Terminé el bachillerato el año 1935, con mis veinte años de edad, en vísperas de "la guerra".

– ¿Y te tentó entonces, cuando todavía no sabías que ibas a ir a la guerra, la suerte de la Universidad?

– Sí, porque ya estaba marcado por una disciplina de estudios, pero en mi casa no había dinero para mandarme de pensión a Valladolid; nosotros no hemos tenido la suerte, digo mejor si digo la justicia, de contar con una Universidad.

– ¿Qué te hubiera gustado ser?

– No sé, en esos años no había ocasión de soñar con obtener los medios para hacer una carrera universitaria; si no es por la guerra, acaso no hago nada; lo que sí puedo decirte es que siempre me ha gustado escribir, y yo en el fondo soy un novelista frustrado; siempre he soñado con escribir una novela; pero al mismo tiempo... –y Koldo Mitxelena se ayuda con sus características muletillas: *zera...* (esto), *alegia...* (es decir)– tienes que aceptar ésta mi aparente contradicción sin mayor análisis: si hubiera tenido dinero para dedicarme enteramente a estudiar una carrera de mi vocación, no me hubiera dedicado a la filosofía ni a las letras, sino a las ciencias exactas.

– No has tenido dinero para eso; sin embargo, has podido escribir una novela a ratos como otros muchos, como casi todos.

– No la he escrito; sin embargo, esa frustración no es acaso definitiva, porque puedo escribirla; siempre nos queda la esperanza de poder realizar nuestros sueños un día.

– La guerra no fue un sueño.

– Una pesadilla; nunca esperamos una cosa así; nunca pensamos en nada parecido, y de pronto nos encontramos, me encontré, en la necesidad de defenderme. Mis padres sentían lo vasco muy profundamente, pero no se ocuparon de iniciarme en ninguna organización, y puedo decir que la primera etapa a través de la escuela y el instituto y sus disciplinas yo participaba muy poco de este entusiasmo por lo diferencial vasco. A mí

mismo me sorprende a veces, cuando lo pienso, cómo sentí de pronto y por un impulso propio el llamado del sentido político de lo vasco. Comencé a leer prensa euskérica desde niño, y eso, claro, era una ventana a lo propio; pero el sentido político de lo vasco me llegó solo y no sé cómo, porque aún no había comenzado a trabajar la propaganda política vasca cuando yo estaba encuadrado en el Eusko-Gaztedi Kiroltzalea, la sección deportiva del Batzoki (Centro) de Rentería, que me acuerdo que fue inaugurado por el gran polígrafo Arturo Campión. Cuando llegó la guerra yo tenía veinte años, estaba a un mes de los veintiuno; así es que había que dar el nombre, como todos; luego estuve encuadrado en el batallón "Itxarkundia"; ahí hice toda la campaña de esa primera parte de la guerra que fue el frente; la primera línea, que terminó para mí en Santoña, donde nos retiramos después de perder Bilbao y el resto de Vizcaya. (Se oye el carillón de la iglesia de Santa María tocando la primera parte de "Goiko mendian edurra dago, errealdian izotza": Hay nieve en la montaña más alta, escarcha junto al arroyo.) Luego comenzó el segundo período, el de la cárcel, en el Dueso, donde, si no recuerdo mal, nos metieron un día de san Agustín, el 28 de agosto de 1937; de eso hace ahora, precisamente, 35 años. En el Dueso nos tuvieron durante unos tres meses, porque creo que fue el 30 de noviembre cuando nos llevaron por mar a Bilbao, a la cárcel de Larrínaga, donde nos tuvieron unos nueve meses, hasta julio del año 1938; de aquí fuimos trasladados a Burgos, donde me tuvieron durante cuatro años y medio, hasta el año 1942.

– Ahí es donde comenzaste a estudiar.

– Bueno, nada formal, porque no había con qué ensayar una carrera en nuestras condiciones; pero a pesar de todo nos reuníamos en grupos por afinidades vocacionales y estudiábamos.

– Tú estudiabas lenguas.

– No directamente; por sorprendente que parezca, yo he sido un alumno de resultados bastantes mediocres en lenguas. Ya apunté antes que lo que a mí me gustaba era la literatura, y si comencé a estudiar y a aprender lenguas fue porque quise leer la literatura que más me interesaba en su lengua original. En cuanto a las lenguas mismas, yo había comenzado a aprender francés en la escuela, y durante la guerra aprovechaba los momentos de calma para leer, y aquí comencé a leer obras escritas en francés; el inglés me llegó en la cárcel a través de algunos compañeros de Bilbao que lo sabían, sobre todo de Alejo Artaza, que lo hablaba muy bien, y me puso pronto, demasiado pronto, a leer *David Copperfield* con ayuda de un diccionario, cosa que no me fue muy fácil; por la misma razón, para leer los clásicos, comencé a aprender latín y griego.

– Pero tenías algún instructor cerca.

– Sí, uno que era, o había sido, si lo prefieres, profesor de latín en un instituto; se llamaba, si no me equivoco, Agüero; del grupo nuestro estábamos Juan Ajuriaguerra, que ya era ingeniero, y yo; para el griego, y a falta de profesor, nos pusimos a aprenderlo con la sola ayuda de una gramática, la de Goñi.

– Ésta fue tu Universidad.

– Sí, no tuve oportunidad de otra; mi primaria estuvo marcada por mi enfermedad, y mi disciplina superior por la cárcel.

– Entonces, lenguas.

– Sí, las que te acabo de mencionar y el alemán; aprendí suficiente alemán como para no perderme. También comenzamos un grupo, con Ajuriaguerra entre nosotros, a estudiar Filosofía con la ayuda de *Fundamentos de filosofía*, de Külpe, en una de las traducciones más disparatadas que he conocido.

– Y a todo esto, nada de Filología.

– Pues también. No mucho, pero estaba preso con nosotros entonces uno que justamente había terminado su carrera y era profesor en un instituto de Alcoy; éste trajo sus libros a la cárcel, y entre ellos estaba la *Gramática histórica española* de Menéndez Pidal. Yo debo a este libro el haberme despertado a la conciencia del valor de la Lingüística. Como te figurarás, viviendo entre vascos había leído y oído mucho de cuestiones de lengua, sobre todo de etimología, naturalmente, y siempre había pensado que todo aquello podía ser más o menos divertido; pero serio, en absoluto; y con este libro me di cuenta que no, que había una disciplina valiosa que trabajar; aquí es cuando pensé que mi profesión estaba marcada más por este interés que por cualquier otro, y decidí dedicarme a la carrera de Filosofía y Letras.

– ¿Estaba ya presente el campo de la lengua vasca?

– Sí, claro, porque uno termina siempre aplicando los hallazgos de valor general a su propia problemática, y me di inmediatamente cuenta que nosotros no teníamos para la lengua vasca lo que aquel libro decía acerca de la castellana. Este fue el chispazo inicial.

– Entonces, no hubo posibilidades de iniciar una carrera y rendir exámenes oficiales.

– No, y durante la estancia de más de cuatro años en Burgos sólo salí una vez; fue un día de San Pedro a cantar en la catedral con el coro vasco que dirigía el tolosarra Orbeago. Pero aquí, en este aprendizaje, y a falta de un reconocimiento oficial, se afina toda mi vocación y toda mi carrera. Fue también aquí donde comencé a profundizar en la lengua vasca. Tuve la fortuna de tener cerca al donostiarra Ander Arzelus, que firmaba sus trabajos periodísticos con el seudónimo de "Luzear".

– He oído hablar mucho de él.

– Pero creo que es una de las figuras vascas que tenemos olvidadas, demasiado. No sólo como persona, que era excelente, sino como periodista y como escritor. Tenemos olvidadas estas figuras. Que no son pocas, y algunas muy valiosas. Cualquiera que examine hoy los trabajos que publicaban entonces (y con esto me refiero a los tiempos anteriores a la República y durante ella) tendría elementos de juicio para juzgar de su valor. En ese tiempo había gente valiosa que era vanguardia para las letras y el periodismo vasco. Esto era sobre todo "Luzear": un gran periodista en lengua vasca. Era director de la página euskérica de *El Día*, y también, seguramente, el mejor crítico de teatro que teníamos en Guipúzcoa. Era un crítico exigente. En aquel tiempo había muchos que pensaban que bastaba hacer teatro en lengua vasca para hacer teatro, y "Luzear" exigía más, exigía que este teatro se representase con una alta calidad artística. De ahí que algunos se quejasen de su severidad en el juicio; pero sin duda que el crítico tenía razón. También escribió "Luzear", y sin firma, en *Eusko Deya*. Era hombre muy inteligente, culto y de muy buen criterio, aunque un tanto integrista, si hay que decirlo todo, en materia religiosa y moral. Con todo, cuando hacia 1933 se constituyó en

Zumárraga la asociación de escritores en lengua vasca, mantuvo, en contra de la opinión mayoritaria (defendida entre otros por el difunto "Lauaxeta"), que para pertenecer a una asociación de escritores en lengua vasca no hacían falta condiciones políticas ni religiosas; era necesario y suficiente, por definición, escribir en esa lengua. Creo que estas posturas frente al teatro y frente a esta asociación profesional lo retratan un poco. Éste fue "Luzear", con quien aprendí mucho a lo largo de los cuatro años que estuvimos juntos, hasta el día en que salimos de la cárcel de Burgos; y dio la coincidencia que fuimos los dos únicos en llegar a Donostia el mismo día en que pusieron en libertad al primer lote de los nuestros, el 13 de enero de 1943.

– Sales de la cárcel, y ¿qué haces?

– Bueno, ya había perdido el empleo que tenía en la fábrica antes de la guerra, claro; había que comenzar de nuevo, y empecé a trabajar en julio con José Uranga, industrial maderero de Rentería, en un almacén de tableros y tarimas que montó entonces (mejor sería decir que montamos) en Madrid, en la calle de la Flor Baja; en teoría yo era el contable, pero como no había más gente y había mucho que hacer, pues hacía de todo, desde descargar vagones hasta llevar las cuentas.

– ¿Cuántos años estuviste en Madrid?

– Hasta 1946.

– ¿Aprovechaste esos tres años en Madrid para hacer tus estudios universitarios?

– No, no pude; en aquella época no había manera de examinarse por libre, y a pesar de mis deseos tuve que dedicarme a trabajar para comer. Estudiaba por mi cuenta, leía, pero con mis 41 años todavía no había conseguido pisar la Universidad. Después de estar con Uranga, pasé a trabajar en "Viguetas Castilla", gracias a Goyo Múgica, quien representaba allí a Altos Hornos de Vizcaya; siempre como contable. Seguía estudiando y, por afinidad, tenía algún contacto con personas que seguían estudios o se preparaban para oposiciones, pero yo no pude conseguir entonces una manera de examinarme para optar a un título. Así estaba trabajando y viviendo en Madrid cuando me detuvieron de nuevo y me encarcelaron por dos años más, dos años y diez días. Estaba visto que la única manera de dedicarme a estudiar era la forzada de estar quieto por enfermedad o por encarcelamiento de carácter político, y así aproveché esta nueva oportunidad para dedicarme sólo a estudiar. Tuve la suerte de encontrarme cerca de Ramón Piñeiro, un gallego que tiene una gran formación filosófica; hoy está al frente de la Editorial Galaxia, en Santiago de Compostela, realizando el importante trabajo de publicar obras en lengua gallega. Así es que cuando salí el año 1948 yo estaba todavía más cerca de mi profesión que nunca, aunque todavía sin ningún contacto con la universidad. Tengo que decir aquí para hacer justicia, que los hermanos Eguinoa, roncaleses, que eran los gerentes de la fábrica de viguetas en la que trabajaba, me pagaron el sueldo completo, de modo que las condiciones económicas de mi familia no sufrieron tanto; y cuando salí de la cárcel encontré mi puesto de trabajo donde lo dejé; no es poco.

– Me parece que es mucho.

– Así es; y esto me obligaba, por lealtad, a seguir trabajando en ese puesto, aunque ya para esa época mi vocación y mi formación habían avanzado mucho y me hacían pensar que había llegado el momento de pasar de la manera que fuese por la Universidad y dedicarme a la actividad de mi vocación. Era un dilema. Lo resolví

sincerándome con don Florián Eguinoa, el director de la empresa. Don Florián comprendió mi posición, claro, pero al mismo tiempo veía para mí mejor porvenir económico en su empresa, y me ofreció el puesto de jefe administrativo de unas obras grandes que estaba iniciando en Bilbao; pero yo tenía resuelto dentro de mí que ésta era mi última oportunidad de hacer el esfuerzo necesario para profesionalizar mi vocación y dedicarme enteramente a lo mío, y que para eso tenía: primero, que dedicarme a sacar la carrera, y, segundo, tenía que regresar al País Vasco, porque solo aquí podía profundizar en lo mío.

– Aquí te casaste.

– Antes de eso perdí a mi madre; había salido de la cárcel y todavía estaba en Madrid; fue el día de ánimas de 1948. Prefiero no hablar de lo que lo mío representó para ella: sería infiel a su manera de ser. Cuando volví a casa después de más de seis años de separación (con nueve meses de guerra y dos años durante los cuales ninguna compañía de seguros de vida me hubiese aceptado como cliente) me recibió con estas palabras: *Etorri altzea?* (¿Ya has venido?)

– ¿Qué relación hay entre tu regreso al país, tu carrera universitaria y tu matrimonio?

– Pues primero decidí regresar; luego me examiné de primer año de Filosofía y Letras en Madrid, y regresé y me casé, creo que al día siguiente o a los dos días.

– ¿Qué año?

– En 1949. Matilde (Martínez de Ilarduya), mi mujer, viene de Arechavaleta de Alava. Así nos establecimos en Rentería, en esta vieja casa de mis padres.

– ¿Dónde nacieron tus hijos?

– Bueno, los hijos, tú sabes que nacen todos en San Sebastián; los de ahora nacen todos en las clínicas; primero vino Itziar, el año 1950, y dos años más tarde, en 1952, nació Rafael, quien se llama así por su abuelo.

– ¿Y tus estudios?

– Me examiné de segundo año de Filosofía y Letras (los dos primeros años son de estudios comunes) por libre otra vez, y de la misma manera hice los tres años restantes de la especialidad de Filología clásica, de manera que me licencié el año 1951 y me doctoré en 1959, en enero.

– ¿Dónde te examinabas?

– En lo que era la Universidad Central y que hoy llaman Complutense.

– ¿Sentiste otra vez la necesidad de una Universidad en casa?

– La necesidad de una Universidad en nuestro país la he venido sintiendo desde que he tenido algún criterio. Una Universidad Vasca es fundamental, y quisiera precisar un poco este concepto. Para algunos, la necesidad de una Universidad ha sido una especie de ideal lejano que, realizado por la acción del mismo pueblo vasco, había de constituirse en un modelo de equilibrio entre lo común, preponderante por necesidad, y lo propio; algo así como materia universal en forma vasca. Ésta es la idea que inspira, por ejemplo, la fundación de la Sociedad de Estudios Vascos. Pero, junto a esto, ha habido siempre una aspiración más modesta e inmediata, donde "vasco" tiene sólo un sentido geográfico. Se trata, en otras palabras, de una universidad en el País Vasco: no hace falta explicar por qué esta aspiración se ha manifestado sobre todo en España.

Ahora bien, antes las cosas estaban por lo menos claras: algunos, creo que bastantes, pedíamos algo que no teníamos y no se nos acababa de dar. Hoy, por el contrario, no falta quien piense, en patente desacuerdo con los hechos, que tenemos hasta demasiado. Con los enfrentamientos actuales entre ciudad y ciudad, entre provincia y provincia, entre Universidad estatal y privada (que algunos de nuestros claros varones habrá definido ya como lucha entre laicismo y confesionalidad, o lo hará dentro de poco), muchos ya no saben ni lo que tenemos ni lo que dejamos de tener. Lo que nos falta, sin embargo, a la vista: falta una Universidad oficial completa. Más precisamente, falta una Facultad de Letras, naturalmente estatal. Y nos falta, porque unos cuantos *beati possidentes* se han opuesto decididamente a su establecimiento, primero, y a causa de la competencia después. Lo que debíamos reclamar a gritos es, pues, una Universidad oficial lo más completa posible (y una Facultad de Letras es algo de lo que no podemos prescindir) aunque no fuera más que por razones económicas evidentes, si somos sordos a cualquier otro género de consideraciones. Me parece muy bien que existan, además, Universidades no estatales: lo que no acepto son exclusivas. Es grotesco que se intenten o configuren distritos o repartos universitarios sin que los que vivimos el problema hayamos sido consultados.

– ¿Crees, Koldo, que el hecho de pertenecer a un pueblo pequeño y de características culturales tan peculiares y tan faltas de mecanismos de subsistencia y desarrollo, que acabas de denunciar, te han disminuido en algo más?

– No creo que el saberme miembro de un pueblo pequeño y diferenciado me haya quitado nada: más bien diría que me ha enriquecido en muy distintos aspectos. La adhesión a un grupo pequeño no es por necesidad exclusiva, y nunca debiera serlo. En nada nos incapacita, sino que más bien afina nuestra sensibilidad para darnos cuenta de que también pertenecemos a círculos más amplios, como ha demostrado nuestro país a lo largo de todas las peripecias históricas. No es universal quien quiere, sino quien puede, y el kilómetro cuadrado me parece una mala unidad para medir el grado de localismo en un mundo como el nuestro. Los vascos han tenido en el mundo una influencia que, aunque modesta, ha sido muy superior a lo que cabía esperar de su número. Lo que ocurre es que esto del número juega un papel semejante al de la masa crítica en ciertos experimentos cuyas consecuencias, aunque no su base teórica, están a la vista de todos. La mayoría de nuestros grandes hombres han tenido que "salir", de una u otra manera, del país, y de aquí viene la cuestión tantas veces debatida con mayor pasión que atención a los datos esenciales del problema, de hasta qué punto esos hombres, que tenían que moverse dentro de corrientes mucho más amplias, mantuvieron o no su fidelidad al carácter que recibieron en su solar natal. En casa, hemos producido por lo menos dos cosas interesantes: una es la Bascongada del XVIII, con sus virtudes y sus limitaciones, que no es una sociedad económica más, como dicen los manuales al uso, ya que entre otras razones nunca se llamó "económica", sino que fue el modelo de las sociedades económicas de la España ilustrada, creadas a su imitación. La otra, más importante, puesto que permitió el nacimiento de la primera, es el modelo de vida colectiva, muy diverso según las regiones, que se fue desarrollando al amparo de nuestras instituciones propias. Ya sé que ciertos novísimos seguidores conscientes o inconscientes de don Gregorio de Balparda las tachan de oligárquicas. Oligárquico, me

parece, es un adjetivo graduable, que admite un más y un menos, y lo que les queda por probar es, no que nuestras instituciones fueron oligárquicas (que sí lo fueron en alguna medida) sino que fueron más oligárquicas que las de los países vecinos.

– La Universidad Vasca nos ha llevado muy lejos.

– Y podría llevarnos aún más. Sin embargo, esto no quita, ya ves, para que yo en este momento recuerde con gratitud muchas ayudas y muchos estímulos recibidos en medios universitarios españoles, sobre todo de Vallejo y de Tovar. Tovar me llamó a la Universidad de Salamanca cuando yo no era más que un recién graduado, y esto no lo olvido. Vallejo, que era catedrático de Latín, me ayudó en todo, durante la carrera y después de ella. Y no son los únicos. Lo de Caro Baroja es de condición distinta, porque lo considero de aquí, y no ha sido catedrático, pero merece que lo recuerde en todo momento, y también en éste en que hablo de mis estudios y mis trabajos fuera de la tierra.

– Concluiste tus estudios con una tesis sobre fonética vasca, ¿qué tiene de característica nuestra fonética?

– Hay aspectos de fonología que sería árido explicar aquí; en cuanto a la fonética, concretamente, se puede decir en términos generales que la vasca tiene un aire más español que francés.

– Te nombraron director del Seminario de Filología Julio de Urquijo, ¿a qué actividad se dedica?

– La idea con que se estableció este Seminario es estupenda. Digamos que la persona que tuvo la visión, y también el valor, para llevarla a la práctica fue José María Caballero, un tolosarra que fue presidente de la Diputación de Guipúzcoa; también hay que decir, porque todo tiene importancia, que el mérito también alcanza al que fue entonces su secretario, Mariano Ciriquiáin Gaiztarro. La idea original consistía en crear un centro de carácter universitario (y estoy hablando del año 1953) en San Sebastián, porque estaba, entre otras cosas, la biblioteca de don Julio de Urquijo, que fue adquirida por la Diputación de Guipúzcoa, y se pensó que en torno a esta biblioteca, que es muy valiosa, podría organizarse un centro de estudios vascos que tuviese cierta permanencia. Yo diría ahora, pasados estos años, que el Seminario ha llevado a cabo una cierta labor; no toda la que hubiera debido realizar, pero sí alguna. Todavía hoy tiene este Seminario cierta vigencia, y podría tener mucha mayor si estuviese integrado a una Facultad. Es que teóricamente el Seminario Julio de Urquijo tiene ya al nacer una vinculación universitaria, y, claro, no a una Universidad del país, porque no había ninguna, sino a la de Valladolid; pero después esta vinculación universitaria ha resultado ser totalmente teórica. Le faltó a este Seminario un desarrollo que bien hubiera podido darle su relación universitaria, aunque fuese con la de Valladolid, pero que, como acabo de decir, no tuvo; aunque cualquiera comprenderá que lo que requiere para su desarrollo mínimo es que, además, esta vinculación se realice con una Universidad situada en medio vasco.

– Esto me recuerda las palabras de don José Miguel de Barandiarán al referirse a la necesidad que sintió de llevar a cabo sus estudios etnológicos en el país que conoce y siente, y no, como se le sugería por razón de asepsia política, que fuese a hacer sus investigaciones a cualquier otra región. Al tratarse en este caso tuyo de la lengua vasca, resulta difícil comprender que se traten de establecer las vinculaciones de este Seminario

con una Universidad alejada del medio en que tienen que realizarse los estudios y, además, preocupada, como es natural, por los problemas de una cultura diferente.

– Pues así nació este Seminario y así vegeta desde entonces; gracias, sobre todo, a Manuel Agud, sigue publicando su *Anuario* año tras año, cuyo quinto volumen está ahora en prensa. No es que no haya realizado una labor, pero no la que podía haber realizado, tanto por las circunstancias que acabo de mencionar como por la falta de medios económicos. Le falta, pues, al Seminario esta integración universitaria efectiva. No obstante, no creo que la labor realizada, a pesar de todo, sea despreciable. No hay que olvidar que, aparte del *Anuario* y otras publicaciones, el Seminario publicaba (y publica todavía) *Egan*, que fue durante muchos años la única revista en euskera que aparecía aquí; valdría la pena de dar una lista completa de la gente, de antes y de ahora, que ha colaborado en ella. Naturalmente, ni los unos ni los otros dijimos todo lo que hubiéramos querido decir; pero no creo que nadie dijera, y menos que le hicieran decir, nada que no quisiese. Al fin, cuando pude hacer oposiciones, tuve que salir a trabajar a Santander en el Instituto de Torrelavega, donde estuve un año.

– Y en Salamanca, donde fuiste después, ¿qué estás haciendo?

– Ya sabes que soy desde 1967 (aunque había estado encargado entre 1958-1966 catedrático de Lingüística Indoeuropea, y hago lo que puedo, apoyándome en las dos lenguas clásicas que los estudiantes conocen, más un poco de indio antiguo, gótico (si algunos pueden ayudarse del alemán o del inglés, mejor que mejor) y eslavo antiguo. Además, doy un curso de Lingüística Latina, Fonética y Morfología Histórica. También estoy dando desde hace varios años un curso de Gramática Histórica del Inglés. Esto es lo que doy. Y he dado también Lengua Vasca en la cátedra "Manuel de Larramendi", que fue creada por Tovar en la Universidad de Salamanca el año 1951.

– Si tú tuvieses una cátedra en la Universidad Vasca, podrías dedicarte a la investigación de nuestra lengua, que es en la que te has especializado.

– Sí, claro; explicar Lingüística Comparada es un campo de trabajo que me gusta, y me gustaría hacerlo en cualquier Universidad, tanto de aquí como de allá; pero tengo más interés por la Lengua Vasca (en que soy un especialista) que por la Lingüística Indoeuropea, sobre todo sabiendo que hay una serie de trabajos que nadie está haciendo y que estoy llamado a hacer. Así tienes la actualización del diccionario trilingüe (vasco-español-francés) de Azkue, cuyo trabajo tengo adelantado; tengo acumulada una cantidad enorme de material, pero no dispongo del tiempo que exige un trabajo así; eso lleva mucho tiempo, y mientras tanto tengo que mantener una familia.

– Éste es un campo vital para el euskera; está todo por hacer, y, sin embargo, carecemos de los medios mínimos indispensables.

– Lo es, todo eso es vital, y sin embargo estamos en el trance de no poder institucionalizar los estudios vascos en un nivel dado; no digo en el suficiente, sino que ni siquiera en lo indispensable.

– Con eso de institucionalizar, ¿qué quieres decir?

– Quiero decir que la enseñanza y la investigación deben tener continuidad asegurada. Y, como contrapartida, debe haber puestos de trabajo, ya que no podemos vivir solo de vocaciones altruistas.

– Hace dos años fuiste llamado para una cátedra en la Sorbona de París.

– Sí, di Lingüística Comparada durante un curso, además de Lengua Vasca y Sociolingüística. Y en la Escuela de Altos Estudios di un curso de Lengua Vasca.

– Refiriéndonos ahora (concretamente a la Lingüística, y cuando se habla tanto de estructuralismo, ¿cuáles son las corrientes más importantes?

– Bueno, esto es largo de contar; pero te diré brevemente que la Lingüística, aun sin llamarse propiamente así, ha existido desde varios siglos antes de Cristo; esto viene de muy lejos, y probablemente su forma más perfecta la alcanzó en la India.

– ¿Como ciencia?

– Sí, antes que en Grecia, y de una manera mucho más perfecta que en Grecia; lo que ocurre es que esta tradición india no ha sido conocida en Europa hasta el siglo pasado. Lo de siempre: que el hombre considera que no existe lo que no conoce. En la propia Europa ocurre algo parecido: hay también lo que es anterior al siglo pasado, que de ninguna manera es despreciable. Por ejemplo, en el siglo XVI español, el Brocense, conocido en toda Europa durante siglos como Sanctius (alias Sánchez) es una figura de primera importancia. Ahora bien, cuando la Lingüística surge como una disciplina en cierto modo científica y nueva, como estudio comparativo e histórico de las lenguas, es a principios del siglo XIX. Yo creo que en realidad, esta es la principal revolución que ha conocido la Liguística. Entonces es cuando, poco a poco, se establecen lo que llaman correspondencias fonéticas y, como consecuencia, en cierto modo, se reconoce que hay regularidades, si se quiere, leyes, en los cambios que llevan de un estado de lengua a otro. El resultado último es la posibilidad de demostrar que lenguas que al parecer son muy diferentes (tan diferentes como el inglés o el bengalí, por ejemplo) están genéticamente emparentadas entre sí. Es decir, que no son en el fondo más que formas diferenciadas de lo que hace varios milenios debió ser una lengua única. Bueno, ya sabes lo que llamamos "una lengua"; no hay más que mirar alrededor: es algo en que distintas personas y grupos humanos pueden entenderse.

– ¿Se puede decir que al principio hubo una sola lengua?

– No; y esto que estamos diciendo está muy lejos del origen del lenguaje; lo que estoy diciendo es que es demostrable que algunas lenguas están emparentadas genéticamente entre sí. Es, por ejemplo, el caso de las lenguas románicas, que no son, en el fondo, más que latín diferenciado en el tiempo y en el espacio. También las lenguas germánicas están evidentemente emparentadas, pero aquí no conocemos su forma antigua, su "latín", que por comodidad podemos llamar protogermánico. Pero aun en estos casos, gracias a la regularidad de la evolución fonética, la protolengua desconocida puede ser reconstruida hasta cierto punto. El efecto que esto produce es que durante muchos años se llega casi a considerar que esta manera de estudiar las lenguas, histórica o diacrónica, es la única científica. El cambio de dirección está marcado sobre todo por la publicación, en 1916, del curso de *Lingüística general* de Saussure, obra póstuma preparada por unos discípulos sobre notas del profesor y apuntes de clase. Lo que viene a decir que de las dos maneras de considerar la lengua, la sincrónica y la diacrónica, aquella que la estudia como sistema en un momento dado tiene prioridad sobre ésta, que atiende sobre todo a su evolución. De ahí surge eso que se ha llamado el estructuralismo.

– ¿En qué consiste?

– Consiste en la idea de que una lengua es un sistema que tiene una estructura, y que lo más importante es el considerar la estructura de ese sistema en un momento dado de tiempo, lo que hace que este estudio sea sincrónico. Esto, naturalmente, se diversifica. Hay ramas o corrientes diversas, como la de Praga, y la de Copenhague. También se da un desarrollo que es en cierto modo paralelo, pero muy diferente: el americano; digamos, mejor, el norteamericano; la escuela norteamericana coincide en algunos puntos con las otras escuelas europeas, pero en lo fundamental es muy diferente.

– ¿Cuáles son las características distintivas de estas diversas escuelas?

– Saussure establece una distinción, que ya es famosa, entre lengua y habla (*langue* y *parole*). Esto quiere sobre todo significar que la lengua es el sistema abstracto, eso que teóricamente está recogido en una gramática y un diccionario; y ésta es una manera de decir, porque está claro que ninguna gramática describe exhaustivamente el funcionamiento de una lengua y que ningún diccionario es completo; pero, en fin, en teoría es eso; todo el mundo tiene la idea de que existe una cosa que se llama la lengua y que esta lengua está por encima de los individuos que la hablan; no digamos que está por encima, porque está en los individuos, pero tiene algo así como una existencia o subsistencia propia, es un sistema abstracto. Si decimos esto de la lengua, el habla es algo así como la actualización de ese sistema; de modo que lo que estamos haciendo ahora es "habla", pero se supone que hemos usado dos sistemas que son distintos, el de la lengua vasca que hemos usado hasta hace unos minutos y el de la lengua castellana que estamos usando ahora, en este momento, aunque los que hablamos seamos las mismas personas. Entonces, la diferencia fundamental está aquí: para los europeos la lingüística no se ocupa esencialmente del habla, sino de la lengua; es decir, del sistema abstracto. Naturalmente, tiene que estudiarlo a través del habla, pero el habla no es el objetivo, sino sólo el sistema. En el estructuralismo norteamericano no existe esta dicotomía; y es más, ellos se atienen a lo que llaman el "corpus"; es decir, que si uno quiere describir tal estado de lengua, recoge, o tiene a su disposición si se trata de textos escritos, un cierto material, que es el corpus, y lo que se trata es de obtener la descripción más completa y precisa de este corpus; pero esto en el fondo es habla y no es lengua.

– Este corpus, ¿puede estar constituido indistintamente por un texto escrito o hablado?

– Sí, es igual; claro, hay que tener en cuenta que esto está en parte condicionado, como ocurre siempre, por circunstancias concretas; vamos, por hechos prácticos y no por hechos teóricos; es decir, en esa época los norteamericanos se estaban dedicando sobre todo a estudiar lenguas indígenas que no estaban estudiadas y que había que describir lo antes posible; bien, entonces, como es natural, era muy difícil que el lingüista tuviera un dominio suficiente de esas lenguas como para estar él mismo en capacidad de producir las frases; por lo tanto, tenía que atenerse a lo que el informador le decía, y luego trataba de describirlo lo mejor posible. Bueno, y claro, la figura más representativa es Bloomfield en los Estados Unidos, aunque está Sapir, que es algo muy distinto; lo que pasa es que el estructuralismo norteamericano fue mucho más seguidor de Bloomfield que de Sapir.

Llega Itziar, la hija de Michelena, a traernos algo de beber; para Koldo es un whisky, que lo irá tomando a pequeños sorbos organizados, en el sentido en que pudiera tirar de una pipa; aunque lo que fuma Koldo, y es casi en cadena, son cigarrillos.

– Y en cuanto a la escuela europea –le digo– ¿cuál es la más representativa?

– Está la Escuela de Praga, que no quiere decir que esté constituida sólo por checoslovacos, aunque sí por eslavos y exilados rusos como Trubetzkoi y Jakobson; este último vive todavía, está en los Estados Unidos. Luego, en Copenhague, hay un movimiento danés cuyo principal representante es uno que ha muerto hace poco, Hjelmslev. Esto es, más o menos, lo que hay. Luego, ya empezando por Jakobson, y sobre todo con Martinet después, se llega a la conclusión de que mientras que al principio la lingüística estructuralista había sido esencialmente sincrónica (es más: Saussure dice que no hay manera de estudiar estructuralmente el cambio lingüístico), éstos llegan a la conclusión de que sí puede haber una lingüística diacrónica estructural. Así están las cosas, cuando en 1957 se publica un librito de Chomsky; ha sido traducido al castellano, pero este texto resulta de uso difícil para el que no entiende inglés, porque todos los ejemplos están dados en esta lengua.

– Txillardegi* ha hablado de este libro.

– Sí, pero Txillardegi no es nada aficionado a Chomsky.

– Está más cerca de Saussure.

– Sí, pero vamos a ver, y yo no es que sea un generativo y un transformativo a ultranza ni mucho menos, pero me parece que Chomsky introduce una revolución decisiva en la lingüística, que consiste en: primero (y esto tiene que ver con el concepto mismo de "ciencia", no es una idea de los generativos y los transformativos, sino que es una idea aceptada por todos los tratadistas de la teoría de la ciencia), según éstos, toda disciplina científica pasa, o debe pasar, por una serie de estadios, y el estadio más viejo es lo que llaman de la "historia natural", y llaman de la historia natural porque corresponde exactamente a lo que se ha dado en llamar tradicionalmente Historia Natural, que es: clasificación metódica, lo que hizo Linneo en Botánica; entonces, éste es el primer estadio que es necesario pasar, o sea, que uno recoge los hechos y los va clasificando. Ahora bien, después sabemos que no todas las clasificaciones son igual de válidas, y si la Botánica de Linneo se ha mantenido, es porque estaba basada en un sistema sencillo de afinidades que se han mantenido regulares, por ejemplo: para muchas personas, un murciélago es una especie de ave porque vuela, y para otros es un ratón (en euskera se le dice: *xagu-zar*, ratón viejo); y una ballena, pues es una especie de pez, pero para un zoólogo la ballena es un mamífero aunque viva en el mar; así, ni una ballena es un pez, ni un murciélago es un ave, sino un mamífero volador. De modo que todo es cuestión de método. Esto es lo que dicen los transformativos: que esto es pura taxonomía, es pura clasificación. Entonces, según ellos, y yo creo que tienen razón, el estructuralismo se ha quedado en pura clasificación; y esto, según los generativos, es un estadio previo de una ciencia, pero una ciencia no se puede quedar ahí, tiene que ir más lejos.

– Y Chomsky ha ido más adelante.

– Pues sí; Chomsky establece una distinción entre *competence* y *performance*, que corresponde hasta cierto punto, aunque no totalmente, a la diferencia entre "lengua" y

* Escritor y lingüista vasco.

"habla" de Saussure; bueno, la *competence*, que no sé cómo lo han traducido aquí, no recuerdo en este momento el término, pero digamos: "competencia", *gaitasuna* en vasco; esa *competence es*, creo yo, el saber que un hablante tiene de su lengua primera.

– El conocimiento.

– Podemos llamarlo así, conocimiento; pero conocimiento, no necesariamente reflejo; y la *performance*, en cambio, es lo que el hablante hace con ella, con la lengua. Entonces, como todo el mundo sabe, nosotros, al hablar, cometemos muchos errores, errores que si nos los hicieran oír después de grabados, por ejemplo, corregiríamos; hay errores de construcción, de pronunciación, que se cometen generalmente por razones diversas de cansancio, de prisa al decir las cosas; claro, nosotros no podemos saber lo que conoce una persona sino a través del uso que hace de la lengua, pero la idea es que lo importante es ocuparse de lo que una persona sabe, y no del uso que una persona hace, de la lengua (y éste es el problema); digamos esquematizando que la gramática perfecta de una lengua es aquella que al mismo tiempo que es un mecanismo capaz de producir todas las frases gramaticales posibles de esa lengua, es capaz de evitar que se produzca alguna que no sea gramaticalmente correcta; y estas condiciones tienen que estar formuladas explícitamente. Y según los generativos, las reglas que se dan tradicionalmente en las gramáticas son vagas, fundadas en consideraciones de sentido e ilustradas por unos cuantos ejemplos, más o menos, según el tamaño de la gramática. En latín, por ejemplo, le dicen a uno que la construcción de infinitivo con acusativo se emplea "con verbos de inteligencia, lengua y sentido", y le largan unas cuantas muestras (*dico, credo, uideo te uenisse*, "digo, creo, veo que has venido", etc.), y dejan que el lector, a tientas como si dijéramos, generalice la regla a verbos similares; bueno, pero cuando aparece un verbo que no está en la lista, pues uno se queda en la duda de si le corresponde esa construcción o tiene que aplicar otra, y lo que los seguidores de Chomsky pretenden es que estas reglas tienen que estar formuladas de manera completamente clara.

– Que no admita duda.

– Eso es; de forma que fuera capaz de hacer este trabajo de construir las frases una máquina. Se parte, claro, del supuesto de que el número de frases posibles en una lengua es infinito, no tiene cota superior; entonces, se trata de que mediante un número limitado de reglas se pueda producir un número ilimitado de frases, y que esto se tenga que hacer explícitamente. Estos teóricos tienen que admitir, sin embargo, que en una fase del trabajo tiene uno que formular generalizaciones, digamos leves; y que uno diga: "bueno, una construcción de tal tipo exige esta formulación", y le puede salir alguien diciendo: "pero, mire, es que esto también puede decir tal otra cosa", y entonces hay que modificar la expresión; de manera que todas las formulaciones están sujetas continuamente a cambios, porque una ciencia se tiene que hacer con unas hipótesis de alcance general que están sujetas a correcciones. Esto quiere decir, sobre todo, que su función no puede limitarse a la simple clasificación de los datos que uno puede recoger, sino que tienen que estar abiertas a posibilidades que, incluso, no se han formulado nunca. Ésta es, más o menos, la idea: que ciencia supone predicción.

– Saliendo un poco (y creo que no mucho) de nuestra ilación, has mencionado la forma de traducir casi mecánicamente; esas máquinas de traducir, ¿tienen algún porvenir?

– Sí en algunos campos.

– En los textos de comunicación, digamos, convencional.

– Eso es; cuando se trata de traducir documentos de trabajo en los que se usan unos lenguajes de alcance común, como en el caso de una información puramente técnica, de las que se producen muchas, por ejemplo, en los organismos internacionales, en cualquiera de sus dependencias técnicas, eso, la traducción mecánica será con el tiempo posible, y muy práctica.

– Pero no puede usarse para traducir obras de creación.

– No.

– Tú, que eres humanista...

– No sé si lo soy; acaso sí como lo entiendes tú, pero desde luego no en la forma en que se entiende a menudo aquí, porque aquí hay una cierta manera un tanto exclusiva de entender el humanismo que a mí no me gusta.

– ¿Cómo lo entienden?

– Entienden a menudo por humanismo algo difuso entre lo poético y lo artístico, casi hasta lo cursi; desde luego que acientífico; y, como supondrás, esa connotación me hace muy poca gracia. Estamos de acuerdo, claro, en que la ciencia es esencialmente humana, porque, que se sepa, el hombre es el único animal que ha producido ese producto que es la ciencia, y, por lo tanto, la ciencia es un producto humano, y el humanismo no puede estar reñido con la ciencia, ni la ciencia con el humanismo. Pero vamos a lo de la traducción mecánica: aquí hay dos cosas. Primero, se ha acusado a los de la gramática generativa (y por todo lo que yo sé, injustamente) de que la gramática generativa y Chomsky son un subproducto de la traducción mecánica. Esto es históricamente falso, porque esta gente no ha trabajado en proyectos para máquinas de traducir. Soy del parecer de que la traducción mecánica está sólo en los comienzos, y, por otro lado, soy de la opinión de que hoy por hoy la gramática generativa no es de gran ayuda para la traducción mecánica. Ahora sí, efectivamente, la explicitud, esta exigencia de lo preciso, sí lo es; claro, porque, naturalmente, a una máquina de traducir o de lo que sea hay que darle unas instrucciones. Ya sabemos que una máquina en sí es una entidad absolutamente estúpida; es decir, que sigue al pie de la letra las instrucciones, el programa. Txillardegí me contaba que estando trabajando en Bruselas un proyecto de resistencia de materiales para un edificio se dio el caso de que a medida que iban subiendo los pisos iban exigiendo una resistencia mayor, y todo porque, digamos, el seno de tal, que en alguna parte del cálculo salió negativo, había invertido la dirección de la resistencia necesaria; claro, la máquina era absolutamente incapaz de corregir el programa. Esto significa sobre todo que las instrucciones dadas a una máquina tienen que ser completa y totalmente explícitas. La idea que yo tengo es que la traducción mecánica en el futuro no dejará de ser un medio auxiliar valioso para traducir textos de carácter científico o técnico, pero nunca podrá servir para traducir literatura de creación.

– Hay una anécdota que puede ilustrar este punto: cuando se hacían los ensayos de traducir mecánicamente del inglés al ruso en las Naciones Unidas, la cita de la Biblia (Mt. 26, 37-44; Mc. 14, 33-40; Lc. 22, 41-43): "El espíritu, en verdad, está pronto, mas la carne es débil", que en inglés dice: "The flesh is weak, but the spirit is willing", fue traducido al ruso por la máquina con esta significación: "La carne está blanda, pero el aguardiente está fuerte", y todo esto porque *is weak*, *spirit* y *is willing* pueden estar, en ciertos casos, sujetos a estas interpretaciones "mecánicas".

– Ilustra exactamente el punto. Es que una máquina nunca podrá llegar a traducir con sentido estricto ninguna obra de creación literaria. Esto está relacionado con algo que Txillardegui y otros que piensan como él manejan mucho. Es la cuestión de hasta qué punto la lengua conforma el espíritu de una persona. Yo en esto soy chomskiano, y la idea que yo tengo es que todas las lenguas, en el fondo, son iguales. Lo que quiero decir es que esto que han dado en llamar "la estructura profunda" es muy semejante en todas las lenguas, si no es la misma, y que las diferencias, que son extraordinarias, son diferencias superficiales. Y para mí es el mecanismo de la traducción el fenómeno que considero que es decisivo para llegar a esta conclusión. La traducción se mueve entre dos polos: entre la prosa utilitaria, que no tiene que ser necesariamente científica, porque puede ser del tipo que sea, de todo aquello que se dice para explicar lo más claramente posible un concepto sin buscar ningún brillo ni matiz especial; y en el extremo opuesto está la poesía. En el primer caso, si hay dificultades de traducción de una lengua a otra, ocurren generalmente porque ciertas lenguas no están, en el estado actual de civilización, suficientemente cultivadas en algunos campos; esto es todo, porque aparte de esto no hay ninguna dificultad para que puedan ser traducidas de una manera mecánica a otras lenguas. Ahora bien, en poesía, un traductor no tiene más remedio que recrear, porque el valor de la poesía reside en la manera peculiar en que el poeta está usando la lengua, y ya no es solamente lo que dice, sino cómo lo dice. Se pueden producir resultados fáciles de evaluar en los casos en que se quiera resumir un trabajo poético en prosa llana, y es que la vestidura verbal tiene en la poesía un valor esencial, porque hay elementos de ritmo y otros que un traductor no podrá verter en otra lengua si no es recreándola. Éste es el problema. Ahí nunca podrá haber medios mecánicos capaces de traducir el sentido justo del modelo.

– Bueno, Koldo, sin darnos cuenta, nuestra disgresión sobre la traducción mecánica nos ha alejado del tema del estructuralismo en lingüística; pero déjame regresar y preguntarte acerca de la actitud que ha adoptado en ciertos casos el marxismo frente a este movimiento estructuralista.

– Tengo que confesarte que no sé demasiado de marxismo, y mi impresión es que hay que distinguir la forma en que se entiende el marxismo en los diferentes países. Por ejemplo, el marxismo francés; yo creo que el marxismo francés ha sido en general hostil al estructuralismo.

– ¿Será por influencia de la Escuela soviética?

– Bueno, la cosa soviética es una triste tragedia. En la época de Stalin había un lingüista medio caucásico que se llamaba Marr; quien, por cierto, estuvo estudiando euskera y asistía a los sermones de Loyola. Esto ocurría en los años veinte. Don Julio de Urquijo conoció y trató a N. J. Marr. Bueno, pues este individuo se sacó de la manga la

"lingüística marxista", aunque no tenía ninguna razón de ser marxista; como entonces no existía todavía el estructuralismo, o al menos no había llegado a difundirse, ese movimiento se dirigía contra los comparatistas. Entonces Marr se sacó de la manga lo que se dio en llamar el "estadialismo", una teoría según la cual las lenguas pasan por ciertos estadios de desarrollo, y entonces, algunas lenguas quedan en estadios más bajos que otras. Como ves, no creo que esta teoría tenga nada de específicamente marxista. De todas maneras, el hecho es que, por razón de la política de Stalin, el marrismo tuvo carácter oficial en la Unión Soviética hasta 1940 y pico, a pesar de que Marr había muerto ya el año 1933. Lo que ocurre es que a todo lo de aquí llamaban "lingüística burguesa", y ellos, por oposición, hablan de una "lingüística marxista", aunque, como te digo, Carlos Marx no tiene nada que ver con ella, con las barbaridades que decía Marr. Lo único que tenía de marxista esta corriente lingüística, creo yo, es que usaban una terminología marxista en un aspecto; según Marr, las lenguas constituían un fenómeno de superestructura según la cual las lenguas están determinadas de una manera indirecta por factores diversos, sobre todo el económico, y con esto se llegaba a conclusiones como ésta: un obrero búlgaro y un obrero francés, por ejemplo, se podían entender entre sí con más facilidad que un obrero búlgaro y un aristócrata búlgaro, cosa que es evidentemente contraria a la experiencia. Bueno, entonces, hacia el año cuarenta y tantos se publica en *Pravda* un artículo famoso firmado personalmente por Stalin...

– ¿Un artículo sobre lingüística firmado por él?

– Sí. Hay que tener en cuenta que Stalin, que era georgiano, y que tenía alguna experiencia en lenguas caucásicas y otras, pensó en un momento en la conveniencia de cambiar aquello, me refiero al espaldarazo que estaba dando el régimen a las teorías de Marr, y consultó con Chikobava, que es georgiano, todavía vive, y quien estaba en contra de las opiniones lingüísticas de Marr. Como, por otra parte, estaba prácticamente todo el mundo, pero un mundo que no podía decirlo abiertamente porque era ir contra el dogma. Entonces, Stalin tuvo el gesto inicial de, primero, permitir que los enemigos publicaran (al principio tímidamente, y con fuerza después) algún artículo que otro atacando al marrismo; permitió también que contestaran ferozmente sus defensores, los ortodoxos. De modo que Stalin dejó que la polémica durara cierto tiempo, y de repente se descolgó con un artículo en *Pravda* en el que dijo que la lengua no tenía nada que ver con la superestructura, y la frase más característica de este artículo, por lo que recuerdo yo ahora, más o menos, es ésta: "a pesar de la revolución de octubre, el ruso de Pushkin es, en lo esencial, el mismo ruso que hablamos hoy". Lo que quería decir es que una revolución de la importancia de la que había tenido lugar en la Unión Soviética no había acarreado una revolución en la lengua. Después de esto, el silencio.

– Punto y aparte.

– Sí. Aquí termina la era de Marr. Después de esto, los marristas que hasta entonces estaban en los puestos directivos van siendo sustituidos poco a poco por hombres de otras tendencias, y no es que haya un vuelco, sino que es el comienzo de una evolución lenta hacia la aceptación de las corrientes occidentales en el campo de la lingüística. Las cosas que se están publicando hoy en la Unión Soviética son muy parecidas a las que se publican en los Estados Unidos, y viceversa. Ahora se lee mucha cosa generativa y transformativa de origen soviético.

– Cualquiera que sea la forma en que se enfoque, el estudio de las lenguas parece tener importancia fundamental en la investigación de la diversidad de las culturas, y allá, en lo más lejos, en el desarrollo social del hombre, ¿qué importancia de sello cultural particular atribuyes tú al fenómeno de la lengua?

– Empiezo por recordarte lo que te acabo de decir: que considero que la estructura profunda de las lenguas es muy semejante, si no es la misma, y que las diferencias, que son desde luego grandes, son superficiales. Por otra parte, creo que si el Pueblo Vasco existe hoy con conciencia de pueblo se debe, sobre todo, a la lengua; no es que niegue los demás elementos diferenciales que hacen de la familia vasca un pueblo (Humboldt y otros decían una nación), pero creo que no hubiera podido con ellos la conciencia de ser pueblo si no hubiera mantenido viva su lengua. La lengua es la historia viva de un pueblo, y el euskera constituye la historia viva del pueblo vasco, porque si se habla del País Vasco como de una entidad, de una cierta unidad, aunque de límites más o menos variables, es gracias a la existencia de una lengua distinta.

– La cultura, Koldo: Toynbee dice que el objetivo final de la historia humana es la cultura, ¿tiene la cultura vasca derecho a la vida?

– La verdad, yo creo que la humanidad segrega cultura como segrega excrementos, o (hasta el momento por lo menos) matanzas. Ahora soy yo quien pregunta: ¿por qué razón la modesta cultura vasca, que quisiéramos menos modesta para bien de todos, no ha de tener su modesto derecho a la vida?

– Teniendo en cuenta que la salvación de la cultura vasca depende de un complejo sociopolítico y administrativo-económico: ¿Cuáles deben tener, a tu juicio, prioridad en la atención de los vascos mismos? ¿La descentralización de que se habla debe significar la autonomía de las culturas o no?

– La descentralización, tal como se entiende en Francia, y, *mutatis mutandis* (que no es poco) en España, me parece un pseudoconcepto. Con facilidad puede convertirse en un engaño bobo, la típica columna de humo tecnocrático.

– ¿Cuál es, a tu juicio, el valor de la interrelación cultura-lengua, lengua-cultura, y cómo valoras la influencia de la lengua en el pensamiento de un pueblo?

– No soy de los que forman parte del grupo que atribuye a los valores fundamentales de la lengua un papel decisivo en la mentalidad de un pueblo. Yo digo, sí, que entre lengua y pueblo existe una relación esencial, puesto que para mí el elemento que ha configurado históricamente de una manera más importante nuestro país, llámesele Euskalerría, Vasconia u otro nombre cualquiera, ha sido la lengua. Por otro lado, yo creo que una lengua refleja en gran parte la historia de un pueblo, más que la manera de pensar de un pueblo, que tiene acervos clarísimos del pasado de un pueblo, o incluso del presente de un pueblo (y no me atrevo a decir del futuro) y que desde el punto de vista individual el problema es que socialmente el hecho de hablar una lengua o de sentirla como propia da a uno determinada conciencia de pertenecer a un determinado pueblo. Yo creo que este aspecto del papel que juega la lengua en los pueblos es más importante que ese que se atribuye a menudo de influir en su pensamiento.

– O sea, que a tu juicio es una influencia más sociológica que psicológica.

– Es mi impresión particular. Yo creo que la lengua es un lazo de unión hacia dentro. Me parece que Humboldt usó de alguna manera estas palabras; y parecen de un orden un poco dialéctico, pero, en fin, me parece que el alemán dijo algo de esto: que una lengua une hacia dentro y separa hacia fuera.

– Ése es un fenómeno claramente sociológico.

– Sí, porque lo que yo no creo demasiado es que un individuo piense de distinta manera por el hecho de hablar otra lengua. Yo creo que un hombre piensa de una manera determinada porque pertenece a una determinada cultura y a través de ella está enseñado a pensar de una manera particular. Así, yo estoy convencido que cuando un vasco dice: *gizonak egin du*, "el hombre ha hecho" y *gizona etorri da*, "el hombre ha venido" (usando *gizonak* como sujeto activo y *gizona* como sujeto pasivo), y en contra de lo que dicen los estructuralistas, no entraña una diferencia tan marcada de pensamiento.

– ¿No crees que la diferenciación expresa un punto de mira que es diferente?

– Creo que no, puesto que, a mi parecer, los vascos no relacionamos *gizona etorri da*, "el hombre ha venido", con *gizona ikusi du* [alguien] ha visto al hombre", a pesar de la forma *gizona*, sino con *gizonak ikusi du*, "el hombre lo ha visto". Yo creo que esto es clarísimo, y hay pruebas concluyentes, como ésta, por ejemplo: *etorri da eta eramam du*, "ha venido y ha llevado", o *eramam du eta etorri da*, "ha llevado y ha venido"; si se piensa que es el mismo el que hace las dos cosas, entonces, se piensa siempre: *honek eramam du eta hau etorri da*, y nunca: *hau eramam du eta hau etorri da*. No creo, pues, que ese cambio de forma lingüística signifique un cambio profundo de pensamiento.

– He preguntado a Barandiarán su opinión acerca del origen del hombre vasco, y a ti quiero hacerte la pregunta paralela de tu especialidad: esta lengua nuestra, el euskera, ¿de donde viene?

– Mi impresión personal es que en un período que podemos abarcar y más o menos penetrar, y que es bastante amplio, pero que no lo es demasiado, pongamos en unos 6.000 años antes de Cristo (no más, porque sería demasiado arriesgado aventurarme en una hipótesis como ésta) el euskera o lengua vasca no ha venido de ninguna parte. Es decir, que el euskera representa aquí una especie de islote que ha quedado de una familia que tuvo que estar mucho más extendida. Y no podría decir exactamente si estaba extendida hacia el Sur, hacia el Norte, o en los dos sentidos. Sí hay vestigios de la lengua en el sur de toda la antigua Aquitania francesa (las inscripciones más antiguas se han hallado aquí), y también los hay, y aquí toponímicas muy claras, al Este, hasta muy adentro de Cataluña.

– Está claro que la lengua vasca no pertenece al grupo indoeuropeo.

– Por lo menos, nadie ha podido probarlo. Me refiero a su origen. Sin duda en el tiempo histórico la lengua vasca ha venido recibiendo de las lenguas indoeuropeas algunas influencias por contacto, pero hablando de parentesco genético, ninguno. Aquí ocurre lo que con el parentesco de sangre entre las personas: si nos ponemos a investigar nuestra ascendencia, podríamos llegar a probar que, en un grado más o menos lejano, nosotros dos, tú y yo, estamos emparentados; pero lo que no podemos demostrar nunca es que no estamos emparentados; por la sencilla razón siguiente: porque más allá de los datos que hemos podido obtener puede haber otros. Así, de la misma manera, lo que no

se puede demostrar nunca es que dos lenguas no están emparentadas. Se puede demostrar, en el más favorable de los casos, que dos lenguas sí están emparentadas, pero nunca lo contrario. Bien. En este caso ocurre que no se ha podido demostrar hoy por hoy que el euskera esté emparentado con ningún otro idioma. Uno coge cualquier clasificación científica de las lenguas que se hablan en la tierra, y se encuentra con que al lado de los grupos lingüísticos existentes: germánicos, eslavos, celtas, románicos, mongoles, y de las lenguas que hablan los albaneses, los árabes, los griegos, los lituanos, los letones, los bereberes, los armenios, los caucásicos y los iraníes, está la lengua que hablan los vascos. Esto está muy claro y al alcance de quien quiera molestarse en ver una clasificación científica universal de las lenguas. Esto no quiere decir que no se consiga algún día dar con la clave que nos una a otra familia de lenguas cualquiera; pero hasta ahora estamos solos, y yo me inclinaría a pensar que la lengua vasca ha evolucionado aquí mismo, sobre este territorio.

– Es la conclusión a que llega Barandiarán con respecto al hombre vasco: que se trata de un hombre Cro-Magnon que comenzó a evolucionar hacia el hombre de rasgos vascos hace unos 7.000 años y sobre este mismo territorio; o sea, que el vasco no es un hombre venido de otras tierras.

– En cuanto a la lengua soy del mismo parecer: que no ha habido invasiones o inmigraciones masivas que hayan traído e implantado radicalmente aquí ninguna cultura, porque hubiese dejado siempre algún rasgo de afinidad con los invasores; las hipótesis que hasta ahora se han emitido, como la de Mengin, para probarlo, carecen de valor; ha habido, claro es, influencias por contacto cultural con más de uno, pero la lengua no ha sufrido ningún cambio importante. Por ejemplo, veamos la lengua magiar: se sabe perfectamente desde cuándo están los húngaros en esa tierra, porque llegaron en época histórica, y no muy lejana; el de los turcos, no digamos, porque también está claro, son más recientes que los húngaros; pero el problema con los vascos es que no hay ninguna razón de decir que han venido de ninguna parte, sino que, simplemente, están ahí. Guillermo de Humboldt dice repetidamente que es evidente que el vasco aquí debía estar en un tiempo mucho más extendido en superficie de lo que está ahora; ya he dicho que esta conclusión ha sido posible gracias a las inscripciones halladas en Aquitania, y parece igualmente cierta la hipótesis de Abadal, luego apoyada lingüísticamente por Corominas, porque también se puede llegar a la conclusión de que algunos valles en el Alto Pallars y en Ribagorza se ha hablado una forma de lengua vasca hasta muy avanzada la Edad Media.

– En cuanto a las influencias por contacto que ha recibido la lengua vasca, ¿de qué tiempo son y en qué épocas se han producido?

– Ya hemos dicho que hay una época lejana, prehistórica, de la que no sabemos nada; en la época de los primeros testimonios, ya todo el occidente del continente está indoeuropeizado. Aquí se ha hablado mucho de influencias celtas, y yo, la verdad, no las veo claras; se notan menos de lo que debieran notarse; se ve algo en nombres de lugar, nombres de población que no son vascos, que son nombres indoeuropeos prelatinos, y luego viene la influencia latina y románica que es ya muy grande. Luego aquí queda sin resolver un problema: si existe o no relación entre la lengua vasca y una lengua antigua, no indoeuropea y del que hay textos, que es el ibérico.

- ¿Tiene el ibérico alguna relación con el euskera?
- Lo curioso es que existen algunas semejanzas, y, sin embargo, el vasco no ha sido de ninguna ayuda para interpretar los textos ibéricos.
- ¿Cuáles son las coincidencias?
- Pues, por ejemplo, en cuanto a sonidos: parece que tenían que estar bastante próximas.
- ¿Cómo se puede hablar de "sonidos" de una lengua que no se ha oído?
- Se pueden deducir los sonidos de una lengua que solo aparece escrita mediante el valor que se atribuye a los signos; por ejemplo, en este caso del ibérico vemos que distinguían dos *r* y dos *s*; por lo menos esto. Ten en cuenta que, además, hay nombres y hasta textos ibéricos en escrituras griega y latina, donde el valor general de los signos es conocido.
- ¿Y no se ha conseguido descubrir afinidad alguna del ibérico con alguna otra lengua conocida?
- No; y si se hubiera conseguido esta afinidad hubiéramos tenido alguna comprensión general de las inscripciones ibéricas, y esto es lo que nos falta, y por lo que algunos siguen buscando todavía; te voy a decir que todo esto está en un momento crítico, porque un investigador, Antonio Beltrán, ha hallado en un lugar a 60-80 kilómetros de Zaragoza, Botorrita, un bronce ibérico que tiene una inscripción mucho más larga que las conocidas hasta ahora, y por esta circunstancia puede darnos más luz que la que hemos obtenido hasta ahora. Antonio Beltrán no quiere dar a conocer el texto hasta estar en situación de dar su propia interpretación, y dice que está trabajando con la ayuda de la lengua vasca. Vamos a ver.
- El señor Beltrán, ¿es lingüista?
- Es arqueólogo.
- Ha habido hasta ahora más de una teoría acerca del origen de la lengua vasca y de sus parentescos, ¿cuáles han sido hasta ahora las principales?
- Esencialmente son dos: la que formuló Schuchardt emparentando a la lengua vasca con las camito-semíticas (las lenguas que Greenberg llama afroasiáticas: van desde el bereber hasta el árabe), y el ibérico entraba dentro de esta hipótesis; sí, claro, porque Schuchardt era vascoiberista. Lo que pasa es que en su época todavía se leían muy mal las inscripciones ibéricas, ahora ya se leen mejor, y entonces él creyó que el vasco y el ibérico estaban estrechamente emparentados con estas lenguas camito-semíticas. Bueno, mi impresión personal es que esta hipótesis no tenía prácticamente nada a su favor, excepto el prestigio científico de Schuchardt, y también el hecho de que el único investigador que conocía en su época el vasco y además algo o mucho de las lenguas camito-semíticas era probablemente Schuchardt en todo el mundo. De modo que nadie se atrevía a discutir su teoría. En realidad, esta tesis sufrió un ataque muy duro ya entonces, porque Zylharz, un orientalista alemán, dio una demostración muy descortés probando que podía establecer con la lengua alemana un número de relaciones por lo menos igual que las que halló Schuchardt con la lengua vasca. Lo cual reducía al absurdo la demostración de Schuchardt. De modo que esta hipótesis que se iba manteniendo con más o menos éxito cae definitivamente cuando se comienzan a leer las inscripciones ibéricas, lo hace Manuel Gómez Moreno hace casi medio siglo; se llega entonces a leer

las inscripciones, aunque no a comprenderlas. Así desaparece la teoría del iberismo. Es cuando comienza a ser sustituida por la del parentesco con las lenguas caucásicas. Esta teoría fue formulada por el padre Fita, y luego por el holandés Uhlenbeck, por Dumézil, por Bouda y por Lafon. Sobre esta teoría no se puede decir más que una cosa: existen unas ciertas semejanzas de estructura gramatical entre la lengua vasca y las lenguas caucásicas. Ahora bien, las semejanzas de estructura nunca son suficientes, hacen falta coincidencias concretas, y las coincidencias concretas que se han presentado hasta ahora son insuficientes. En esta comparación se está jugando con ventaja. Las lenguas caucásicas son algo así como veinticinco, o alguna más, y muy distintas; tanto que está muy lejos de haberse demostrado que las lenguas caucásicas estén todas emparentadas entre sí. Ya están trabajando en eso los soviéticos, y muy bien. Pero la diversidad es notable. Hay las lenguas del Sur, que, según se consideren los dialectos o lenguas, son tres o cuatro, de las cuales la más importante, porque es la más antigua, conocida desde el siglo V, es el georgiano; estas lenguas del Sur, o kartvélicas, están evidentemente emparentadas. Pero en cuanto a las lenguas del Norte: hay un grupo del Noroeste, un grupo central y un grupo oriental del Daghestán que es sumamente complicado. Entonces, que las lenguas caucásicas del Norte estén emparentadas entre sí, independientemente de las del Sur, ya es discutible. En la Unión Soviética se están avanzando trabajos con grupos de lenguas que están claramente emparentadas y haciendo un trabajo de reconstrucción dentro de cada grupo antes de pasar a las comparaciones entre grupos. Hay que esperar que se aclare todo lo caucásico.

– Éstas son las teorías fundamentales.

– Sí; hay alguna más, pero no resisten el menor análisis. Por ejemplo, el intento de emparentar a la lengua vasca con la que hablaban los etruscos. Bien, en la medida en que se entiende el etrusco, que no es una medida muy grande, pues el etrusco tiene cierto aire indoeuropeo (aunque no parece ser, no se sabe ciertamente lo que es) pero tiene más aire indoeuropeo que vasco. Otra de que si los vascos y los japoneses se entienden muy bien, pues es una falsedad manifiesta, y vasco y japonés, en estructura gramatical, no se parecen en nada; puede que coincidan en detalles de fonología, pero la gramática japonesa es la antítesis de la gramática vasca, o viceversa.

– Hay algo que me ha llamado la atención: entre los estudios que se han realizado del euskera, hay muy pocos que hayan sido llevados a cabo por españoles, ¿por qué?

– El hecho es el siguiente: se discute acerca de si la Lingüística Comparada, y es así como se ha trabajado más históricamente, es de origen danés o alemán. Esto quiere decir que, al menos, es de origen alemán o danés, y que la lengua utilizada en el estudio de la Lingüística Comparada ha sido el alemán. Hay un notable retraso en Lingüística Comparada con Francia; y aquí no quiero decir que Francia no se haya puesto después a la altura de otros países, pero comenzó a trabajar esta disciplina más tarde. Y, naturalmente, en España el retraso es muy grande. Por ejemplo, en Lingüística Indoeuropea, la única persona que hay informada durante años es Amor Ruibal, un sacerdote gallego que era teólogo, cuyos trabajos están publicando en "Gredos"; este hombre tiene una obra que, aunque es puramente informativa, es lo único de valor que hay. Luego aparece la figura de Menéndez Pidal; pero hay que tener en cuenta que Menéndez Pidal es romanista, y más concretamente, hispanista. Entonces, sí, la cosa del

ibérico y el vasco a él le interesa desde el punto de vista del que estudia el castellano, sus orígenes y su relación con las lenguas peninsulares; pero estrictamente hablando es un romanista, y si él se ha referido a la lengua vasca ha sido sólo de una manera incidental, y en la onda de la creencia general entonces de que lo ibérico estaba relacionado lingüísticamente con lo vasco. Y digo en este caso "ibérico" para referirme a algo que no es indoeuropeo, sin entrar en la cuestión de si es o no identidad. Puedo no estar yo de acuerdo con muchas de las opiniones de Menéndez Pidal acerca de lo vasco, pero algunos trabajos suyos son muy buenos, y aunque uno no acepte algunas de sus conclusiones, sigue siendo muy útil. Por otra parte, por razones de método, siempre vale la pena de leerlo y releerlo.

– ¿Quién después de Menéndez Pidal?

– Bueno, lo que quiere decir esto que te he dicho es que la cosa de lingüística románica en España la funda Menéndez Pidal, y gente como Américo Castro, etc., que también estudian en Alemania. Después de eso, durante la República hay la idea de traer profesores de fuera del país, y como en este momento los alemanes y los italianos se disponen a despacharlos o a hacer que se vayan, entonces hay bastantes profesores disponibles, y traen aquí a un italiano que vive todavía, que se llama Giuliano Bonfante, que estuvo aquí desde antes de la guerra e incluso durante la guerra, y creo que es Bonfante el que inicia fundamentalmente a Antonio Tovar, y es fundador, con Hernando Balmori, de la revista *Emerita*; de modo que la Filología Clásica y Lingüística Indoeuropea en España es en buena parte herencia de Bonfante, que pasa, naturalmente, a Tovar y a otros, pero sobre todo a Tovar, y que luego ya va teniendo una continuación. Claro, entonces, Tovar es el autor más importante en esta disciplina.

– También hay un autor catalán, el que tú me has mencionado hace un rato.

– Sí, es Corominas; pero Corominas ha dedicado su atención principal a dos aspectos; primero, se ha interesado por los romanismos que hay en la lengua vasca en la medida en que estos romanismos pueden dar luz sobre problemas románicos o de etimología románica, o sobre términos de sustrato en lenguas románicas de la península; y, en segundo lugar, como Corominas está haciendo el *Onomasticon totius Cataloniae*, de todo el dominio catalán, considera que hay toponimia de origen vasco, como ya he dicho antes, en el Alto Pallars y Ribagorza y otros puntos, se ha ocupado de las influencias de la lengua vasca de una manera precisa.

– ¿No crees que por falta de una Universidad Vasca se han quedado aquí áreas de estudio abandonadas?

– Bueno, te voy a remitir al *Anuario* Julio de Urquijo de este año, en el que va a aparecer algo mío sobre esto. De todas maneras, y antes he tocado este tema muy de paso, la idea que tengo sobre esto es la siguiente: Hay un sociólogo norteamericano, Shills, ya fallecido, que escribió un libro que ha sido traducido recientemente al castellano y en el que hace un estudio muy curioso de sociología; él no estudia la sociología en abstracto, sino que hace algo así como la sociología de la sociología. De manera que él analiza estos estudios sociológicos que se hacen, y se refiere esencialmente a la institucionalización de la sociología. Es decir, que unos determinados estudios, para que prosperen, para que se desarrollen, necesitan de una institucionalización académica. Por ejemplo: ¿por qué en España ha habido durante

estos últimos años gente que ha hecho latín y griego, en contra del abandono en que se tuvieron antes estas disciplinas? Pues es, sencillamente, porque en la Universidad y en los institutos se enseña y exige latín y griego; entonces, hay puestos de trabajo, y hay gente que está trabajando en esto en ciertos lugares en los que tiene que publicar algo, y tiene que publicar algo, claro, sobre su especialidad. Bien, entonces, mientras el estudio del euskera no esté institucionalizado (quiero referirme al estudio científico), pues, evidentemente, andará al garete; es decir, dependeremos del azar de que surja alguien, un Schuchardt, que se interese por la lengua vasca, o que surja un Bonaparte que se interese por esto, o que en los Estados Unidos, donde ahora sí que parece que se comienza a pensar en cierta institucionalización en torno a la lengua vasca, surja un interés; todo esto, claro es, al margen de las necesidades reales y urgentes que tenemos. Quiero decir con esto que uno no puede depender del azar, de los accidentes, de que a mí me haya dado por interesarme por esta cuestión, como podía haberme dado por otra cosa. A mí me parece que es completamente claro lo siguiente: el estudio de una lengua, y en este caso de la lengua vasca, no puede hacerse sino en una Universidad, y dentro de una Facultad de Letras, y, por otra parte, el lugar natural donde debe estar enclavada es en el país en que se habla esta lengua; y mientras no está en el país (y conste que a mí me parece muy bien todo lo demás, todo lo que se haga fuera, porque en Salamanca se ha pensado en una enseñanza de tres años de lengua vasca, en plan universitario y como asignatura) pero, ¡pero!, bueno, ¿es que esto siempre va a depender del azar de estas decisiones que están al margen de nuestra necesidad y de la decisión de los estudiantes? Un ejemplo de la falta de esta institucionalización a que me refiero, un caso clarísimo, es el de Barandiarán. Barandiarán desarrolla una obra gigantesca en el Seminario de Vitoria; pero un Seminario es una casa para la formación de curas; entonces, cambian las circunstancias, y aquello se hunde y desaparece; afortunadamente, la obra de Barandiarán ha tenido después su propio impulso, porque aunque haya sido personal y azaroso, ha tenido seguidores en su grupo "Aranzadi", el que también está al azar de sus propias y limitadas fuerzas; pero el Seminario de Vitoria, que era una institución que hubiera podido dar coherencia y continuidad a la obra se interrumpió, por causa de la guerra, y no ha tenido después continuidad como tal, como institución. Sí hay alguna actividad en Pamplona y en Deusto, pero muy frágil, siempre expuesta al azar de si les conviene o no les conviene.

– O sea, que no depende de las necesidades que va teniendo la lengua vasca para su supervivencia y su desarrollo, sino que depende de azares de decisión externos y accidentales y hasta en cierta manera caprichosos, ¿no es esto?

– Y hoy ocurre afortunadamente una cosa, que es la siguiente: que la demanda de puestos de trabajo está claro que existe en una medida mucho mayor que en la de las posibilidades de colmarlas; claro, porque ya hay la necesidad de andereños, las maestras de parvularios bilingües, que constituyen una necesidad real y urgente, pero no se hallan los medios para satisfacerlas, y sí sólo unas iniciativas aisladas en Deusto, o en la UEG de San Sebastián, o en Pamplona, que no son suficientes ni están institucionalizadas.

– Antes hemos hablado del hecho de que la lengua vasca es distinta y sin ningún parentesco con las demás, ¿cuáles son los elementos lingüísticos que están en el euskera y no están en ninguna de las demás lenguas?

– Yo diría que no hay ninguna particularidad del euskera que sea completamente distinta a las particularidades que se pueden hallar en las demás lenguas. Yo diría que todas las particularidades de la lengua vasca se hallan de una u otra manera en las demás lenguas.

– Pero acaso no la combinación de estas particularidades.

– Esto es. Lo que hace diferente e irrelacionable al euskera con las otras lenguas es que ninguna está construida con la combinación de elementos lingüísticos con que está construida la lengua vasca.

– ¿En que se diferencia, entonces, de las lenguas vecinas?

– Los dos elementos que llaman más la atención en la lengua vasca son: 1.º el verbo, y 2.º la construcción ergativa. La construcción ergativa es un rasgo central de un sistema gramatical, ese famoso tinglado a que nos hemos referido antes y por el que se dice: *gizona etorri da*, "el hombre ha venido" y *gizonak egin du*, "el hombre ha hecho"; es decir, que el sujeto de un verbo transitivo se expresa de una manera distinta que el sujeto de un verbo intransitivo, cosa que no ocurre en castellano ni en ninguna otra lengua indoeuropea; la afinidad más próxima al vasco está en el Cáucaso, y también en algunas otras lenguas más lejanas. En cuanto al verbo: la famosa regla que se da en castellano y en prácticamente todas las lenguas indoeuropeas, de que el verbo concuerda con el sujeto, en el caso vasco el verbo concuerda con varios elementos: *aitak semari sagarra eman dio*, "el padre le ha dado una manzana al hijo", *dio*, "le ha", concuerda con *aitak*, "el padre", y con *semeari*, "al hijo" y con *sagarra*, "manzana", con los tres; es decir, que el verbo en euskera no es unipersonal, sino pluripersonal. Yo creo que éstos son los elementos de construcción gramatical más característicos de la lengua vasca.

– El hecho de que el euskera sea una lengua aislada y reducida en territorio, pequeña, ¿le resta alguna facultad, es menos valiosa que otras?

– Decir que una lengua es pequeña o grande es usar una figura; las lenguas carecen de dimensiones; una lengua "pequeña" no es sino una lengua que cuenta con pocos hablantes.

– ¿Se puede decir de una lengua "pequeña" que está menos dotada para su desarrollo?

– Es cierto, y de esto creo que hemos dicho algo antes, que en un momento histórico determinado y por circunstancias que nada tienen que ver con el valor mismo de las lenguas, unos idiomas estén en un momento dado más adecuados a las necesidades de una civilización determinada; pero estas deficiencias circunstanciales se corrigen fácil y prontamente, como lo han hecho todas las lenguas en algún tiempo de su desarrollo mediante neologismos y préstamos, porque nada esencial del valor de una lengua culta falta a la lengua vasca.

– Te quiero hacer una pregunta en cierto modo paralela, y referida ésta al pueblo vasco; una comunidad étnica y cultural constituye también generalmente una comunidad de conciencia, y tú te has referido antes a esta conciencia en nuestra conversación: ¿te parece, y por qué si es así, importante que los vascos no abandonemos esta conciencia colectiva, sino que saquemos ventaja de su valor psicosocial para incorporarnos mejor a través de una base cultural que nos es común (y que no podemos

abandonar sin dañarnos profundamente) a las causas universales que el vasco ha abrazado siempre con verdad y con pasión?

– No sé, honradamente, si es importante o no. Yo, personalmente, no puedo olvidar, aunque lo quiera, que yo soy yo, que pertenezco a cierta familia, a cierto grupo humano más amplio, etc. Nunca he intentado convencer a otro cuyas adhesiones sean sentidas de una manera diferente, entre otras razones por la muy sencilla de que me parece inútil. Ahora bien, desde un punto de vista más general, pienso que, en un mundo como el nuestro en que las diferencias tienden a borrarse, es beneficioso que nuestra inserción en movimientos universales se haga por la mediación de colectividades menores. Sobre todo porque veo que, a pesar de esa tendencia a la uniformidad, los fuertes (sean grandes, pequeños o hasta muy pequeños) no empiezan por negarse a sí mismos, sino que afirman con toda energía, y muy a menudo con éxito, su personalidad. Para qué citar ejemplos. No veo por qué tenemos nosotros que seguir en Europa el triste ejemplo del indio americano. Y bien sabe Dios que no le creo culpable a él, sino a quien le ha privado de sustancia propia. Como modelo, me gustan mucho más los vietnamitas.

– Y para terminar, ¿cuáles son tus libros fundamentales y a qué organismos profesionales perteneces?

– Comenzando por lo último, y para terminar, como tú has dicho bien porque ya son casi las doce: soy, como sabes, académico de número de *Euskaltzaindia* o Academia de la Lengua Vasca; soy correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua desde 1959; soy colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Patronato Menéndez Pelayo desde 1959; soy vocal de la Sociedad Española de Lingüística desde 1970; miembro de la Société de Linguistique de Paris (1956) y de la Linguistic Society of America. En cuanto a mis trabajos escritos: he colaborado sobre todo en el *Anuario del Seminario Julio de Urquijo*, *Archivum* de Oviedo, *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, *Cahiers d'histoire du monde*, *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, *Egan*, *Emerita*, *Euskera*, *Fontes Linguae Vasconum*, *Jakin*, *Lingua e stie*, *Pirineos*, *Príncipe de Viana*, *Revista española de Lingüística*, *Revista de Filología española* –y Koldo sigue pensando en más publicaciones–, *Via Domitia* de Toulouse, *Zephyrus* de Salamanca, *Word*, *Zeitschrift für romanische Philologie*; y he colaborado en obras colectivas como *Encyclopaedia Britannica*, *Encyclopédie de la Pléiade*, *España* (Espasa-Calpe), *Historia General de las literaturas hispánicas*, *Kindler's Literatur-Lexikon*, *The Penguin Companions to Literature, Spanien*, *Handbücher der Auslandskunde* (Frankfurt a. Main), *Universitas* (Salvat) y alguna otra que no recuerdo ahora a pesar de las notas que he hecho para darte estas últimas...

– ¿Y tus libros?

– Primero salió *Apellidos vascos*, en 1953 (ha habido una reedición posterior, en 1955); después vienen: *Historia de la literatura vasca* (1960), *Fonética histórica vasca* (1961), *Lenguas y protolenguas* (1963), *Textos arcaicos vascos* (1964), *Del pasado de la Lengua Vasca* (1964), *Estudio sobre las fuentes del Diccionario de Azkue* (1970), *Idazlan hautatuak* y *Zenbait hitzaldi*, ambas obras recién editadas, en 1972. Entre las ediciones en que he intervenido está el que hice con Manuel Agud: *Dictionarium Linguae*

Cantabricae, de N. Landucci; una obra de 1562 que se editó aquí, en San Sebastián, el año 1958.

Estoy despidiéndome de Koldo y de Matilde cuando, efectivamente, suenan las doce campanadas que me acaba de anunciar, y se oye el carillón completo de la melodía popular vasca (*ni zugandik urre nago-ta, pozik daukat biotza; zure ondoan udako bero, egingo dat neguko otza*, "como estoy cerca de ti, tengo contento el corazón; a tu lado haré que el frío del invierno se convierta en el calor del verano") que retiembla en la noche y hasta muy adentro del corazón de estas venerables casas que rodean a la iglesia parroquial de Santa María a la que se le ven desde las ventanas del antiguo hogar de Michelena ese su cielo de tejas, y que no es tejas sólo, como no son sólo huesos los del hombre hallado en Aitzbitartea, como tampoco son sólo signos hechos con tinta los viejos y los nuevos textos que hablan la lengua vasca cuyo largo y misterioso camino de niebla está siguiendo Koldo Michelena con el amor sin precios que es el verdadero.

Padre General Pedro Arrupe, S.I.

Ignacio de Loyola dejó en Roma una huella que todavía, después de más de cuatro siglos, está impresa en nombres de calles y de plazas, en iglesias y en conventos y en colegios que de alguna manera están dedicados a la intención del santo; también se recuerda todavía que durante su estancia de más de veinte años en Roma vivió en una casa prestada al pie de Trinitá dei Monti, que luego tuvo su primera residencia fija en Via di Frangipane, la que dejó para ir definitivamente a la Via delos Astalli, donde aún conservan tres "camarete", y hasta los turistas saben que predicaba a veces en la iglesia de Montserrat y que pasaba a menudo por la de San Giacomo o degli Spagnoli, y se recuerda todavía que visitaba alguna vez a la familia amiga que vivía en el Palazzo Colonna.

Así es de perdurable la huella que dejó Ignacio en Roma, donde lo canonizaron junto con san Francisco Xabier el año 1622.

Pero no se llamaba entonces Ignacio, sino Iñigo, que viene del nombre arcaico vasco Eneko (el de casa) que se conoce documentalmente en Navarra desde el siglo X. En Navarra es corriente todavía el apellido Enekoitz. A Ignacio lo inscribieron al nacer en el castillo de Loyola, un barrio de Azpeitia, en Guipúzcoa, el 24 o 25 de diciembre de 1491 con el nombre Iñigo (los escribanos escriben: Ynigo), Iñigo López de Recalde; cuando se convirtió, y siguiendo la costumbre extendida entonces de latinizar los nombres, escogió él mismo el nombre latino de Ignatius, y lo unió al del lugar en que nació. Primero fue soldado, no santo, y sólo después de que lo hirieron el año 1521 en el sitio de Pamplona se sintió tocado por la gracia, oró en Aránzazu, en Montserrat vestido de mendigo, bajó a la cueva de Manresa, en Cataluña también, donde se forjó espiritualmente y donde escribió su admirable libro de los *Ejercicios Espirituales* entre 1522 y 1524; peregrinó por Tierra Santa y fue a París, donde vivió desde 1528 hasta 1535, tiempo en que con su primo Francisco Xabier y los compañeros Pedro Fabro, Diego Laínez, Alonso Salmerón, Nicolás Bobadilla y Simón Rodríguez concibió la idea de fundar una compañía religiosa; a estos siete vinieron a sumarse luego tres más: Claudio le Jay, Juan Codure y Pascasio Broet. Se ordenaron todos sacerdotes en 1537, e Ignatius de Loyola celebró su primera misa en Roma un año más tarde. Habían decidido dar a la compañía el nombre de Jesús, y así, como Compañía de Jesús, cuyo propósito general fue Ignatius a partir de 1541, lo confirmó el papa Paulo III el año 1545; ya no salió de Roma. Aquí fundó el Collegium Romanum (1551) y el Germanicum (1552), cuando ya había terminado de redactar las Constituciones o Estatutos de la Orden con el nombre de Constitutiones Societatis Iesu, y en Roma murió Ignatius de Loyola el año 1558, a los 67 años de edad.

Desde entonces la Compañía de Jesús ha tenido 27 propósitos generales¹ y sólo el último, el que hace el número 28: Pedro Arrupe Gondra, ha vuelto a ser vasco.

¹ 1) San Ignacio de Loyola (1541-1556); 2) Laínez (1558-1565), español; 3) S. F. Borja (1565-1572), español; 4) Mercuriano (1573-1580), luxemburgués; 5) Aquaviva (1581-1615), napolitano; 6) Vitelleschi (1615-1645), romano; 7) Carafa (1646-1649), napolitano; 8) Piccolomini (1649-1651), sienés; 9)

De san Ignacio de Loyola como vasco ha dicho el Nuncio de Su Santidad en España, monseñor Dadaglio, durante la introducción a su homilía en Loyola con ocasión de su fiesta en 1971: "En un intento amoroso y comprensivo de definir la contextura humana de los hombres de esta tierra, alguien ha escrito recientemente que en la singular mezcla de riesgo, sana locura y previsoramente razonabilidad tiene su clave esencial la existencia social e histórica del vasco y posee su cifra más secreta la sucesiva realización de esa misma existencia".

Sea como fuere, desde el vasco Iñigo de Loyola hasta el vasco Pedro Arrupe han transcurrido más de cuatro siglos.

Este vasco que hace el número 28 de los generales vive también en la Roma de los papas y tiene su residencia en la Curia Praepositi Generalis Societatis Iesu. Salí en compañía del padre Manuel Labayen y del profesor José Goenaga, de la Universidad Gregoriana, desde donde está situada ésta en la Piazza della Pilotta, atravesamos la Piazza SS. Apostoli donde tiene su sepultura Clemente XIV, el supresor de la Compañía; pasamos por la Piazza Venezia y el Corso Vittorio Emmanuele donde está la iglesia de San Felipe Neri, amigo de san Ignacio, y luego atravesamos el puente Vittorio sobre el Tíber, un itinerario ruidoso de coches y de altoparlantes en este último día de la campaña electoral de 1972, y llegamos a un enorme edificio que se comenzó a construir el año 1923 y fue terminado seis años después, en 1929; tiene unas líneas modernas y austeras y largos pasillos, como cualquier casa de la Compañía de Jesús en cualquier parte del mundo. El *portiere*, un seglar, nos hizo pasar al profesor Goenaga y a mí a una sala de varios ambientes, todos muy sencillos, y esperamos unos instantes; no muchos, porque no tardamos en ver en la puerta a dos sacerdotes: el padre Gaviña, un argentino de origen vasco que es su secretario particular, y el padre Arrupe; el padre Gaviña siguió su camino por el pasillo y el Padre General llegó solo y con una sonrisa amigable; se sentó sencillamente entre los dos, y mientras nos cruzábamos las primeras palabras yo estaba pensando que este hombre no era san Ignacio, desde luego, pero sus rasgos se parecen a los que conocemos del santo a través de los retratos que han llegado hasta nosotros,² sobre todo el de Sánchez de Coello, que es el que ha prevalecido de manera

Gottifredi (1652-1652), romano; 10) Nickel (1652-1664), alemán; 11) Oliva (1664-1681), genovés; 12) De Noyelle (1682-1686), belga; 13) González (1687-1705), español; 14) Tamburini (1706-1730), modenés; 15) Retz (1730-1750), bohemio; 16) Visconti (1751-1755), milanés; 17) Centurione (1755-1757), genovés; 18) Lorenzo Ricci (1758-1773), florentino; en su tiempo fue suprimida la Compañía por el papa Clemente XIV, 1773; Ricci fue encarcelado en Castel Sant Angelo, donde murió el 24 de noviembre de 1775; durante el período de supresión (1773-1814) hubo varios vicegenerales o vicarios generales o generales para Rusia, donde los jesuitas no fueron suprimidos gracias a que la zarina Catalina impidió la aplicación de la bula papal en su territorio, y sus nombres son: Czerniewicz, lituano; Lienkiewicz y Krew, también lituanos, y Gruber, que era austríaco. Luego continúan: 19) Brzozki (1814-1820), polaco; 20) Fortis (1820-1829), veronés; 21) Roothan (1829-1853), holandés; 22) Beckx (1853-1887), belga; 23) Anderledy (1887-1892), suizo; 24) Martín (1892-1906), español (burgalés); 25) Wernz (1906-1914), alemán; 26) Ledochowski (1915-1942), polaco; y el anterior a Arrupe: 27) Janssens (1946-1964), belga.

² El primer retrato de san Ignacio fue pintado por Jacopino del Conte: el segundo, que es el que ha quedado más, es de Sánchez de Coello. Estos son los más importantes. Pero hay hasta 380, según Alfred Hang en su ensayo sobre la iconografía de la Compañía de Jesús escrito el año 1875. Hay entre nosotros el que pintó Salaverría.

casi oficial: tiene la misma nariz vasco-aguileña (como dice el etnólogo don Engracio de Aranzadi, más parecida a un 4 que a un 6) que le han pintado al santo, y la misma frente despejada, la misma fragilidad ascética con que nos presentan al inspirador de la Compañía; este jesuita nacido en Bilbao no es el fundador, pero ha hecho los cuatro votos como él, incluida la obediencia inmediata al Sumo Pontífice, y su lema es el mismo: *Ad maiorem Dei gloriam*, que a veces solo se expresa en las siglas AMDG; es también su General a la manera en que lo fue Ignatius desde 1541; este hombre de sonrisa fácil, sencillamente humana, nació de la misma sangre y la misma cultura de san Ignacio y san Francisco Xabier, oró como aquél en Montserrat y ha sido misionero como éste en el Japón durante muchos años, y, en fin, para que el paralelo sea más sorprendente, la vocación tardía de estos dos grandes santos vascos coincide con la del padre Arrupe, quien ya estaba muy adelantado en sus estudios de Medicina en Madrid cuando sintió la vocación e ingresó en Loyola el 15 de enero de 1927 sorprendiendo a sus cuatro hermanas: Catalina, María (hoy religiosa esclava del Sagrado Corazón), Margarita (quien falleció hace dos años) e Isabel, que vivían en el Bilbao en que nació el padre Arrupe el 14 de noviembre de 1907...

Todo esto no le llega a uno con la lentitud con que se dicen o se escriben las palabras, sino que se me funden en el simple instante en que mi vista coincide con esos ojos de vuelo aguileño y a la vez tranquilos en los que uno se siente observado desde las alturas en que sitúo la suma de imágenes que me había hecho y me hago yo ahora, en este instante, del General de los jesuitas. Y para achicarlo un poco a mi tamaño en la tierra que nos es común, para acercármelo, le pregunto instintivamente:

– Padre General, usted nació en Bilbao.

– Sí; mis padres: Marcelino Arrupe y Dolores Gondra, los dos, eran de Munguía, pero mi padre era arquitecto en Bilbao (donde también cofundó el diario católico *La Gaceta del Norte*) y me tocó nacer en la capital.

– ¿Hablaban ustedes euskera en su casa?

– Mis padres hablaban vasco muy bien, claro; y en nuestra casa de Bilbao se hablaba vasco también; pero nosotros, mis hermanas y yo, y tal vez por un poco de pereza, no aprendimos sino unas palabras, desgraciadamente. Es que en Bilbao, sobre todo en la escuela, no se hablaba vasco. Ahora me pesa, porque, además de la satisfacción de hablar la lengua de mis padres y de mis abuelos, me hubiese sido sumamente útil como General, porque me gusta hablar a todos en su propia lengua, y, desgraciadamente, a los jesuitas de lengua vasca tengo necesariamente que hablarles en castellano. Pero ocurre que según la tesis que han tratado de sostener algunos, el japonés, que conozco bien, tiene algún parentesco con la lengua vasca. No sé si se podrá sostener esto en nuestros días...

– Creo que no, Padre General.

– Será así, pero recuerdo que el padre Gandó, en un artículo que publicó hace muchos años quiso probar que las sesenta palabras básicas del japonés tienen relación con el vasco. Y, ciertamente, tiene algún parecido en su estructura; por ejemplo, las dos lenguas carecen de pronombre relativo, de manera que la estructura mental que ha conformado la lengua japonesa se parece más al vasco que al castellano. Pero, en fin,

desgraciadamente no está la lengua de mis antepasados entre las que puedo usar para dirigirme a los miembros de la Compañía.

– Cuando usted escribe su libro: *Este Japón increíble...* en 1951 y habla de sus estudios, se salta usted sus primeras vivencias infantiles, ¿por qué?

La pregunta era un poco impertinente, pero el padre Arrupe no hizo el menor signo de contrariedad, y me dijo:

– Pues pensé, sencillamente, que en un libro que estaba destinado a dar cuenta de mis experiencias en el Japón lo biográfico era secundario. Tanto es así que en la traducción alemana del libro han dejado fuera incluso toda mi experiencia madrileña, que sí tenía relación con mi vocación, y no sólo en cuanto a mi disposición de dedicarme a la mayor gloria de Dios sino a mi inclinación por las misiones y en este caso al Japón, al que estaba dedicado el libro. Así, yo estudié mi primaria en los escolapios, primero en la calle Henao y luego, desde el primer curso inaugural, en el Colegio de la Alameda de Recalde; estuve allí, donde pertencí a la Congregación de Kostkas, ocho años, hasta que terminé el bachillerato; una parte muy importante de mi vida, desde luego, ¿cómo la voy a olvidar? Ingresé luego en la Facultad de Medicina de la Universidad de Valladolid, y luego pasé a la de San Carlos en Madrid; ahí me hice, y sin saber mucho por qué, de las Conferencias de San Vicente de Paúl y comenzamos a visitar los ambientes miserables de la ciudad, cosa que me impresionó mucho; tanto, que comencé a preguntarme para qué había venido yo a este mundo; salir de él sin hacer nada por aliviar tanta miseria me parecía, y me parece aún más hoy, que no valía y que no vale la pena. Aquellos niños pobres de Vallecas me hicieron pensar mucho. Tanto pensé en esto que cuando me llegó a mí, que ya era huérfano de madre, aquel día terrible de mis dieciocho años en que murió nuestro padre, sólo la fe que había venido acumulando fue capaz de apaciguar y tranquilizar mi alma. En este trance durísimo decidimos mis cuatro hermanas y yo ir a pasar el verano lejos de los lugares de veraneo, y elegimos Lourdes. Llegué allí con una doble curiosidad: la natural del joven que pisa tierra nueva y nada menos que un lugar bendito por la aparición y los milagros, y la del estudiante de Medicina. A pesar de que no había terminado la carrera de médico, conseguí que me diesen un carnet especial para poder estudiar de cerca a los enfermos y poder asistir en el Bureau de Constatation a la comprobación de los casos milagrosos que se presentasen. Había oído despotricar a algunos de mis profesores de San Carlos contra la "superchería de Lourdes", y quería comprobar por mí mismo. Con tan buena suerte, yo diría que con la gracia, que pude asistir a la comprobación de tres curas milagrosas: la de una religiosa joven con "mal de Pott" (tuberculosis en la espina dorsal) que no tenía solución médica, ya que dos de sus vértebras estaban comidas por el pus, pero que poniéndose de pie sobre su camilla extendió sus brazos hacia el Señor Sacramentado y dijo: "¡Estoy curada!". Unos días más tarde asistí a la comprobación a que se estaba sometiendo a una anciana belga de 75 años que había tenido un cáncer terrible en el estómago; los médicos habían recurrido en un último esfuerzo a la laparatomía exploradora para salvarla, pero todos coincidieron en que no tenía remedio; no había por qué creer otra cosa cuando salió del baño de la piscina con la que ella creía estar segura de que se iba a curar; pero, sorprendentemente, tan pronto llegó de regreso al hotel comenzó a tener apetito y ya no se presentaron más molestias y comenzó a

asimilar los alimentos muy bien; a los tres días paseaba por Lourdes, y cuando la exploraron con rayos X ya no había el menor rastro de cáncer. El tercer milagro que tuve la suerte de apreciar personalmente fue éste: había visto yo entre los doce mil fieles que pedían con fe en la explanada frente a la gruta a un pobre muchacho en sus veinte años y sentado en su carricoche de paralítico acompañado de una señora vestida de luto que seguramente era su madre; durante la procesión, el Santísimo Sacramento pasaba delante del chico, a quien ya no veía yo entre la multitud, cuando se oyó: "le miracle, le miracle!!"; fue suerte que los camilleros pudieron aislarlo de la aglomeración que se produjo, ¡muy grande!, porque todos querían verlo y tocarlo; mí carnet de médico me permitió verlo de cerca cuando le estaban haciendo el reconocimiento oficial, y este caso del joven que yo había visto completamente deforme y que veía de nuevo curado del todo resultó más que evidente... Estos tres milagros de los que fui testigo presencial me impresionaron muchísimo. Sentí a Dios muy cerca. Acaso la semilla de la vocación religiosa estaba ya dentro de mi alma, pero fue sobre todo a partir de este momento cuando comenzó a crecer, a crecer, lentamente. Al regresar aquel año desde Madrid para pasar mis vacaciones de Navidad con mis hermanas en Bilbao me detuve en Loyola; como era huérfano, no tenía necesidad de pedir permiso a nadie, y cuando llegué a casa de mis hermanas ya lo tenía todo arreglado. Sin embargo, no quise amargarles las fiestas de la Navidad y no les dije nada hasta el momento en que tenía ya hechas las maletas para irme, no a Madrid a estudiar Medicina, sino a Loyola para hacer mi noviciado...

– Fue duro para sus hermanas.

– Es natural; se quedaron sin su único hermano; pero lo aceptaron con un gran espíritu de sacrificio y de generosidad, y esto me ayudó en el trance difícil de dejarlas.

– Dice el jesuita Peter Hebblethwaite que san Ignacio era un "vasco terco", un "hombre pequeño, cojo y con unos ojos risueños", que era "un místico muy práctico, casi dedicado solo a lo útil (aunque le gusta mirar a las estrellas de noche)", que no enseñó nada de lo que aprendió de las experiencias de los demás, sino que se fió de la suya propia, que le gustaba simplificar, no con el simplismo, la superficialidad, sino con la simplificación de la profundidad, y que hasta sus Ejercicios Espirituales tienen este sello; es evidente que un hombre así no cree fácilmente en los milagros, y he tenido oportunidad de constatar que no son los jesuitas, precisamente, los que se dejan llevar fácilmente por lo maravilloso, lo portentoso, sin pruebas concluyentes; ¿acaso usted fue de éstos, y no se hubiese decidido por el sacerdocio sin esta comprobación personal, digamos: a lo santo Tomás?

– Desde luego que Ignacio, como dice muy bien este autor, no era un hombre que daba demasiada importancia a las "visiones" y las gracias extraordinarias, pero lo que es cierto es que lo que determinó la dirección de su vida, y con ella la idea que se hizo de la Compañía, fue su visión en Storta, camino de Roma, cuando mientras rezaba en una capilla desierta se le apareció Nuestro Señor llevando su cruz y diciéndole con una sonrisa: "Te ayudaré en Roma". Desde luego que los caminos del Señor son muchos y muy diversos. No sé qué hubiera sido de mi vocación sin aquella experiencia de Lourdes; pero sí le puedo decir que el camino de mi disposición y de mi inclinación tuvo este recorrido acaso menos meritorio.

– ¿En qué año ingresó usted en Loyola?

– El año 1927; el 15 de enero; yo tenía entonces 19 años.

– Usted hizo su noviciado en Loyola, ¿a dónde pasó usted después?

– Terminó mi noviciado y comenzó mi larga carrera; porque la carrera de un jesuita es siempre larga. Aquí son raras las decisiones por impulsos, por corazonadas; el camino es largo y hay tiempo para madurarlo todo. Está extendida la creencia de que un jesuita no puede ser ordenado antes de los 33 años, la edad en que crucificaron a Cristo; lo cierto es que, aunque no hay regla fija, un jesuita no se ordena generalmente antes de los treinta, pero ya desde el noviciado es un religioso con votos y sigue siendo desde entonces un religioso con todo su significado, porque los estudios mismos constituyen, no sólo una preparación para la vida religiosa, sino la vida religiosa misma... Pero usted me hizo una pregunta: a dónde fui yo después de mi noviciado en Loyola. Pues después del noviciado y de dos años más de estudios humanísticos en Loyola pasé a estudiar filosofía a Oña en 1931. Pero la ordenación sacerdotal estaba aún lejana, había que recorrer el camino largo de la formación. Fue en la soledad llena de los Santos Ejercicios donde sentí definitivamente mi vocación misionera. Y no para ser misionero en cualquier parte, sino en el Japón, donde se había ido y donde se quedó por muchos años san Francisco Xabier, el misionero por excelencia, el santo navarro. El padre que daba los Ejercicios aprobó mi decisión. Y escribí enseguida a Roma. Pero tuve que pasar por muchas, muchísimas, impaciencias antes de que llegase esta primera decisión sobre mi destino, ¡y no precisamente fue el Japón!, sino Bélgica (Marneffe, 1932-1933) y luego Alemania (Valkenburg, 1933-1936) para que me especializase en Moral Médica con el padre Hürt.

– ¿Qué estudia esta especialidad?

– Teniendo en cuenta la base inicial de mi carrera, quisieron que profundizase en los difíciles y escurridizos problemas que se plantean en el campo situado entre la Medicina y la Moral.

– Así es que del Japón, nada...

– Pues a pesar de todo sí, porque de la manera en que escribe Dios derecho con líneas que nos parecen torcidas, con éste mi nuevo destino me puse en contacto con la Provincia jesuítica de Alemania Inferior, que era precisamente la que había fundado y sostenido la misión japonesa. Éste fue un primer paso adelante hacia el Japón; pero tuve que dar otro hacia atrás cuando estando yo en mi tercer año de Teología se celebró en Austria un Congreso Internacional de Eugenesia y mis superiores me hicieron intervenir en ella, porque sirvió para que se afianzaran en la idea de que mi puesto estaba, no en las Misiones, sino en el apostolado de la Moral Médica, y, en consecuencia, me enviaron para una mayor especialización de Medicina y Psiquiatría a los Estados Unidos...

– Todavía lejos del Japón...

– Sí, fue como alejarme otra vez de mi objetivo; pero de todas maneras obedecí con la certeza absoluta de que Dios me ayudaría en la empresa. En Estados Unidos me puse en contacto con el célebre padre Moore, el que más tarde sería cartujo de Miraflores y todavía era profesor de la Catholic University of Washington. En agosto de 1937 me enviaron a cambiar de aires y descansar un poco al Sur, de donde tuve oportunidad de llegar hasta México. A mi regreso a los Estados Unidos completé Teología en Kansas y

luego me enviaron a hacer la Tercera Probación en el Noviciado de Cleveland con el padre Mc Mennany como Instructor (1937-1938). Así, cuando éste fue elegido para asistir en nombre de su provincia a la Congregación General de Procuradores que iba a celebrarse en Roma, le rogué que intercediese de palabra cerca del Padre General para que me enviasen al Japón.

- Usted no cejaba...

- No; era mi vocación. Así es que cuando regresó el padre Mc Mennany a los dos meses, el 6 de junio de 1938, a las ocho de la noche, ¡ya ve cómo lo recuerdo todavía!, estaba muy nervioso, y lo estuve más cuando el padre Mc Mennany no me dijo nada. Apenas pude cerrar los ojos, y en la Misa me ofrecí con una devoción muy particular: *Non recuso laborem...* El padre Instructor iba a venir a las nueve de la mañana; como terminé mi desayuno a las siete y media, la espera se me hizo muy larga; tuve tiempo para hacer mi rezo de Prima, y estaba yo rumiando lo mío cuando de repente se me acercó el padre Ministro: "You are a very important person... A letter from F. General for you..." ¡Una carta del padre General para mí! No salía de mi asombro..., y llegué temblando hasta la capilla y leí nerviosamente: "Después de considerarlo delante de Dios y tratarlo con su padre Provincial, le he destinado para la Misión del Japón..."

- Por fin.

- ¡Por fin! Llegué a Yokoama y a Tokio el 15 de octubre del mismo año 1938; aquí comencé a aprender la lengua japonesa y trabajé durante unos meses en la obra social que dirige la Universidad Sophia de los jesuitas en los suburbios. En 1940 fui nombrado misionero y párroco en Yamaguchi, donde había trabajado san Francisco Xabier; dos años después, en 1942, fui destinado como Rector y Maestro de Novicios a Hiroshima...

- Usted, Padre General, vio caer la bomba atómica, ha escrito dos libros dedicados a este drama: *Yo viví la bomba atómica* y *Este Japón increíble...* ¿justifica usted de alguna manera, moral y militarmente, el lanzamiento de esa primera bomba atómica sobre Hiroshima?

- En lo moral, ¡ciertamente que no!, y en cuanto a la razón militar, no tengo ni los conocimientos ni la disposición para medir una cosa tan terrible...

- Fue terrible...

- Sí.

- Pero antes de eso, ¿qué hizo usted en el Japón?

- Pues en Hiroshima estuve en esta primera etapa durante doce años como Rector y Maestro de Novicios, y en 1954 pasé a ser Vice-provincial del Japón, que en aquel entonces era una Vice-provincia, y luego, cuando fue convertida en Provincia, pasé a ser Provincial. Estos 27 años de mi vida en el Japón están llenos de experiencias importantes. Viví en el Japón, claro es, toda la segunda guerra mundial, y como extranjeros pasamos los jesuitas por más de un apuro; hasta nos tomaron por espías y yo estuve preso durante 35 días acusado de espionaje. Pero lo más importante ahora es decir que Nagatsuka, donde estaba yo cuando estalló la bomba atómica, dista seis kilómetros de Hiroshima. Los jesuitas teníamos entonces en esta zona dos casas: una en el centro de la ciudad de Hiroshima, que tenía entonces más de 400.000 habitantes, más que el Bilbao de hoy, y la otra donde estaba yo en Nagatsuka, a los escasos seis kilómetros que acabo de mencionar, y donde me encontraba yo junto con treinta y

cuatro jesuitas más. Lo sorprendente era que Hiroshima era la población menos castigada por la aviación americana; había otras no muy lejanas como Kure, Osaka y Kobe que habían sido ferozmente bombardeadas, pero Hiroshima se estaba salvando de la táctica americana de destruir las grandes ciudades. Cuando sonaba la alarma, la población civil de la ciudad se iba a dormir a las cuevas que habían perforado en los montes vecinos, pero después, y viendo que estas apresuradas carreras a los túneles eran una precaución inútil, la gente comenzó a despreocuparse. Ya llevábamos cuatro años de guerra, y siempre era un avión solitario, un "B-29", el que llegaba a las cinco y media de la mañana como en un viaje rutinario de turistas...

– Tempraneros los turistas...

– Sí, y tal era la puntualidad con que llegaba el avión que comenzaron a llamarle: "El correo americano"... Pero este 6 de agosto de 1945 se repitió el toque de alarma a las 7 y 55, y el avión, otro "B-29", pasó a mucha altura; a las 8 y 10 se dieron los toques normales de fin de peligro, y la población había comenzado a desplazarse hacia sus trabajos del día, eran exactamente las 8 y 15, cuando un terrible fogonazo como de magnesio alumbró el cielo entero. Yo estaba en mi despacho en compañía de otro padre, y oímos luego de este resplandor un tremendo mugido sordo y continuo... Tembló la casa, se desquiciaron las puertas y las ventanas con un estrépito de cristales, y los tabiques japoneses de barro y cañizo se vinieron abajo como aplastados por una mano gigantesca, y nosotros nos encontramos tirados en el suelo y cubriéndonos la cabeza con las manos, un gesto instintivo de defensa, para guarecernos de una lluvia continua de restos que fue cayendo sobre nuestros cuerpos inmóviles en el suelo. Cuando terminó aquel terremoto nos miramos y nos pusimos en pie para vernos heridos, pero estábamos sin un rasguño. Mi gran preocupación eran los 35 jóvenes jesuitas de los que me sentía responsable, y cuando pasé por el último de los cuartos comprobé que no había un solo herido...

– ¡Y a sólo seis kilómetros del lugar en que cayó la bomba!

– Sí, y cuando subimos apresuradamente a lo alto de la colina para mirar por la llanura del Este nos encontramos con que la gran ciudad de Hiroshima no era sino un solar arrasado; el cráter invertido de la bomba atómica había arrojado sobre la ciudad la primera llamarada de un fuego blanco intenso, y al contacto de su calor terrible todos los combustibles ardieron como cerillas metidas en un horno, y como si esto fuera poco las viviendas de madera que se habían derrumbado con los efectos de la onda explosiva habían comenzado a arder como hogueras... Ante aquel espectáculo que ni siquiera habíamos podido imaginar nos quedamos clavados en el suelo...

– Las explicaciones vinieron después.

– Claro; luego, recogiendo datos e impresiones propias pudimos reconstruir toda la escena: a las 8 y 15 de la mañana un avión "B-29" americano había dejado caer una bomba que hizo explosión en el aire a una altura de 1.560 metros; el ruido fue muy pequeño, pero le acompañó un fogonazo que fue el que a nosotros nos hizo el efecto de una llamarada de magnesio; durante unos momentos, algo, seguido de una roja columna de llamas, cayó rápidamente y estalló de nuevo, esta vez terriblemente, a una altura de 570 metros sobre la ciudad; la violencia de esta segunda explosión fue indescriptible: salieron disparadas en todas direcciones unas llamas de color azul y rojo;

inmediatamente un trueno espantoso acompañado de insoportables ondas de calor cayeron sobre la ciudad arrasándolo todo; ardió cuanto podía arder, y las partes metálicas se fundieron. Todo esto fue la tragedia del primer momento. Al siguiente, una gigantesca montaña de nubes se arremolinó en el cielo; en el mismo centro de la explosión apareció un globo de cabeza terrorífica, y con él una ola gaseosa a 500 millas por hora de velocidad barrió todo lo que se encontraba en un radio de seis kilómetros. Por fin, diez minutos más tarde, una especie de lluvia negra cayó en el noroeste de la ciudad...

– Estaban ustedes en el límite mismo del poder expansivo de la bomba.

– Así es.

– ¿Y qué hicieron?

– Primero quisimos entrar en la ciudad; no había necesidad de ir a buscar heridos, porque ya nos venían muchos, pero queríamos saber qué había sido de nuestra residencia; sin embargo no podíamos entrar, porque el fuego, que saltaba de casa en casa, nos cerraba todos los caminos y acorralaba las calles; había un humo negro y denso que se pegaba al suelo y lo envolvía todo. Antes de intentar nada fui a la capilla para pedir al Señor alguna luz en aquella oscuridad terrible que nos abrumaba. Salí de la capilla con la decisión de convertir la casa en un hospital y yo en un médico-cirujano. Había que improvisarlo todo. Fui a recoger el botiquín y no encontré entre las ruinas más que un poco de yodo, algunas aspirinas, sal de fruta y bicarbonato...

– Era poco para curar Hiroshima...

– Las víctimas subían de 200.000, ¿por dónde empezar?... Había que curar, había que dar de comer: "Vayan (dije a los jesuitas) a donde les guíe Dios y traigan de comer, y no me importa que sea prestado, comprado, regalado". Nadie dijo nada salieron todos. Varios padres se dedicaron conmigo a recoger los heridos que se arrastraban, aterrados, huyendo de Hiroshima. A cada pregunta que hacíamos: "¿Qué le ha pasado a usted?", la respuesta era siempre la misma: "No lo sé; he visto una luz, una explosión terrible, y no me ha sucedido nada; pero al cabo de media hora he sentido que se me iban formando en la piel unas ampollitas superficiales y a las cuatro o cinco horas tenían el aspecto de unas violentas quemaduras que al día siguiente comenzaron a supurar". Eran los efectos de las radiaciones infrarrojas que atacan los tejidos y producen, no sólo la destrucción de la epidermis y la endodermis, sino también del tejido muscular; la consecuencia inmediata eran las supuraciones por toda la zona afectada, y luego muchas veces se producía una muerte tan inesperada que no llegábamos a comprender. Nosotros nos esforzábamos en curar las heridas haciendo una punción y desinfectándolas en carne viva, porque no teníamos ningún anestésico para las operaciones...

– Y todavía sin poder entrar en la ciudad.

– Serían las cuatro de la tarde cuando la evaporación producida por aquel gigantesco incendio se condensó en una lluvia abundante y de los tejados hundidos seguía saliendo viva una brasa...

– Y entraron a ver lo que había ocurrido a la residencia.

– Sí, entramos en un mundo que no se puede describir... Tardamos cinco horas en llegar a nuestra casa; los jesuitas estaban todos, los cinco, heridos, pero ningún muerto... Ya le he dicho que el lanzamiento de la bomba es moralmente inadmisibile. El que haya

experimentado, como yo, la muerte de 80.000 personas en un día y la de otras 120.000 en un plazo de seis meses ya tiene argumentos para favorecer el desarme; más todavía si se supone, como es verdad, que la bomba atómica actual tiene una potencia cien, doscientas o más veces mayor que la que se lanzó en Hiroshima.

– Padre General, vamos a dejar Hiroshima y el Japón por ahora para fijarnos en la Compañía de Jesús, de la que es usted General, ¿cuántos son ustedes?

– ¿En todo el mundo?

– Sí.

– En total, los jesuitas en el mundo el año 1972, la última cifra totalizadora disponible, somos 30.860.

– ¿Cómo están distribuidos?

– Estamos organizados por Asistencias:³ la *italiana* comprende 5 provincias con 1.712 miembros; la *germánica*, 9 provincias con 2.269; la *francesa*, 6 provincias con 1.673 miembros; la *española*, 8 provincias con 3.851 miembros; la *inglesa* 8 provincias con 3.299 miembros; la *norteamericana*, 10 provincias con 6.820 miembros; la *latinoamericana meridional*, 9 provincias con 1.835 miembros; la *eslava*, 7 provincias con 1.277 miembros; la Asistencia *latinoamericana septentrional*, 6 provincias con 2.256 miembros; la Asistencia de *la India*, 11 provincias con 3.016 miembros; la de *Asia Oriental*, 6 provincias con 2.021 miembros, y finalmente, la Asistencia de *Africa*, 3 provincias con 831 miembros, si bien a estos 831 hay que añadir otros 625 que trabajan en Africa pero pertenecen a diversas provincias.

– ¿Ha aumentado o disminuido el número de jesuitas en el mundo desde 1971 acá?

– Ha disminuido exactamente en 908.

– Es mucho.

– Es bastante. Pero tenga en cuenta que son datos de una época de transición.

– Y en cuanto a los que entran, a los nuevos llegados, ¿cuál es la tendencia?

– El número de novicios escolares en 1972 es de 666 menos que el año pasado.

– Y en España, ¿cuántos y cómo están organizados?

– En España tenemos para 1972 un total de 3.851, de los que son padres 2.362, estudiantes 519 y hermanos 970.

– ¿Qué aumento o disminución ha ocurrido en España?

– Ha habido una disminución, con respecto a 1971, de 164, de los que son padres 20, estudiantes 108 y hermanos 36.

– Hay una crisis vocacional en la Compañía de Jesús.

– Estamos, sí, en crisis; entendida la "crisis" en el sentido justo de la palabra: momento decisivo de una situación de la que pueden derivarse consecuencias importantes. Yo lo he dicho y escrito en más de una ocasión, que esta situación de espíritu alcanza al mundo entero, y, claro, a la Iglesia; y así, es natural que la crisis más universal de la sociedad y de la Iglesia también alcance a los jesuitas. Yo incluso diría que los jesuitas participan en esta crisis de modo especial. La solución no está al alcance

³ Algunas de las Provincias son Vice-provincias, lo que quiere decir que no son plenamente autónomas; y el contenido de algunas Asistencias no corresponde al nombre: así, a la Asistencia alemana pertenecen: Austria, Hungría, Suiza y Holanda; a la Asistencia inglesa pertenecen Bélgica, Canadá, Irlanda y Malta, y a la española pertenece Portugal.

de ninguna fórmula mágica. Todos los cambios que se están produciendo, tanto como consecuencia del desarrollo científico y técnico vertiginoso que está transformando profundamente las condiciones de la vida humana, como la explosión demográfica y el fenómeno de la comunicación social o de masas, hace que la sociedad se replantee problemas fundamentales sobre los valores y las jerarquías, imponiendo el hecho del pluralismo en todos los niveles y haciendo difícilmente contestable su derecho. El hombre se siente histórico, relativiza su pasado y su presente, y se pregunta angustiado por un porvenir que siente más que nunca en sus manos. ¿Tiene nada de extraño que la Iglesia participe de esta crisis general? La Iglesia es de origen divino, pero se realiza a través de los hombres; estos hombres son de este tiempo y están enfrentados a problemas que son también de este tiempo. Tienen, claro, el tesoro de unos escritos inspirados y de una tradición, pero tienen que preguntarse siempre cómo deben interpretarlos a la luz del progreso de los métodos históricos, y tienen que preguntarse estos hombres también cómo tienen que aplicarlos en cada nueva crisis, y en la interpretación de algunas decisiones del Concilio hay quienes van más allá de lo que parece permisible y se origina alguna confusión en determinados puntos.

– El celibato es un problema...

– También hay que situarlo dentro de un contexto general.

– Usted viajó recientemente a la Unión Soviética a hacer contacto con la Iglesia Ortodoxa; aunque más tarde quiero hacerle algunas preguntas acerca de este viaje, ¿puede comentar la especial manera que tienen los ortodoxos rusos de enfrentarse a este problema?

– Los seminaristas ortodoxos se casan antes de ordenarse, y está prohibido hacerlo después de la ordenación.

– Es una manera de resolver un problema soslayándolo.

– Ellos proceden de acuerdo con su tradición.

– Regresando a la organización de los jesuitas en España, Padre General, ¿cómo están organizadas las Provincias?

– La Compañía está organizada en España en siete Provincias: Andalucía, Aragón, Castilla, Cataluña, León, Loyola y Toledo.

– ¿Cuál es la más numerosa?

– La de Loyola, con 720, incluidos padres, estudiantes y hermanos.

– La Provincia de Loyola, ¿es la que corresponde al País Vasco?

– Sí, incluye Alava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya.

– Las regiones vascas no estuvieron siempre incluidas como Loyola.

– No; la provincia de Loyola es de creación reciente. Pertenecían estas regiones vascas primero a la Provincia de España luego a la de Castilla, y más tarde quedó dividida entre las Provincias de Castilla Oriental y Castilla Occidental.

– Nunca se decidieron a bautizarla: "de Vasconia", por ejemplo, como las de Cataluña y otras, todas las demás.

– Nunca tuvo este nombre. Seguramente hubo razones que recomendaron esta decisión.

– ¿Cuál es la Provincia que le sigue en número?

– Andalucía, con 534; luego vienen Castilla con 490, Toledo con 462, León con 429, Cataluña con 415 y Aragón con 413.

– Estas son las cifras para 1972.

– Sí.

– ¿Cuál ha sido el retroceso en número desde el año pasado?

– Ya hemos dicho que desde 1971 a 1972 la disminución total para España ha sido de 146. Por Provincias: la que más pérdidas ha experimentado ha sido Andalucía, con 36; luego vienen Cataluña con 30, Loyola con 27, Castilla con 20, León con 13, Aragón con 10 y Toledo con 10.

– Tenemos, por una parte, el hecho de que Loyola es un centro de peregrinación internacional, y al mismo tiempo es relativamente poco visitado por los vascos; y tenemos por la otra, que el Santuario de Aránzazu es escasamente conocido y visitado por los extraños al país, y en cambio es el centro espiritual más fuerte del Pueblo Vasco, ¿cabe alguna consideración suya?

– Figúrese, yo quisiera que Loyola fuese muy conocido, puesto que tiene una tradición tan estupenda; creo que constituye un punto de inspiración muy valioso si se entiende todo lo que allí ocurrió y luego todo lo que ha salido de este Santuario a través de la historia; de modo que si llega gente que va a visitar el Santuario de Aránzazu, también va a Loyola, y si aquí se reflexiona acerca de todo lo que aconteció con la conversión de san Ignacio creo que puede ser de gran valor. Pero yo valoraría todavía más el desarrollo de la labor de Ejercicios de reflexión profunda que se hace en la Santa Casa; considero que ésta es la parte más espiritual y más profunda. Por otra parte, el mismo san Ignacio fue a orar a los pies de la Virgen de Aránzazu, el padre Joaquín de Iriarte nos dice, incluso, que sus oraciones en este Santuario tuvieron una significación particular y muy importante.⁴

– Padre General: san Francisco Javier era euskaldun, hablaba vasco, incluso escribía desde el Japón y la India algunas palabras en euskera, ¿han tenido los jesuitas vascos alguna preocupación por la cultura de su pueblo?

– La primera lengua de san Francisco Xabier, es verdad, fue el euskera; yo traduje al japonés un volumen con su biografía y dos con las cartas que escribió durante su misión, y, ciertamente, en algunos casos es evidente una construcción (como también pasa con san Ignacio) de sello vasco, influida por la sintaxis de la lengua vasca. Nosotros en la Compañía creo que estamos haciendo algo en este campo de cultivar lo autóctono en todas partes y en el País Vasco también; así, el actual Provincial, que es euskaldun, el padre Oñate, tiene mucho interés, y bajo su dirección, entre otros exponentes de nuestra dedicación a la cultura vasca, cabe citar la colección "Auspoa", que, fundada y dirigida por el padre Antonio Zavala, rebasa ya ampliamente el centenar de títulos dedicados exclusivamente a la literatura popular y al bertsolarismo; la Editorial Etor, que, por el contrario, se ha consagrado a la literatura moderna y culta en lengua vasca y va cumpliendo fielmente su programa de libro por mes. En Loyola funciona la "Loyola Erri-Irratia", Radio Popular de Loyola, que además de cubrir espacios fijos en euskera ha

⁴ Joaquín de Iriarte *yosulagun jakintsuak erabakia dizu S. Iñaziok nun-eta Arantzazun egin zuala bere garbitasunaren ziñitza*: "Fijando el sitio del 'voto de castidad' de San Ignacio de Loyola", *Revista Aránzazu*, nº 68, Arantzazu Euskal Poema, de M. Salvatore Mitxelena.

promovido anualmente certámenes de bertsolaris noveles; y la Radio Popular de San Sebastián, de reciente adquisición, que funciona con parecido programa. Ve usted que no es poco.

– No es poco. ¿Y a nivel universitario?

– En nuestros centros de estudios superiores, Deusto (Bilbao) y EUTG (San Sebastián), aparte de sus respectivas escuelas de idiomas modernos, entre los que es de número el euskera, son conocidas por la prensa otras actividades culturales, en las que intervienen las personalidades más destacadas por su saber, y son promovidas principalmente por los padres Gárate y Altuna. A éstos se unirá ahora el padre Angel Goenaga, que ya hace años defendió su tesis doctoral sobre el vasco *uts* (vacío) en Madrid, y a partir de entonces ha estado especializándose en universidades norteamericanas. Además de esto, que yo sepa en al menos seis colegios del País Vasco se imparte la enseñanza del euskera, lo mismo que en la Escuela Profesional San Ignacio, de Azcoitia. Nuestras casas de Arizcun (Baztan) y Guetaria están desinteresadamente cedidas a Ikastolas y otras actividades culturales, lo mismo que gran parte del ala izquierda del Santuario de Loyola, con el mismo desinterés puesto al servicio de las escuelas vascas o Ikastolas de la Mancomunidad del Urola.

– Y hay aportaciones individuales...

– Esto es; no lo olvido, y no por llegar al final de esta enumeración de colaboraciones con la cultura vasca son menos importantes, porque ahí está la hermosa traducción de la Biblia hecha por el padre Olabide, la obra hagiográfica del padre Manzisidor, los títulos publicados o preparados por el padre Ariztia; luego el Diccionario de nuestro gran padre Múgica, compañero mío de Valkenburg, junto con otro grupo de escritores que dedican no poco de sus afanes a la lengua vasca, y en general a la cultura vasca: Salvador Barandiarán, Francisco Etxeberria, Francisco Goenaga, los dos Goikoetxea (Iñaki y Juan), Guillermo Larrañaga (ganador del primer premio "Andiña Ibiñagabeitia"), y otros, un grupo en el que lógicamente cabrían un número importante de excompañeros y exalumnos nuestros de primerísima categoría en el elenco de escritores vascos, como Nicolás Ormaetxea, "Orixe", un maestro de la lengua fallecido hace pocos años; también: Andima Ibiñagabeitia, en cuyo nombre se ha establecido un premio importante en Venezuela; Iokin Zaitegi, fundador y director de la revista *Eusko gogoa*; E. Urkiaga ("Lauaxeta") y G. Ansola, Nemesio Etxaniz, N. Ariztimuño ("Aitzol"), L. Jáuregui ("Jautarnol") y otros. También se organiza en Loyola un curso universitario de verano donde se exponen algunas asignaturas universitarias, con la intención de difundir el pensamiento actual en la lengua vasca.

– Es más de lo que parece a primera vista.

– Así es, y creo que sí demostramos un interés real por la cultura allá donde trabajamos, porque colaboramos con las culturas de 80 países en que trabaja la Compañía, y también, por razones evidentes, en el País Vasco. Conviene profundizar esto. Nosotros, recorriendo un poco el mundo y, viendo la obra que la Compañía ha hecho en cuestión de lengua, ciertamente, y lo digo con toda humildad, creo que estamos haciendo una contribución apreciable a la cultura; es evidente en el caso japonés, por ejemplo, que es lo que conozco mejor; el mismo chino, y el trabajo del padre Rodés en Vietnam, porque el hecho de que la grafía vietnamita sea hoy, no

ideográfica, como el chino, sino de carácter romano, y, por tanto, de más facilidad de difusión, es fruto del trabajo del padre Rodés. Luego, los diccionarios que han hecho en la lengua tagalo de Filipinas. En fin, en todas partes se ha realizado una labor lingüística, y creo que también en el País Vasco se ha hecho una labor, me parece.

– Sí, es cierto. Y en lo personal, Padre, ¿se ha sentido usted disminuido porque el origen de su pueblo vasco es desconocido, porque nuestro pueblo es pequeño y su cultura es una isla con poco desarrollo?

– No, de ninguna manera. Al contrario. En todas partes he encontrado mucho interés, curiosidad y aprecio por la etnia y la lengua vasca. Personalmente he sido bien recibido en todas partes; solían decir algunos cuando me presentaban en conferencias: "el padre Arrupe, que es del mismo lugar de san Ignacio de Loyola", aunque yo sea de Bilbao y el santo naciese en Loyola, porque en este caso la distancia, los kilómetros, no cuentan. Lo mismo ocurre con respecto a san Francisco Xabier, sobre todo en el Japón, en donde Xabier es tan estimado. De modo que, realmente, ha sido una satisfacción muy grande para mí el pertenecer a esta tierra.

– Usted habla del Japón con gran cariño; usted quiere al Japón; habla del Japón y de su cultura con la intención plausible de transmitir este sentimiento de afecto a los demás; la cultura vasca en general, sobre todo la lengua, que fueron la cultura y la lengua de san Ignacio y de san Francisco Xabier, y también la lengua de los propios padres y abuelos de usted, Padre General, está pasando por unos momentos cruciales y acaso definitivos de su existencia, ¿cree usted que necesita de menos comprensión que el Gran Japón, que el Rico Japón, que el Poderoso Japón, que el Japón dueño de los destinos de su cultura?

– Desde luego que no; todas las culturas son respetables y son queridas; a la cultura vasca tampoco debe negársele nada que sea vital.

– ¿Tiene esta cultura derecho a la protección de los Estados en que está enclavado el País Vasco?

– Éste ya es un aspecto político, y no me toca tan directamente. Le recuerdo, sin embargo, que el Magisterio de la Iglesia ha precisado con insistencia cuál es la posición que se debe tener en el problema de los derechos de las minorías étnicas. El mismo Santo Padre Pablo VI, al igual que sus inmediatos predecesores, ha sido muy concreto en los dos documentos ya célebres: "Populorum progressio" y "Octogesima adveniens".⁵

⁵ Al decir esto, no hay duda que el padre Arrupe se estaba refiriendo a testimonios tan claros como los de los papas Pío XII (AAS 47, 22. 25-6): "Sería ciertamente una equivocación política de unificación, si no la habíamos de llamar mejor una traición, el sacrificar a intereses nacionalistas las minorías étnicas [...] Los que así obrasen no serían dignos de confianza y no obrarían honestamente si después, cuando lo exige el propio interés, invocasen los valores de la religión y el respeto al derecho"; y Juan XXIII (*Pacem in Terris*): "en tal materia ha de afirmarse decididamente que todo cuanto se haga para reprimir la vitalidad y el desarrollo de tales minorías étnicas, viola gravemente la justicia y, mucho más todavía, si tales atentados van dirigidos a la destrucción misma de la stirpe. Responde, en cambio, del todo a lo que pide la justicia, el que los poderes públicos se apliquen eficazmente a favorecer los valores humanos de dichas minorías, especialmente su lengua, tradiciones y recursos e iniciativas económicas"; y más recientemente Pablo VI durante su viaje a la India (*Ecclesia*, 12 diciembre 1964, pág. 19): "Ellos comunican su mensaje de Cristo [...] en el idioma y expresiones culturales del pueblo y alientan a los cristianos a expresar su fe y su devoción en armonía con la civilización de la India y en formas verdaderamente indias".

Éste es el criterio último. Después, habrá que aplicarlo a las circunstancias concretas, pero éste es un principio fundamental en el que no se puede ceder. Cada cual en su puesto: el seglar, el religioso, etc., tiene cada uno su propia actividad y responsabilidad. Nosotros, los jesuitas, no nos podemos meter absolutamente en política, y en este sentido creemos que somos más universales y nos identificamos más con Cristo y con la Iglesia; pero el seglar tiene su obligación y su posición en ese campo. Tenemos sobre esto ideas muy claras, y procuramos decirlas también claramente en cuanto toca a la justicia y otros puntos, aunque lo que decimos no agrada a veces a algunos; pero, en fin, el que quiere predicar el Evangelio sabe que va con la cruz de Cristo, y no puede estar todo y siempre al gusto de todos; si seguimos bajo la dirección de la Iglesia y el Sumo Pontífice estoy seguro que no nos equivocamos.

– Se habla mucho del servicio político justo de la Iglesia, y usted ha dicho en su *Escala en España* hace un par de años cosas importantes acerca del servicio que corresponde concretamente al jesuita, ¿cuál es este servicio?

– Pues le repetiré lo que dije, lo que dejé escrito después de las reuniones que tuve en España: "El servicio principal del jesuita, en lo temporal y especialmente en lo político, no es sustituir al laico en su función propia, sino más bien en diálogo con él ayudarle a tomar conciencia de los elementos éticos que deben entrar en la decisión. El hecho de que, en la evolución tan acelerada de la historia, las situaciones son muchas veces sin precedentes, nos obliga a poner mayor atención y ser más actuales en la formación de la conciencia individual y social, tarea que ha sido, desde hace siglos, una de las principales del cristianismo. Al decir esto pienso en la política concreta y en tomas de posición que implican opciones discutibles, es decir, las que asumen y promueven en el normal juego democrático los partidos políticos. Frente a la actitud militante del partido he presentado otra función, que es la verdaderamente propia del sacerdote y del religioso; la inspiración en sentido cristiano y la ayuda a la formación de la conciencia política del seglar. Hay que reconocer, sin embargo, que la distinción se haría menos neta, por fuerza de las circunstancias, allí donde esté de hecho mermada la justa libertad política. Así ocurre en los países de régimen totalitario comunista y en otros países. Es posible que en esos contextos sociopolíticos aparezca a veces como tema de postura partidista lo que no es sino posición ética fundamental en favor de los derechos del hombre a la luz del Evangelio, previa a las concreciones de una política determinada. No sería justo, en estas circunstancias, rechazar en principio como inadmisibles conforme a los criterios expuestos, tomas de postura éticas (aunque coincidan a veces con los 'desiderata' de una determinada opción política) por el hecho de que resulten críticas para el poder establecido".

– Esto es lo que he leído, efectivamente, en su libro *Escala en España*. Y a propósito de esto, usted menciona en su revista *Información S.I.* de enero-febrero de este año que "la juventud está cansada de documentos y declaraciones; hoy quiere hechos"; ¿a qué hechos se refiere y cómo ve usted la juventud rebelde, contestataria y exigente de hoy?

– También hablé de esto durante mi visita a España. La contestación no consiste solamente en la expresión pública de una opinión o de una crítica. Lo más típico de ella parece ser una llamada a la opinión pública mediante declaraciones, manifestaciones o actuaciones para presionar a la autoridad y hacerle así reconocer ciertos derechos,

modificar actitudes, posiciones doctrinales o decisiones. Intenta participar en el proceso de la decisión de un modo nuevo, es decir, no a través del diálogo directo con las autoridades, por considerarlo ya agotado, imposible e inoperante. Por eso recurre a la opinión, dentro o fuera de la Iglesia, como elemento de presión a la autoridad.

– En estas mismas declaraciones ha afirmado usted, Padre General, que "nuestra misión pide que denunciemos firmemente la injusticia": ¿quiere esto decir que todo hombre, y más si es cristiano, sobre todo en el caso de conciencia de alguien que es católico, y acaso muy especialmente en este caso un jesuita, tiene la obligación de hacer esta denuncia?; y si no se le permite hacer la denuncia en libertad, ¿hasta dónde puede llegar dentro de la filosofía y la moral cristianas para hacer esta denuncia de todas maneras?; ¿cómo enjuicia usted, padre Arrupe, la violencia con que se ejerce a veces este derecho del hombre cuando no hay otra alternativa válida?

– Hay (como digo en el mismo documento que se refiere a la justicia) "diversas formas de violencia en nuestra sociedad. El chantaje, más o menos descubierto; la coacción moral sobre los sectores más débiles (juventud, mujer, proletario rural); el monopolio de la información y de la propaganda... El jesuita debe tratar de llegar valiente e infatigablemente a la conciencia libre de los hombres, de todos los hombres, para que se liberen del pecado personal, que se objetiva necesariamente en las estructuras y sistemas injustos e inhumanos; porque es el mismo hombre el que la causa y mantiene... Nuestro mundo cree que el progreso de los pueblos se obtiene y valora en función de la economía y del bienestar. Pero una reflexión cristiana nos habla del sentido trascendental del hombre; nos habla de las riquezas y de su justa distribución dentro de cada país y en el conjunto de la humanidad; nos habla de las instituciones políticas y laborales en las que los ciudadanos deben tener una justa participación en una representación libre de todo género de opresiones".

– Padre General, usted realizó una visita a Moscú hace poco, ¿qué beneficios obtuvo mediante esta visita al patriarca Nicodim?

– Fue una visita de simple contacto, desde luego.

– ¿Hubo alguna preparación especial con las autoridades soviéticas: facilidades especiales o algunas reservas?

– No, ninguna; se pidieron las visas y nos las concedieron; no tuvimos ningún contacto con las autoridades soviéticas. Fuimos invitados por la Iglesia Ortodoxa rusa, y así, en calidad de invitados, nos fueron concedidas las visas.

– ¿Se dio en la Unión Soviética alguna publicidad a sus visitas de Leningrado y Moscú?

– Ninguna; lo que supieron los rusos les llegó a través de la BBC de Londres; la prensa polaca sí se ocupó de la visita. En cuanto a los periodistas occidentales destacados en Moscú, parece, como dice mi compañero de viaje, el padre Miguel Arranz (durante cinco años Vice-rector del Colegio Rúsico de Roma) en una entrevista que concedió, que nos esperaban en el aeropuerto, pero nosotros salimos por otra puerta, por la de protocolo; no sé si esta equivocación fue provocada para evitar el encuentro.

– ¿Con quién más se entrevistó usted en Rusia?

– Con el patriarca Pimen; estuvo presente el metropolitano Nicodim.

– ¿Tuvo usted durante el viaje alguna relación con los jesuitas de Letonia y Estonia, que creo que son los únicos jesuitas que trabajan dentro de la Unión Soviética de hoy?

– No, ninguna.

– ¿Cree que esta primera visita a la Unión Soviética ha sido útil?

– Sin duda alguna, creo que este contacto ha sido muy positivo en el plano ecuménico.

– La Compañía de Jesús tiene, ciertamente, una proyección mundial, y usted, Padre General, es miembro de la Sagrada Congregación de los Religiosos y de la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos, ambos órganos del gobierno central de la Iglesia, y fue elegido en junio de 1967 por la Asamblea de Superiores Generales (y luego ratificado por el papa) como miembro delegado de la USG en el Sínodo de Obispos con voz y voto, y más tarde fue reelegido en junio de 1970; de esta organización forman parte los superiores generales de 220 órdenes y congregaciones de derecho pontificio que representan 330.000 religiosos, más o menos un tercio de los sacerdotes de todo el mundo: ¿qué significa esto en materia de prestigio y de liderazgo espiritual y religioso para usted, para la Compañía de Jesús y para la Iglesia?

– Bueno, pudiera significar mucho; yo, pobre hombre, no sé si estoy a la altura de esta función. Ciertamente es una cosa que me ha tocado vivir; como sabe usted, estoy en Roma solamente a partir de 1965, porque fui nombrado para este puesto en la Congregación General XXXI de la Compañía de Jesús el 22 de mayo de este año, de modo que llevo siete años nada más, y cumplo ahora cinco años como presidente de la Unión; creo que se ha hecho una labor estupenda; somos 221 generales, hombres; y, aunque yo no soy su presidente, tenemos también mucha relación con las 2.300 generales que representan 1.150.000 religiosas. De modo que hemos logrado lo que el Concilio quería y lo que el Santo Padre siempre nos encomienda: una unión de caridad, de mutua colaboración; el resultado es magnífico. Nosotros tenemos dos veces al año en nuestra casa de Ejercicios de Cavalletti dos sesiones de tres o cinco días sobre temas actuales, a las que asisten de 50 a 100 religiosos, y, realmente, creo que se hace una labor muy buena. Luego tenemos una reunión mensual desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la noche, en que tratamos también asuntos, estudiamos problemas; de modo que esto ha contribuido a una cohesión cada vez más eficaz, y creo que ésta es una de nuestras grandes responsabilidades.

– Padre General, usted habla en su carta del 27 de septiembre de 1969 de una "renovación de la Compañía", ¿en qué consiste?

– En conseguir aplicar el Concilio; le digo, como en la carta que cita, que tenemos el Concilio y la misma Convención General XXXI que se celebró el año 1966. Se trata de una adaptación apostólica al mundo de hoy, lo cual supone, manteniendo sin cambiar un ápice lo que san Ignacio quiso, aplicar a las circunstancias actuales (que son bastante diversas de las de hace treinta años) en una evolución eclesial y social en la que la Compañía, al servicio de la Iglesia, tiene que adaptarse, y que esto nos obliga a una serie de reajustes en nuestra estructura, en nuestro modo de proceder, en nuestros mismos colegios, en el trabajo social, en los Ejercicios, en todo. Y en eso estamos ahora, en esta labor que es difícil, de gran responsabilidad, y sumamente interesante también, porque, realmente, como sabe usted, la Compañía actualmente está trabajando en 80 países, y

estamos en todo el campo de actividad: Universidad, Seminarios, trabajo social, Ejercicios, etc., lo cual hace que seamos una caja de resonancia de toda la problemática del mundo; así es que en este sentido ya tenemos bastante que hacer –y el Padre Arrupe sonrío limpiamente, como hace a menudo cuando señala algo que resulta evidente.

– Uno de sus campos más importantes es el de la educación; se ha tildado a menudo a la Compañía de Jesús de impartir una instrucción clasista; ahora parece advertirse un movimiento renovador en este campo del apostolado ignaciano, ¿qué ha conseguido usted, cuáles son los postulados modernos de la Compañía?

– Tuve oportunidad de exponerlo en México durante el VI Congreso Interamericano de Antiguos Alumnos. Dije entonces que una de nuestras principales preocupaciones ha de ser que los colegios de la Compañía estén abiertos a todos, que no sean discriminatorios. Si lo fueran, tienen que irse transformando rápidamente hacia la no discriminación. La Compañía está decidida a hacer el mayor esfuerzo para que sus colegios se abran a todos los grupos sociales; cada colegio de la Compañía debe ser un centro de irradiación espiritual, evangélica y social, y una verdadera comunidad de padres de familia, maestros, jesuitas y alumnos, al servicio de la comunidad humana, especialmente de los más necesitados. "En el seno de una patria común", dice Pablo VI, "todos deben ser iguales ante las leyes, tener igualdad de posibilidades en la vida económica, cultural y cívica". En este sentido, el momento actual para los colegios privados es de vida o muerte. El problema económico de la educación privada es demasiado urgente para que no procuremos ponerle remedio pronto: o lo convertimos en colegios cada vez más exclusivos para clases muy adineradas, lo cual no podemos admitir, o nos veremos obligados a cerrar muchos de nuestros colegios.

– Hablando de estos esfuerzos de renovación en que está empeñada la Compañía en todos los frentes, no puedo dejar de pensar en Teilhard de Chardin: ¿como se le entendió en la Compañía cuando escribió sus libros y cómo se le entiende o acepta hoy? ¿Qué importancia confiere usted a estos libros escritos por este hombre que fue sacerdote, jesuita, científico y estuvo en Oriente, con unas coincidencias resaltantes con lo que usted mismo es y con lo que ha sido su camino?

– Todavía sigue siendo una figura bastante discutida, pero personas como el cardenal Danielou o el padre De Lubac y tantos otros de la Compañía, gente solidísima, realmente lo defienden. Hay que comprender primero que Teilhard de Chardin no fue ningún teólogo, fue un científico que reflexionó a la luz de la fe y, por consiguiente, a veces hay expresiones que vistas a través de un microscopio teológico pueden parecer tal vez poco exactas; pero, ciertamente, el espíritu de Teilhard de Chardin, lo mismo que su actividad científica, y, sobre todo, la repercusión que tiene (y esto lo digo por experiencia) en los no cristianos es notable; de modo que es un apóstol científico de primera categoría.

– A veces, Padre General, estas actitudes y visiones revolucionarias rinden su fruto mucho después; pensando en que san Ignacio las escribió hace más de cuatro siglos, ¿cuáles son los elementos que han resultado ser los más previsores y sabios en las *Constituciones* de la Compañía de Jesús?

– San Ignacio lo que tuvo fue una intuición magnífica. Como sabe usted, san Ignacio era un místico, y por consiguiente recibió de Dios esa luz bien sea en Loyola, en

el momento de su conversión, en el Cardoner en Barcelona, o aquí, en La Storta, y luego en las "camerette" de Roma. Nuestro Señor lo iluminó, y, por consiguiente, para mí, el resumen de todo está en que la de san Ignacio es una intuición evangélica con una luz trinitaria que realmente llega a lo más profundo de la esencia evangélica y da un "élan" apostólico de primera categoría. San Ignacio es, ciertamente, un hombre que, iluminado por Dios, ha encontrado la fórmula apostólica genial cuando nos habla del contemplativo en la acción, de la universalidad del apostolado y, sobre todo, del cristocentrismo. En términos técnicos, jesuíticos, el tercer grado de humildad, o el tercer binario de los Ejercicios son un camino para alcanzar, con la contemplación, el amor de Dios y de los hombres, que realmente es el germen de lo que después, de una forma más estructurada, o, digámoslo, mas jurídica, fue la forma del Instituto, fueron las *Constituciones*; yo creo que lo más importante de san Ignacio en esta visión trinitaria que tiene de las cosas es el considerar como fin de la Compañía el servicio a la Iglesia bajo el Romano Pontífice, y todo a la mayor gloria de Dios.

– Ha mencionado usted al Romano Pontífice, Padre General, y no es ningún secreto que se ha tildado a veces a los jesuitas de constituir una institución un poco independiente, y también de tener hoy algunas voces disidentes, ¿qué puede decirme sobre este punto?

– ¡Ah!, se han contado muchas historias acerca de los jesuitas que son inexactas, algunas veces hasta maliciosas. También somos hombres, claro. En una de mis intervenciones del Sínodo (en que traté sobre el tema de la justicia en el mundo) dije que la figura del Santo Padre ha sido muy deformada. E hice la reflexión pública: ¿qué puedo hacer yo y qué puede hacer la Compañía para ello? Y dije que lo primero de todo ha de ser el hacernos conscientes de nuestra responsabilidad y de nuestra misión en este punto. Me refiero al espíritu de fidelidad a la persona del Santo Padre que, inspirado por nuestro cuarto voto (principio y fundamento de la Compañía, según san Ignacio) y sellado con una tradición de 400 años, debe estar profundamente radicado en nuestra mente... En estos últimos años he tenido diversas experiencias personales, que comprendo que otros no puedan tener, y me han corroborado en esta afirmación: la apertura, la caridad y profunda humildad evangélica de Pablo VI son tales que hacen tanto más inoportuno, injusto e intolerable el modo irrespetuoso que a veces han usado algunos grupos, incluso católicos, en el mundo de hoy.

Y ya es hora, porque hay un grupo de alemanes esperando turno para hablar con el Padre General, lo podemos ver sentado en una salita próxima de la que nos separa una vidriera; y de la misma manera sencilla y cordial nos da la mano al padre Goenaga y a mí, me pide que salude en su nombre a personas de su amistad que viven en el País Vasco, y sale de la sala al encuentro del padre Cándido Gaviña, su secretario particular, que lo está esperando en la puerta.

Isidoro de Fagoaga

Vera de Bidasoa no es solo famosa porque vivió en ella, y vive todavía en los recuerdos de "Itzea", don Pío Baroja; sino también porque en esta villa de la montaña de Navarra donde se bifurca la carretera de Pamplona en las direcciones de Irún y Urrugne nació uno de los tenores wagnerianos más importantes del mundo: don Isidoro de Fagoaga.

– ¿Qué le dice a usted su cuna cuando ha cumplido ya los 79 años, don Isidoro? –le pregunto en su casa de San Sebastián.

– Ah –me dice con un movimiento solemne de sus brazos y que no resulta teatral porque la expresión plástica de sus gestos pausados y de su voz se ha hecho ya naturaleza en este hombre sensible, de cabeza blanca y erguida, de porte majestuoso–, ah, el hombre está marcado por su tierra para siempre; será por esa vieja dependencia del hombre que ha nacido de la tierra y ha vivido de sus frutos y con el destino inescapable de abonarla con sus huesos; un ciclo maravilloso; acaso por eso y porque cada geografía y cada clima marca al hombre de un modo particular, pero el amor del hombre por su tierra es fundamental; este amor está ahora en mí más vivo que nunca.

– Pero usted salió de Vera cuando todavía era un niño –le digo en euskera– y apenas ha vuelto a Vera.

– Mi cuna no es Vera sólo... –y el vascuence de don Isidoro es dulce, matizado y hondo, un surco que sólo se abre al misterio de las primeras voces.

– Nació usted allí.

– Sí que nací en Vera de Bidasoa. No lo quiero olvidar. Ni podría. Vera, por pequeño que sea el pueblo, es el mundo que me ha acompañado por donde he ido y que hoy late en mí siempre nuevo; me entenderás mejor si te digo que yo nací en el mismo pueblo de mis abuelos y de mis padres, porque todos eran de Vera, y campesinos. Mi padre, José Felipe Fagoaga, nació en un caserío que está camino de Sara y que llamaban, y que aún llaman, "Barrendegia", y por eso a mi *aita* le decían de sobrenombre "Barrendegí"; mi *amatxo*, Juana Larratxe, nació cerca de la calle de Alzate, pero también unos doscientos metros apartado del pueblo, en la montaña, hacia la frontera de Ibardin, en el camino de Donibane (Saint Jean de Luz), por donde gustaba tanto pasear a don Pío Baroja. Luego, yo no estaba sólo con mis padres, porque en este primer mundo fundamental que me entró por los ojos y los oídos y el tacto y el olfato y hasta por el gusto de las tortas de maíz (taloak) estaban mis siete hermanos: los varones Martín-Joxe, Ramón y yo, por este orden, y luego mis cuatro hermanas: Estefanía (que murió a los 95 años), Eulalia, Joxepa (que murió el año pasado, a los 85), Juliana (quien vive aún en Vera, y con quien acabo de hablar por teléfono) y Conchita, la menor, y ciega, que murió el año pasado a los 74 años, una santa a quien quise mucho...

Don Isidoro, que está de corbata y batón de paño, ha quedado hundido en el sillón tapizado de ocre, la mirada perdida en sus zapatillas, lejos, porque es un hombre alto y entero hasta cuando está viendo el niño que lleva dentro con la emoción del que vive los mundos que sueña despierto...

– ¿Y sabes tú lo que hicimos mi hermanita ciega y yo un día?

Don Isidoro tiene unas flexiones de voz que dicen casi tanto como sus manos, que son largas y blancas y que trenzan y destrenzan lentamente sus dedos como si hablase con ellas.

- No -le digo.

- Prendimos fuego a la casa.

- ¿A la casa donde nació usted?

- No; nosotros, todos los hermanos, nacimos en Illekueta, en el camino de uno de los dos pasos fronterizos a Francia; no el de Ibardin, sino el de Lizuniaga; pues bien, el último barrio de Vera que está en la dirección de Lizuniaga es Illekueta, y aquí hay una casa que se llama "Agramuntea", que antes sería "Agramuntea", de la facción de los "Agramunt", seguramente de su personal de facción, porque es una casa chica; los Agramunt fueron junto con los de Alzate (el otro barrio de Vera) los señores que dominaron en esta zona; todos los hermanos nacimos ahí excepto la pequeña, la ciega, Conchita; ésta nació en una casa del barrio de Alzate que se llama "Garrenea"; pues ésta es la casa que quemamos mi hermanita Conchita y yo.

-Toda?

- Toda; y verás cómo... -cuando don Isidoro se pone así, como está ahora, con las manos cruzadas estrechamente en sus dedos, con su hermosa cabeza blanca inclinada sobre el pecho, es que está viviendo lo que está contando- ...Era un día de San Juan. San Juan, santo de mi madre, es un día grande de fiesta en todo el País Vasco, y también en Vera. No son, claro es, las fiestas patronales de Vera, que se celebran por San Esteban, el 3 de agosto, pero son fiestas, y a mí entonces me parecían muy importantes. Así, iba por mi tercera o cuarta misa...

- ¿Usted oía tantas misas?

- No, yo las celebraba...

- ¿Las misas?...

- Sí, ayudado por mi hermana Conchita... -y don Isidoro me mira sin casi levantar la cabeza.

- ¿Qué edad tenía usted? -le pregunto.

- Ocho años..., sí, ya sé, pero déjame contarte... -y vuelve don Isidoro a la reverencia íntima de recogerse para volver a vivir ese pasado que es también su tierra y su pueblo- ...La casa "Garrenea" donde nació mi última hermana tenía dos salas: una que daba a la calle de Alzate, que es la que se consideraba la más presentable, y la otra, la grande, sobre la que estaba el desván donde se almacenaba la hierba seca para el ganado, lo que llamábamos *bigela* y que ocupaba todo el ancho de la casa, enorme, y que daba a la huerta de atrás y al río Egualzugui, que trae las aguas del monte Larrun hoy en territorio francés y es más torrentoso que el Bidasoa, donde desagua. Aquí, en esta sala, me revestía ayudado por Conchita, mi hermana ciega, de la sotana, la casulla y el roquete que me hacía sor María Aramburu a la medida; sor María era una monja de Oyarzun que estaba en el Colegio de las Hermanitas de la Caridad en Vera, donde acudíamos los párvulos hasta los siete u ocho años; yo mismo me sorprendo ahora al pensar que ya a esa edad tan temprana me estaban iniciando en lo que parecía ser mi vocación; pero es cierto, porque hasta habían comenzado a hacer algunas gestiones en Comillas mediante el padre Errandonea, jesuita oriundo de Vera, gran helenista,

fundador de la Universidad de Mundaiz y uno de los jesuitas contemporáneos más importantes; así, al mismo tiempo que un juego, esas misas con *pittarra* (sidra hecha con los restos de la primera fermentación) era a la vez expresión más honda de mi inclinación religiosa; prueba de esto, seguramente, es la intensidad con que he sentido siempre el personaje de "Parsifal"; usaba todos los latines aprendidos por mí como monaguillo... –don Isidoro no cambia de postura, sólo levanta la cabeza por un momento y me mira como para estar seguro de que le estoy comprendiendo toda su intención– ...y organizábamos el altar con mesas y estampas y sábanas..., qué sé yo, y un crucifijo, claro; prendíamos también algunas velas, porque tenía que ser como en la iglesia; si la misa era solemne, más; en ocasiones importantes las clavaba yo hasta en la pared; así coloqué algunas este día de San Juan que era especial porque era santo de mi *amatxo*, y las encendí con la caja de cerillas que me pasó mi hermanita de cinco años que no podía ver una luz... –don Isidoro está bajando el tono de su voz– ...Estaba celebrando mi tercera o cuarta misa con mis latines esta tarde en que se oía tocar a la banda de música en nuestro barrio de Alzate cuando vi, lo estoy viendo ahora todavía –y don Isidoro no se mueve y sólo levanta un tanto, no mucho, la voz–, y me llamó la atención un hilito de fuego que estaba subiendo hacia el techo, y que no era sino el que colgaba del desván lleno de pasto seco pero que yo me quedé viendo embobado y acaso un poco en trance, como si fuese un milagro, hasta que me despertó a la realidad el fogonazo tremendo que reventó en todo el techo: *Sua!!* (¡Fuego!), dije a mi hermana, a quien cogí de la mano y saqué corriendo a la calle...

Y levanta don Isidoro serenamente la cabeza y me mira, se me queda viendo...

– Y usted en casulla... –le digo.

– ¡Y la casa ardiendo como una gran fogata!... y yo y mi hermanita solos frente a la puerta... ¿Sabes lo que recuerdo más de ese momento terrible?...

– No sé.

– Pues había unos chicos bañándose desnudos en el río (porque en 1901 no había taparrabos en Vera) y corrieron a la plaza a alertar del incendio sin tiempo de ponerse un pantalón y la gente los corrió por indecentes; y yo paralizado por el terror y con Conchita de la mano frente a la casa ardiendo; hasta que llegó, por fin, el pueblo, ¡todo el pueblo!, y comenzaron a echar baldes de agua; se quemó todo... –don Isidoro vuelve a mirarse por dentro y dice lo que está viendo, ¡todavía!– ...mi hermanita y yo llorábamos, claro, y mi tía nos consolaba cariñosamente diciéndonos que no teníamos por qué llorar, que tendríamos otra casa en que vivir, cuando yo le interrumpí para decirle que estaba llorando porque el que había prendido el fuego a la casa era yo; "¡tú!", me dijo, y le recuerdo todavía aquellos ojos fijos en mí como dos cañones de escopeta –don Isidoro me mira haciendo un leve gesto con la cabeza para advertirme de que eran terribles aquellos ojos de disparar– ..."¡tú!"... Luego, mis hermanos y mis hermanas me hacían sentir culpable en cuanto había alguna diferencia entre nosotros, y me llamaban entre otras cosas: "ruina"... Porque era en cierto modo verdad que había sido la ruina de la familia...

Y don Isidoro me vuelve despaciosamente y con tristeza los ojos otra vez.

– Desde ese día me sentí disminuido en casa, me dolía mucho, mucho...; y fue ese accidente el que enfrió mis inclinaciones religiosas.

– Si no, ¿hubiese sido sacerdote?

– Es muy posible; pero fue el mismo padre Errandonea, quien propiciaba estas inclinaciones, el que me regaló más tarde, cuando tenía 14 años, mi primer método de solfeo, el de Eslava. Y se lo dije alguna vez: "Usted fue el responsable de mis pequeñas glorias y también de mis muchos pecados...".

Ya está el señor Fagoaga sentado, con su poderosa cabeza derecha, de nuevo en nuestro tiempo.

– ¿Cómo se desarrolló en usted su afición al canto? –le pregunto.

– A los ocho años pasé al Colegio de los padres Escolapios; te diré de paso que entre los profesores no había más que uno que fuese vasco, el señor Luis Larramendi, tío del pintor Larramendi que ha regresado hace poco de Venezuela, y guardo un recuerdo amargo de la actitud de esos maestros respecto a nuestra lengua y nuestra cultura; antes te dije que mi cuna no era Vera sólo, y es que yo siento como mi cuna a todo mi pueblo vasco; pero a lo que vamos: un día se presentó el organista de la parroquia en la clase pidiendo al maestro, padre Laureano Chueca (a quien después encontré en Buenos Aires y casado) que nos mandase a todos los chicos de 12 a 13 años a la parroquia para probarnos la voz, porque necesitaba algunos tiples para el coro; yo fui el primero que fue rechazado, y más tarde, en la plenitud de mi carrera artística, me pidió que debía perdonarle aquel desahucio, pues cuando me probó la voz yo me hallaba en lo que se llama "muda" de la voz, que es ese momento en que la voz infantil pasa a ser viril, y este fenómeno que ocurre a los chicos entre los 14 y 16 años fue en mí precoz, porque ocurrió alrededor de los once años; mi voz no era completamente neutra; y ahora, ya de mayor, ha vuelto a tener un timbre peculiar; esto se debe, según lo supe luego, a que he venido sufriendo durante toda mi vida de una artritis en la articulación del cricoides, una afección que resulta fatal en los países húmedos como el nuestro.

– ¿Eso afecta a las cuerdas vocales?

– No; es una artritis que hace que no se pueda cantar con la plenitud y la nitidez que requiere el canto puro, el *bel canto*, el canto italiano; ha sido uno de los motivos que me ha obligado a cantar el repertorio wagneriano.

– ¿Ha sido el único motivo de sus preferencias por Wagner?

– Sí, el más importante. Al cantar el repertorio italiano era muy perceptible esta limitación de mi voz, esta falta de brillo a veces; por eso es que me dediqué, un poco por esta servidumbre a que me obligaban mis facultades y un poquito también, porque tengo que decírtelo todo, porque cantando el repertorio wagneriano me pagaban tres o cuatro veces más.

– También es importante para usted este motivo.

– ¿Por qué no?

– Bueno, ¿y hasta dónde lo llevó el método de Eslava que le regaló el padre Errandonea?

– Hasta América.

– ¿A América? ¿Y cuándo?

Don Isidoro, que sonrío fácilmente y sin embargo casi no se ríe, se hunde un poco, hasta físicamente, en sus recuerdos y me dice:

– Pues verás: a los catorce años y a escondidas de mis padres y mis hermanos escribí una carta a un hermano de mi padre que estaba en Tandil, en la Argentina; ¡quién que sea vasco no ha tenido, o tiene, o tendrá, un tío en América!; pues le escribí diciendo que sabía bastante de números, de contabilidad (en realidad era mi enemiga, pero era lo único que podía interesar allá) y que me gustaría ir a ayudarle; ¡y cuál sería mi sorpresa cuando recibo una carta con el pasaje de barco dentro!; yo, que estaba pendiente del cartero, la guardé hasta que llegó el momento solemne de la mesa y dije... lo que tenía que decir, y les enseñé el pasaje... –don Isidoro levanta lentamente la cabeza y me dice con los ojos que qué me parece, y yo le animo con un gesto de interés– ...No me lo querían creer. Pero el pasaje estaba allá. "Antes sus ropas de cura, y sus misas", dirían, "después prende fuego a la casa, y ahora se va de ella y lejos, hasta América"; es lo menos que se podían decir, lo comprendo yo ahora, ¿no te parece?... –yo le digo con el gesto que sí, que por lo menos se dirían eso, pero no le quiero interrumpir– ...Así es que hicieron algunos preparativos ante el asombro de la familia...

– Usted estaba huyendo de casa por lo del incendio... –le digo en el mismo tono confidencial en que está hablando el artista.

Y don Isidoro me mira larga y silenciosamente, y al fin dice:

– Por otra parte, siempre he sido un poco aventurero...

– Eso es de todos los vascos –le interrumpo–, del hombre, seguramente; pero el vasco nace viajero, y sobre todo viajero a América; usted que ha vivido tantos años allá, ¿qué es América para el vasco?

– De América y del vasco tengo la misma idea que tenía Grandmontagne; el vasco, acostumbrado a la soledad por razón del aislamiento que le impone su misma lengua en Europa, se halla bien en las grandes soledades americanas cuando la Conquista y en la constante emigración posterior. Los hombres de las demás nacionalidades que han llegado a América no han podido soportar la soledad y se han ido quedando en la capital, donde, por hablar ahora sólo de Buenos Aires, lo han convertido en una cabeza gigantesca, de más de siete millones de habitantes, para un cuerpo de población flaco de no más de 25 millones, y, claro, la mayoría perdidos en la inmensidad de sus más de dos y medio millones de kilómetros cuadrados. Al vasco, como dice Grandmontagne, no le pesa la soledad, no le pesa el silencio, porque dialoga naturalmente consigo mismo.

– ¿Cree usted, entonces, que el hecho de haber nacido en el seno de una familia humana pequeña y de unos rasgos físico-culturales tan diferenciados de los de sus vecinos ha creado un tipo psicológico de tan acusados contrastes?

– Sin duda alguna. De otra manera, no se explican algunos rasgos de conducta tan particular en medios neutrales, como el americano o el australiano; el vasco responde con sus defectos y con sus virtudes de una manera claramente diferenciada; éste es un plebiscito constante a través de la historia tanto dentro como fuera de sus montañas. El vasco llega a América o a Australia procedente de Francia o de España y es vasco. Cualquiera vasco que ha vivido fuera del país lo ha podido advertir.

– Bueno, don Isidoro...

– Quítame el "don" que me hace viejo, y tutéame, me siento más joven.

Pero a mí me cuesta, y le digo:

– ¿Cómo salió del pueblo?

– Había, como te he dicho antes, algunas gentes de Vera que salían en el mismo barco, entre ellos un carpintero con su familia. Recuerdo que mi madre me acompañó andando hasta las afueras del pueblo, y allá, frente a "Itzea" (que en vasco quiere decir "juncal") me abrazó y me besó... –don Isidoro no me está mirando ahora– ...así fuimos a pie, por Ibardin, hasta Donibane (Saint Jean de Luz), unos diez kilómetros. Acabo de mencionar "Itzea", la casa de los Baroja, pero en ese entonces, en 1907, la casona era una ruina y hacía de cuartel de carabineros; la familia Baroja la adquirió en 1912; la compró don Serafín, el padre de don Pío, quien siendo ingeniero de minas venía en viajes de inspección a las que tenía en Vera la fábrica de hierro; conocía bien la casa; don Serafín murió el año 13, mientras estaban arreglando todavía la casa de "Itzea", en la casa del Estanco; está enterrado en Vera, como doña Carmen, su esposa y madre de don Pío, que murió mucho más tarde; también Ricardo, el escritor-pintor hermano de don Pío está enterrado allá.

– Estábamos en que salió usted para Buenos Aires, ¿qué hizo allá?

– Me coloqué en una ferretería, y comencé a frecuentar por afición los teatros de ópera; me gustaba oír las romanzas de los tenores sobre todo. El libro de Eslava que me regaló el padre Errandonea me ayudó a leer un poco de música y cantaba, me gustaba cantar mientras trabajaba en los altillos de la ferretería; mis amigos me animaban, y así, con el humilde estímulo de mis compañeros de trabajo me decidí a estudiar con un extenor que padecía de hemiplejía: Romanini. Con él trabajé durante varios años, al mismo tiempo que seguí las representaciones de ópera del Colón desde sus localidades de Paraíso. Allí escuché al tenor vasco Florencio Constantino, que era de cerca de Bilbao y tenía por segundo apellido, Astondoa; me estimulaba pensar que éste en su juventud había viajado a la Argentina para trabajar como maquinista de trilladora en Bragado, una ciudad que está a unos 40 kilómetros de Buenos Aires, y luego descubrieron que tenía una voz. Le apoyaron, y llegó a debutar con éxito en La Plata cantando "Marina". Pues iba a escuchar a él y a Titta Ruffo y a otros excelentes cantantes; el teatro Colón de Buenos Aires se llevaba entonces y, por lo que me dicen, también hoy todavía, lo mejor. Las temporadas del Colón tienen el rango de las del Metropolitan de Nueva York; no inferior desde luego. Y un día me hice oír por Titta Ruffo.

– ¿Cómo?

– Acabo de decirte que Constantino era vasco; me animé y llegué un día a la puerta de su casa y pregunté a la portera por él; no estaba en casa porque estaba ensayando, y me quedé esperando, hasta que después de un rato lo vi llegar con otro que también llevaba bastón y sombrero, muy ceremoniosos los dos: eran Constantino y Titta Ruffo. Yo me presenté y les dije que creía que tenía una voz; ellos, un poco sorprendidos, me dijeron que subiera con ellos. Constantino se sentó al piano, que no lo tocaba sino con un dedo, como la mayoría de los tenores, y me pidió que hiciese algunas escalas; al ver que yo respondía con alguna facilidad y con una voz que no era mala me preguntó si sabía cantar algo; yo le dije que sí, y canté algunas romanzas, acompañado, como ya digo, por el dedo bastante torpe de Constantino, y fue Titta Ruffo quien me dijo: "Con esa voce tu debi andare in Italia"; yo estaba emocionado; les dije que no tenía recursos, pero ellos, los dos, insistieron en que era fácil defenderse y se ofrecieron a darme, y

luego me las dieron, varias cartas de recomendación para agentes y maestros de canto italianos a quienes conocían.

– ¿Qué edad tenía usted entonces?

– Diecinueve.

– A los ocho ya celebraba misa, a los catorce se va de casa solo, a los diecinueve busca enfrentarse a la Meca del canto, Italia; ha sido usted audaz, ¿no le parece?

– La audacia es necesaria para triunfar y hay que usar de ella cuando se tiene, cuando uno es joven; luego se la busca a veces y no se la encuentra; uno sabe demasiado.

– ¿Y su familia?

– Bueno, mi familia quedó muy sorprendida, claro; ¡otra sorpresa!; y, efectivamente, estando yo en Italia, en una pensión modestísima de los suburbios, en la Vía Eustachi, se me presentó un día mi hermano Martín Joxé, el mayor, que ya era capataz de minas, porque no podían creer en casa que tuviese yo aspiraciones de poder cantar ópera en Italia; me acompañó a casa de mi maestro de canto, un comprimario que tenía por apellido Tos, y que él, por evitar que lo confundiesen con un catarro, le ponía una *h* entre la *t* y la *o*.

– ¿A qué llaman "comprimario"?

– Al que hace segundas partes en ópera; Thos era comprimario en la Scala y enseñaba canto. Yo llevaba un tiempo estudiando con él cuando se anunciaron en los diarios unas vacantes en el Conservatorio de Parma, que es la patria de Giuseppe Verdi; y allí fui; las plazas vacantes eran ocho y los opositores 170; estuvimos examinándonos a lo largo de todo un mes; nos llamaban a Milán por orden; yo me presenté cuando me tocó, y canté varias romanzas; había un señor de barba que estaba en la mesa examinadora, se levantó, se acercó al pequeño escenario del Conservatorio donde estaba yo dando la audición y me dijo si me podía quedar en Parma hasta el día siguiente; le dije que sí, naturalmente, y él me dio su tarjeta, ¡que luego vi que era del maestro de canto del Conservatorio! Cuando llegué al día siguiente a su casa a la hora convenida se sentó él al piano y me hizo cantar una serie de romanzas y me preguntó: "¿Tú has venido para obtener una plaza aquí en el Conservatorio?", "Claro", le dije, "yo no tengo dinero para pagar a los maestros (que los buenos en Milán eran carísimos), ni medios para prepararme y formar un repertorio y afrontar el teatro"; "Así es que", me preguntó, "tú vendrías a Parma?"; "¡Ah, encantado si pudiera!", le contesté; "Entonces vuelve a Milán y probablemente recibirás un aviso de que has sido aceptado, y en septiembre vienes aquí"... Volví a Milán, pero no muy convencido de que eso fuese verdad, porque me parecía demasiada suerte; pero, efectivamente, recibí el aviso de que había sido admitido y que me presentara al Conservatorio de Parma el 15 de septiembre. Así lo hice, y allí cursé los estudios con el maestro Silva, quien tiene un método de canto muy bueno y que todavía está vigente en los conservatorios italianos.

– ¿En qué consistían esos estudios?

– Historia de la Literatura y de la Música, Repertorio, Declamación, Lengua italiana, Lengua alemana (el francés ya lo sabía), Piano, Solfeo y alguna cosa más; en total eran seis horas de estudio diarias.

– ¿Hasta cuándo duró esa disciplina?

– Unos dos años y medio, hasta que los efectos de la primera guerra mundial alcanzaron al Conservatorio, en 1917, que es cuando regresé a Vera. Caí en el pueblo como en un desierto, no sabía qué hacer.

– ¿Cómo recibió a usted nuestro pueblo, que en muchos aspectos es tan puritano, como artista, y artista sin trabajo?

– Como a un tipo curioso, un tipo original, un poquito extravagante; lo inevitable en un pueblo pequeño.

– ¿Conoció y trató entonces a los Baroja?

– Sí, claro, y guardo de ellos un buen recuerdo, sobre todo de don Ricardo, con el que simpatiqué más y con el que paseaba a menudo; él me alentaba. Yo solía cantar en casa de una amiga que me acompañaba generalmente al piano, y solía escucharme Ricardo Baroja, y también su hermana Carmencita, la madre de Julio Caro; también hablaba ya por entonces con don Pío, y si quieres podemos hablar de él más tarde; pero fue Ricardo el que me animó para que fuese a Pamplona a pedir una beca a la Diputación para poder seguir estudiando en Madrid. Y fui, efectivamente, a Madrid, y comencé a estudiar con el maestro Iribarne, don Luis, que había sido bastante buen tenor; él me preparó; no con el repertorio wagneriano, sino con uno que comprendía obras italianas ("Trovatore", "Aida") y francesas; me enseñó "Sansón y Dalila", de Camille Saint Saëns, y con esta obra debuté en el Gran Teatro de Madrid el año 1921; tenía yo 27 años.

– ¿No había un Teatro de Ópera en Madrid?

– En Madrid ya no hay Teatro de Ópera; ¿cómo puede faltar en una ciudad de más de tres millones de habitantes? Antes, cuando era una ciudad de 800.000 habitantes, tenía una temporada de cinco y seis meses, y ahora ni eso. Dan alguna función que otra en el Teatro de la Zarzuela (!). En España ha habido buen teatro, desde los clásicos; pero ya no hay ni zarzuela, que es el género local; ahí está el gran Sorozábal con partituras guardadas en los cajones, y el empresario Pepe Luna que hace cuanto puede por sostener el género.

– Cuando se enfrentó usted al público en Madrid, por primera vez, ¿se sintió preparado para presentarse profesionalmente?

– Sí; tenía una formación más completa que los alumnos del Conservatorio de Madrid, porque yo en Madrid volví sencillamente a hacer lo que hacía la mayoría de los estudiantes: media hora de vocalización tres veces a la semana.

– ¿Nada más?

– Nada más. Pero yo, con la experiencia de Parma y las disciplinas que había ido adquiriendo, comencé a estudiar por mi cuenta; iba a casa del hijo del presidente de la Diputación de Navarra, don Pancho Martínez, que era médico en Madrid, y allí al piano, y a espaldas de mi maestro Iribarne, estudiaba (¡lo que son las premoniciones!) a Wagner, y de Wagner sobre todo dos obras que me gustaban; ya te hablé de las razones de mis preferencias por el compositor alemán, pero ocurre, además –y don Isidoro se ha ido animando al calor de ese prieto manojo de recuerdos y me mira fijamente con esos sus ojos de pájaro vigilante– que yo estaba espiritualmente más cerca de la poesía y de la música del alemán; hay algo, algo que no he podido explicar claramente nunca; a muchos de mis colegas les molestaba Wagner porque apenas tiene romanzas de

lucimiento, pero a mí me gustaba. Me atraían sobre todo dos óperas: "Parsifal" y "Walkiria". Y ahora viene a resultar premonitoria esta preferencia mía; después de mi debut en "Sansón y Dalila" corrió la voz de que se iba a hacer una tournée por España y Portugal; el empresario era el italiano Casali; yo pregunté por el repertorio y me dijeron que iba a ser italiano, francés y wagneriano, y que, como nunca hasta entonces, iba a estar acompañado por la Sinfónica de Madrid, los Coros y el Cuerpo de Baile del Teatro Real de Madrid; y quise saber quién iba a ser el director de las obras wagnerianas y supe que iba a ser el mismo que lo era de la Sinfónica, el maestro Arbós, que fundó la Orquesta Sinfónica Nacional; yo averigüé el domicilio del maestro y me presenté a él...

– Otro gesto de audacia suyo...

– Sí, sencillamente me presenté en su casa; me preguntó qué quería; le dije que había sabido de la gira bajo su dirección por España y Portugal...; "No", me interrumpió, "yo solamente dirigiré en España, porque en Portugal la orquesta va a ser otra, la portuguesa"; yo le dije que también había oído decir que había dos obras wagnerianas; me dijo el maestro que sí; "¿Cuáles?", pregunté; "Parsifal" y "Walkiria"; yo quedé asombrado, porque eran las únicas de las once obras de Wagner que yo había estudiado por iniciativa propia y a espaldas del maestro de canto, y digo al maestro Arbós: "Yo las conozco"; "¿Y usted, qué ha hecho?", me pregunta; "Acabo de debutar cantando 'Sansón y Dalila' en el Gran Teatro"; "Sí, 'Sansón y Dalila'", murmuró; "¿No quiere oírme usted?", le dije; "Es que yo no soy pianista, soy violinista"; "Pues yo tampoco soy pianista", le dije, "pero puedo acompañarme con un dedo y celebraré mucho que usted me oyese cantar algo"; "Bueno", me dijo, "vamos a ver", y fue a su archivo y se trajo las dos obras, se sentó y me dijo: "¿Qué es lo que quiere cantar?"; "Pues, no sé, ¿la escena de la espada de 'Walkiria'?", él me dijo que sí, que estaba bien; se la canté, y se me quedó mirando y me dijo: "¿Quiere usted cantarme algo más?"; "Sí", le dije, "puedo cantarle el monólogo, lo que los italianos llaman 'il racconto'", y se lo canté también; "¿No quiere cantar algo más?", me dijo otra vez; "Sí", le dije, "el Canto a la Primavera"; "¡Eso!", me dijo como si hubiese acertado yo en una tecla, y canté también el "Canto a la Primavera", y él me dijo entonces: "¿Se sabe usted también 'Parsifal'?", "Pues sí", le solté ya con aplomo, "como lo que acabo de cantar"; "Pues esto no está mal... vamos a oír 'Parsifal'"; en efecto, canté casi todo el segundo acto, y Arbós me dijo: "¿Puede usted venir mañana aquí, a mi casa, por la tarde?"; yo le dije que sí: "Sí, ¿a qué hora?"; "A las cuatro". Al día siguiente volví a las cuatro en punto y me encontré con que el maestro Arbós me estaba presentando el empresario Ercole Casali y a su esposa, la soprano María Llácer, una valenciana, mujer bellísima y muy buena cantante, soprano dramática, gran artista, quien había hecho muchas temporadas de gira por España y por Italia; estaba también el pianista de la Compañía, y después de presentarme a todos ellos me dijo el maestro Arbós: "Cante usted como ayer..."

– ¿Estaría usted nervioso?

– No mucho; porque en esa época yo no me había enfrentado todavía a los grandes públicos y no sabía la responsabilidad que supone cantar frente a ellos con ciertas obras; el temor me vino después, cuando se desarrolló en mí un sentido nuevo de responsabilidad que da el haber adquirido un nombre, cuando uno sabe que lo anuncian con una personalidad. Así, canté como en la víspera; y cuando terminé me dijo el

empresario Casali: "Esta es mi dirección, mañana viene usted a mi casa", y su esposa, María Llácer, me dice: "¿De manera que es usted vasquito?"; "Sí señora"; "Muy bien, vasquito, cantaremos juntos".

– ¿Cómo se sintió usted?

– Emocionado, claro; y al día siguiente me contrataron para la que iba a ser la mejor tournée que se ha hecho en España; era el año 1923; me contrataron por 3.000 pesetas al mes.

– Eso, en 1923, era mucho dinero.

– No, no era mucho; porque teníamos muchos gastos de hotel, y, además, ocurrió en mi caso que era yo compañero de estudios de Pepe Luna, el hoy empresario que ha estado ahora aquí con la Compañía de Zarzuela; pues Pepe Luna y yo nos habíamos hecho una promesa recíproca: el primero que saliese a cantar se llevaría al otro de secretario; y así es que yo tenía que correr con los gastos de los dos. La sorpresa, y el disgusto, fue para el maestro Iribarne, quien dijo: "¿Cómo vas a cantar el repertorio wagneriano y yo no sabía nada, y tú estudiando esas obras a mis espaldas, ¿y con quién?"; yo le dije: "Yo solo"; "¡No te lo creo!"; y era la verdad; él me decía que el repertorio wagneriano rompe la voz, y en cierto modo tenía razón, porque no sólo la artritis que te mencioné ha influido en mi voz, sino también el repertorio de Wagner. Bueno, la gira comenzó en Valencia, y seguimos por Zaragoza, Pamplona, San Sebastián, Bilbao (lo que me valió para que me escuchase aquí el maestro Guridi y me eligiese para estrenar su obra, la ópera vasca "Amaya", porque llegó a mi camerino y me dijo que tenía el proyecto de estrenar la obra en Bilbao con el tenor Ganalda, un catalán, y que también interpretaba a Wagner, pero que quería saber si yo le quería cantar; "Si me va bien sí", le dije, "¿por qué no?". Después seguimos a Valladolid, que es cuando me acerqué a Salamanca y conocí a Unamuno...

– ¿Cómo conoció usted a Unamuno?

– Como ya he tenido oportunidad de decir en un libro mío, *Unamuno a orillas del Bidasoa y otros ensayos*, llegamos a Valladolid, que era la última etapa de la gira española, cuando me nació la idea de llegar hasta Salamanca a conocer al gran don Miguel e invitarlo a la presentación de "Parsifal"; se lo dije a José Power, un bilbaíno con negocios en tierras de León, y acordamos ir los dos; cuando ya salíamos se nos sumó el maestro Arbós diciéndonos que quería también hablar con el célebre Rector de Salamanca; no estaba yo del todo tranquilo, porque sabía que entre las grandes cualidades personales y artísticas de don Enrique Fernández Arbós se hallaba siempre presente una especie de manía de hacerse el gracioso, de contar chistes que no venían a cuento, y decirlos con aquel rostro barbudo y triste, sin mucha gracia; llegamos a Salamanca a primeras horas de la tarde, fuimos dirigidos al Café "Nolvelty" y allí nos dijeron que don Miguel estaría paseando en los soportales de la Plaza Mayor; y, efectivamente, allá estaba dirigiéndose a un grupo de personas; el bilbaíno Power hizo las presentaciones, y don Miguel comenzó a hablarnos amistosamente cuando se le ocurre al bueno de Arbós acercársele confidencialmente al oído, y a destiempo, y susurrarle algún chascarrillo: el efecto fue fulminante, porque don Miguel se volvió rápidamente hacia el maestro Arbós se metió los pulgares en los bolsillos del chaleco de su clergyman de pastor anglicano y le disparó: "Ya me dirá usted, maestro, cuándo me

tengo que reír..." Allí ya no se oyó nada más durante un rato, y nos apresuramos nosotros a pretextar el frío que hacía para salir disparados hacia el coche y regresar a Valladolid.

- Impresionante.

- Así es; así vi y sentí a don Miguel durante años, hasta que lo volví a ver a orillas del Bidasoa; de eso te hablaré a su tiempo; pero te estaba diciendo que estábamos terminando la gira por España y nos fuimos, y ya sin el maestro Arbós ni su orquesta, a Portugal, donde estuvimos algo más de tres meses entre Lisboa en el teatro San Carlos con lo mejor del momento: María Llácer, la tiple María Ros (esposa del tenor Lauri Volpi), el tenor italiano Borgioli, el barítono Formichi (quien hacía el *Amfortas* en "Parsifal"), Cirino, que era un gran bajo, aunque intelectualmente poco formado, porque había sido antes cocinero en un hotel de Roma, y que queda retratado en esta anécdota: cuando en el Colón de Buenos Aires vio a Chaliapin cantando el "Mefistófeles" con una peluca hecha especialmente para él, de verdadero diablo, y Cirino se le presentó y le dijo: "Colega, usted me va a prestar esta peluca para que me puedan hacer otra igual", y Chaliapin le dijo: "Prestársela, no, se la regalo, pero acuérdesse que bajo esta peluca tiene que haber una cabeza"; después de Lisboa actuamos en Oporto.

- ¿Quién era el director en Portugal?

- El maestro Vittorio Gui, un director de origen italiano, para las obras wagnerianas, y para las obras latinas el maestro Blanch, un catalán que residía desde hacía muchos años en Lisboa. Allí hube de estrenar una opera portuguesa: "Auto do berço", del maestro Ruy Coelho; canté también "Norma", de Bellini, y "Sanson y Dalila", pero esta vez en francés, con artistas franceses.

- Antes me dijo que le pagaron 3.000 pesetas al mes en esta su primera gira, y que a usted, aun en esa época, le parecía que era poco; ¿hasta cuánto ha cobrado usted después?

- En la Scala de Milán, donde llegué a superar todo récord de cantante extranjero, pues alcancé a actuar durante once temporadas seguidas, he cobrado por actuación 10.000 liras, cuando la lira-Musolini era dos francos-Poincaré.

- Deme algún punto de referencia que signifique algo hoy.

- Bueno, el que cobraba más en la Scala de Milán en aquel tiempo era el tenor Gigli: 12.000 liras; los tenores Schipa y Pertile cobraban 11.000, y yo cobraba 10.000; después iban bajando hasta 3.000, 2.000 liras, por actuación, según las categorías de las primeras figuras. Para darte acaso una referencia más comprensible y hacemos el cambio a la moneda española que circulaba en aquel tiempo, las 10.000 liras era unas 25.000 pesetas de 1930, y poniéndolo por mes, porque actuaba unas ocho veces al mes, cobraba unas 160.000 pesetas de plata.

- Ciento sesenta mil pesetas en 1930 era una fortuna.

- Era mi apogeo, claro; llegaban a ponerse de acuerdo las empresas en Nápoles, del Real de Roma, del Comunal de Bolonia, del Verdi de Trieste, del Reggion de Torino, para poder cumplir yo con todos ellos en turno; y he solido llegar a hacer lo que los empresarios en Italia llaman la *spola*, es decir, ponerse de acuerdo los teatros para no coincidir en fechas y darme tiempo de trasladarme para actuar en otra ciudad la noche siguiente.

- ¡Como los toreros en España!
- Exacto; y he hecho algo más: he hecho esto mismo entre Roma y Milán en coche-cama, que es una distancia respetable; naturalmente, durmiendo mal y comiendo peor...
- ¿Y en Buenos Aires?
- En el Colón, donde he actuado muchas veces, la primera temporada me dieron 50.000 pesos; hay que tener en cuenta que el peso valía entonces siete pesetas; eran 350.000 pesetas del año 1926 o 1927; luego estrené la ópera argentina "Tabaré" por exigencia del maestro de origen argentino que dirigía en la Scala, Panizza. Así, por imposición de directores a los empresarios, a los que yo convenía menos, por lo caro, trabajé también con Toscanini, y así también con el hijo de Ricardo Wagner y director de sus obras, Sigfrido, quien me invitó a interpretar la Tetralogía en la Meca del wagnerismo: Bayreuth, que es donde, el año 1928, recibí, precisamente, el aviso de que al año siguiente tenía que cantar "Parsifal" en la Scala de Milán bajo la dirección de Toscanini; yo me eché a temblar, porque era un hombre duro y a ratos hasta insoportable...
- ¿Insoportable?
- Sí, sin duda el mejor director de orquesta que ha habido, que hay y que habrá, pero de un carácter verdaderamente torturador...
- Pero insoportable, ¿en el sentido de que era excesivamente exigente o que era de mala índole?
- De mala índole, sí; a fuerza de exigente era grosero y lanzaba en medio del ensayo unas palabras feroces; ahora bien, desde el momento en que comenzaba la representación ante el público, era otra cosa, era el sostenedor más grande del artista: estaba con uno, con el intérprete, respiraba con él, daba la palabra; no solamente daba la palabra, sino que cantaba con uno; y después, cuando llamaba el público con los aplausos, él salía al proscenio con los artistas, los cogía de la mano y los adelantaba hacia las candilejas.
- El precio del genio.
- Sí, y había que pagarlo, valía la pena. Era muy exigente con la modulación, y nos gritaba en los ensayos: "¡parola, parola!". Actuaba en los ensayos torturando al cantante, probablemente con la intención de exprimirlo y sacar todo el fruto posible de él. A mí generalmente me trató bien; yo notaba que cuando no me decía nada no estaba conforme, era todo; y era bastante.
- ¿Cuántas temporadas cantó usted con él?
- Pues desde 1925 hasta 1936, once temporadas, todas las que hice en la Scala.
- Usted me habla de Toscanini como el director de la Scala, y menciona al mismo tiempo otros que coactuaban con él; ¿había jerarquías, cómo trabajaban?
- Toscanini era, indudablemente, el rey de los directores de orquesta; el director administrativo de la Scala de Milán era otro, pero director artístico era Toscanini; era él el que decidía en la elección del reparto, en la del elenco y los directores que iban a actuar con él; además era obligatorio, como lo es en los grandes teatros, estrenar cada año tres óperas. Como había tres directores de orquesta, Toscanini elegía la ópera que a él le parecía conveniente; después el segundo, que era el maestro Panizza, elegía la otra,

y, naturalmente, el tercero, que generalmente era Santini, no le quedaba opción alguna, tenía que aceptar lo que quedaba.

– He leído en alguna parte de sus libros que había algunos ensayos a los que Toscanini no permitía la asistencia de extraños.

– A nadie, absolutamente a nadie... –la voz de don Isidoro se hace solemne– ...y te voy a contar una anécdota. Se iba a representar en la Scala el "Nerón" de Arrigo Boïto, el autor de "Mefistófeles"; era costumbre que el ensayo general se hiciese ante un público de invitados; se tenía un interés enorme en asistir a estos ensayos generales porque hay que ver que se trataba de obras importantes y en la Scala y con Toscanini de director; pero había veces en que los invitados hacían comentarios desfavorables a la obra que habían visto ensayar, y así se le ocurrió decir esta vez a Toscanini, quien, como he dicho, era un tirano, un déspota: "Aquí no entra nadie antes del estreno"; era terrible cuando decía estas cosas; claro, se pusieron los empleados en las puertas como cancerberos y no dejaban entrar a nadie; y se presenta Puccini, el autor de "Tosca", de "La Bohème" y de "Turandot" y de tantas obras importantes más, y le dicen: "Lo sentimos, maestro Puccini, no puede usted entrar"; "¡Cómo que no puedo entrar, ¿quién dice esto?! –don Isidoro está interpretando los personajes con la voz, sin moverse, hundido en el sillón–. "Lo ha dicho El Maestro"; todos los demás maestros se llamaban por su nombre, pero se sabía que El Maestro era Toscanini; y Puccini tuvo que regresar sin entrar en la Scala con el mal humor que podemos figurarnos. Pero aquí viene una anécdota que retrata el reverso de esta cara de Toscanini: dos, o acaso tres, años después de este desaire, Puccini tiene que ir a Bélgica a que le operen de la garganta, y se muere –a veces, como ahora, don Isidoro está actuando con toda naturalidad, matiza la voz con emoción, la baja, a veces no se le oye– ...de cáncer...

– ¿En qué año?

– Creo que fue el 23; y dos años más tarde, el 25, cuando yo estaba ya en la Scala, se va a representar "Turandot", su última obra, la póstuma, la inacabada... –no se le oye sino la unción– ...¡con Toscanini!; la parte que dejó Puccini sin terminar la había mandado componer Toscanini a partir de los apuntes de Puccini al maestro Alfano; llega el ensayo general, y Toscanini, arrepentido, deja entrar a todo el mundo– –la voz de don Isidoro se hace aún más baja– ...y el teatro se llena...; avanza la obra y llega el momento en que muere Liú... –casi no se le oye la voz, como si don Isidoro estuviese hablando en la cabecera de la cama de morir de Puccini– ...y allí, en esa parte en que muere Liú, había muerto también Puccini... (porque después viene el canto del Príncipe que llora la muerte de su amada y termina Alfano con los apuntes de Puccini la ópera "Turandot")... pero en el ensayo general llega Toscanini a este punto en que se apagó el genio de Puccini presagiosamente con la muerte de Liú, se vuelve solemnemente al público, que no respira, y dice: "En este punto el Maestro *se interrumpió*... –don Isidoro se calla un rato largo, y al fin repite– ...*se interrumpió* –y añade– ...una impresión terrible en el público; y nada más. Se vuelve Toscanini, desciende del podium y se va, con los ojos en lágrimas, sin poder terminar de dirigir la obra. Cuando llegó el estreno de esta obra, Toscanini se detuvo en este punto, hizo un silencio largo, largo... inclinado todo él con la batuta y sin pronunciar una palabra, en un silencio que el público

comprendió y sintió con el maestro Toscanini, y luego arrancó con el final escrito por Alfano...

– Grandeza de artista.

– Sí.

– ¿Con qué otros grandes artistas tuvo usted contacto profesional o personal?

– Después de Toscanini, quien indudablemente es la figura máxima entre los directores con los que trabajé, está Elmerdoff, quien además de actuar en Bayreuth también lo hizo en la Scala, donde yo canté con él la Tetralogía completa de Wagner; está también el maestro Guarnieri, muy bueno; otro que ya hemos nombrado más de una vez, Panizza, buen director y buen compositor; Marinuzzi, hombre cultísimo y de una memoria prodigiosa, porque, como Toscanini, todo lo dirigía de memoria; éstos son algunos de los más importantes.

– Pasando ahora de la península italiana a la ibérica, don Isidoro: ¿qué músicos le han llamado más la atención?

– Pues no creo que sea patriotismo, pero en el campo lírico me gustan los compositores vascos como Guridi, Usandizaga, Sorozábal, Escudero, y de los antiguos: Arrieta; claro que fuera de ellos se pueden citar en la península al catalán Pedrell, quien escribió "Los Pirineos", ópera que además de representarse en Barcelona se dio con éxito en Buenos Aires; al castellano Bretón, que es el autor de "La Dolores" y "Los amantes de Teruel", entre otras cosas.

– ¿Por qué tiene la ópera tan poco éxito en España?

– Porque resulta postiza; en cambio tienen éxito los llamados "cantaos", y sobre todo los toreros y los futbolistas.

– ¿Cuáles son, a su juicio, los públicos más inteligentes?; me refiero a los de ópera.

– El más inteligente es el de Milán, porque es el más cultivado, el de más tradición; y podemos extender esta cualidad a todo el norte de Italia; desde luego que el alemán, sobre todo porque es sumamente exigente desde el punto de vista artístico; porque así como la mayoría de los cantantes italianos célebres son malos actores, en Alemania se sabe actuar.

– ¿Qué diferencias fundamentales hay entre las óperas española, francesas, italiana y alemana?

– En las tres primeras se canta por cantar, y en la última se canta y se interpretan los personajes.

– ¿A usted le ha gustado representar, actuar, además de cantar?

– Sobre todo me ha gustado actuar; mejor dicho, actuar cantando.

– ¿Cuáles son las óperas que más le han gustado como espectador?

– Las últimas de Verdi ("Otelo" y "Falstaff"), y desde luego las de Wagner, y casi todas las vascas.

– De las óperas vascas, ¿cuáles quedarán?

– Qedarán, sin duda alguna, "Mendi-Mendian"; como pastoral lírica también "Maitena", de Colin; "Amaya", desde luego; y "Yuana", "Mirentxu" y también "Zigor".

– Díganos algo de la ópera vasca.

– Después de "El borracho burlado" de Xabier María de Munibe, el fundador de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, representado el año 1764, hay tres

épocas: los quince años finales del siglo pasado, los catorce del siglo XX y finalmente la época que va desde 1918 hasta 1936. La obra con que se inicia la primera época fue "Pudente", con letra de Serafín Baroja, padre de don Pío, con música de Antonio Santesteban, y se estrenó el año 1885 en la capital guipuzcoana; luego vinieron: "Iparraguirre", "La Navarraise", del autor de "Manon" Jules Massenet y representada en la Ópera Cómica de París en 1894, "Guernica" de Paul Vidal, "Chanton Piperrri" del maestro Zapirain y libreto de Toribio Alzaga (1896), "Artzai-mutilla", con letra de Pello María de Otaño y música de Félix Ortiz y San Pelayo, representado en Buenos Aires, "Ramuntcho" de Gabriel Pierné, "Chiquito" de Jean Nongués y ambas estrenadas en París el año 1908 y el 1909, "Amboto" o "La dama de Amboto" también de Alzaga y Zapirain y representada en San Sebastián (1906) y en el Arriaga de Bilbao (1909), "Maitena" del compositor Charles Colin, "Mirentxu" de Guridi (1910 y 11), "Lide ta Ixidor" de Santos Inchausti, y la gran obra de José María Usandizaga: "Mendi-Mendian", y cierra este ciclo el ilustre polígrafo don Resurrección María de Azkue con su ópera: "Ortzuri", la que por razones tan frecuentes en el desamparado mundo del teatro y de otros aspectos culturales vascos, no se representó más que un solo acto; esta obra y su gemelo "Urlo" del mismo autor, así como "Leidor" del también insigne Eduardo Mocoroa, esperan, como tantas obras injustamente inéditas...

– Se ha dicho, don Isidoro, y sus palabras vienen a la medida para nuestra situación cultural más que precaria, que toda la historia se resume en la cultura. La historia vasca ha ido posando lentamente un sedimento cultural más o menos importante, según se le mire, pero fundamental para nuestro pueblo, el que se siente en lo que ha sido (no tiene otra cosa en que mirarse en verdad) y se encuentra hoy cortado, sin el camino natural de las instituciones que protegen su tradición, su lengua, su interpretación de la vida, sus impulsos de dejar huella personal, la suya, en la tierra y los hombres y las culturas que se están fundiendo en Europa, ¿qué importancia absoluta y relativa concede usted a nuestra cultura?

– Importancia relativa, acaso pequeña, pero que para el pueblo vasco es absolutamente fundamental; renunciar a ella sería renunciar a la vida misma; y por eso me parece a mí que cuando se habla cada vez más de descentralización creciente en todo el mundo civilizado, sobre todo en Europa hoy, la descentralización, digo, de la administración cívico-económica debe contener sobre todo una autonomía de las culturas... Esto es evidente ya en la Europa que se está formando ante nuestros ojos, y mira lo que están haciendo Alemania e Italia... Pero no perdamos el hilo, y sigamos con la época tercera de la ópera vasca, que comienza con un florecimiento a la terminación de la primera guerra mundial mediante el Primer Congreso de Estudios Vascos: aquí se estrena la ópera "Oleskari zarra" con letra y música de José Olaizola; el 22 de mayo de 1920 se estrena en el Coliseo de Albia de Bilbao la ópera en tres actos y epílogo "Amaya", de Guridi, cuyo poema fue extraído por José María Arroita Jáuregui de la novela de Navarro Villoslada y vertido a versos euskéricos por el padre Arrúe; las representaciones de "Amaya", en las que intervino, constituyeron uno de los éxitos teatrales más sonados que se hayan registrado en la península en todo lo que va de siglo; se presentaron dos representaciones de "Amaya" al aire libre en Uarka, campa situada cerca de Guernica, y rara vez la asistencia a un espectáculo, fuera de la naturaleza que fuere, ha alcanzado en

nuestro país proporciones de tal magnitud; más tarde fue representada en el Real de Madrid, y seguidamente en Pamplona, Vitoria, San Sebastián y Praga, luego en el Teatro Colón de Buenos Aires, donde asistió el presidente de la nación don Hipólito Irigoyen y su ministro de Relaciones Exteriores don Horacio Oyhanarte; luego viene la opera "Perkarin", drama lírico de Jean Poueigh que fue representado en Burdeos en 1931 y más tarde pasó a formar parte del repertorio de la Opera de París, con argumento extraído por B. P. Gheusi de la leyenda homónima de Pierre Harispe; después "Yuana", la última obra de este ciclo, está inspirada en la novela *Une fille d'Euzkadi* de E. Pouydebat y se estrenó en el Teatro Municipal de Bayona en 1938 con música de Bossières, fundador de la Schola Cantorum de Bayona.

– ¿Acabó todo aquí?

– Después de la guerra civil y la segunda guerra mundial se produjo otro vacío, del que hemos comenzado a salir gracias a "Zigor", del maestro Escudero con letra de don Manuel Lecuona, que, primero en forma de concierto y luego en su total concepción escénica, se presentó en Madrid los días 4 y 8 de octubre de 1967. Hay también muchas obras inéditas o semi-inéditas: se hallaba en gestación "Lorea", de José María Agesta; "Udala" de Sain Basabe; "Les trois vagues", de Charles Bordes, quien murió antes de terminarla; así también están otras obras como las de Santos Laspiur, Bernardo Gabiola y otros.

– ¿No cree usted que la falta de apoyo oficial a una lengua y a sus manifestaciones cultas es un grave obstáculo para estos esfuerzos?

– Opino que sí, y considero que la lengua y todas las manifestaciones cultas del pueblo vasco merecen este respeto y apoyo.

– ¿Qué me dice usted de algunas figuras vascas de la música, como, por ejemplo, Iparraguirre?

– Iparraguirre, como otros seres mitológicos, entró en la leyenda sin pasar por la historia. A Antonio Peña y Goñi se le ocurrió decir, y con acierto, que era difícil hacer la biografía del bardo porque, lo cito: "¿Quién es capaz de escribir la biografía de un pájaro?". Iparraguirre no fue a la escuela, fue guerrillero y después de vencido pasó cantando a Francia, a Suiza, a Italia, a Alemania y a Inglaterra...; ¿qué importan las fronteras a un pájaro!; escala los Alpes, aprende a cantar como los tirolese; ¿qué importa un gorgorito más a un pájaro bohemio!; y pasa entre aplausos por palacios, hostales, tugurios y también por cárceles, donde lo meten cuando regresa a su tierra, ¡y por cantar!; vuelve al destierro cantando, porque ¿qué puede hacer un pájaro cuando lo desenjaulan!; cruza el Atlántico como un vasco más y canta en América como nadie; sin embargo, sus amigos tienen que recoger dinero para pagarle el viaje de vuelta y cuando lo repatrian sigue cantando aquí; y, cosa que no sé si ocurriría hoy, las Diputaciones vascas, las cuatro juntas, le asignan una pensión; ¿y qué hace un pájaro a quien le pagan por cantar?, pues no canta, se apaga, y se muere a los 61 años, en 1881. Su obra es reducida, pero caló en el alma de su pueblo. Le decían loco, pero su locura no era de la cabeza, sino del corazón; una locura afortunadamente incurable y pegadiza.

– ¿Qué me dice de su "Gernikako Arbola"?

– Es el himno espontáneo y nacional de los vascos; los himnos nacionales son todos recientes, y raro es el himno que no cante a la libertad, que no invoque la paz, pero

(¡coincidencia singular en su pluralidad!) esa paz y esa libertad los poetas la piden para sus respectivos países, jamás para los demás pueblos de la tierra. Algunos han dicho, y acaso tratando de halagar a los vascos, que el "Gernikako Arbola" es la "Marsellesa" de los vascos, y es un error grande, porque entre el himno marcial, heroico, vengativo, de Rouget de L'Isle, y el canto solemne, fraternal y generoso de Iparraguirre, media un abismo; con la primera se incita a tomar las armas, mientras que con la segunda se pide que los hombres, todos los hombres, se detengan para recoger emocionados su mensaje de paz y de fraternidad universal. Algunos han criticado su espíritu, y es porque no han comprendido que los Fueros significan: la libertad personal, el gobierno del pueblo por el pueblo, elección popular como base y origen de todos los poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, incompatibilidad absoluta y radical de funciones, responsabilidad ante la autoridad soberana de las Juntas, afirmación de los derechos absolutos del poder civil; en una palabra: todos los principios que constituyen el programa (todavía en buena parte teórica) de las modernas democracias. Uno de los cantores más insignes de todos los tiempos, y sin duda el más grande de nuestra tierra, Julián Gayarre, no encontraba otro modo de exteriorizar su patriotismo que cantando, en cuanta ocasión se le ofrecía propicia, el canto de Iparraguirre. En Madrid y en Barcelona, al final de sus temporadas teatrales, se despedía del público cantando con dicción impecable las estrofas del himno, y al dar por terminada su campaña artística en Roma invitó a su hotel a los críticos musicales con un vino de honor y después de explicarles su significado les cantó varias estrofas del "Gernikako Arbola".

- ¿Y Sarasate?

- Sarasate era navarro como Gayarre, y un gran ejecutante, un virtuoso, pero no tenía profundidad humana, y no puede compararse en sus sentimientos por su gente y su tierra a los dos que acabamos de mencionar. Como compositor, tiene algún *zortziko* que otro, pero es un *zortziko* muy sincopado, cuando *zortziko*, como nos lo enseña el "Gernikako Arbola", tiene que tener un aire solemne y pausado.

- Hemos hablado de usted como cantante, Isidoro, pero hace años que usted se dedica a escribir; ¿qué significa escribir para usted?, ¿qué le gustaría escribir además de lo que ya ha escrito?

- Hombre, si yo fuese más joven me gustaría escribir con mucho detalle, con mucha sinceridad, lo que ha sido mi vida; pero, naturalmente, no lo hago por dos motivos: primero, que si tuviese que escribir o describir las cosas tal como yo las he vivido, pues algunos aspectos podrían parecer un poquito... vanidosos, egolátricos, y no es cierto, me siento bien humilde; por eso, yo entiendo que las autobiografías son muy peligrosas, con el peligro de que le atribuyan a uno defectos de vanidad, y no puede contar uno impunemente sino las cosas tristes...

- ¿Y en segundo lugar?

- Y en segundo lugar, porque me parece que es un poco... tarde, porque necesitaría de mucho tiempo para poder hablar de la infancia, e incluso de la infancia de mis padres (porque todo eso está conmigo), lo que ha sido mi vida, y no creo que me alcance el tiempo...

– ¿Por qué no?, usted está aún muy fuerte y tiene una memoria extraordinaria, me lo está demostrando en esta entrevista larga en que apenas ha recurrido usted a alguna nota o algún libro suyo...

– Que Dios te escuche, que Dios te escuche...

– Dios, Isidoro, ¿ha estado siempre con usted?; ¿tiene sus preferencias por "Parsifal" alguna significación reiterativa especial?

– Sí... –dice lentamente– "Parsifal" significa mucho para mí; ocurre que Wagner escribe la obra cuando abandona toda la mitología germana y escandinava, los personajes profanos que representan el culto al odio, a la venganza, y llega a "Parsifal", que es sencillamente Cristo... baja la voz de don Isidoro reverentemente... porque en "Parsifal" yo soy Cristo, ¡yo consagro!, ¡yo bautizo!, ¡yo celebro!, ¡baja la paloma!...

– Como cuando niño.. .

– Indudablemente todos estos impulsos y preferencias mías están impregnadas de una manera particular que tengo de sentir el cristianismo; no así el catolicismo triunfal y casi pagano, y menos el clericalismo. Yo siento una reverencia grande hacia la figura sublime del Cristo, que cada vez me parece más hermosa, y que no sé si es porque uno busca una explicación a la razón de vivir, al sentido mismo de la existencia, en Quien nos ha dado tanta espiritualidad con el sacrificio de su vida misma; esto me lleva a alejarme de los ritos vacíos de contenido y sentirme más cerca del sentido primero, primigenio, del cristianismo, que es la hermandad, que es la verdad, el perdón, la pobreza... Y todos estos mandamientos, toda esa literatura farragosa, se reduce para mí, no a los diez mandamientos, ni siquiera a los dos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo, porque yo lo reduzco para mi conciencia todavía más, a uno solo: "No hagas a otro lo que no quieras para ti".

– Toda esta espiritualidad suya también se refleja en sus escritos; ¿cómo comenzó usted a escribir en *La Prensa* de Buenos Aires?

– En *La Prensa* comencé a escribir después de escribir mis primeros dos libros, en 1956, y todavía sigo escribiendo; es un periódico liberal, de mucha importancia, de gran difusión; sin duda el más leído de toda la América hispana.

– Siempre trata de temas vascos.

– Siempre; toda mi obra de escritor, casi todas mis colaboraciones en revistas (de una de ellas fui fundador, *Gernika*) y todos mis libros (*Pedro Garat, el Orfeo de Francia, Unamuno a orillas del Bidasoa y otros ensayos, Retablo vasco, Domingo Garat, el defensor del Biltzar, Los poetas y el País Vasco y El teatro por dentro*) están dedicados a mi pueblo y el arte, lo he sentido y lo siento así.

– Ya sé que usted admira mucho a Baroja, ¿cómo lo conoció usted y cómo lo vio?

– Ya lo han dicho otros, y lo comprobé personalmente, era un hombre íntegro y tenía un espíritu contradictorio; todo dependía de quién le hablaba: si era un exaltado vasquista, encontraba palabras para decir lo contrario, y viceversa: si con quien estaba hablando era con algún crítico de lo vasco, él defendía el país; era un espíritu polémico, contradictorio y honesto, insobornable.

– En cuanto a su espiritualidad, a sus creencias, ¿cómo lo sintió usted?

– Era un escéptico; a veces, incluso, un tanto... como diría yo... combativo en cosas de fe, de religión; era agrio, y un negador casi sistemático.

– Dicen que don Pío hablaba medianamente el euskera, ¿en qué medida lo hablaba?
– Lo hablaba poco; pero se veía que sabía algo porque él entendía a la gente del pueblo; a algunos a quienes se veía en la necesidad decía palabras en euskera; pero a mí no me dijo ninguna.

– Usted recuerda en uno de sus libros que cuando llegó don Pío a vivir a Vera coincidió la salida de un librito titulado *Novelistas buenos y malos* escrito por el padre León de Guevara, donde se decía textualmente: "Baroja, Pío: cleróforo, deshonesto"...

– Sí, y por cierto que este librito fue repartido por "las almas piadosas" del pueblo a su llegada; naturalmente, se convencieron de lo contrario al conocer a él y a su familia, porque doña Carmen era una señora muy respetable; Carmencita, la hija, era muy simpática, muy sociable, y el mismo don Ricardo era muy simpático y yo le he visto bailar en la plaza, sobre todo los vales; los bailaba con las chicas del pueblo; y a don Pío le gustaba asistir a estas fiestas populares y hablar con los *gizones*...

– Pero no bailaba.

– No; nunca lo vi bailar.

– ¿Lo vio ir a misa alguna vez?

– Nunca.

– ¿Tenía relaciones cordiales con los sacerdotes de Vera?

– Con uno sí, con don Félix Echeberri, que creo que era de Arnegui, cerca de Valcarlos, y estaba en Vera de organista; era un buen pianista; después fue párroco de Lesaca; él y don Pío se trataban mucho; era tan de casa de los Baroja que cuando don Serafín, el padre de Pío, se puso grave, doña Carmen pidió que llamasen a don Félix y lo trajeron, aunque ya llegó tarde y sólo alcanzó a darle la extremaunción.

– Don Pío dependía mucho de su madre: ¿cómo era ella, cómo la vio usted?

– Era una mujer muy buena; bastante severa, pero muy amable, y se le tenía cariño en el pueblo; iba a misa con su hija los domingos, todo el mundo las saludaba, los hombres se descubrían; yo he comido en su casa con ellos, era una gran señora; como la hija también, una gran señora.

– Baroja era un tanto hosco, ¿le costaba a usted entablar conversación con él?

– No ¡qué va! Le gustaba charlar, y sobre todo preguntar; cuando regresaba yo cada año a Vera después de las giras por Italia, Alemania o América, me asediaba a preguntas; le interesaba todo: lo político y lo social bajo la dictadura de Mussolini, la renovación de los espectáculos líricos en el teatro de la Scala bajo la inspiración de Toscanini, el ostracismo de Benedetto Croce, la conversión al catolicismo de Papini; los arrebatos histéricos de Hitler y el egotismo de Göering; el renacer de los pueblos americanos y los viajes ultramarinos; le interesaba todo... A veces hacíamos excursiones juntos; una vez lo llevé hasta la frontera por Lizuniaga; por cierto que cuando regresamos me dijo: "No me coje usted otra vez, estoy molido"; porque desde Vera, por caminos carretiles, a Lizuniaga son cuatro kilómetros; claro, subiendo y bajando... Conozco bien esos caminos porque durante la guerra civil me enfermé en Francia con un paratífus y entré a Vera por Ibardin sin que nadie me molestara; o sea, que pasar la frontera fue fácil; pero después, a los pocos días, se me presentó la guardia civil para llevarme; yo hice que llamaran al médico, quien certificó que no podía abandonar el lecho, y el comandante de Vera telefoneó a Irún diciendo que yo estaba muy enfermo y que había que dejarme

hasta que me curara; entonces aproveché para hacer algunas gestiones con amigos influyentes y en cuanto me medicuré ya tenía un pase para cruzar la frontera a Francia.

– Esto ocurrió después del gesto que tuvo usted en Italia cuando lo de Guernica.

– Eso es.

– No creo que se ha escrito nunca este episodio, ¿puede contarlo?

– En Italia, Mussolini se enorgulleció de haber bombardeado Guernica; yo llegué al ensayo del Teatro Real de Roma, y, naturalmente, con el ejemplar del *Giornale d'Italia*, donde decía eso, y comencé a protestar; que aquello era una salvajada, que Italia era un pueblo de salvajes y que no podía cantar en Italia en tanto subsistiese ese régimen; esto, naturalmente, se lo comunicaron al gobernador, quien, por derecho, era el presidente del Consejo del Teatro Real, y fue él quien me llamó y me dijo: "¿Es cierto?", "Sí, señor, es cierto"; "Pero, bueno, ¿cómo se permite usted decir esto de Italia, a la que debe usted tanto?"...; "Cierto"..."Donde usted debe tanto a nuestro Duce"..."¡No!"; "¿No?"...; "No, yo al Duce no le debo nada"; "Pero, bueno, de todos modos usted debe rectificar"..."No, señor". Y entonces yo esperaba que de un momento a otro me sustituyesen, pero como no era fácil, porque había que enfrentarse al abono, que quería que fuese yo el intérprete, y a la orquesta, sobre todo al director, canté las siete representaciones programadas sin sustituirme. Una vez en Milán, y camino para Saint Jean de Luz, me llamó el presidente de la Asociación de Artistas Líricos, Pintucci, y, naturalmente, yo sabía lo que me venía encima; probablemente mi expulsión, y cuando llegué salió Pintucci a la puerta y me retuvo diciendo: "¿Sabes para lo que te hemos llamado?"; "Sí, lo supongo"; "Qué te cuesta, di que eso fue en un momento de rabia y ya está, porque tienes que seguir cantando en Italia..."; porque él era tenor, pero también era abogado, y hombre muy culto, un hombre fino, una buena persona, y me hizo esta proposición, pero yo le dije: "Lo siento mucho, pero ya no puedo..."; "¡Pero si el *Giornale d'Italia* ha rectificado, que no son los italianos...", y era verdad, porque ya se había rectificado diciendo que habían sido los alemanes, y yo le dije a Pintucci: "Sí, ha rectificado, lo he visto, y yo también rectifico en esa misma medida en que no ha sido Italia y que éste no es un pueblo de salvajes", que es lo que yo había dicho; "Bueno", me dijo él, "eso basta", espera que te llamemos ahora. Y me llamaron al rato, él estaba presidiendo la reunión de la Asociación y yo dije lo que prometí decir, no más. Y así quedó la cosa. Llegué a Saint Jean de Luz, estalló poco después la guerra mundial y me quedé catorce años; y no vine aquí, aunque estaba en la plenitud de mis facultades, con 44 años, sino que seguí camino de América, a Buenos Aires, donde estuve catorce años más. Después me vine por Conchita, mi hermana ciega, que ha muerto hace poco.

– ¿Tuvo ocasión de ver durante estos años de guerra a don Pío en Francia?

– Cuando estalló la guerra civil, don Pío estaba en Vera, y fue detenido y amenazado de ser fusilado por un grupo de carlistas, como ha quedado dicho en un libro mío. Huyó a Francia por Ibardin; luego siguió a París; allá lo visitaba yo, y dábamos, como en nuestros veranos de Vera, largos paseos por los suburbios; ya no canturreaba como acostumbraba hacerlo a veces antes; para colmo, estalló la segunda guerra mundial; durante esos años dolorosos vivió casi exclusivamente del producto de los artículos que escribía para *La Nación* en Buenos Aires. Soñó siempre con marcharse

a América, pero no lo consiguió; cuando los alemanes entraron en París, agotadas ya las esperanzas de esta salida a la libertad, regresó a Madrid.

– También volvió usted a ver Unamuno en la misma situación de exilio.

– Sí, pero fue en un exilio anterior. ¡Hemos tenido tantos! Este de Unamuno fue seis años después de aquel desafortunado encuentro que tuve con él en compañía del maestro Arbós en Salamanca, pero siete años antes que el 36; fue el verano de 1929 cuando lo vi en Hendaya, donde don Miguel decía que no estaba desterrado sino "confinado", porque ésa era tan tierra suya como su Vizcaya; se hospedaba en el hotel Broca; allí transcurrió un lustro largo y soledoso de su existencia en un cuarto forrado de libros. Esta segunda vez fui a buscarlo también en compañía que no agradó a don Miguel: Ricardo Baroja; no fue por culpa de don Ricardo mismo, sino por ser éste hermano de don Pío, quien no coincidía con don Miguel en más de una cosa. Encontramos Ricardo y yo a Unamuno presenciando un partido de pelota, junto al tanteador. Fue un saludo seco el que recibimos de él, y después del partido caminamos los tres juntos, pero don Miguel silencioso y hosco; cuando llegamos al hotel no nos invitó a entrar y no tuvimos más remedio que despedirnos de él. A nuestro regreso a Vera dijimos a don Pío del encuentro, sin darle detalles, y nos dijo bruscamente: "¿qué dice ese energúmeno?".

– No se querían mucho.

– No; pero ese mismo año, y antes de irme para Italia, decidí volver a saludar a Unamuno, y esta vez tuve la prudencia de ir solo; en el hotel Broca me dijeron que don Miguel acostumbraba pasearse por la orilla del Bidasoa, a lo largo de la carretera de Behobia; allí lo encontré: "Buenas tardes, don Miguel", le dije; "¡Ah, ¿es usted?!, ¡por lo que veo esta vez viene solo!"; yo le dije que deseaba saludarle antes de salir de viaje; "Viajar, ¿a dónde?", me preguntó; le dije que a Italia; "Buen país", me dijo, "solo que ahora está copado, como el nuestro, por un mal aventurero"; "Usted es de Vera, ¿no?", me preguntó; "Sí, señor, de Vera de Bidasoa"; "Del pueblo de Pío Baroja", insistió don Miguel; "Sí, señor, del pueblo de adopción de don Pío"; "¿Y lo ve usted a menudo?"; "En verano todos los días"; "Ya", me dijo queriendo cambiar de conversación, "Porque ustedes, los cantores, son como los murciélagos, huyen del sol, no trabajan más que de noche y en invierno"; "Bueno", me atreví a decirle, "Más o menos como los catedráticos, que tampoco trabajan en verano"; reaccionó a esto don Miguel vivamente y dijo: "¿Qué dice usted?, yo trabajo siempre, en verano y en invierno, ¡japañados estaríamos si tuviésemos que vivir con la sola cátedra!", y casi sin transición añadió: "Pero usted, ¿sólo canta en Italia?"; "No, don Miguel, en Italia y en Alemania"; luego le dije que yo había estrenado en Bilbao la ópera "Amaya" en aquellos años tan promisoros para el renacimiento vasco...; "Conque renacimiento vasco, ¿eh?, ¿a que usted también es uno de esos bizkaitarras *azkatutas* y alborotadores?"; "No, don Miguel", le dije, "Yo no puedo ser bizkaitarra por la sencilla razón de que soy navarro"; "¡Por favor, no se me escurra... usted es..."; "Yo soy", me atreví a interrumpirle por primera vez, "yo soy como dice don Miguel de Unamuno en uno de sus bellos libros, 'vasco por los treinta y dos costados"; se detuvo y me miró con sus ojos de búho atónito y me dijo: "Por lo que veo, los cantantes también leen"; luego volvió a mirarme con curiosidad y me dijo: "¿Cómo diablos se le ocurrió a usted dedicarse a Wagner?", y sin esperar mi respuesta agregó: "Sí,

ya me lo figuro, usted, como la inmensa mayoría de los wagnerianos, lo es por la misma razón que yo soy antiwagneriano: usted admira y cultiva la música de Wagner, cuando para mí esa música es, precisamente, el elemento disolvente y perturbador del auténtico drama wagneriano"... y me habló de Wagner como poeta con conocimiento profundo, y afirmó: "No lo olvide: Wagner fue sobre todo y ante todo poeta".

Y claro que tenía razón, mucha; pero además de gran poeta era gran músico, y esta música no la podía entender don Miguel porque no la sentía. La grandeza real de Wagner está en que unió a la hermosa poesía que escribió la música que sintió escribiéndola. En Wagner, el teatro es completo; él fue el autor de los libretos, él compuso la música que correspondía a esa palabra con que expresaba su pensamiento; Wagner, como gran creador que era, cuando estaba escribiendo la letra ya estaba oyendo la música que le iba a poner, porque, con excepción de "Siegfried", donde se cantan dos estrofas con la misma música, única excepción, buscaba la musicalidad particular que había en cada palabra; los recitativos wagnerianos son un verdadero modelo de lo que debe ser el teatro lírico dramático. Se da este mismo caso, que es raro, en Pizzetti, por ejemplo, quien fue director del Conservatorio de Milán, fallecido hace poco, y yo le estrené "Lo Straniero" ("El extranjero") en el Colón de Buenos Aires, y "Débora y Jael", que la canté en la Scala, y las dos obras son de este tipo de creación completa, cuidada en la palabra y en la música por el mismo autor; pero estos casos son pocos... Bueno, pero estaba hablando de don Miguel, de la conversación que tuve a orillas del Bidasoa, que fue larga, porque se remontó Unamuno a los orígenes griegos de la poesía y se paseó por los poetas alemanes, ingleses, italianos y españoles con verdadera erudición. Estábamos ya cerca del puente internacional cuando nos llegaron desde Fuenterrabía, la bella Ondarribi, "paso de la arena", que han convertido los duros de oído en algo tan extraño a nuestra fonética y a nuestra etimología en esto que llaman ahora Fuenterrabía, cuando llegaron de esta antigua población fronteriza, digo, las cadenciosas y amortiguadas campanadas del Angelus, y don Miguel se calló de pronto, sus ojos se humedecieron mientras miraba fijamente a la orilla opuesta. Cuando llegué a Vera me encerré en mi cuarto y sin cenar ni dormir me puse a registrar en un cuaderno estas impresiones que después salieron en mi libro.

– Alguna vez dijo también don Miguel que la casa vasca tenía dos compartimientos, y que cuando se prendía el fuego en uno podíamos pasarnos al otro.

– Sí, y él pasó de una parte de la casa a la otra con alguna frecuencia.

– Usted es de la misma frontera, ¿cómo siente las regiones vascas de uno y otro lado del río?

– Como etnia, los vascos de Zuberoa y Laburdi son más vascos que nosotros; su música también es más autóctona; incluso su lengua está menos mezclada que la nuestra, y, como dice Gascue, sin la dureza gutural de la "j", que nada tiene que ver con la lengua vasca original y que los vascos de este lado del Pirineo hemos aceptado, exceptuando los vizcaínos y los que están influidos por su dialecto. Por otra parte, para nosotros en Vera ha sido hasta hace poco, hasta que se han hecho las modernas carreteras para los automóviles, más fácil llegar a Donibane Lohitzun (Saint Jean de Luz) o Ziburu, que llegar a San Sebastián o Pamplona (la antigua Iruña), y ¡no solamente para hacer contrabando! Se ha ido y venido siempre a través de esta línea porque era y es

nuestra tierra común y nuestra lengua, la de ellos y la nuestra, mucho más antigua, desde luego, que la historia de unas pocas decenas de años a que alcanza la "tradición" de esta frontera.

– Hay mucha gente empeñada en distinguir lo navarro de lo vasco, Isidoro, y yo, que tengo un abuelo navarro con apellidos vascos, no me lo quiero dejar separar; ¿hay alguna razón para incluir a los navarros entre los vascos?

– Pues esto lo voy a aclarar en la nota que voy a poner al pie de este artículo que estoy escribiendo para *La Prensa* de Buenos Aires acerca de los 50 años de pintura vasca: que yo entiendo que al decir "Pintura Vasca" estoy incluyendo a la ultrapirenaica, a Laburdi y a Zuberoa, y, por supuesto, a la Baja Navarra, con los Pierre Labrouche, Choribit, Elizaga, Aguerregaray, Luzien, Gabriel, etc., y también con todo derecho a la pintura hecha por los navarros como Basiano, Cabasés, Larramendi, Ziga, Beunza, Pello Mari de Irujo, Emilio Azarola. Este olvido, o, mejor dicho, esta eliminación, me parece absurda, porque la auténtica Vasconia –si hay alguna más auténtica que otra– es Navarra. A nosotros, los navarros, nos enseñaron en el colegio de los padres Escolapios (¡que eran aragoneses!) la historia de Navarra que comenzaba así: "La antigua y noble Vasconia, hoy provincia de Navarra, en uno de los extremos de España se halla situada; Aragón está al Oriente, al Norte linda con Francia, y por el Occidente tiene las Provincias Vascongadas". Estos nativos de las Provincias Vascongadas son los que los historiadores llamaban Caristios, Várdulos y Aurigones. Por otra parte, la lengua vasca, que es la síntesis más acabada de la historia en uno de sus aspectos más primitivos, esa lengua vasca fue conocida como *Linguae Navarrorum*.

– En cuanto a su trabajo como conferenciante, Isidoro, ¿dónde ha hablado?

– He dado conferencias en la Sorbona de París, donde pronuncié una sobre la música popular vasca con ilustraciones de la Coral Vasca de París, dirigida por Paul de Rocca Serra Legarralde, allá por 1947. Antes y luego he hablado en el Teatro Municipal de Bayona, y en el Museo de la misma ciudad; en el Colegio de Mauleon, en la sala consistorial de Saint-Palais, en el Ateneo de Buenos Aires, en el Círculo de Cultura Femenina de la misma capital, en la Universidad de Oñate, en el Ateneo, en el Conservatorio y en la Sala de sesiones del Ayuntamiento de San Sebastián.

– ¿Qué le impulsa a escribir y a hablar sobre temas vascos?

– El amor al pueblo de mi cuna. No hay que olvidar que una comunidad étnica y cultural constituye también una unidad de conciencia. No debemos, ¡no podemos!, abandonarla. Además, a nadie beneficiaría este abandono; el vasco ha tenido siempre una vocación universalista, pero sin dejar de querer a lo que es propio, sin dejar de ser lo que se es; sólo así, creo yo, podrán constituirse las unidades supranacionales sin desarraigar y matar el amor del hombre por su tierra y su pueblo y cultura; sólo la tolerancia y la convivencia puede salvar a la humanidad de un vasallaje humillante a la autoridad de las hordas mejor armadas.

– ¿Y qué obras interpretadas por usted han sido grabadas?

– Se han grabado las obras wagnerianas, todas, y algunas de Verdi; fueron grabadas en Milán, con la orquesta de la Scala, en los años 1934-1936, varias veces.

– Después, no.

– No; se han hecho grabaciones de mis conferencias sobre música en la Argentina, por ejemplo las que pronuncié en la Radio Nacional Argentina; entre ellas toda la serie pronunciada sobre el Padre Donosti, y hay gente que conserva estos discos. Y estos discos de don Isidoro de Fagoaga serán reproducidos todavía, y quedará viva, como ha quedado impreso en libros y artículos su entrega a la cultura de su pueblo, la voz extraordinaria de este hijo de Vera de Bidasoa que llegó a ser uno de los intérpretes wagnerianos más importantes de su tiempo.

Agustín Ibarrola

El hombre regresa instintivamente a las fuentes, arriba en el misterio y en la sangre y en los recuerdos, que, llámesele como se le llama, es el alma del hombre.

Así sentí a Agustín Ibarrola cuando me lo encontré en un caserío de Gametxu, que es un lugar de Ibarrangelua situado sobre una cabeza de montaña rosada poblada de gaviotas y rodeada del mar de los vizcaínos; me sonrió con el bigote de su abuelo y me presentó a María Luz Bellido, que es *Argitxu*, su mujer, y a su primer hijo, José, y a su benjamín con nombre de grito vasco de paz o de guerra, como tercio: *Irrintzi*.

Cuando deja Bilbao y se refugia en Gametxu, a Ibarrola se le puede llegar por la mar que llena el golfo de Vizcaya y por los acantilados del Ogoño; se le puede llegar por Gernika, su viejo tronco vivo de roble; y también, como le llegué yo, se puede salir de Ondarribi en la punta de Higuier y seguirle la orilla al mar hasta casi la otra punta, la de Matxixako, para llegarle casi al fin de un camino que no conduce sino a Lantxobe, el Elanchove de hoy, y tomar en Ibarrangelua por un pequeño puente que lleva en diez minutos hasta Gametxu, que es un puñado prieto de cuatro caseríos conversando juntos sin apenas decirse la palabra, porque así, en la mudez, se está hablando ya en muchos caseríos vascos.

Y en uno de ellos, en "Larriña", el que está arropado, entre dos y, sin embargo, el más abandonado, están los Ibarrolas.

Para un vasco, llegar al caserío es llegar a casa; a la de mis abuelos guipuzcoanos en Zerain y en Hernani, al navarro de Aoiz, a los guipuzcoanos del vizcaíno Ibarrola en Azpeitia y Azcoitia; el caserío es el hogar del vasco aunque a éste que ha estado abandonado le haya hecho Agustín en su boina de tejas dos remiendos de plástico transparente por donde entra la luz del día hasta los lienzos en los que el artista está pintando al hombre de cuerpo entero y de pie, que es como le gusta verlos. Esa luz que descende de este cielo bajo de tejado que es el de Agustín Ibarrola me permite ver mejor lo grande y lo desnudo que es un caserío abandonado por dentro, que es el templo de Agustín, aunque esté todavía la hierba vieja en la *ganbara* y haya una chimenea donde arde un leño; y el que está con Agustín no necesita de más para gustar un trago de vino tinto y sentirse sentado al lado de los abuelos, los de Agustín y los míos, que en fin de cuentas son de la misma voz de vivir y de morir derechos que retumba en el silencio de Gametxu.

Desde fuera del caserío se ve Izaro, la isla de los frailes, y se ve Mundaca y Bermeo, y la punta de Matxixako y un mar revuelto lleno de corderos y un cielo pesado de agua; todo eso queda fuera del caserío; nosotros estamos dentro y cerca del fuego, viéndonos por dentro y hablando. Agustín Ibarrola no es hablador, pero habla; dice las cosas con un ritmo quedo, sosegado, como muy pensado; seguramente de haber estado esa voz sola muchos ratos; viene desde un caserío en Artunduaga, en lo que ha venido a ser con el tiempo el Mercabilbao, el mercado central que han creado cerca de Basauri a 7 kilómetros de Bilbao subiendo el río Ibaizábal, donde nació seis años antes de "la guerra", en 1930.

– Mi padre, José Ibarrola, era un campesino de zona industrial, uno de esos típicos caseríos que viven mitad en el campo, mitad en la fábrica, y así, mi *aite* trabajó en "La Vasconia" durante 50 años; y así me siento yo también, mitad campesino, mitad obrero.

– Hablas de tu *aite* en pasado.

– Murió.

– ¿Y tu *amatxo*?

– Vive, se llama Juliana; y también viven mis dos hermanos: Salva, que es el que me sigue a mí, y el más pequeño, Josu.

– De los cinco que erais de familia ha muerto el padre; si trabajó en una empresa durante medio siglo, no pudo morir en la guerra.

– Casi.

Agustín habla despacio, pero no deja una frase colgando; dice toda la intención y termina siempre en un punto. Yo espero a que se agote este punto.

– ¿No te parece una guerra durar cincuenta años trabajando y terminar silicótico? Todos los hierros torcidos que hay en el País Vasco los ha doblado mi padre, y de este esfuerzo se caía a veces en su puesto de trabajo y lo traían a casa sin confesar nunca los médicos de la empresa que estaba enfermo del cock del horno, por eludir las primas. Murió de esa guerra sin fin que es el hierro al fuego en que estamos desde hace un tiempo. No resistió ni la enfermedad ni el retiro. Soportó la enfermedad de pie mientras pudo, pero no sabía qué hacer, no se acostumbraba a no hacer nada, a pasearse, a hablar con los viejos; y luego le cayó el disgusto de que nos volvieron a meter en la cárcel a los dos hermanos, a Josu y a mí. Esto termino con él.

– Tu *aita*, ¿de dónde venía?

– Mi abuelo paterno nació en América, de azpeitiarras, y regresó pobre; fueron muchos hermanos, y todos son igual que yo; digo que son, porque los tenemos en casa en unas fotografías antiguas –y Agustín se ríe mientras me lo está diciendo– y me veo en todos, hasta con mi bigote, que es igual al que tenían ellos. Por lo que me han hablado, mi abuelo volvió sin dinero y se puso a trabajar como maletero en la estación del Norte de Bilbao. Sus padres fueron en América campesinos, como lo habían sido en Azpeitia; no les gustó aquello y se vinieron uno a uno todos los hermanos, y todos pobres.

– He podido constatar a menudo que el abuelo es una pieza fundamental en la psiquis del vasco, ¿cómo recuerdas a tu abuelo?

– No, no he visto de él más que algunas fotografías, no lo conocí; a quien conocí fue a la abuela; guardo su recuerdo como algo muy, muy, entrañable, porque se me murió entre los brazos; yo tenía 18 años y esa experiencia de sentirla morir así me causó mucha impresión. Pero, verás, yo quisiera ver en las vivencias que me ha dejado esa muerte, no sólo una parte localizada en mi familia particular, sino algo que es parte de nuestra cultura popular colectiva, toda nuestra tradición, nuestras creencias; algo, además, que se va agudizando en la medida en que el tránsito de una vida antigua, afincada en la relación del trabajo en el caserío, pasa casi sin transición a una sociedad industrializada. Esto es lo que sucede en el siglo XIX, y sin las consecuencias que deben acompañar a ese salto histórico. En la sociedad industrializada nuestra no se produce un hecho que se ha producido en otras en que la revolución industrial viene aparejada con la formación de un nuevo Estado, de un nuevo aparato administrativo adecuado a la evolución

económico-social donde se canaliza de alguna manera todo ese pensamiento histórico, que no es sólo cultural, sino que es político, que es económico. Aquí, en el País Vasco, no ha sido así; hemos pasado por un desarrollo industrial fuerte, pero no por una evolución industrial vasca, con una organización vasca en la economía, en la administración, en la cultura y en la política. Entonces, ¿qué ha sucedido?, que nosotros echamos siempre mano de nuestros antepasados como la única manera de completarnos, de sentirnos siendo nosotros mismos porque ese desarrollo histórico no se ha producido.

– Esa guerra, Agustín, cómo la sentiste tú?

– Ya te dije que nací seis años antes, y a pesar de estos pocos años me acuerdo muy bien de los tiros, los bombazos, las ametralladoras, la gente que hacía los refugios; incluso, como yo era el mayor (mi padre estaba en el frente) y a ratos pasábamos a vivir a Bilbao, donde las hermanas de mi madre, pues tenía que ir a buscar la leche al caserío, y esos siete kilómetros los hacía andando, saltando las trincheras, con la cantimplora de leche para mis hermanos pequeños. Después, esa guerra que pasó por mi padre hasta su muerte ha pasado por mí como un alambre encendido, te puedes figurar, y, además, ese impacto deforme y a la vez profundo que ha sido la guerra para mí lleva el sello de mi tío, que era mi padrino y se llamaba Agustín, igual que yo, y murió en la cárcel de Larrinaga. Lo recuerdo mucho porque no tenía hijos y yo venía a ser un poco lo que le faltaba. Eso fue un trauma para todos nosotros. Sobre todo para la abuela.

– La abuela, ¿hablaba euskera?

– Claro.

– ¿Y tus padres?

– Mi madre sí, muy bien; mi padre también hablaba algo, pero menos. Después de la guerra, cuando fui a trabajar a un caserío para traer con mis once años, que es todo lo que tenía, el poco pan que podía ganar para mi madre y mis dos hermanitos, me encontré con que las dos mujeres que me emplearon no eran de caserío, eran venidas de Bilbao y no usaban la lengua; los que la hablaban eran los chicos de los demás caseríos, pero yo andaba tan ocupado que no tenía tiempo de jugar con ellos.

– Tuviste que empezar a trabajar.

– Eran los años del hambre; el padre estaba todavía en el batallón de trabajadores; mi madre se iba con el poco aceite y el poco azúcar que nos tocaba de racionamiento para cambiarlos por la harina de maíz, que valía menos pero que llenaba más; ese caserío de las dos mujeres, madre e hija, "Torrezar", está a medio camino entre Areta y Orozco; es un lugar donde hay unas rocas gigantescas; pues aquí trabajé durante tres años, hasta mis catorce; fue un trabajo duro, porque el trabajo que se acumula en un caserío vasco es increíble. Había entre otras cosas tres vacas que alimentar, que ordeñar, que cambiarles la cama; teníamos cabras y cerdos, cantidad de cosas; la mañana comenzaba con el agua, había que subir agua del río con el cantimpalo; para beber traía de la fuente; eso me ha marcado mucho; y mientras descansaba algunos ratos cuidando los animales miraba los grandes frontones naturales de roca y me tentaba dibujar cosas; no era la primera vez que dibujaba, porque me gustaba eso desde niño y algunas veces llevaba a mi madre dibujos que hacía yo como hechos en la escuela, cuando la verdad era que no iba, que hacía pira para escapar de aquel maestro que decía cosas terribles de hombres

como mi padre y mi tío, a quienes yo quería como es de suponer. Para eso servían aquellos dibujos de niño. Pero ahora me encontraba en el caserío con unos frontones de roca esperándome.

– ¿Qué dibujabas y con qué?

– Dibujaba con pedazos de teja y de ladrillo, que marcan mucho, y hacía burros, cerdos, caseríos, lo que me rodeaba. Creo que fue la soledad misma la que me empujó a expresar cosas, y ahora comprendo que era como una liberación de toda aquella soledad de familia y de amigos que cargaba sobre mis espaldas de niño.

– Tú necesitas espacio para pintar, tiendes al muralismo, digamos al gigantismo, ¿es el espacio que dejaste en aquellos frontones de roca el que buscas para expresarte?

– Hay relaciones insospechadas en todo lo que hacemos, y ésta que dices puede ser una. Busco acaso la libertad en el espacio. No sé.

– Después del caserío, ¿dónde fuiste?

– Las necesidades se hacían mayores y había que ganar más; así entré de pinche en una fábrica de zapatos, en Cotorruelo, que está al lado del Chacolí de Mari, al lado del frontón de Begoña, arriba de Zabalbide; en el frontón se jugaban buenos partidos, y en el Chacolí jugaba yo a los bolos. Así es como comencé a pintar. Yo me acercaba a ver exposiciones en Bilbao; recuerdo "Arte" y "Alonso", en la Gran Vía. Yo me metía con mucho miedo de llamar la atención; trabajaba en una zapatería, pero todavía calzaba abarcas de campesino, y aunque yo lustraba las gomas para que brillasen, claro, no eran zapatos. Así, con estas precauciones, comencé a ver aquellos cuadros y me enteré que se pintaban con pincel y pinturas de aceite; pensé que yo también podía hacerlo, y empecé a pintar. Como has señalado antes, sí se manifestó pronto en mí la tendencia a pintar en espacios grandes, porque ya a los quince años pintaba cuadros de tres y cuatro metros. Luego, a medida en que va uno como reflexionando más, buceándose, he venido dándome cuenta de que la explicación de mi tendencia muralista puede provenir también del sentido mismo de mi pintura, puesto que pretende ser un reflejo de la problemática social de un pueblo, y la comunicación mediante estas proporciones de pintura se produce de manera muy diferente al de los cuadros de tamaño reducido, de cabellete, que requieren menos espacio de colocación y están expuestos al juicio de grupos más pequeños, como el de la familia y su ámbito de amigos. Quizá la especie de llamada que tuvo para mí aquel frontón de roca fue el comienzo de un tipo de lenguaje que hice mío.

– ¿Conseguías vender algo de lo que hacías?

– No. Todo fue muy difícil. En la fábrica, cuando vieron que uno de los pinches pintaba y vieron algunas cosas más, pues, mira, allí me organizaron, los mismos compañeros, una rifa para comprarme algo de lo que había hecho y pudiese comprarme yo más pinturas. El que trabajaba en la lija mecánica de las suelas vio que yo recogía las telas de las lijas gastadas y las ponía a remojar en agua para hacer mis telitas y pintar sobre ellas y comenzó a guardármelas y a cuidar de que no se rompiesen. Como ves, todo este pequeño mundo de mi iniciación es muy pobre y a la vez muy digno, muy solidario, y esto se ha venido proyectando en todo lo que pienso y en todo lo que expreso. He tratado de ser fiel a aquellos compañeros que me pedían que dijese un poco de nuestro trabajo y nuestra situación de desamparo. Yo tenía quince años y la cabeza

llena de sueños. La semilla que cae en el terreno generoso de un niño, brota y rinde mucho; si no, no hubiese tenido fuerzas para continuar. A todo esto yo seguía viviendo en el caserío, en Artunduaga con mi madre y mis dos hermanos, y vivía las angustias de mi hogar herido por la ausencia de mi padre y las de la fábrica, que para un niño es mucho, acaso demasiado. De cualquier manera aprendí a ver y a medir este mundo, al menos el mundo rudo y duro que me rodeaba, en el que estaba inmerso, con un talante también duro y exigente.

– ¿Hasta cuándo duró tu trabajo en la fábrica de Cotorruelo?

– Hasta los diecisiete; ya mi padre había salido del batallón de trabajadores, había comenzado a trabajar en Galdácano por las obras, y luego volvió a "La Vasconia". Fue una cabezonada mía, pero quise dedicarme entonces enteramente a pintar, y esto exigió un mayor esfuerzo de mi padre, quien metía más y más horas extraordinarias para sacarnos adelante; fue la mía una de esas decisiones que se toman por impulso cuando se es joven y no se es consciente de las cosas; es que lo mío era una auténtica pasión; no veía otra cosa.

– ¿Tu padre, ¿lo entendió?

– Perfectamente; me admiro ahora, que tengo hijos, de aquel temple con que me apoyó mi padre.

– Tuviste suerte.

– Sí, creo que sí; era un tío extraordinario, un hombre como pocos. Yo iba algunos días con mi cesta a llevarle la comida y lo veía frente a la fragua en su trabajo de gigante; no se me van aquellos grandes armazones de hierro, la carne de mi padre entre los enormes tochos de hierro al rojo de aquel mundo sonoro impresionante.

– Todo eso está presente en tu pintura.

– Tiene que estar; nadie inventa nada; habré pintado a mi padre mil veces.

– ¿Quién fue tu primer maestro?

– En este tiempo de mis comienzos tuve relación con lo que fue la continuación de la Asociación de Artistas Vascos de la que formaban parte los Arteta, los Arrúe, los Zubiaurre y todos los maestros de la pintura vasca; pero, claro, todos estos hombres estaban exiliados, y la Sociedad no era lo que antes. Sin embargo, tuve la suerte de conocer y tratar brevemente, porque murió poco después tuberculoso, un artista de una dedicación extraordinaria a la pintura: Ruiz Blanco. Este Ruiz Blanco era un gran pintor; pintaba muy poco porque estaba muy desarbolado, había pasado por muchas cosas; pero con todo el espíritu de continuar la Escuela Vasca. Este hombre remachó más en el clavo que yo estaba trabajando. Este fue, pues, mi primer maestro; me ayudó mucho. Luego, y al poco tiempo de perder a este amigo, empalmó mi buena fortuna de relaciones con el mundo de los artistas con Oteiza cuando volvió de América.

– ¿Cómo se te dio Oteiza entonces?

– Fue muy fácil: Oteiza establecía relación con los jóvenes rápidamente y nosotros lo seguíamos casi por instinto; se hacía querer pronto porque tenía, y tiene siempre, un espíritu de generosidad y de entrega que es bastante raro entre los artistas. Nos solidarizamos inmediatamente con él en Bilbao, donde había comenzado a trabajar humildemente como jefe de un taller de cerámica industrial cerca de Cotorruelo. Así es como nos veíamos a menudo. En aquel tiempo aprecié en él esas dotes que te digo.

Luego, a medida que me he ido formando como artista, he comprendido mejor la profundidad de su pensamiento, la genialidad de su concepción artística. Creo que Oteiza es el artista más importante que hemos tenido los vascos y bastante más allá de los vascos y de este continente. Además de Oteiza en aquel tiempo estábamos en Bilbao: Ariño, Toja, Pérez, Zalaya; algunos de ellos siguen pintando, otros se han ido quedando a la orilla de este duro y largo camino que es dedicarse con cuerpo (que come todos los días) y alma a hacer escultura y a pintar.

– ¿Nunca te tentó la escultura?

– Me ha tentado la escultura, sí, pero no para hacerla, sino para intentar comprender su problemática. He hecho relieves, pero yo me niego a que sean considerados como escultura, y Oteiza está perfectamente de acuerdo con esta decisión mía, porque hemos cambiado impresiones y está claro que lo que a mí me preocupa es la bidimensión, un tratamiento del espacio en dos dimensiones.

– ¿Cuáles son las cosas que aprendiste de Oteiza y han resultado después fundamentales para tu trabajo?

– Han sido muchas. La personalidad de Oteiza no se reduce a su conocimiento artístico, como organizador sistemático en el tratamiento de la escultura; hay en él mucho más; es un hombre muy culto y muy completo, y en el fondo lo que atrae más en él es su gran humanismo, que se expresa fundamentalmente a través de la palabra; más, mucho más, que a través de lo que ha escrito.

– ¿Más que a través de su escultura?

– Bueno, la escultura de Oteiza es algo así como una suma de todo lo que ha dicho y todo lo que ha ayudado a pensar; y sobre todo es su tremendo cariño por el Pueblo Vasco.

– ¿Tú crees, entonces, que lo que ha dicho es más importante que lo que ha escrito?

– Sí, sin ningún género de dudas. Verás: yo creo que Oteiza ha influido más en su pueblo a través de las conversaciones personales o en pequeños grupos, y que ha llevado su pensamiento de esta manera más adelante que a través de sus escritos. Conste que me parece que a través de lo que ha escrito él refleja muchas cosas; ahora, como es un personaje tan contradictorio, en lo escrito lo contradictorio parece que anula otras partes muy importantes; pero en lo hablado no.

– ¿Quieres decir que no se contradice hablando?

– Sí se contradice también, claro, pero quedan las cosas como más separadas; quedan vivas solamente aquellas que son significativas. Además, Oteiza acompaña a la palabra un gesto y una intensidad vital de tonos que no se pueden reproducir en forma escrita. Esta es la razón por la que doy ventaja al valor de su palabra. Esto se manifiesta cuando da alguna explicación mediante signos plásticos; sus imágenes, por ejemplo. Él es un gran estructuralista; entonces, el signo plástico, el que se hace con el dedo en el barro o en el polvo adquiere una importancia grande; y además te hace una serie de reflexiones; y otra vez te completa con los signos de la imagen los signos convencionales del verbo, de la palabra. En él tiene importancia todo, hasta el gesto, la mímica.

– Es un intento de apresar lo que hay de mágico en la creación.

– Pues sí, y por eso es peligroso Oteiza, precisamente.

– Peligroso, ¿en qué sentido?

– Es brillante, tiene el chispazo permanentemente, y entonces, claro, es un hombre que puede convertir a mucha gente, gente valiosa, en una especie de imitadores. Por eso, creo yo que hay que entender bien a Oteiza para librarse de él.

– Se ha convertido en un mito.

– Eso es, y él mismo ha caído en la trampa de su propio mito. Es el riesgo de mucha gente. También a mí comienzan a mitificarme un poco; y ésta es una tendencia muy humana y muy amable, la de dejarse querer; pero creo que es importante que el hombre se sacuda ese riesgo teniendo conciencia del fenómeno, que no es más que la resultante de romper un poco el esquema pobretón en que vivimos. Creo que esto puede llegar a hacer daño, y de hecho ha hecho mucho daño a través de la historia.

– Nuestro tiempo ha sido testigo de estas consecuencias de la mitificación en los dos extremos del fanatismo de izquierda y de derecha, y tú, Agustín, estás actuando artísticamente en testigo; ¿no es ése el elemento más importante que te impulsa a crear?

– Sin duda alguna.

– Dice Vargas Llosa en un libro reciente (*García Márquez, Historia de un deicidio*) que el creador es un deicida; o sea, que el creador se rebela contra algo que encuentra que está mal hecho; y que está mal hecho por Dios, claro, que es Quien es el Autor de todo, lo malo y lo bueno, de este mundo. No vamos a entrar a filosofar ahora sobre religión, pero de manera un tanto simplista y desde luego que muy gráfica: el creador trata de matar y destruir aquello a que se enfrenta, y crea en su lugar un mundo imaginario que él cree más justo. A estas rebeldías, o demonios, como llama el escritor peruano, que pueden ser de varios géneros: históricos, culturales y personales, se enfrenta el creador artístico, y aunque en la plástica pueden intervenir factores que no alcanzan al escritor, o al revés, ¿cuál o cuáles consideras tú que son los demonios que te impulsan a crear en la dirección en que lo estás haciendo?

– Los demonios, claro; son muchos, y de más de una clase. A veces es peligroso evocarlos. Otras no se pueden callar. Para mí es un demonio la cárcel en que he estado por dos veces: la primera vez durante tres años, y la segunda durante dos y en compañía de mi hermano pequeño, Josu; estábamos los dos juntos cuando recibimos la noticia de la muerte de nuestro padre.

– ¿Cómo os llegó?

– Estábamos en la primera parte de esta segunda condena mía, en Basauri, cuando recibimos una visita especial de mi mujer que le concedieron para esto... –es una de las pocas veces que Agustín Ibarrola no termina la frase con un punto, y le sale la voz baja, todavía angustiado de aquel rato– ...yo lo estaba esperando, lo estaba esperando porque en las comunicaciones con la familia nos decían que el médico ya no podía comprender cómo seguía viviendo, que ya hacía días que estaba acabado, que ya era un muerto que estaba ahí, que estaba esperando; y la explicación de la familia es que nos estaba esperando a nosotros.

Nos quedamos silenciosos los dos.

– Esos son tus demonios –le digo.

– Algunos.

– Sí, los presentables. Y estos demonios y los otros, todos, comprometen mucho. No hay duda de tu compromiso con estas rebeldías de tu experiencia personal y de tus

denuncias como testigo. Ahora bien: trata de tomar una distancia de estos demonios y de tus trabajos, que ya sé que no es fácil, y dime si el compromiso es un deber fundamental y hasta obligante del artista.

– Ya te he dicho que una de mis razones, acaso la que me empujó definitivamente, fue esta necesidad de dar testimonio de mi entorno socioeconómico-político, de expresar mi punto de vista; de decir mi palabra, sencillamente. A esta palabra mía tengo derecho; creo. Y creo que debo decir esta palabra, que estoy obligado a decirla. Y no mañana, sino hoy, en esta hora. Éste es mi compromiso.

– Tú piensas que el artista, el creador, tiene una función social que cumplir.

– Verás; el artista interpreta con el lenguaje de que es capaz, y que es distinto del común, los fenómenos sociales, y tropieza, además, con la responsabilidad de ser portavoz, no solo de sí mismo, de sus inquietudes personales, sino en cierta manera de la sociedad, y particularmente de la clase social que pretenda definir y construir un mundo realmente humano. De la misma manera como el que escribe tiene una función social muy clara. El creador está en el derecho, y también en la obligación, de problematizar tanto sus cosas individuales como las colectivas, y siempre con un sentido muy crítico; y muy creador también, porque su oficio le exige elaborar un lenguaje que sea adecuado en la forma, y no debe alejarse el artista demasiado de esta forma porque corre el riesgo de convertirse en un panfletista. Pero debe procurar ser siempre testimonio de preocupaciones y de problemas colectivos; hay que tener en cuenta que el artista utiliza un lenguaje del que no es propietario exclusivo, sino que con ese lenguaje interpreta cosas, porque siempre se interpretan las cosas de los demás, y por esto hay que procurar ser fiel a la verdad en la interpretación, de ser honesto. Y profesional. Que en todo caso lo panfletario surja en la obra desde sus propiedades estéticas.

– Acaso es aquí donde termina el papel del artista, Agustín; porque el artista es también falible, y la honestidad no contiene siempre la verdad; por esto creo que el artista tiene, sobre todo, el compromiso de enfrentarse honestamente a otras interpretaciones de este elemento y que pueden, como es muy fácil comprobarlo a menudo, ser igualmente verdades.

– Claro. Por esto me parece que la nuestra es una tremenda responsabilidad, una función social de gran categoría moral. Si no, podemos llegar a individualidades, del "yo soy yo y no me importa lo demás". Esto, que se da entre nosotros, desgraciadamente es una deserción del campo de lucha en que está situado el artista. El artista es un hombre dotado por la naturaleza de unas facultades que no tiene derecho a usar exclusivamente en su beneficio, porque en el momento que está haciendo una escultura, por ejemplo, está utilizando un lenguaje que va hacia los demás, que interpretan los demás, y uno en su escultura no está diciendo cosas que se refieren solamente a uno, sino las que se refieren a los demás, y esto está exigiendo más que nunca la honestidad personal que se debe a los demás.

– Todo esto es muy cierto. Pero veamos un poco el otro lado de esta moneda que, desde luego, no es falsa, pero que tiene otra cara, como todas. En los países socialistas se ha creído a menudo que la influencia del arte puede administrarse como un medicamento o se puede impartir como un método pedagógico. Y la nueva autocrítica socialista, la de un Peter Karvas en Checoslovaquia, por ejemplo, llega a la conclusión de

que esta actitud es puramente ilusoria. Y se pregunta si acaso no se ha simplificado el papel de "encargo social" que se ha venido dando al arte comprometido, y que a menudo ha partido, no de la realidad objetiva, que es difícil de alcanzar, sino de esa "verdad" que hemos mencionado antes y casi siempre, yo diría que siempre, es subjetiva.

– Entiendo tu punto de vista, y admito que existe esta otra cara; ciertamente existe. No hay duda de que en toda obra de vanguardia hay mucho de ilusión, de ideal. Acaso estamos simplificando el problema, y acaso tampoco hay tiempo para más ahora y aquí. Estoy consciente de lo cerca que están el arte y la propaganda. Pero dime, al mismo tiempo, en qué medio neutro estamos obligados a actuar, cómo podemos responder de otro modo a las simplificaciones y a la propaganda. A veces el enemigo impone el terreno y las armas.

– Para ejercer un oficio artístico en ese terreno que dices hace falta medios; el capitalista vasco, ¿cómo contribuye a la creación artística?

– Muy mal. Son muy pocos, yo diría que excepcionales, los empresarios que demuestran tener una sensibilidad artística, comprenden la misión del artista y le dedican un dinerito, sin ningún sacrificio por su parte, a la cultura; más bien a la cultura en abstracto que a la suya propia, a la vasca, que debería importarles tanto. El capitalista vasco ha estado muy adormecido. Últimamente me doy cuenta que hay un despertar de esta sensibilidad; y no me refiero al gran capitalista, el oligarca, que echa unas monedas con la intención de comprar la conciencia del artista, sino los capitalistas modestos, los empresarios, que podemos llamar con toda justeza: nuestra burguesía nacional, hay como un despertar en algunos de ellos; claro que con mucha timidez.

– ¿Crees tú que la idiosincrasia e indudable capacidad gerencial y empresarial del pequeño industrial vasco puede tener un puesto en una economía organizada sobre bases no capitalistas?

– Por principio, sí, claro, dependería de las actitudes que asumieran ante la eventualidad que mencionas. Una actitud de rechazo por su parte no los haría lo aprovechables que sería de desear. Pero en un principio: ¿por qué excluir esta participación si en otras experiencias se ha producido? Los vascos no pueden ser menos, pienso particularmente que podrían ser más.

– De las capitales vascas, ¿cual te parece la más rica en posibilidades culturales?

– Bilbao, sin duda alguna. Donostia tiene unas parcelas de trabajo que son ricas, sobre todo en la lengua, y en el campo de la escultura también. Los pintores y escultores guipuzcoanos, si en algún lugar se les ha ofrecido una audiencia y una importancia mayor, y no digo única, ha sido Bilbao. Quiero decir ahora, y no por chauvinismo, que Bilbao está pesando mucho; todo el peso de esa vida que es más densa, que es más compleja, que es más rica, todo el poder económico y de las nuevas relaciones históricas están más acusadas en Bilbao que en las demás capitales vascas. La densidad demográfica y la acumulación de capital que conlleva la sociedad industrial marcan una pauta en muchos órdenes, y también en el artístico y en el cultural; hay una conciencia también más fuerte, condicionada por los mismos problemas, que son más complejos y más duros.

– Tú conoces sobre todo Bilbao, pero conoces también el resto del país, has expuesto obras en él, has sentido sus inquietudes; estas inquietudes las sientes a través de

tu propia sensibilidad acerca de toda la problemática que vivimos: ¿cómo sientes el País Vasco?

– Es el mío, sencillamente, y lo siento como se siente lo propio, de muy cerca.

– ¿Tiene derecho al desarrollo de su cultura particular?

– Los hombres nuestros, todos, tenemos la obligación de ser como somos, de decir cómo somos, de expresarnos plenamente, a pesar de todos los pesares, a través de todas las dificultades que se pueden presentar. ¿Por qué? Porque es nuestra propia vida la que tenemos en nuestras manos.

– A la lengua vasca, el euskera, ¿qué importancia le das?

– Verás: para mí es un problema; para expresarte claramente, yo lo que creo sobre el euskera es que se encuentra en una situación muy difícil, a pesar de todos los esfuerzos que estamos haciendo; bueno, yo, quizá, no demasiado, entre otras cosas porque yo no hablo euskera, y éste es un inconveniente para mí, aunque siempre lo he defendido, y no al euskera por el euskera, sino por el desarrollo del euskera en las *ikastolas*, porque la enseñanza, aún hoy, por lo menos sea bilingüe, desde abajo hasta las etapas superiores de la Universidad, en los medios de comunicación, en todo. Esto está claro, y así lo he puesto siempre de claro. Algunos me dicen: "Pero, hombre, siendo tú vasco, ¿cómo diablos no haces el esfuerzo de aprender euskera?". Yo siempre he dicho, quizá con un poco de comodidad, que ya soy mayor, que ya te encuentras enredado en tantos problemas tan absorbentes que no puedes estar en todo lo que son necesidades muy acuciantes de tu pueblo. Sería, desde luego, una íntima alegría la de expresarme en euskera, pero el problema para mí es rendir más, batallando por el euskera aun así, con esta limitación, trabajar por la sociedad vasca, por todo lo que supone cultura de nuestro pueblo. Te repito que el problema de la lengua es grave. Los que escriben en euskera dirán en qué condiciones se desenvuelven. Muy difíciles. Estamos con relación al euskera en una situación dramática. El mundo internacionalmente habla, qué duda cabe, del euskera como la lengua más antigua de Europa; pero, claro, esto a nosotros no nos ayuda; para nosotros, nuestra lengua no tiene valor por el hecho de que sea antigua; tiene valor, simplemente, porque la habla una parte muy considerable de nuestro pueblo, en esta lengua que es de nuestro pueblo se expresan, se manifiestan, en ella está trasladando toda una cultura, toda una psicología, toda una manera de relaciones, y es algo que no se vierte adecuadamente sobre todo el conjunto de la sociedad vasca. Es decir, nuestro pueblo es un pueblo muy mutilado en este aspecto. El euskera nos está privando de una relación adecuada entre nosotros, sobre todo de hacer posible que cuaje en nuestro pueblo una conformación natural, propia del vasco. Somos una moneda, y uso el símil que hemos usado antes, con dos caras: en la vertiente euskérica y en la vertiente castellana, y esto es complejo. Complejidad para nosotros y para comprendernos. Al no funcionar como una sola moneda, con facilidad se produce una disociación, como dos monedas distintas a las que les faltara una cara. En nosotros funciona un genotipo; pero no solo un genotipo, sino un inseparable fenotipo. Este contexto da un complejo de relaciones que tiene una importancia grande. El fenotipo llega a modificar su anterior genotipo y a adquirir valores característicos del ser vasco. Para el euskera este fenómeno resulta vital.

– En lo político, ¿como concibes tú al pueblo vasco?

– El País Vasco, como todos los pueblos del mundo, lo que necesita es poder afirmar su propia vida no en el terreno de las palabras y los principios sino en la vida real: en su vida económica, en su vida social, en su vida cultural.

– Bueno, yo no creo en la fatalidad de la muerte del euskera; en estos largos años hemos visto que apenas ha disminuido la población que habla la lengua; aunque hayamos dejado algunos de hablarla, hay otros que la han recuperado, la están recuperando hoy; y en qué condiciones; y si esto ha sido posible mantener así, desde luego que cabe esperar que la gente esté dispuesta a mantener el euskera.

– Me alegra oírte decir esto.

– Nuestro pueblo está dando muestras del ardor de que es capaz de defender su lengua. Pero hay algo que quiero decir aquí respecto a este tema, y es que la consecución de estas condiciones que permitan el desarrollo sociocultural y político del País Vasco no la podrá realizar por sí mismo, sino contando con la comprensión y el sentido de la justicia que tienen, yo creo que tienen, los pueblos que integran el contexto peninsular. Lo que nosotros consigamos tenemos que obtenerlo a través de una estrecha colaboración con el proceso de todos los pueblos del Estado español. Independientemente de que algunos vayamos más adelante que otros.

– A la cultura vasca, y aparte de problemas de lengua y la organización de la educación en general, ¿como la ves en este momento?

– Nosotros tenemos que huir del autodidactismo; tenemos que escapar de este mal. El hombre, si tiene algo que aprender y que decir, ya va formando su propia personalidad, pero no es éste el camino único, sino, al contrario, el camino más importante es el de la comunicación, es el intercambio de experiencias sobre todo el que hay que poner en un primer plano, porque la suma enriquece siempre, y los saltos cualitativos tienen su base principal en este enriquecimiento cuantitativo dialéctico.

– No sé si será fruto de la comunicación entre nosotros o a pesar de que ha estado marginado por nuestro carácter o arrinconado por las circunstancias que vivimos, pero de alguna manera se ha producido una como Escuela de Pintura Vasca, ¿tenemos de verdad o no Escuela Vasca en pintura?

– Ya sé que se llevan y se traen a propósito de este tema, y sin duda que ha habido simplificaciones de los dos lados, tanto de aquellos que han hecho una Escuela de un nombre, como de los que le niegan a la pintura vasca una estructura que a pesar de ellos, sobre todo de algunos críticos, tiene. El arte vasco, en los viejos maestros bien te puedo decir que estamos en una primera línea internacional. Mira, el caso de Arteta es un caso excepcional dentro de la propia pintura vasca, pero Arteta es un hombre de categoría internacional. En ese momento de su pintura, Arteta realiza cuadros (los de México no los conozco, sólo uno de los de Gamboa que he visto) importantes; y bien se puede decir que Arteta es uno de los hombres más importantes dentro de esos veinte o treinta de la época que le toca vivir, pero en el mundo entero.

– ¿Lo mides tan alto?

– Sí, sí. No sólo es un caso excepcional aquí.

– ¿Comparable a Orozco y otros muralistas de gran talla en el México en que vivió exiliado?

– Sin duda, sin duda. ¿Qué le ha sucedido a Arteta? Claro, Arteta no ha podido hacer los murales de Orozco, ni los de Siqueiros, porque no ha tenido las oportunidades de la natural promoción de los valores nacionales como estos dos mexicanos, grandes artistas. Arteta inició su muralismo en el Banco de Bilbao, pero después no ha hecho, y yo creo que no ha tenido oportunidad de hacer, más que muralismo en cuadros, e incluso ha hecho muralismo en sus grabados, en los grabados que hace durante el período de la guerra. Hay que tener en cuenta que hasta en los grabados es Arteta durante ese período del 36 al 39 la nueva versión de Goya con los desastres de la guerra. Qué duda cabe. –El énfasis de Ibarrola siempre es mesurado, no permite un signo de admiración–. Arteta es todavía un personaje ignorado. Bueno, Arteta, junto con Oteiza y otros, ha sido siempre reivindicado por nosotros, no solo a través de las influencias que hemos recibido de él, sino hablando de personaje, de la importancia que tiene en la pintura vasca. Y aquí, sin embargo, ha sido completamente tabú.

– ¿Dónde se pueden ver, aparte de las reproducciones del libro de Llano Gorostiza, obras que consideras fundamentales de Arteta, porque en este libro no he visto yo grabados suyos.

– No, no los ha reproducido. Sólo algunas personas privilegiadas los conocen; me refiero a los grabados. Hay algunos en la Biblioteca de la Diputación de Vizcaya, y hay también en la redacción de algún periódico de Bilbao.

– ¿Cómo habrán podido llegar ahí?

– Cosas de la guerra, seguramente.

– ¿Cuál es su temática?

– También la guerra, porque son un testimonio directo, vivo, de la guerra, y realizados, tanto los grabados como los dibujos, con una categoría que sólo él tiene. Nada de dibujitos con concesiones; sino hechos con todo un armazón, estructurados, muy serios, muy pensados.

– ¿Qué tendencias siguió Arteta, según tú? Si se puede encuadrar un creador en una escuela, ¿a quién admiró más él?

– Arteta recoge todas las experiencias del cubismo, y es uno de los hombres que da continuidad a todo lo que el cubismo descubre en cuanto al tratamiento de la bidimensión y del trabajo 1-2 negativo-positivo; y él se sale, además, del cubismo para inaugurar una etapa muralista, pero aprendiendo todo lo mejor que el cubismo da de sí, y desarrollándolo. Esto es muy serio. Esto es muy importante ya en escala internacional, porque de hecho ocurre que hay un corte a través del Dadaísmo; se produce este corte en el "Guernica" de Picasso, por ejemplo; por eso, Picasso es incapaz de seguir investigando profundamente en el mismo "Guernica"; bueno, conste que es una obra muy importante, muy seria, pero creo que este hecho es constatable, porque considero que es más Dadá que todo el trabajo anterior y posterior de Picasso. Lo que quiero decir es que no hay elementos de construcción irracionalista en Arteta, y sí existen en ese momento en el propio "Guernica". Es más, como investigador en el trabajo espacial en la pintura, a mí me parece que Arteta es uno de los hombres muy valiosos; pero muy valiosos internacionalmente hablando. Ahora, no es un personaje internacionalmente conocido. Mira, nadie le ha concedido importancia. Ni siquiera en el momento en que era más fácil concedérsela, el año 1932 o después hasta la guerra. Fue nombrado

profesor de la Escuela Superior de Madrid, y no como cualquier clase de profesor, sino muralista; además, del último curso. Lo teníamos aquí, en Bilbao, pero no pudimos retenerlo porque no había una escuela capaz de utilizarlo, como tampoco tuvimos una Universidad que pudiese ofrecer un rectorado a Unamuno; todas nuestras cosas son así. Hablando de Arteta, la República lo llamó con toda clase de deferencias para la Escuela Superior de Bellas Artes, entonces la más importante. Fue entonces cuando se comenzó a considerar la importancia de Arteta; pero fue, como te digo, casi en la guerra, y no pudo asentarse como personaje, no tuvo tiempo de proyectarse; luego el exilio lo ahogó como a otros muchos. Arteta era, además de un gran artista, un gran organizador; es él quien realmente organiza y quien lleva más adelante las cosas de los artistas vascos que se agrupan, se organizan, en la Sociedad de Artistas Vascos. Ésa fue obra suya.

– Hay una pregunta que quiero hacerte en este punto: en el libro de Llano Gorostiza se trata con cierto tono despectivo de "etnicista" la pintura que hicieron los artistas vascos agrupados en la Sociedad en ese tiempo, incluido Arteta, claro. ¿Qué opinas tú de esta apreciación?

– Esta respuesta mía tiene varias vertientes. Pienso, por una parte, que esta etapa de la pintura vasca resultó esencial, fundamentalísima. Primero, pinta escenas del mundo vasco; pongamos que estas escenas, efectivamente, tuviesen una carga quizás excesiva; desde nuestra perspectiva de hoy, pero no a partir del tiempo en que se pintaron; excesiva, digamos, por localizar elementos étnicos, de costumbre, en la manera de vestirse, de las fiestas y de todo esto; pero, ¿es que había manera de crear un arte arraigado en las formas de vida del pueblo sin recoger eso?, y sobre todo en aquel período resultó importante hablar de la historia del pueblo vasco, de lo antiguo; entonces lo antiguo tenía para nosotros un valor que hoy no tiene; sigue teniendo un gran valor, pero no tan acusado como en aquel período; entonces, ¿cómo no reivindicar toda la historia del pueblo vasco? Aquellos a quienes pedimos comprensión de lo que hicimos antes y también lo que hacemos ahora tienen que tener en cuenta que para nosotros era esencial reivindicar lo antiguo para afirmarnos en lo contemporáneo. Luego, esa carga que desde nuestra perspectiva nos puede parecer excesiva, entonces era muy necesaria. Era de alguna manera una parte por donde tenía necesidad de pasar el camino del quehacer vasco. Pero por otra parte, es que ésa era la deuda natural que teníamos contraída para con los nuevos conceptos sobre la pintura. Hay que tener en cuenta que todos nuestros pintores parten del impresionismo. ¿Y qué era el impresionismo?, una reivindicación a través de los temas, de los lugares concretos, precisos; de la personalidad de los lugares; era el nuevo humanismo, un humanismo que aparece con la revolución burguesa. Era mucho más profundo, mucho más serio, concebir al personaje en igualdad de condiciones. Es entonces cuando desaparece la diferencia entre el "tema noble" y el "tema innoble", porque hasta entonces los pintores habían estado pintando reyes y príncipes y consideraban que pintar lo que no tenía esta dignidad era pintar lo barato, lo humilde, lo populachero; el impresionismo viene a quebrar esta corriente hasta en el tema mismo, y comienza a buscar el pueblo, y ahí tenemos a los impresionistas buscando la importancia de una bota rota, como en Van Gogh; la importancia de un entierro en un pueblo, como en Regoyos; la importancia de la campanada del Angelus para el hombre del campo que deja la azada para ponerse a

rezar; todo ese mundo del trabajo, escenas de la vida vulgar; entonces, el pueblo viene, no a pasar a primer plano todavía, pero sí comienza a protagonizar de una manera muy marcada el sujeto de la pintura. Luego, en cuanto al tratamiento del color, el impresionismo busca a través de las brumas, de los grises, de la intensidad de los amarillos y los naranjas del sol, a precisar hasta casi la hora del día en que fue pintado el cuadro, y que cuando alguien pinta una escena en la Bretaña trata de decir no sólo a través de la escena, sino a través del color, que aquello tiene todo el ambiente: van buscando todo eso. ¿Cómo en un lenguaje ya contemporáneo como el que se expresa la pintura vasca por primera vez en la historia no va a ser muy importante todo esto, si son precisamente los conceptos contemporáneos? Luego, esto no constituye un defecto, sino que es una virtud. Claro que esto no significa que el arte, y en este caso la pintura, debe quedarse ahí, no.

– ¿Por qué, por ejemplo, Agustín, no achacan de lo mismo a Zuloaga, por ejemplo, que pintó tanto clisé de lo español?

– Eso es. Lo que sucede es que a estos hombres, verás, a los Arrue, y a los Zubiaurre, como a los Arteta, no se les puede atribuir el clisé ese españolista con el carácter tremendamente centralista que tiene. ¿Por qué?: porque ellos viven en una nacionalidad y sienten la necesidad de buscar la reivindicación cultural de esa nacionalidad, y no viven el problema al estilo generación 98, el problema de que España debía salirse del esquema sociopolítico y económico todavía de carácter feudal; porque, claro, la verdad es que la generación del 98 no se plantea la revolución burguesa, que es lo que debía haberse planteado en serio; hay en ellos elementos muy críticos del desastre colonial español, pero no hubo en ellos el elemento creador como lo hubo en el intelectual francés, por ejemplo, aunque ellos hacen mucha mímica de todo el pensamiento liberal, incluso progresista, y hasta socializante francés, de la revolución francesa; tanto que actúan como si en España estuviese ya hecha la revolución burguesa, la unificación cultural por el proceso de la formación de una nueva nación burguesa y todo esto; y, sin embargo, aquí no sucede esto; es más, de hecho el intelectual español está propiciando ese paso a una sociedad de valores más contemporáneos conservando al mismo tiempo un Estado semifeudal, semicapitalista, sin revolución burguesa, que es lo tremendo. Y, sin embargo, los intelectuales nuestros, en lo cultural, sí están afirmando eso.

– Quizá podamos sacar de esto que estás diciendo una conclusión, aunque sin duda es especulativa: los pintores vascos tuvieron una intuición y unas raíces más profundas en su tierra que los escritores vascos de aquella época.

– No me atrevo yo a emitir juicios acerca de la obra de los escritores de ese tiempo; sólo me arriesgo a señalar este rasgo de la pintura vasca con caracteres muy generales. La prueba de esta personalidad en cuanto a los artistas se refiere está en el hecho de que los artistas vascos se dan, por sobre las diferencias de personalidad, con una intensidad, con un vigor, que no es frecuente observar en el centro. Y por esto, con algunos de nuestros personajes nos pasa eso: cuando aparece más en ellos ese esquema tradicional, viejo, de no concebir a España realmente como es, surge su costado más centralista y falsamente españolista. Y, puesto que me lo has mencionado, ahí tienes a Zuloaga, que es una pose clarísima, evidente. Por eso, en la etapa de estos últimos años Zuloaga aparece con más importancia que cualquier otro personaje vasco en el terreno de la pintura, y, sin

embargo, no es cierto. Quien es más españolista resulta que no es Zuloaga, y quien es más vasco resulta que no es tampoco Zuloaga.

– El asturiano Regoyos es más vasco que Zuloaga.

– Sin duda alguna.

– Me has mencionado antes las pinturas rupestres de Santimamiñe, ¿es que os dicen algo a los artistas vascos de hoy?

– Sin duda alguna que sí; claro que yo estuve después que Barandiarán, y Barandiarán ya había trabajado en su restauración; pero yo estuve con un grupo de espeleólogos, y además donde todos eran obreros; porque la espeleología en nuestro país se hace los domingos, los días festivos, durante las vacaciones, y van a hacerla con cuerdas y en muy malas condiciones, y que saben mucho, además, muchísimo; el problema es que saben; y saben también que no se les atiende, y que tienen que irse con la bota de vino y el bocadillo a descubrir, y en esas condiciones he estado yo en Santimamiñe hasta con el último caballo que lo teníamos allí, que lo mimábamos, porque estaba al borde de un lago artificial que luego se había vaciado, antes, en otra época, hace muchos cientos de años, pero que estaba pintado al borde del lago cuando se pintó, pero por las estratificaciones han logrado saber que... –llega Irrintzi, el segundo de Agustín y de Argitxu Ibarrola, a soplar la brasa de la chimenea, y se interrumpe el hilo...claro que yo he visto eso con un amor muy especial, con un cuidado, pues, no sé, donde se mezclan otro tipo de cosas, acaso más intelectuales, más elaboradas; pero en todo caso, mira, nos pertenece, nos pertenece, y yo creo que influencias, de una manera o de otra, ¿cómo no va a haber influencias?...

Comemos con Argitxu lo que ha cocinado ella, y muy bien; luego de una larga sobremesa volvemos cerca de la chimenea a continuar con la entrevista. Está lloviendo, se siente el redoble de los goterones en el plástico transparente del techo, y en aquel enorme ámbito casi virgen del caserío se siente un frescor, aunque sea agosto, porque durante este mes está lloviendo mucho; pero, por otro lado, el fuego de la chimenea nos alumbra el alma del caserío que llevamos los vascos tan adentro y a la vez tan a la vista del que quiere mirarnos con algún cuidado, y así, en esta intimidad de la tierra y el cielo, pregunto de nuevo a Agustín Ibarrola.

– Se habla, y creo que con propiedad, de grupos representativos de la vieja vanguardia: el "Dau Set" catalán y el "El Paso" de Madrid, y decimos nosotros que la gente se ha olvidado de una Escuela que se manifestó en Aránzazu con Oteiza, Chillida y Basterrechea, y que alguien ha llamado la Escuela de Aránzazu; qué me dices, ¿tiene esta denominación alguna validez?

– Bueno, yo creo que tiene mucha validez; es que, además, a diferencia de la Escuela Catalana, los catalanes han podido afirmar en todo momento que había una pintura catalana, tanto en la pintura y la escultura sería como en la más comercial; nosotros, sin embargo, cada vez que hemos afirmado que había una Escuela Vasca ha habido siempre el esfuerzo de negarnos la existencia de un arte vasco; todavía existe el riesgo de afirmar nuestra simple condición de vasco.

– En lo biográfico, Agustín, nos hemos detenido antes en el punto en que tú quisiste dedicarte a pintar y lo conseguiste mediante la comprensión y el apoyo sacrificado de tu

padre, ¿cuál fue la primera exposición de pintura en que tomaste parte, cómo vendiste tu primer cuadro, cómo empezaste a ser profesional?

– Pues fue en un grupo de gente joven que tenía una sala y quería mostrar algún artista, y con una intención algo más que altruista; estos jóvenes montaron esta sala "Estudio" en Bidebarrieta, arriba de "Gastón y Daniela", creo que el año 1948, y yo me acercaba a esta sala a ver exposiciones. Pero como iba con mis abarkas y con la gabardina presta de mi padre y su *txapela*, porque la suya era más nueva, pues me acercaba así, y no sé si yo tenía complejo de aldeano o realmente me veían muy aldeano, la cosa es que no me hacían caso. Yo les hablaba de mis deseos de exponer en la sala, porque mi pintura era moderna también; la encargada de esta sala lo comentó algún día, y, bueno, tuvieron curiosidad, a ver qué hace este aldeano, porque un día que caí por allá estaban ellos en la sala y se vinieron conmigo al caserío donde vivíamos, a Artunduaga (aunque no trabajábamos la tierra, porque no la teníamos, vivíamos aún en el caserío) y allí aparecimos este día estos señores que te estoy diciendo y yo; era la primera vez que llegaba un coche por aquel camino de bueyes, y comenzamos a sacar los cuadros, y ellos a hacer fotografías, a hacer comentarios; estaban, desde luego, pensando que habían descubierto, pues, un valor; pero yo creo que, además, tal y como me presentaron a la prensa, la verdad es que lo hicieron con truco para ellos, para decir que habían descubierto un aldeano que pintaba fenomenalmente, es decir, para sus fines; bueno, los aldeanos estaban escandalizados, impresionados: como, el tío éste, qué bárbaro, si tenemos un genio aquí –Agustín se ríe–. Esta es la impresión que causó todo esto. Y, bueno, de esta manera expuse enseguida en la sala "Estudio", me presentaron como un aldeanito que es un genio, y quizás esto también me valió a mí; me valió en el sentido de que en ese período mis pinturas eran todas de tema vasco, siguiendo todo el sentido de la Escuela Vasca, y pasó. Y digo esto porque después ya no me fue tan fácil, porque se me acusaba de todo lo peor, de lo que ellos creían que era lo peor. Así, pasado ese primer momento del "boom" las cosas comenzaron a ser más difíciles para los que empezamos a crear con nuestro trabajo este clima nuevo de recuperación, de volver a las fuentes de los maestros vascos, y ya apoyados, muy apoyados, por Oteiza; y ya cuando en la juventud prendió la recuperación de nuestra propia cultura plástica, de la vasca, empezamos a sentir todo tipo de presiones.

– Pero esta primera vez expusiste solo.

– Solo, y me compraron estos amigos de la sala unos pocos cuadros, y desde luego que muy baratos, porque como liquidación me entregaron algo así como 2.000 pesetas.

– Cuáles fueron los temas de estos primeros cuadros expuestos?

– Era el mundo del trabajo en el caserío, en el puerto, y también en la fábrica, porque no hay que olvidar que ya en este tiempo de mis diecisiete años tomaba apuntes cuando iba a llevar la comida a mi padre.

– Eso fue la primera aparición pública. Luego, ¿saliste fuera de Bilbao a exponer, lo hiciste en Bilbao mismo, qué pasó?

– Yo salí un poco; pero poco. Hice una exposición en Madrid, otra en Valladolid, pero casi nada; y no salí de Bilbao hasta el año 1955. Lo que me parece más importante de esta etapa es el pequeño rosario de exposiciones con calvario que hicimos por los pueblos de Vizcaya: por Amorebieta, por Durango, por Somorrostro, por la Arboleda,

por zonas de trabajadores y de campesinos. El calvario es el boicot que se nos hizo. Y hubo momentos, como cuando me casé, el año 1954, que quise vender cuadros por el precio que me habían costado los marcos que tenían, solo para conseguir lo indispensable para comer al día siguiente, y ni así conseguí nada. En estas circunstancias no tuve más remedio que buscar otra salida y me fui a París dejando al primer hijo, a José, en mantillas.

– ¿Quiénes estaban en ese grupo que fue exponiendo y exponiéndose contigo?

– Estaban Fidalgo, Mari Dapena, Ariño, Pérez Díez, estaba Zelaya también, y Morga.

– Todos de Bilbao.

– Todos.

– Este viaje a París, ¿cómo resultó?

– Como resultan generalmente las aventuras a la suerte, mal. Estaba tan desesperado de encontrarme ya con familia y sin recursos para sostenerla que decidí hacer el viaje con un rollo de cuadros y una mochila que me la cosieron en casa, porque no tenía con qué comprar más maleta que ésta, y haciendo auto-stop. Cuando llegué a París, ni siquiera desenrollé mis lienzos, porque lo que llevé eran ya el mundo obrero, los primeros, nuestras casas, nuestras circunstancias, y pensé que no era aquello lo que podía interesar allá y no me atreví ni a mostrar los cuadros a una galería.

– ¿Te ayudó alguien?

– Un pintor, Ceballos, muy amigo de los vascos porque había hecho la guerra con ellos, me tendió una mano, pero no me acerqué a nadie más y ahogué mis desalientos tirando de carretilla en las estaciones de carga y descarga en París, y tirando de brocha pintando habitaciones. Yo entonces, claro, no tenía personalidad política alguna, ni siquiera el menor compromiso. Unas ideas por dentro, nada más. A pesar de esto, a Argitxu la detuvieron cuando inició con su hijo el viaje para reunirse conmigo en París. Así, en estas circunstancias, nos reunimos los tres en París, donde estuve, haciendo viajes aquí, hasta 1961. Durante uno de estos viajes organizamos en Córdoba el embrión del Equipo-57 con Néstor Bastarachea y un grupo de Córdoba.

– ¿Jorge Oteiza estaba ahí?

– Bueno, fue él quien promocionó realmente este Equipo, aunque no formó parte del grupo mismo. Córdoba, sobre todo entonces, era una ciudad de escasa actividad artística, y nosotros fuimos en cierto modo el grupo joven que irrumpió después de la guerra, y comenzaron a surgir las mismas dificultades que aquí.

– Pero tu base siguió siendo París, ¿no conseguiste pintar cosas nuevas allí?

– Sí, pinté; a pesar de las dificultades, siempre me quedaban unas horas para lo que era y es mi vicio de pintar; la verdad es que logré pintar mucho, gracias sobre todo al calor y al esfuerzo de mi Argitxu.

– ¿Conseguiste exponer?

– No. En toda esta etapa no logré enseñar nada. Mi presentación en París solo vino más tarde, cuando ya no estaba viviendo allá ni estaba en situación de hacerlo, porque me encontraba en la cárcel. Hablando ahora de cuando regresé de París, el año 1961, te diré que al poco tiempo expuse en la "Sala Illescas" de Bilbao; tuvo muy buena acogida y vendí mucho; lo que sucede es que me detienen en el curso de la exposición y algunas

personas y entidades no hicieron honor a su compromiso y no se atrevieron a llevar, ni pagar, las obras que compraron.

– Fue la primera vez.

– Sí, estos fueron mis primeros tres años y medio de cárcel; primero estuve en Larrínaga, en Bilbao, y luego en Carabanchel y en Burgos.

– ¿Pintaste durante este tiempo?

– En la primera fase de Larrínaga no, no podía; después sí, y es entonces cuando algunos amigos expusieron mis trabajos en París (1963-1964), en la "Galería Epona", y me concedieron el Premio de la Crítica, que para mí fue una sorpresa. En Londres la montaron los de la Comisión pro-amnistía para los presos políticos de aquí, y la apoyaron los laboristas, frente a otra exposición de Goya, y con una intención política evidente. En Alemania expusieron trabajos míos en Stuttgart y en Munich, y en Bélgica (Bruselas) fueron expuestas las sedas. Volví a Bilbao, logré hacer algunas de las exposiciones que intenté, en la misma "Sala Illescas", de nuevo, y como tenía mucha obra, porque hacía tiempo que estaba pintando, casi simultáneamente expuse en "Mikeldi", una con obra grande y otra con obra pequeña, con muchas ceras. Así puede iniciar mi recuperación económica, y sobre todo pude, con esta base de mis exposiciones en Bilbao, iniciar una serie de exposiciones por los pueblos; ahora solo, puesto que era delicado pedir a otros que me acompañasen en mis circunstancias; llegué esta vez a Guipúzcoa: Eibar, Tolosa, Beasain, Vergara y expuse también en la capital, en Donostia. Me agotó, fue un esfuerzo grande, y no vendí mucho. Todavía no tenía madura mi etapa de grabado, y esto fue un inconveniente, porque este itinerario pedía acaso unos precios más al alcance del público que visitaba la exposición, que era muy numeroso.

– Bueno, Agustín, me has mencionado hace un rato tus ceras expuestas en "Mikeldi", ahora me hablas de tu grabado; háblame un poco de las diversas etapas en los materiales y las técnicas que has venido usando.

– Tú ya sabes que el primer material que usé fue la teja sobre el muro; esta fue la primera técnica, tanto por, digamos, el lienzo como por el material con que comencé a trabajar. Luego, cuando vi cuadros pintados a mano, también comencé a usar telas y óleos con pinceles. Desde luego que aquella primera experiencia sí me dejó, como quieres tú, una huella en mi tendencia a lo mural, a lo grande, y ya hemos hablado de eso. Te estoy hablando de lienzo como el material más usual de mis óleos, pero no es el único, porque también utilizo el papel en una técnica mixta entre el grabado y el dibujo.

– ¿Quieres decir aquí que esta técnica permite reproducciones como en el grabado?

– No. Hablo aquí de grabado en el sentido en que recojo toda la textura de la misma manera que el grabado recoge la superficie y va dejando las vetas, es decir, las vetas que se producen en vacío en la madera, que dan una sensación de grabado. Esto se me ocurrió en Burgos al pensar en la necesidad de expresar un patio, que era impresionante, porque las losas estaban gastadas por los pasos de quienes estaban condenados a esperar por años; como tenía un pulimentado especial, encontré que la única manera de hacerlo muy fiel era hacer el juego de la monedita, la que hemos hecho todos de niño pasando un lápiz sobre la superficie de una moneda cubierta de papel, y en este caso ponía el papel sobre el suelo y marcaba el papel con cera, es decir, con una materia grasa

presionada por encima, y con ella quedaba todo calcado. Luego seguía utilizando esa técnica en infinidad de cosas y de figuras, y ahora le saco la textura a la madera, a la piedra, a lo que sea, y sobre papeles grandes de metro y medio de ancho por diez de largo hago hasta murales.

– ¿No te preocupa el hecho de que este papel que usas sea un material perecedero, que se deteriora pronto?

– No, no. Van Dyck pegaba el papel al lienzo y luego pintaba sobre el papel, y su obra se conserva todavía en excelentes condiciones.

– En esta técnica de papel sobre lienzo no usas óleo.

– No, solo cera; esas barritas de pintura de cera que yo las fundo para hacer un tocho grande.

– Después has hecho óleo, claro, ¿y qué más?

– Los relieves; unos relieves en barro que luego paso a escayola, que es lo más barato que hay; esto es lo que expongo. Podría fundirlo, pero es un procedimiento muy caro, y sólo se puede hacer sobre encargo.

– Te queda el procedimiento del grabado.

– Sí, que es el que permite mayor divulgación, porque aunque el número de copias que se haga no sea grande, permite ponerlas al alcance de cualquiera que tenga interés en colgar en su casa una obra de arte.

– Antes mencionaste unas sedas que se expusieron en Bruselas, ¿qué es eso?

– He pintado sobre tela utilizando una pintura especial que la hacía un matrimonio viejo que dejó ya de hacer esas cosas, un matrimonio catalán. Eran unas pinturas para seda que utilizaban las monjitas para esos trabajitos que hacen hacer a las chicas; yo me enteré que había eso porque en Burgos los presos hacían cosas de seda para regalos, estas cosas que suelen hacer los presos. Bueno, pues yo he hecho murales hasta de diez metros, y algunos de estos son los que se mostraron en la citada exposición de Bruselas.

– ¿Se vendieron?

– Sí se vendieron algunas; otras andan por ahí, como otros trabajos míos; y así me entero de vez en cuando de alguna obra mía expuesta en una exposición colectiva. Me han hablado recientemente de un trabajo mío que ha sido expuesto en Moscú. Pero lo cierto es que no tengo el control de muchas cosas mías que están en circulación en el exterior. No tengo tampoco excesivo interés en controlar eso, porque de alguna manera sirven de testimonio estén donde estén,

– Ahora que mencionas estas exposiciones en el exterior, ¿no has expuesto nunca en América?

– Sí, se acaba de hacer una exposición con la contribución de muchos artistas del mundo entero en Chile; está presente un grupo de artistas vascos, y así, con este carácter de grupo. Creo que también se expuso algo mío en México.

– Volviendo a las técnicas, Agustín, yo creo que es de notar que pintas mucho en unicolor.

– Mucho, y no sé si acertaré a racionalizar por qué tiendo a esto. Así como en cuanto al gigantismo o al monumentalismo, que está exigido por la necesidad de obtener un lenguaje visual violento que puede pasar por un rasgo expresionista, una manera de tratar las cosas con la carga de la violencia expresiva que necesita de una

dimensión determinada, hay también algo de esto en el sentido con que uso el contraste de un solo color con el blanco del fondo; mucho negro. Soy de los que piensan que en un cuadro no hay que poner en juego todos los colores de la paleta, repitiéndose constantemente; a veces basta que sobre una cosa muy estructurada uses un par de colores, porque a lo largo de toda tu obra vas a utilizar todas las gamas posibles de color, toda la enorme riqueza que dan las combinaciones; entonces, yo no tengo ningún apuro de meter todos esos colores en un solo cuadro, entre otras cosas porque creo que la obra genial no existe, sino que uno se va realizando a lo largo de toda la vida, de toda la obra. El trabajo tiene que salir en la libertad de usar aquellas técnicas y aquellos materiales que el artista considera que son adecuados para expresar, y expresarse en libertad, claro.

Cuando dejo a los Ibarrola y el caserío "Larriña" y el barrio Gametxu y la villa de Ibarrangelua, y tomo por Lequeitio para llegar costeando hasta Ondarribi, mi casa, me acompaña la voz pausada y el sentimiento de este pintor vasco que vive en testigo de este tiempo difícil de la convivencia.